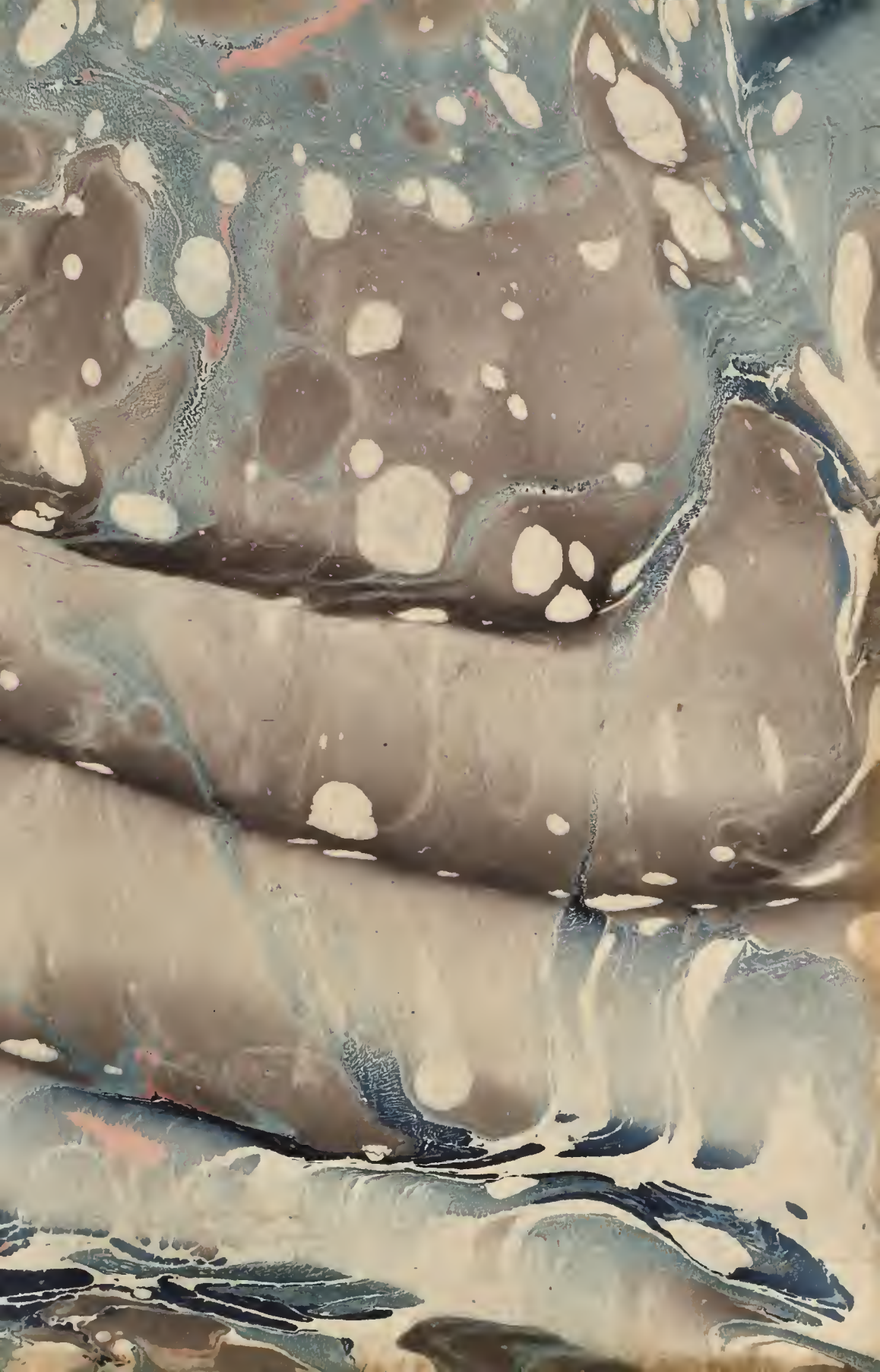
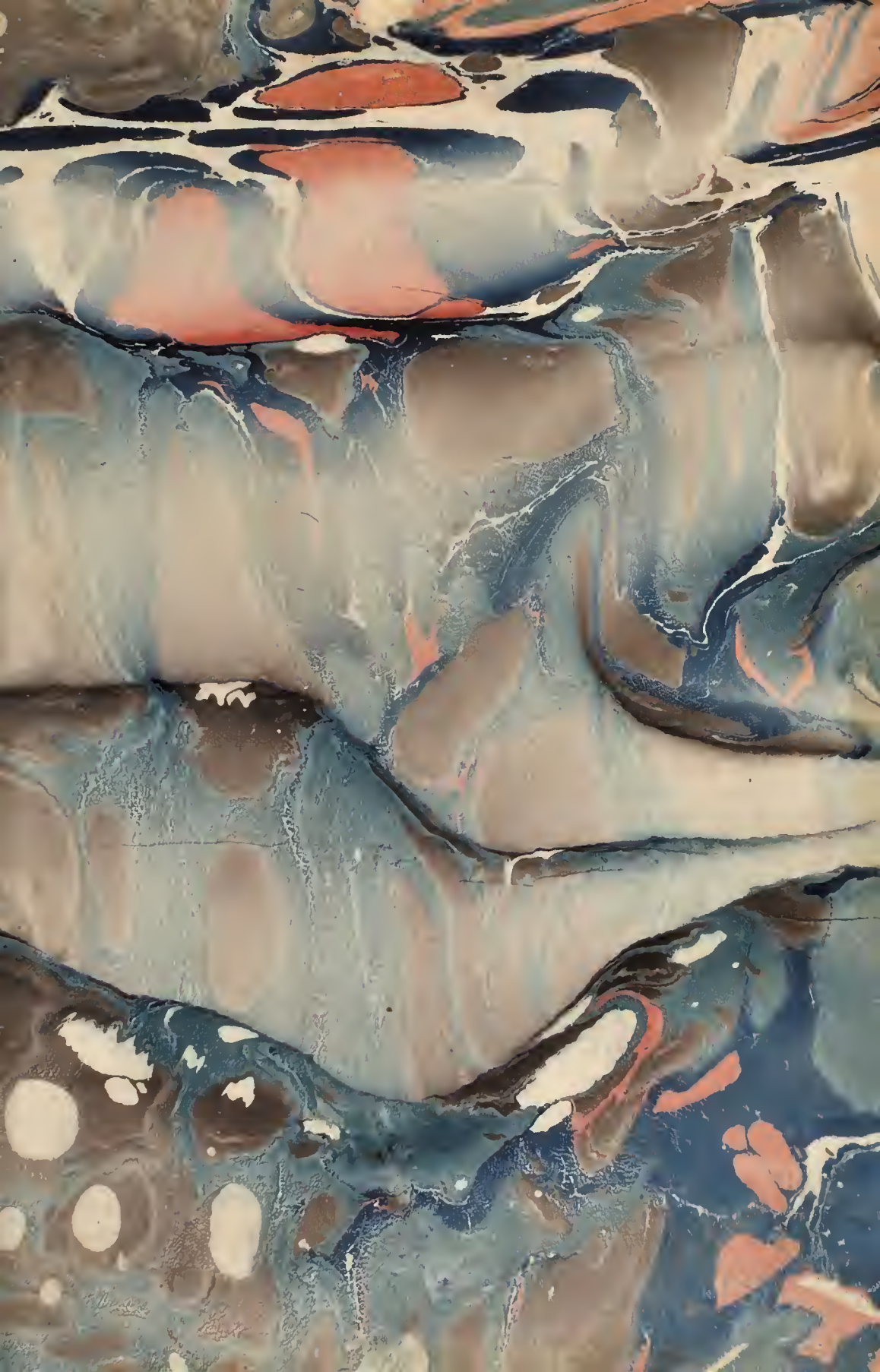




10 pt
L. XVI Qui
38177/B

Al Bachiller Dn José Torreximeno
mi Discipulo de practica
En testimonio de su mucha aplicacion

Manuel Hernandez
de Gregorio

MUTIS

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Wellcome Library

https://archive.org/details/b29320707

Dr. Jose Celestino Mutis

Director en Gefe de la Espedicion Botanica en el Nuevo Reyno de Granada y. Astrónomo Real en Sta. Fé de Bogotá.

Copiado del original que le dedicaron sus amigos ALEJANDRO HUMBOLD, y AMATO BONPLAND en el Tom. 1.º de las Plantas Equinocciales.

EL ARCANO DE LA QUINA.

Discurso que contiene la parte médica de las cuatro especies de Quinas oficinales, sus virtudes eminentes y su legítima preparacion.

OBRA PÓSTUMA

DEL DOCTOR D. JOSÉ CELESTINO MUTIS,
Director y Gefe de la espedicion botánica de Santa Fé de Bogotá en el nuevo reyno de Granada.

DÁLA Á LUZ PÚBLICA

aumentada con notas, un APÉNDICE muy interesante, y un prólogo histórico

EL DOCTOR

D. MANUEL HERNANDEZ DE GREGORIO,
Boticario en la Corte &c.

MADRID
POR IBARRA, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
1828.

WELLCOME
HISTORICAL
MEDICAL
LIBRARY

PRÓLOGO.

La Quina primitiva, que despues de tantas controversias acerca de á cuál de las especies botánicas descubiertas posteriormente pertenece, y que aun no se ha averiguado si es la naranjada de Mutis, ó la oficinal de Linneo, fué descubierta por los indios, y esperimentada por ellos mismos para curar las fiebres muchos años antes de nuestra conquista de las Américas. Un corregidor de Loxa despues de haberla recibido de mano de un indio, y esperimentado él mismo sus felices efectos en 1636, se la regaló en 1638 al Virey del nuevo reino de Granada, Don Gerónimo Fernandez de Cabrera, conde de Chinchon, de donde tomó el nombre de Cinchona; y la condesa su esposa, despues de haberla hecho ensayar con felices resultados en el hospital de Lima, fué la primera europea que esperimentó sus maravillosos efectos. Con tan alta recomendacion vino á ser obgeto de especulacion para los Jesuitas; estos despues la trageron á España en el año de 1640, y la empezaron á recomendar con buen éxîto; y en 1649 ya empezó á generalizarse su uso con el nombre de *polvos de los Jesuitas*. En 1679 todavia era la Quina un secreto para los ingleses; y hasta el año de 1682 no se hicieron públicas en toda la Europa sus grandes virtudes; pero desde aquella época ya empezó á ser obgeto de un comercio general. Desde entonces corrió su crédito aunque con mil contradicciones, hijas de la preocupacion de los pueblos, cuyas sencillas gentes rehusaban su uso, prefiriendo ser victi-

mas de unas atroces y malignas fiebres antes que sugetarse al uso de la Quina, bajo el absurdo pretesto de que volvian á repetir con mayor fuerza que antes, si no se observaba un régimen dietético absoluto y prohibitivo de cuarenta dias. Y como una de tantas prohibiciones á que sugetaba este ridículo régimen, la mas principal consistia en no mojarse las manos ni los pies en los cuarenta dias de su duracion, decian, y decian muy bien, que la Quina solo era buena para algunos pocos de los ricos que podian abstenerse de una operacion tan necesaria para la vida comun del escesivo número de pobres, y aun de gentes acomodadas, que tienen que fregar, lavar y trabajar en el campo y en las fábricas. Sin embargo de estas preocupaciones que paralizaban el curso rápido de este específico, prevalecia gneralmente su crédito apoyado en su asombrosa eficácia, especialmente en las fiebres intermitentes; y los corregidores de Loxa eran los únicos que empezaron á especular como ramo peculiar suyo, y á remitir á Europa algunas partidas por su cuenta. Despues ya se unieron para este negocio con algunas casas de comercio de Piura; y posteriormente varios particulares de Cuenca y Loxa atraidos del interés, trageron á Europa partidas de consideracion; pero hasta el año de 1770 todavia estuvo limitada su introduccion á la corta cantidad de veinte mil libras anuales para el consumo de la Península y del extrangero. Pero la excelencia y la fama irrecusable de sus virtudes se hicieron sentir en toda la Europa, y su uso llegó á ser tan general, y de tanto influxo en la medicina, que sin disputa puede compararse con los dos campeones mas sobresalientes que ha tenido, el antimonio y el mercurio; pues en un año comun se consumen solo en la Península cuarenta mil libras; y un millon anuales se extraen de Lima para el comercio

en general. Para probar esta asercion, y hacer ver el uso tan ventajoso de esta preciosa corteza pondré aquí la razon que exîste en la oficina de la balanza de comercio perteneciente al año de 1792, que es la siguiente:

Quina introducida para particulares. . .	703.008 lbs.
Quina en extrato para id.	002.126 lbs.
Quina para la real hacienda (real Botica).	011.600 lbs.
Suma la Quina introducida en 1792. . . .	716.734 lbs.
Extraccion para el extrangero en id. . . .	674.102 lbs.
Residuo gastado en España.	042.633 lbs.

A vista de un consumo de tanta importancia era de esperar que nuestro Gobierno tomase desde muy luego, como en efecto tomó, conocimiento en la administracion de un ramo que es propio y esclusivo de los dominios de S. M., á causa del desórden con que se habia procedido en su recoleccion en los primeros años de su descubrimiento, hasta el punto de haberse arruinado los montes; y pensase, como lo verificó, en establecer una real administracion del específico, para lo cual envió al Superintendente de la casa de moneda de Mégico Don Manuel de Santistéban el año de 1752 para que surtiese la real Botica de la mejor Quina, que ya habia escaseado enteramente, hasta el punto de no conocerse ya la Quina primitiva, única sobre la que se habian fundado todos los hechos que la habian acreditado. Este comisionado propuso, entre otras cosas, el acotamiento de los montes, y el estanco general de tan precioso antídoto.

Convencido yo tambien de la necesidad de esta última medida en un remedio tan universal y necesario á la humanidad, manifesté verbalmente este mismo proyecto al Excmo. Señor Don Miguel Cayetano

Soler, Ministro de Hacienda, el año de 1804, pero limitado solo á la Península; y habiéndole escrito, entre otras cosas con fecha de 3 de octubre de aquel año, que tenia concluida la memoria del estanco, me contestó desde el Escorial con fecha de 6 del mismo diciéndome entre otras cosas "envieme »V. si gusta la memoria sobre el estanco de la »Quina, y en su vista le diré francamente si está »arreglada á los principios adoptados por S. M. y »que van produciendo los mejores efectos." Pasé desde Madrid á Aranjuez con este solo obgeto, y habiendo entregado la memoria dividida en dos partes; la primera en que manifestaba los fundamentos del proyecto, y sus ventajas á la humanidad y al real Erario, y en la segunda en que esplicaba la parte administrativa y económica con solo el gasto de un tres por ciento, y la exâctitud y pureza en el manejo: no tuvo efecto por las razones que espuso en la nota de este espediente Don José Aparici, oficial de la Secretaría, que corria entonces con este negociado; tal es en compendio el origen y estension del grande consumo que ha tenido este asombroso específico.

Consiguiente al cuidado y vigilancia que desde luego mereció á nuestro Gobierno este precioso remedio, y á la codicia que despertó en los negociantes su grande y lucrativo comercio, era de esperar tambien que los escritores y sabios profesores, guiados de un estímulo mas noble que el de aquellos, desplegasen tambien sus plumas, como así lo hicieron, en su elógio, en honor y provecho de la humanidad doliente; felicitando al mismo tiempo á la España por ser depositaria única de un remedio tan universalmente celebrado, y por haber costeado dos grandes espediciones botánicas, una en el vireinato del Perú en 1777 al cargo de los botánicos Ruiz y Pavon, y otra en el nuevo

reyno de Granada en 1783 al cargo del doctor Mutis, de que muy pronto volveré á hablar expresamente, de las cuales han reportado la humanidad y las ciencias naturales grandes utilidades, y el Gobierno español una grande y universal gratitud.

Muchos son en efecto los escritos que han salido al público en favor de los grandes y poderosos medicamentos ya citados como campeones de la medicina, á saber; el mercurio y el antimonio, con títulos mas ó menos pomposos; pero no llega su número ni con mucho á los que han salido á la luz pública en favor de la Quina, sus verdaderas especies, su historia y eficacísimas virtudes. He visto una obra alemana impresa en Amburgo por Mr. Enrico Von Bergen en 1826, cuyo título es, *Ensayo sobre una Monografia de las Quinas*, y en ella se encuentra una lista alfabética de 632 autores que han escrito y dado á luz pública trabajos y observaciones médicas acerca de la Quina en número de mas de mil volúmenes, sin contarse en ella nuestro catalan el doctor Masdevalls, ni el doctor Franseri, ni el doctor Lopez, ni mi compañero el doctor Bañares, ni otros muchos españoles que no han llegado á su noticia, lo que prueba la grande influencia de este precioso vegetal, tanto en la médicina como en las artes, y los cuidados que por estos dos poderosos respectos ha merecido de los Gobiernos y Corporaciones científicas de Europa para estender, publicar y rectificar los usos ventajosos que hemos hecho de esta preciosa corteza.

Bien conocidos son en España y en toda la Europa las obras de nuestros sábios botánicos españoles Ruiz y Pavon ya citados, á saber: la Flora Peruana y sus quinologias, con el suplemento; resultados de su bien desempeñada espedicion botánica de la América meridional: pero Don Jose Celesti-

no Mutis ha fallecido sin dejar de la suya otra cosa mas que una grande reputacion literaria entre nacionales y estrangeros, pues todos sus trabajos y obras científicas de su larga espedicion botánica de 38 años en el vireinato de Santa Fé de Bogotá se conservan inéditos en la biblioteca del real Jardín botanico de Madrid, cuya publicacion empezó el gefe y primer catedrático Don Mariano Lagasca, y últimamente por real orden el botánico Don José Pavon está encargado de continuarla. La misma monografia de las Quinas de Mr. Enrico Von Bergen ya citada al hablar del doctor Mutis, como escritor de Quinas, solo cita el diario de Santa Fé de Bogotá, en donde empezaron á publicarse sus primeros trabajos acerca de las Quinas, como diré despues: esta misma falta se nota tambien en la quinologia del Perú y Chile con mengua de un tan ilustre escritor, que tantos monumentos ha dejado de sus trabajos literarios. Por esta poderosa causa, y por la utilidad que debe resultar al público, y por honrar tambien la memoria de un español tan ilustre, me he decidido á publicar su *Arcano de la Quina*, obra inédita, de las que trabajó con mas esmero y erudicion, dividida en tres partes: la primera titulada, errores inevitables en el uso de la Quina mientras subsistan confundidas sus especies: segunda, ventajas esenciales en el uso de la Quina dimanadas de la distincion de sus especies y del conocimiento de sus eminentes virtudes: tercera, fragmentos útiles á la historia de la nueva práctica de la Quina.

Parece á la verdad muy estraño que esta obra, siendo una de las mas bien acabadas del doctor Mutis, no se haya dado á la luz pública despues de tantos años que hace la concluyó su autor; pero esta dificultad no la pondrá el que sepa, como diré despues, las vicisitudes que ha sufrido por causas

estrañas á su grande mérito, y porque el doctor Mutis dejó todos sus trabajos literarios á disposicion del Gobierno, segun lo manifestó, entre otras cosas, en un informe dado al Excelentísimo Señor Don Manuel Flores, Virey y Capitan General del reyno de Santa Fé de Bogotá.

Pero sea que su Arcano de la Quina fuese de tanta importancia para la humanidad qué no debiese sufrir la obscuridad de los demas escritos suyos, como queda dicho, ó por instancia de sus amigos, lo cierto es, que esta obra empezó á publicarse en el diario de Santa Fé de Bogotá con su anuencia desde el número 89 del viernes 10 de mayo de 1793 hasta el número 129 del viernes 14 de febrero de 1794, los cuales comprenden las dos primeras partes de la obra, y una parte de la tercera, cuya publicacion se suspendió, porque un patriota amigo del doctor Mutis se encargó de publicarla por separado, como lo ofreció en el citado diario número 129.

No se sabe á punto fijo cuales fuesen los motivos de no haberse verificado esta oferta por entónces; pero es lo cierto que Mr. Roux, aprovechándose acaso de aquellas circunstancias, la presentó como produccion suya á la Convencion nacional de Francia. En el mercurio peruano tambien se ha publicado en el número 608 el Arcano de la Quina, pero no es mas que un extracto incompleto que abraza solo la primera y segunda parte, á imitacion del periódico de Santa Fé. Don Francisco Antonio Zea, discípulo del doctor Mutis, tambien ha publicado este Arcano con el nombre de Memoria sobre la Quina, inserta en los análes de Historia natural, Madrid 1800, cuaderno quinto: pero esta Memoria tampoco es mas que un extracto de los periódicos de Santa Fé, con algunas observaciones sobre la Quinologia de Ruiz, estrañas al ob-

jeto del Arcano de Mutis, cuya contienda por cierto no fué nada favorable á este sábio, como puede verse en el suplemento á la Quinologia de los Señores Ruiz y Pavon, en la animada defensa de las Quinas del Perú en respuesta al citado Zea.

Así ha corrido el Arcano de la Quina del doctor Mutis, publicándose bajo de mil formas y disfraces, y siempre adulterado é incompleto; pero la suerte reservaba mejor fortuna á una obra médica tan magistral y completa, para que así pudiera verificarse la oferta de publicarla por entero correcta y original, tal como salió de las manos del mismo doctor Mutis. Pero antes de llegar á este estado tuvo que sufrir esta obra otro contratiempo que la puso á pique de perderse para siempre, y sepultarse en el olvido. En efecto, habiendo el mismo Mutis entregado su Arcano de la Quina original, íntegro, y corregido por su propia mano á Don Ignacio Sanchez Tejada, secretario del vireynato de Santa Fé (que es el patriota que cita el mencionado diario número 129) para que le imprimiese á su costa; este caballero se presentó en Madrid en el mes de febrero de 1807 con dicho original manigficamente escrito; y cuando estaba para empezarse la impresion, ocurrió la invasion de los franceses, y ocupacion de la España; y como el Señor Tejada tuvo que abandonar la corte en 1813 por haber servido en aquel tiempo de oficial de la secretaría, bajo las ordenes del Señor Azanza, volvió el Arcano á sepultarse en la mas completa obscuridad, por haberle dejado abandonado en Madrid entre otros pequeños libros; pero habiendo venido por último á parar por una rara casualidad á mis manos, espero no saldrá de ellas sino para la prensa, y de este modo tendrán al fin cumplimiento los votos de su autor de que su ARCANO DE LA QUINA, que con tanto es-

mero habia trabajado, sirviese para la humanidad doliente, á quien habia dejado como herencia este legado de su mayor estimacion.

Y para que todo ceda en honor de tan ilustre sabio español, y para satisfacer la curiosidad de nuestros profesores, he copiado su retrato del original en folio que le dedicaron, orlado con la planta MUTICIA, sus grandes amigos los sábios Mr. Alejandro Humbold y Amato Bompland en la obra de las plantas equinocciales, haciéndole grabar en cuarto para unirle á este su precioso Arcano; cuyo pequeño coste será agradable para los españoles que tengan deseo de honrar el mérito de sus compatriotas.

Nada diré acerca del mérito de esta obra, porque la fama de su autor es un buen garante de cuanto yo pudiera encarecerla. Sobrados elogios le han tributado los sábios de Europa para que mi corta pluma se detenga en ello. Hasta los botánicos del Perú Ruiz y Pavon han respetado su mérito literario, no solamente en la Quinologia, porque esto parecia una justicia debida á su persona, sino tambien cuando en el suplemento han impugnado con demasiado ardor algunos puntos del ARCANO, publicados en extracto por su discípulo Zea, dando estos por razon que las ideas acerca de las Quinas que publicó en su Memoria ya citada, no serian las mismas que las de su maestro Mutis por haberse separado de él hacía ya muchos años. Ahora verán los lectores la verdad mas en claro, cotejando los escritos de unos y otros con el verdadero ARCANO de la Quina que les presento íntegro tal como le entregó su autor al citado patriota para darle á la luz pública, y de este modo vendrá á completarse la historia de las Quinas entre nuestros escritores; pues si la Quinologia de Ruiz comprende la historia natural de estos preciosos

vegetales, el Arcano de Mutis nos presenta la parte médica y farmacéutica muy interesantes, por no haber entre nosotros una obra semejante.

En cuanto á las notas que he creido necesario añadir á esta obra, unas tienen por objeto aumentar la historia económica y política de la Quina con datos positivos, que espero agradarán á mis lectores; otras son, aunque indiferentes para el asunto de la obra, muy agradables y de mucho interes para algunos profesores, especialmente las que por incidencia hacen relacion con la real botica y reales colegios de la facultad; otras son puramente adiciones y esplicaciones muy importantes, como son, entre otras, la teoría de la fermentacion de la Quina, la reduccion á recetas y fórmulas precisas toda la doctrina práctica que dice relacion directa con el Arcano por estar repartida por toda la obra; como tambien un APENDICE que comprende un nuevo método de hacer la *tintura esencial de Quina*, y un *extracto esencial* comprensivo de todas las substancias de esta corteza, que yo llamo tambien segundo ARCANO, siguiendo la misma analogía del nombre que da el doctor Mutis al suyo; y últimamente una indicacion *sobre la eleccion* de las Quinas fundada en principios mas ciertos que los conocidos hasta ahora.

Con estas adiciones he creido dar al Arcano del doctor Mutis, no un mérito y recomendacion que no necesita, sino un aumento de noticias agradables tanto históricas como instructivas, para que se puedan comprender mejor las grandes utilidades de esta obra original, dándolas mayor estension.

Solo me resta presentar á mis lectores una pequeña historia biográfica de tan sobresaliente sábio que honrará para siempre la literatura española. Bien quisiera tener suficientes datos para formarla cual

corresponde á un tan ilustre español, celebrado en los reinos estrangeros mas que en el nuestro; pero el estado político en que se halla aquella parte de las Américas en que hizo sus grandes trabajos, me impiden satisfacer mis deseos, y los de mis lectores tan cumplidamente como yo quisiera: pero habiendo sin embargo practicado las mas esquisitas diligencias en averiguacion de algunas noticias que pudieran interesar en su favor la curiosidad de mis lectores, no he sido defraudado en mis esperanzas, porque al fin las he adquirido despues de infinitas indagaciones y diligencias, originales, y por unos conductos oficiales.

Don José Celestino Mutis nació en Cádiz el dia 6 de abril de 1732, y se bautizó el 16 del mismo en el Sagrario de aquella santa iglesia Catedral, y le pusieron por nombre José Bruno: sus padres fueron Don Julian Mutis y Doña Grégoria Bossio, de familia muy distinguida; el primero natural de Ceuta, y la segunda de Cádiz, que se casaron en esta ciudad en 1724. Su abuelo paterno Don Francisco Mutis, natural de Palma en Mallorca, casó en Ceuta con Doña Manuela Almeida, natural de Gibraltar, quienes se trasladaron despues á Cádiz con su hijo Don Julian siendo éste aun jóven; y murieron, ésta en 1722, y se enterró en el convento de Frailes Franciscos de la misma, y aquel en 1730 en la epidemia del vómito que sufrió Cádiz en aquel año.

Despues de haber estudiado el jóven Mutis gramática y filosofia en esta ciudad, tomó el grado de Bachiller de esta facultad en la universidad de Sevilla el dia 17 de Marzo de 1753, en donde habiendo cursado tambien la medicina por espacio de cuatro años bajo la direccion de los catedráticos N. N., ganó cuatro cursos correspondientes á los

años de 1750, 51, 52 y 53, como tambien dos cursetes, ó cursillos. Despues pasó á Cádiz á practicar la medicina bajo la direccion del médico Don Pedro Fernandez de Castilla, por el espacio de mas de dos años, en cuyo tiempo asistió tambien á las visitas que diariamente se hacian en el hospital de Marina, como igualmente á todas las disecciones anatómicas y demas actos literarios que se celebraban en él. Despues volvió á Sevilla, en cuya universidad recibió el grado de Bachiller en medicina el dia 2 de mayo de 1755, por todos los votos, ó como certificó el secretario de dicha universidad, *unanimiter nemineque prorsus discrepante per litteras A. A. A. A. A. A.* Despues se volvió á Cádiz, y continuó los egercicios literarios y visitas del hospital; y tambien, como dicen algunos, estudió la sagrada teologia: y aunque no se dice por cuanto tiempo, consta que vino á Madrid á principios de junio de 1757 y recibió el título de médico del tribunal del real Proto-Medicato el dia 5 de julio siguiente, habiendo sido uno de los exâminadores de este tribunal, que le tocó por turno, el sábio y célebre Piquer. Hecho ya médico, hubo de quedarse en Madrid, pues consta por muchas noticias que susbtituyó en compañia de Don Juan Gomez la cátedra de anatomía del Hospital general que regentaba en propiedad el médico Araujo, hasta el año de 1760.

En este mismo año pasó á la América Septentrional acompañando al Excmo. Señor Don Pedro Mesia de la Cerda, Virey y Capitan general del reino de Santa Fé en calidad de su médico de cámara, en cuya capital enseñó públicamente las ciencias naturales en el colegio mayor de Nuestra Señora del Rosario, haciéndose admirar de todos los sábios de la Europa como uno de los hombres

grandes de su siglo. Allí se ordenó de Sacerdote el año de 1772, y á vista de los grandes progresos que hacía, y fama universal que por ellos habia adquirido, le nombró S. M. Cárlos III, á consulta del Virey Don Antonio Caballero y Góngora, en 1783 Director en gefe de la espedicion botánica del nuevo reino de Granada, ó sea de la América Septentrional, que él mismo propuso y creó, á imitacion de la que en 1777 se habia formado para el reino del Perú y Chile en la América Meridional, con dos mil pesos fuertes de renta anuales, y de cuatro mil mientras estuviese fuera de la Capital practicando espediciones. Con estos, y con otros grandes y cuantiosos auxîlios, que con mano generosa le franqueó aquel Soberano, no solamente organizó y aumentó la espedicion botánica, sino que propagó y dirigió la enseñanza de las ciencias exâctas que con tanto esmero habia cultivado. El Rey Cárlos IV, de feliz memoria, continuó suministrando los mismos auxîlios que su Augusto Padre á un sábio que honraba la Nacion Española; y en 24 de mayo del año de 1802 empezó la grandiosa obra del observatorio astronómico, que se concluyó en 20 de agosto de 1803, cuyo establecimiento científico, por el buen gusto con que está construido, é instrumentos y grandiosa biblioteca con que está enriquecido, dicen los sabios que merece competir con los mejores de Europa. Ocupado el doctor Mutis en dar la última mano á la coleccion de las diferentes plantas y productos de los tres reinos de la naturaleza, y cuando finalmente estaba concluyendo su Quinologia de Santa Fé de Bogotá, falleció en aquella capital el dia 11 de setiembre de 1808, con grande sentimiento de los que supieron apreciar sus grandes méritos.

Por su muerte estuvo á pique de perderse su

grande herbario, que consta segun los papeles públicos de 24 000 plantas, un crecido número de grandiosas láminas, y una prodigiosa coleccion de dibujos, egecutados, é iluminados á su vista por diez y ocho pintores y grabadores que habia reunido á su lado; una abundante y curiosa coleccion de gomas, leños y otros productos vegetales; otra rica colecion de animales y minerales; como tambien muchos manuscritos preciosos para la economía, para la historia y para las ciencias, siendo la principal como obgeto de su espedicion, que tantos sacrificios pecuniarios habia costado al Gobierno Español, la famosa Quinologia de Santa Fé de Bogotá en el nuevo reino de Granada. Todo esto estuvo para venderse á un estrangero en una cuantiosa suma; pero el General en gefe Don Pablo Morillo, noticioso de que estaba para efectuarse la venta de unas preciosidades que tanto habian costado al Gobierno, y que defraudaban á la España del honor de poseer tan gran tesoro, tuvo la fortuna de poder sacarle de mano de los disidentes, y le envió á Madrid con el General Don Pascual Enrile, que tambien habia ayudado á rescatarle, y le entregó á S. M.

Llegada á Madrid esta preciosa coleccion, que constaba de ciento y cinco cajones, fue exâminada en el mismo Real Palacio por S. M. el Señor Don Fernando VII, acompañado de la Reina y señores Infantes, y despues de exâminada detenidamente, mandó con fecha de 11 de octubre de 1817 que se pusiese á disposicion del Excmo. Señor Don José Pizarro, que era entonces Ministro de Estado, para que, como protector del Museo de Ciencias naturales, dispusiese se colocasen en el gabinete de Historia Natural los minerales y animales, y en el Real Jardin Botánico y su biblioteca los vejetales, y to-

dos los preciosos manuscritos relativos á la Flora del nuevo reino de Granada, y á la Quinologia de Bogotá, como así se verificó, mandando al mismo tiempo S. M. que el primer profesor del Jardin Botánico Don Mariano Lagasca se ocupase en publicar la citada Quinologia y todo lo perteneciente á la Flora de aquel reino, como queda dicho.

Con estas sábias disposiciones, publicadas en la gaceta de Madrid del 7 de abril de 1818, concibieron los sabios de Europa la idea de satisfacer su curiosidad, deseando con ansia ver publicados los trabajos literarios de este infatigable naturalista, porque todos de consuno tenian una seguridad bien fundada de su grande mérito; pero han sido defraudados de tan justas esperanzas por las circunstancias políticas que han sobrevenido á la España, cuya circunstancia es otra de las razones ya alegadas que me han impulsado á publicar su Arcano de la Quina, que espero mirará el público con el aprecio que merece una obra magistral de medicina práctica, satisfaciendo con esto en parte la grande espectacion pública mientras el Gobierno lo hace con las demas.

Aquí llegaba con las noticias biográficas del doctor Mutis, creyendo con algun fundamento haber cumplido en lo posible con lo que se debe á su buena memoria, y al deseo de los amantes de la gloria de nuestra patria, cuando ha llegado á mis manos un artículo de necrologia hecho por Don Francisco José de Caldas, natural de Popayan, amigo del difunto Mutis, del baron de Humbold y de Bompland, y encargado del observatorio astronómico de Santa Fé de Bogotá, cuyo artículo se publicó en aquella ciudad poco despues de su muerte; y como dicho artículo no es susceptible de extractarse porque perderia todo su mérito, he creido muy oportuno copiarle á la letra, á pe-

sar de que muchas de las noticias que contiene están ya comprendidas en este prólogo.

Finis vitæ ejus nobis luctuosus, Patriæ tristis, extraneis etiam ignotisque, non sine cura fuit.

Tacit. in vit. Agricol. c. 34.

El dia 11 de setiembre de 1808 murió en esta capital el doctor Don José Celestino Mutis. ¡Qué pérdida para las ciencias, para la Patria y para la virtud! Su familia en el seno de la desolacion y del dolor ha recogido rápidamente algunos hechos de su vida que va á presentarlos al público, reservándose el derecho de formar su elogio histórico para cuando hayan calmado el sentimiento y las lágrimas.....Este hombre grande nació en Cádiz el 6 de abril de 1732 de unos padres honrados y virtuosos. Apenas salió de la infancia manifestó su inclinacion por el retiro y por los libros. Sus progresos fueron rápidos en el estudio de las humanidades, de la filosofia y aún de la sagrada teología. Su gusto por la medicina lo hizo tomar la beca en el real Colegio de San Fernando de aquella ciudad. Aquí cursó la anatomía, la cirugía y la medicina práctica, y pasó á Sevilla á completar sus conocimientos, en donde recibió los grados correspondientes. En 1757 se estableció en Madrid, y regentó la cátedra de anatomía por Araujo. En esta época la corte meditaba mandar á París, á Leiden y á Bolonia algunos jóvenes con el objeto de que se perfeccionasen en diferentes ramos de las ciencias naturales. Uno de ellos era Mutis. A este tiempo el Excelentísimo Señor Don Pedro Mesia de la Cerda buscaba en Madrid un mé-

dico acreditado á quien confiar su salud en el dilatado viage que iba á emprender para la América. Despues de largas meditaciones y consultas recayó la eleccion sobre el jóven Mutis. Por una parte se le presentaba una carrera brillante y gloriosa, por la otra una série de trabajos, un pais obscuro y colonial. Muchos dias balanceó en medio de la incertidumbre, y muchas semanas pasaron antes de resolverse. ¡Con qué complacencia hemos oido de su boca las razones que le obligaron á tomar el último partido! El silencio, la paz, los bosques de la América tuvieron mas atractivos sobre su corazon que la grandeza y la pompa de las córtes de Europa. Un plan atrevido y sabio se presenta á sus ojos. Las selvas de la América, la soberbia vegetacion de los trópicos y del ecuador, la obscuridad y la ignorancia de las ricas producciones del nuevo continente lo resolvieron á recorrer, y á exâminar esta preciosa porcion de la monarquía. Este mundo, se decia, visitado rápidamente por Fenille, Plumier, Loefling y otros pocos botánicos, yace hasta hoy desconocido: sus riquezas son inmensas. ¡Qué campo tan vasto para inundar de conocimientos á la Europa, y para coronarme de gloria! En 1760 desembarcó en Cartagena de Indias, año para siempre memorable en los fastos de nuestros conocimientos, y año en que comenzaron á reinar las ciencias útiles sobre nuestro horizonte. Apenas pisó las costas de la nueva Granada comenzó á colectar y descubrir sus amadas plantas. Establecido en esta capital, se consagró con todas sus fuerzas al reconocimiento de la vegetacion de la cima de los Andes, y al consuelo de los enfermos. Entonces estableció su correspondencia con el inmortal Linne, y con otros sábios de la Europa: entonces remitió colecciones y diseños que

le merecieron los elogios mas lisongeros (1); entonces se le asoció á la academia de Stockolmo, y á otras sociedades de aquella parte del mundo. Deseoso de difundir sus conocimientos, tomó á su cargo la enseñanza de las matemáticas en el colegio mayor de nuestra Señora del Rosario, de que obtuvo real aprobacion. En aquella época se comenzó á oir en el reino que la tierra giraba sobre su ege, y al rededor del sol, y que se debia poner en el número de los planetas. ¡Cuántos disgustos le costó persuadirnos esta verdad capital en la astronomía! A pesar de la obstinacion de nuestros padres, se formaron muchos jóvenes, y se difundieron los conocimientos astronómicos. Pero este sábio aguardaba ocasion mas favorable para desplegar su celo por la ciencia de Ticho y de Casini.... Provocado por el virey Cerda á regresar á la Península, se denegó, y resolvió morir entre nosotros. ¡Tanto amaba á la América, á sus selvas y á su profunda tranquilidad!.... Contemplando la naturaleza, elevaba su espíritu á su Autor, lo adoraba, y se desprendia enteramente de la tierra. Para unirse mas á él, recibió los ordenes sagrados en 1772. Desde aquella época fué un verdadero sacerdote de Dios y de la naturaleza. Divididos todos sus momentos entre la religion y las ciencias, fue un modelo de virtudes en la primera, y un sábio en las segundas.... Las fuerzas de un particular no eran suficientes para sostener sus grandes miras; era ne-

(1) In memoriam Josephi Cœlestini Mutis, Americes summi botanici, qui historiam plantarum americanarum, in primis Palmarum pulcherrimam parat, et plurima nova huic opusculo communicavit. Lin, suppl. pág. 57.... Numen immortale quod nulla aetas nunquam delevit. Lin.

.... In honerem sapientissimi (J. C. Mutis) qui jure merito botanicorum in America Prihceps salutatur, dehetque etiam inter primates Europeos colocari. Cavanilles.

cesario el brazo del Soberano. Imploró la proteccion del augusto Cárlos III, y halló en su seno paternal cuanto podia apetecer. Lo creó director de la espedicion botánica del reino en 1782, que desempeñó y obtuvo hasta su muerte. ¡Qué campo tan glorioso y tan vasto se presentó á su celo infatigable! Reanimado con las liberalidades del Soberano proyectó el grande y soberbio edificio de la *Flora de Bogotá*, obra inmensa, para cuya egecucion no alcanza la vida de un hombre solo. Comenzó por elegir un centro oportuno para sus operaciones científicas. Mariquita le pareció que reunia todas las proporciones que buscaba. En efecto, situada esta ciudad al pie de los Andes de Quindiò, en un valle fecundo, y en las cercanías del Magdalena, le presentaba los vegetales de todas las temperaturas y de todos los niveles. Aquí formó los pintores, aquí colectó innumerables plantas, aquí se hizo una parte de las grandiosas láminas que no se pueden ver sin admiracion, y que los sábios de la Europa las han comparado á las del célebre Smiht; aquí escribió, y aquí desempeñó tantas comisiones del Gobierno, y tantos otros objetos. Son muy estrechos los límites de este papel para decir lo que este sábio infatigable egecutó en los siete años de su residencia en Mariquita.... El temperamento de aquella ciudad, unido á las tareas literarias, comenzaron á arruinar una salud tan preciosa, y resolvió trasladarse á la capital. En 1790 lo egecutó, mas por reconocer de nuevo y diseñar la vegetacion elevada, que por restablecerse. En la espaciosa casa que le dió el Rey estableció su espedicion, y comenzó á colectar otra vez las plantas altas del reino. Aquí se dedicó á dar la última mano á los trabajos comenzados en Mariquita, trabajos inmensos y que no bastó el resto de sus dias para concluirlos; aquí

perfeccionó su obra favorita la *Historia de los árboles de Quina*; aquí comenzó otras muchas de que daremos cuenta al público en ocasion mas favorable... Podemos afirmar que ningun mortal ha conocido mejor el género Cinchona y sus especies. En 1772 descubrió una de estas plantas preciosas en el monte de Tena, á seis leguas de esta capital. La envidia, la rivalidad podrán fascinar á los incautos y al público sobre el verdadero autor de este importante descubrimiento; pero su familia, los que hemos tenido la dicha de oirlo, y de ver las pruebas irrefragables en que apoya la verdad de este hecho, no podemos dejar de admirar la modestia y el sufrimiento de este hombre virtuoso. Pero ya llegó el tiempo de que su familia desengañe al público, de que presente las pruebas victoriosas de su hallazgo, que responda á las injurias, y haga callar á sus enemigos. El respeto que debiamos á nuestro director, el precepto que teniamos de callar nos ha mantenido en un silencio forzado y doloroso. En un escrito que preparamos se desengañarán los envidiosos de su gloria, y los rivales del nombre de Mutis se arrepentirán mas de una vez de haber lanzado tantas injurias contra este sábio pacífico y cristiano.... Apenas se aseguró de la legitimidad de la especie que habia hallado, comenzó á solicitar otras. No paró aquí: las virtudes de cada una le llamaron toda su atencion. Como medico la aplicó y nos ha dejado los mas preciosos descubrimientos para restablecer nuestra salud.... Poco contento con ser un botánico adocenado y nomenclador, llevó sus miras ácia la parte filosófica de esta ciencia. El formó algunas familias, él halló secretos preciosos sobre la poligamia, y él ha introducido en la botanica por caracteres invariables la distincion de sus apotelogamnias.... No se crea que Mutis solo puede figurar

al lado de Linne y de Jussieu. Su alma grande abrazó tambien el cálculo, la astronomía y la física. Esta ciencia le debe un descubrimiento precioso. Algunos sábios europeos habian sospechado que la Luna debia tener una influencia directa sobre las variaciones del barómetro como la tiene sobre las aguas del Océano.... Pero mal situados, no pudieron decidir satisfactoriamente sobre este punto. Mutis, en el corazon de la zona ardiente, y á 4 grados y medio de latitud ha llevado esta materia á tal punto de certidumbre que ya no se puede dudar sin obstinacion... Este sábio recibió en el Ministerio del Excelentísimo Señor Marques de Sonora instrumentos astronómicos, y en 1802 erigió el observatorio que hoy decora la capital, y en que ha tres años se verifican todas las observaciones de que son capaces los instrumentos que posee. Los curiosos pueden ver el número 7 del Semanario en donde hallarán una descripcion completa de este bello establecimiento.... El nos ha dejado manuscritos sobre las plantas, sobre la meteorologia, sobre minas, un herbario que asciende á 2000 plantas, mas de 5000 láminas de nuestras plantas, un semillero, una coleccion de maderas, de conchas, de minerales, de pieles, y una série de cuadros al óleo en que están representados los animales del nuevo Reino al natural, y con sus propios colores. Si se realiza su última voluntad; si se llevan á efecto sus deseos, verá el Reino un Museo en que renazcan las ciencias y los conocimientos útiles. He aquí un bosquejo de lo que fué Mutis como botánico, como naturalista, como fisico y como astrónomo.... Su corazon, sus sentimientos y sus virtudes son demasiado notorias. El supo reunir la ciencia de Linne á la de los Santos. Nosotros apelamos al testimonio de los enfermos, de los pobres, y de las per-

sonas virtuosas que lo trataron de cerca. Su muerte fue preciosa á los ojos del Señor. Descansando sobre el testimonio de su conciencia, y sobre 77 años de virtud vió llegar su fin con tranquilidad. Sus últimos dias se emplearon en organizar sus cosas temporales, y en dar lecciones de virtud á su familia. Himnos, oraciones llenas de caridad y de uncion fueron sus últimas acciones.... ¡Alma grande de nuestro director, recibe este primer testimonio de respeto y de amor que te consagra tu familia en el seno de las lágrimas y del dolor!

PARTE PRIMERA.

Errores inevitables en el uso de la Quina mientras subsistan ignoradas y confundidas sus especies.

Nemo amplius miretur si inter plebem adhuc adversus corticem præjudicia fiant; et Medici vires ejusdem minus perspectas habeant; atque non nulli eorum sententiam minus æquam de eo adhuc proferre soleant.

Morton Pyretolog. Cap. VIII.

Al inestimable tesoro de la Quina, con que Dios ha enriquecido los Dominios del Monarca Español en América, cuyas minas y demas preciosas producciones interesan menos á la humanidad, le ha bastado ser tesoro de la España para sufrir la comun suerte de todas sus riquezas naturales y literarias. Los propios y los estraños han conspirado por rumbos diversos á su ruina y esterminio, sin advertir los altos designios de la Divina Providencia empeñada en mantener el crédito, exâltacion y abundancia del preciosísimo remedio que nos ha franqueado.

Omitiendo por muy sabida la historia de un tan feliz descubrimiento, se dirigen estas reflexîones á otros tal vez no menos importantes, *corriendo los velos que han ocultado los conocimientos científicos de la Quina, y las reglas de su mejor uso.* Imploramos la imparcialidad de los sabios Facultativos en el exâmen de estos hallazgos conseguidos en el suelo nativo del específico por una dilatada série de años, que ha sido necesario consumir hasta poder combinar las esperiencias y observaciones, al

paso de irnos desprendiendo de las anteriores ideas y algunas preocupaciones concebidas en Europa. Si por fortuna fuesen tan verdaderos y ventajosos al progreso de la medicina y beneficio de los hombres, como pensamos, ¡felices los momentos empleados en ayudar á los desvelos de nuestros comprofesores! ¡feliz humanidad socorrida en nuestro siglo por el patriotismo de profesores beneméritos; desterrados los resabios del espíritu de contradiccion que reinaba en los siglos anteriores!

I. Vindicada y bien probada, despues de pocos años de su feliz descubrimiento, la maravillosa eficacia de la Quina en las calenturas intermitentes contra el torrente de sus poderosos contrarios, se despertó en el comercio la insaciable codicia de su tráfico. Siguióse á ésta el desórden compañero inseparable en individuos que emprenden sus negociaciones sin reglas, gobernados por su interes, y solo astutos en disputarse la preferencia. Jamas habian llegado á los pies del trono los clamores para contener la confusion de este ramo comerciable, y precaver el esterminio de un genero tan precioso, hasta el momento en que se creyó inevitable su ruina. Desde aquel mismo instante comenzó el Ministerio á desvelarse por la causa pública, dirigiendo sus providencias con la madura lentitud que acostumbra, y todavia lo detiene la gravedad del ramo mas complicado por todos sus aspectos.

A la verdad, despues del dilatado espacio de medio siglo en que se repiten los clamores, y se multiplican las providencias ministeriales á los gefes de América, testigos oculares y justificados denunciadores de la ruina y desordenes con que se practicaban los acopios y comercio de la Quina; se halla todavia este ramo envuelto en las densísimas tinieblas que ha esparcido la interminable diversidad de dictamenes tan encontrados y opuestos entre facultativos y negociantes, que no sabe á que atenerse la ilustracion del Ministerio.

El público ignora los desvelos del Ministerio por su causa, y aun son pocos los que saben la proteccion declarada del Augusto Cárlos III á todas las providencias de este ramo (*a*). Algunos conocen todavia que á pesar de los vivísimos anhelos de aquel piadosísimo Monarca, cuya real generosidad hizo menos doloroso á sus vasallos el cruel azote de las repetidas epidemias, y cuyas reales intenciones parecen se dirigian á dejar vinculada en su real descendencia la perpetua donacion del remedio en semejantes calamidades, y juntamente afianzados á la humanidad de todos los siglos y naciones los mas bien meditados establecimientos de su esportacion á Europa, deben subsistir la inevitable irresolucion y detenido exâmen que gobiernan las serias providencias del Ministerio Español.

¿Qué pueden adelantar los clamores de la humanidad, ni las quejas de las personas imparciales por ver de una vez decidido el ramo mas interesante á la conservacion de los mortales, si los mismos profesores, que igualmente lo desean, por una fatal necesidad y sin querer han aglomerado los obstáculos? ¿Qué puede adelantar en este punto toda la ilustracion del Ministerio? Por fortuna parece llegado el tiempo en que los profesores podamos contribuir á sus benéficas intenciones, desvaneciendo las principales dificultades, que no siendo de su esfera, debian entretanto mantenerlo en su invencible irresolucion.

II. Las diversas opiniones sobre la eleccion de la mejor Quina; los pareceres opuestos en el reconocimiento de una misma remesa sacada de unos mismos mon-

(*a*) En varias notas que me propongo añadir á esta obra pondré las mas principales que S. M. ha dictado en beneficio de este ramo, y su hijo Cárlos IV, de feliz memoria; tanto las que se espidieron por el Ministerio de Indias como las que se continuaron por el de Hacienda por adonde corrió este ramo desde 1790. *N. E.*

tes, y tambien las dudas de su legitimidad quando se remite de otras Provincias sin mas diferencia que algunas variedades accidentales, que nada quitan ni ponen á la bondad del remedio, egercitan continuamente la paciencia de los cosecheros de América, arriesgan los intereses de los empleados en su tráfico, y aniquilan inútilmente nuestras selvas. Prevalece por temporadas una especie de Quina con absoluto desprecio de todas las anteriores bien admitidas, para sufrir en lo sucesivo igual desgracia; hoy prevalece una suerte y mañana otra; domina el canutillo; luego se prefiere la caña delgada, y en nuestros dias volvió á prevalecer el cortezon como á los principios.

Sin salir nunca de tan pequeño círculo todos los clamores se reducen siempre á suspirar por la que llaman *mejor*, sin indicar las señales ciertas de preferencia, nombrándola únicamente con el distintivo de *Quina de Loxa*. En llevando este sobrescrito se admite por excelente; y si no corresponden los favorables efectos, se buscan otras escusas que dejen á salvo el concepto de su renombre. Es necesario cegarse de propósito para no haber advertido que de aquellos mismos montes salieron las diversas suertes y especies que han motivado la confusion por mas de un siglo, hasta que posteriormente se ampliaron los límites en que se creia encerrada esta preciosa produccion.

Con motivo de estos posteriores descubrimientos y el crédito del remedio entre muchos profesores, se multiplican las remesas, en cuyo reconocimiento, si se continúa procediendo como hasta aquí por los principios indirectos, que á falta de otros mas directos emplean los profesores y los llamados inteligentes en el giro de este ramo, se agotarán caudales, y se arrasarán nuestros montes cuando acabemos de salir del recelo en que nos tenia la escasez del específico. Una esperiencia continuada nos hace prever la ruina total de la rarísima Qui-

na primitiva; aunque por otra parte se ocurra con mano poderosa á los últimos arbitrios de acotar los montes, ó propagar de intento los plantíos de estos árboles.

Todas nuestras reflexiones conspiran á demostrar, que ninguna providencia será suficiente á remediar en lo sucesivo las quejas del público tan justamente interesado en la conservacion de su salud: ni satisfacer á los vivísimos deseos de un Monarca, que heredando con el trono las virtudes de su Augusto Padre, estiende su soberana proteccion á todos los ramos de beneficencia pública, mientras no se enmienden los inevitables errores del anterior sistema. Ninguna providencia podrá ser estable, como lo desea su ilustrado Ministerio, mientras no concuerden los dictámenes de los distinguidos profesores, que deben suministrar en este punto las luces tan necesarias para el acierto de sus resoluciones.

No recelemos confesar, pues á ello nos obligan las esperiencias de siglo y medio, la escasez de nuestros conocimientos anteriores en un punto, en que la flaqueza de la condicion humana, ó mas bien los inescrutables designios de la Divina Providencia no han permitido que consiguieramos de una vez los innumerables beneficios de la Quina. Mudemos del sistema que ha ocasionado tantas ruinas. Convengamos de una vez en los conocimientos científicos que deben preceder al reconocimiento y exámen que se practica en Europa por la corteza, y por las resultas de su aplicacion: medios precarios, absolutamente falibles, y siempre perjudiciales á la causa pública, al crédito del remedio y á la reputacion de los mismos profesores.

III. Nada pudo saberse fundamentalmente en Europa acerca de la legitimidad de la Quina primitiva, ignorándose su verdadero carácter genérico con la descripcion completa de aquella especie, y de todas las otras, que se mantienen confundidas con el nombre de *Cinchona Oficinal* entre los botánicos, y el de *Quina ó*

Cascarilla (*) entre los médicos, boticarios y comerciantes. Los primeros rasgos científicos del sábio astrónomo La Condamine dejaron mucho que desear al inmortal Linneo hasta el año de 64 en que algo mas satisfecho por mis noticias y esqueletos de la especie, que corria entonces en el comercio, enmendó el antiguo carácter en la siguiente edicion del sistema; haciéndome sucesivamente sus preguntas sobre este precioso árbol.

Desde mi llegada á la capital de Santa Fé á principios de 61 tomé alguna instruccion botánica de este género por los esqueletos de la especie corriente, que me regaló el erudito Santistéban, superintendente de

(*) Ya no se usan los antiguos nombres Gannaperide y Quarango; y seria mejor olvidar el de Cascarilla aplicado á otro recomendable remedio introducido en las boticas, si hemos de hablar con propiedad y queremos evitar equivocaciones (*a*). Algunos egemplares las comprueban; y lo peor es que tomando por Cascarilla, llamada tambien falsa canela, la Corteza de la Wintera granadensis, que lleva el nombre de *Canela de Paramo* en estos paises, y reincidiendo en la primera equivocacion de ser un mismo remedio Quina ó Cascarilla; se creyó en la provincia de Quito haber descubierto una nueva especie de Quina. Habiéndosela remitido al virey de este Reyno en el año de 70, y exâminándola yo de su órden procuré desimpresionarlo y deshacer esta perjudicial equivocacion. Puede tenerse por cierto que no solo en nuestros tiempos, sino tambien en los anteriores han pasado á Europa estas Cortezas con el nombre de Quina ó Cascarilla; pues se indica su propiedad sobresaliente en los autores de drogas medicinales llamándola *Kinakina Urens*, carácter que perfectamente cuadra á la Wintera granadensis.

(*a*) Todavia se usa por algunos facultativos antiguos el nombre de Quarango; pero por lo tocante al nombre de *Cascarilla* estamos ya enterados de que este es el nombre genérico que dan los cosecheros y comerciantes á las quinas finas de Loxa y de los montes de la presidencia de Quito; pues la corteza del Croton chacarilla de Linneo; con que teme justamente el doctor Mutis ver confundidas las Quinas, la llamamos ya *Chacarila* solamente, ó cuando mas *Quina aromática*, y hemos desterrado en nuestra sinonimia farmacéutica el nombre abusivo y equívoco de cascarilla para significar esta nueva corteza. *N. E.*

la real casa de moneda, cuyas conferencias y manuscritos me impusieron en todo lo perteneciente al tráfico de este ramo. Habia sido comisionado dicho señor nueve años antes por el virey Marques del Villar de órden del Rey para trasladarse á Loxa á fin de investigar los desórdenes de este comercio, y proponer los medios de remover los perjuicios ocasionados á la causa pública. De esta comision competentemente evacuada en lo político (*a*), segun lo permitian las circunstancias de aquel tiempo, comienza la época de todas las

(*a*) Destruidos los montes de Loxa por la sáca continua é indiscreta de los cosecheros de quinas, propuso dicho Santistéban el estanco de la Quina, y acotamiento de los montes de Loxa para el servicio de la real botica y de las demas del reyno. Los vireyes de Santa Fé, Marques del Villar, Don Pedro Mejía de la Cerda y Don Manuel Quirós apoyaron el pensamiento. Los fiscales del Consejo de Indias esforzaron las razones del superintendente Santistéban, y apoyaron tambien el estanco de la Quina fundados en razones de derecho, de conveniencia al Real Erario, y á la salud pública. El Consejo de Indias á consulta de 1775 pidió que informasen los vireyes de Santa Fé y Lima. Los del arzobispo virey de Santa Fé se contrageron á los de su arzobispado solamente, ponderando las ventajas de esta medida. Los del presidente de Quito el Señor Pizarro digeron lo mismo, añadiendo la necesidad que habia de acotar los montes de Cuenca, Jaen, Guaranda y Loxa que estaban destruidos, lo que tuvo efecto años despues; pero no se verificó el estanco proyectado por haberse opuesto aunque con débiles razones, á mi entender, el visitador Escovedo, el fiscal de la Audiencia y el Consulado de aquel reyno; pues las principales solo estribaban en la soñada pérdida de 500ⓟ pesos anuales que sufria el comercio de Lima, á quien tendria que privar la Real Hacienda por un millon de libras de Quina anuales que estraia de Lima á razon de cuatro reales libra. Pero las razones espuestas en contra por el Sumiller de Corps, Marques de Valdecarzana, fueron las de mayor peso para el Ministerio de Indias, porque S. E. trataba con preferencia al estanco, el surtimiento de la real botica con abundante Quina de Loxa y de los montes de Uritusinga que la daban esquisita, y surtir con el sobrante las boticas del reyno; para lo cual meditaba establecer una comision de un corregidor y un botánico. Este proyecto apoyado por los boticarios de Cámara se llevó á efecto, como diré despues; mandando S. M. en consecuencia que por entonces no se tratase mas del estanco de la Quina. *N. E.*

providencias ministeriales sobre el ramo de la Quina; subsistiendo en lo científico, en que no podia hacer progresos el comisionado, todas las tinieblas anteriores.

Me uní yo tambien á sus patrióticos deseos; y desde entonces con su acuerdo comencé á poner en movimiento el plan de la real administracion de la Quina; promoviéndolo á diversas temporadas segun la oportunidad por la inmediacion que he logrado, y el concepto que he merecido á los supremos gefes de este reyno. Con este motivo, con el de mi aficion al específico en el egercicio práctico de la Medicina, en que por su medio he conseguido algunos estraordinarios aciertos; y tambien inflamado por las encarecidas preguntas de aquel inmortal Botánico, prevalecieron en mí los deseos de sondear el abismo en que me tenia detenido la eleccion de los mejores prácticos. Cambié de senda, consultando solamente á la naturaleza; solicitando el descubrimiento de estos preciosos árboles, y haciendo á mis solas las observaciones y esperiencias (*) hasta completar finalmente mis conocimientos de este género en Botánica y Medicina, á fuerza de tiempo y constancia; mientras observaba las tinieblas de Europa en este ramo.

IV. Algo mas limados los caractéres genéricos de la Quina por una sola especie, pero distinta de la que publicó La Condamine en su memoria; en vez de adelantar, se confundian los Botánicos en el discernimiento de las especies por el reconocimiento empírico de la Corteza, de que allí no se trata. Tampoco podian asegurarse de la verdadera diversidad; atribuyendo mas bien

(*) Mi dilatada mansion de 17 años, interpolados en los 30 que cuento en este reyno, retirado á los desiertos Minerales de Plamplona é Ibagué, y posteriormente á esta ciudad solitaria de Mariquita; me ha proporcionado el descubrimiento de las siete especies de Quina, la oportunidad de su aplicacion y las reflexîones que dificilmente se maduran en las ciudades populosas, donde la práctica tumultuaria ocupa todo el tiempo sin dar lugar á profundas meditaciones.

á meras variedades de la estacion ó del clima los caracteres esteriores de las muchas cortezas, que por épocas alternadas han pasado en las remesas con el nombre general de Quina (*a*). Era ciertamente muy dificil, por las causas que espondremos, fijar sus caracteres exteriores á pesar de su estabilidad y constancia: de modo que toda la ciencia práctica de los llamados inteligentes en este comercio se ha mantenido reducida á los estrechos límites de ciertas grietas transversales, el color prieto del envés manchado á trechos de blanco ceniciento, señales de preferencia en la llamada entre los cosecheros *pata de gallinazo*, y fractura vidriosa sin filamentos. Tales son los principios de un sistema el mas falible y perdido que pudo imaginarse; y tal ha sido el sistema, que, ocasionando algunas veces la fortuna y ruina de muchos interesados, contribuyó siempre á la destruccion de los montes de América. Por lo mismo debió mirarse con suma desconfianza, reputándolo por menos tolerable que las deducciones hechas por los principios científicos de la Química, que en este punto sufren tambien sus limitaciones (*b*).

De tal origen debieron dimanar las dudas de siglo y medio; debieron resultar las alternadas preferencias en las remesas; y finalmente resultarán las pésimas equivocaciones de introducir por Quina en el comercio la llamada de Guayana, si fuere la misma que de oficio se me ha remitido dos veces para su reconocimiento, ó que absolutamente se desconozca la verdadera es-

(*a*) Yo mismo he quemado en la real botica porciones grandes de unas cortezas arrolladas y lustrosas que se guardaban en los sótanos de Palacio con nombre de Quina desde el tiempo del Conde de Lerena, que por inútil se condenó por los boticarios de S. M. á ser empleada por leña para los alambiques. *N. E.*

(*b*) En aquel tiempo nada cierto se podia deducir del analisis química, y para mí tan malo era un sistema como otro. Pero ya ha mudado de aspecto el órden y método de analizar las Quinas, el cual es ya tan exâcto que por él se puede discernir su buena ó mala calidad, como tendré ocasion de manifestar en otras notas. *N. E.*

pecie primitiva, si por casualidad ó de intento se remite raspado su reverso.

Así acaba de suceder positivamente. Se intitula Quina la corteza de Guayana; y se desconoce la primitiva, cuya partida conducida por Buenos-Ayres, acopiada en el interior de la provincia de la Paz, recomendada por Quina legítima, hubiera sufrido la suerte de sus compañeras, si en la piedra de toque que suele ser su administracion á los enfermos, hubiese intervenido alguna contraria casualidad. Por fortuna produjo favorables efectos, y esto bastó para ser rescatada en las urgencias de la última epidémia por la generosidad del Augusto Cárlos III al subido precio que le puso su dueño (*a*). Conservo la pequeña muestra que, á continuacion de otras anteriores, se me ha remitido de Cádiz; advirtiéndome

(*a*) En la epidemia que afligió á las Castillas en el año de 88 al 89 mandó S. M. distribuir de su real botica mas de cien mil libras de Quina que se repartieron á los reverendos obispos, y éstos á los párrocos. Yo mismo tomé de esta Quina siendo niño, pero como la distribuian en rama era dificil que los enfermos, como á mí me sucedió, la tomasen bien pulverizada. En el espediente general de Quinas que he visto original, y del que haré mencion muchas veces, consta que se esperimentaron felices resultados; bien que la munificencia del Soberano hubiera sido mas eficaz si la hubieran distribuido en polvo fino; pero su real botica no estaba en aquel tiempo montada en el pie tan brillante como despues la puso Cárlos IV, de feliz memoria, en el que hubiera sido fácil moler Quina para toda la España; porque ademas de la magnificencia de las tres piezas principales, botica, gabinete y librería, vestidas con magníficos estantes, columnas, pilastras de órden jónico, cajoneria de caoba maciza y jarrones, con sus puertas de cristales planos de grande estension con zócalos y figuras de escultura del famoso Berruguete; adornados sus techos de primorosos bajos relievès de estuco dorados, y pinturas de sobresaliente mérito egecutadas por los pintores de Cámara de S. M.: sus pavimentos de mármoles de Granada pulimentados de varios y bien ajustados colores, y una magnífica fuente de esquisito mármol blanco con cuatro caños dorados y con toda la servidumbre de plata, por lo que era la admiracion de los embajadores y de otros estrangeros que concurrian á verla atraidos de la fama pública; como tambien de tres grandes labatorios, cuatro almacenes, un herbario con buena cajonería, un molino para moler solamente la Quina, y otras

haber correspondido sus saludables efectos á los elogios con que iba recomendada; pero añadiendo que desde luego se tenia en el comercio por especie nueva en-

piezas con doce fuentes para el servicio y buen desempeño de tan vastas obligaciones, con un jardin botánico provisto de todas las plantas oficinales indigenas; tenia S. M. para regir y gobernar este grande y costoso establecimiento una corporacion respetable de profesores de Farmacia, acreditados de los mas sobresalientes por la rigorosa oposicion que hacian á su ingreso en ella, compuesta de un boticario mayor, diez y ocho boticarios de Cámara y dos ayudantes, condecorados todos con grado mayor en la referida facultad, y catorce dependientes ordinarios para el servicio de los laboratorios y de otros departamentos. Estos individuos componian un establecimiento científico, único en la Europa, en que se gastaban en 1808, sin contar los sueldos, cincuenta mil reales mensuales para compra de drogas y demas géneros simples, y trescientas arrobas de Quina, que ya en polvo, ya en estracto, en tintura y en rama se gastaban anualmente. En el año de 1788 ya se graduaba el gasto de Quina en cien arrobas anuales, inclusas veinte que S. M. regalaba á las cortes estrangeras, escogida en su real botica caña por caña como producto esclusivo de sus reales dominios; y para asegurar la recoleccion, empaque y remesa de tanta cantidad para el surtimiento de la real botica; y para que ésta fuese de la misma calidad que la que criaban los montes de Loxa en que se interesaba la salud de S. M. y la de toda su servidumbre, se formó en 1790 un reglamento con 17 artículos, que tenian por objeto conservar los montes de Loxa que se hallaban destruidos, hacer nuevos plantíos, colectar cuantas Quinas finas se criaban en los montes de Loxa y demas comprehendidos en la presidencia de Quito, para el surtimiento de la real botica, y el resto para el gasto de las demas del reyno, á quienes deberia venderse por cuenta de la real hacienda. Para la egecucion de esta comision nombró S. M. para corregidor de Loxa á Don Tomas Ruiz de Quevedo, y para botánico-químico á Don Vicente Olmedo: el primero con mil pesos de renta anuales, ademas de mil y quinientos ducados de plata asignados al empleo de corregidor, y otros mil pesos al botánico, con otros mil á cada uno de ayuda de costa por todo el tiempo que estuviesen fuera de Loxa con motivo de su comision. Estos comisionados enviaron la primera remesa de cien arrobas de Quina en 25 cajones el año de 1792, conforme á la instruccion que se les dió, la que mereció la aprobacion de los boticarios del Rey, quienes informaron al Ministerio ser la mejor que habia venido á la real botica: la segunda llegó en 1793 tan buena como la primera; la tercera correspondiente al año de 94 sufrió mil averias,

teramente desconocida, y tal vez perteneciente á género nuevo en Botánica (*a*).

Lo mismo estará sucediendo para que sufra la humanidad por otra temporada segun preveo por los acopios de Barinas; cuya Corteza, si fuese del árbol que

y se recibió por la fragata Aurora: toda esta cantidad de Quina, que guardaba proporcion con el de los demas artículos medicinales, la consumian solamente los criados de casa real y las mugeres é hijos de los de las reales caballerizas, á quienes S. M. Cárlos IV concedió esta gracia por razon de su corto sueldo; pero luego que el Rey estendió el uso de medicinas de su real botica en 1804 á las mugeres é hijos de todos sus criados, como tambien á los de los individuos de otros departamentos, como v. gr. el Buen-Retiro, la fábrica de la China, casa de campo, jardin botánico, secretarías del despacho, correos de gabinete, real biblioteca, gabinete de historia natural, y mas de doce comunidades religiosas de ambos sexôs, que en todos componian la suma de veinte mil almas con derecho al disfrute de la real botica, el consumo de la Quina no tuvo ya desde entonces límites conocidos, pues aunque las remesas de los años 1795, 96, 97 y 98 no fueron periódicas por la detencion que sufrieron en Lima por causa de la guerra con los ingleses, las órdenes tan terminantes que se dieron al virey del Perú para que las remitiese repartidas entre todos los buques que viniesen a España, hicieron llegar muchas arrobas en varias partidas, una de 150 cajones al puerto de Vigo, y otra de nueve mil libras por la fragata Aurora, toda la cual se gastó en la real botica, sin que pudiese venderse ni una sola libra por cuenta de la real Hacienda á las boticas del reyno, como estaba mandado por S. M.; y solo se redujo á dar anualmente ocho arrobas para surtimiento de la botica del real sitio de la Granja, otras tantas para la de Aranjuez, y algunas mas distribuidas en limosnas de dos, cuatro y seis libras por mano de los Sumilleres de Corps á varios hospitales particulares y comunidades religiosas. Esta larga digresion me la perdonarán los lectores porque se dirige á probar que el ramo de la Quina ha ocupado muchos años la munificencia de S. M. Cárlos IV por medio del Ministerio de Indias, y despues por el de Hacienda donde radicó por órden de S. M. desde el año de 1790. *N. E.*

(*a*) Y tenian razon para decirlo; porque esta es la Quina que trajo en 1787 por primera vez á España Rubin de Celis, tan distinta de los de la presidencia de Quito que parece realmente especie distinta; pero aprobada y elogiada por los boticarios del Rey, se le compró por la real Hacienda toda la partida, y surtió buenos efectos segun los informes del Sumiller. *N. E.*

reconocí por esqueleto en el año de 74, ó de semejantes Cortezas á las remitidas de oficio en 78 y 88, desde luego aseguro que aunque sea remedio muy recomendable en la Medicina, dista mucho de ser Quina legítima, y probablemente destituida de las preciosas y peculiares virtudes que caracterizan á todas las especies oficinales del género Cinchona.

Estos hechos recientes, á imitacion de muchos otros acaecidos en siglo y medio, prueban la fálibilidad de los principios que gobiernan en el reconocimiento del remedio mas necesario en el egercicio práctico de la Medicina. Tan cierto será que ni el sistema de los inteligentes en su comercio, que han desconocido la de la Paz, y han admitido contra sus principios la de Guayana; ni el de los Farmacéuticos y Médicos, gobernados estos por el éxîto feliz o infausto de su aplicacion á los enfermos, segun las reglas comunes, que mucho mas exîgen la universal reforma; y aquellos por sus exâmenes mejor fundados en el esterior de las Cortezas, y las luces que suministran los ensayos químicos: tan cierto será que por tales principios jamas podrán fijarse los conocimientos del verdadero género de una planta, ni de sus especies. Y como en tales casos directamente se pregunta y conviene saber si sea ó no legítima Quina, y á qué especie pertenece la Corteza que se aplaude ó vitupera; cuando no alcanzan los informes de sus virtudes, los dictámenes de los empleados en su tráfico, ni los exâmenes de los profesores, debemos ya recelar que se perpetuen las dudas y equivocaciones aumentándose los eslabones de la pesada cadena que arrastra la humanidad.

V. Otras calamidades no menos perjudiciales le amenazan en nuestros dias por parte de la Botánica. Seducidos algunos autores por la analogía de otros caracteres falibles se han figurado nuevas Quinas, publicándolas en sus obras como especies legitimas de este género. Si todas las anunciadas, y las que puedan ir re-

sultando de tales principios llegaran á introducirse y prevalecer en el comercio por alguna temporada en fuerza de los elogios del eminente amargo, que es otra regla engañosa con que pretenden substituirla á la oficinal; y aun tal vez por el especioso título de su mas fácil exportacion para que á precio mas cómodo puedan comprarla los infelices enfermos de la Europa Septentrional, donde mas resuenan estos justísimos clamores, como espresamente lo persuade el célebre Botánico Jacquin; acabaria de trastornar este golpe los mejores reglamentos para el surtimiento universal de las Quinas legítimas.

Semejantes calamidades exîgen con instancia un exâmen científico por parte de la Botánica, y otro no menos imparcial por parte de la Medicina para suministrar al Ministerio las luces que necesita de los profesores. Sin estos prévios conocimientos jamas podrán prosperar las benéficas ideas dirigidas á proyectar los mas sólidos y bien arreglados establecimientos dignos de la Magestad Católica para asegurar la buena fé y equitativo precio con que debe girar este género, segun los reclama el bien de la humanidad, y á su nombre los promueven todas las personas imparciales y bien intencionadas (*a*).

Por tanto, no debemos disimular que ni la Botánica con toda la estension de luces que le suministran los mejores sistemas del siglo, pudo exîmirse de unas equivocaciones tan perjudiciales á la salud pública. Los célebres Botánicos y felicísimos viageros Jacquin, los Forsters con Sparrman, y recientemente Swartz han publicado sus descubrimientos de Quina. Jacquin en su instructiva y grande obra de Plantas de América desde el año de 63 propuso la *Quina Caribæa* con la figura del fruto, confirmándola posteriormente en el segundo volúmen de sus observaciones dado á luz en 67, y acompañando su antigua descripcion con la lámina

(*a*) Véase el prólogo donde hago mencion de una memoria que presenté al ministerio de hacienda, en que se aseguraba el cumplimiento de este digno objeto. *N. E.*

completa. La compañía de los Forsters halló en las Islas Tongatabu y Eaoowe del Mar pacífico, cultivados los arbolitos de la *Quina Corymbifera*, cuya descripcion remitió el hijo Forster en el año 75 al caballero Cárlos Linneo entre las demas descripciones de su Decada, acompañada de láminas, que omitió publicar la Academia de Upsal por la estrechez del tiempo, como se refiere á las páginas 171 y 172 del prólogo que antecede á esta Decada en el volúmen tercero de sus nuevas actas. Ultimamente otro mas moderno viagero sueco de mérito sobresaliente Olao Swartz en el segundo trimestre de 87 en las memorias de la Academia de Stockolmo acaba de comunicarnos la *Quina angustifolia*, bien descripta y representada en la hermosa lámina con que acompaña su descripcion.

Todas estas Quinas se van introduciendo por principios sistemáticos antes de haberse fijado bien el verdadero carácter esencial del género. Posteriormente se han admitido las dos primeras en el sistema vegetal de la última edicion XIV, á pesar del dictámen de su inmortal autor, inclinado siempre á escluir la Caribæa de Jacquin, y por la misma razon hubiera rechazado la de Swartz, siendo tan semejante á la anterior que deben militar bajo de un mismo género diverso del de Quina. Y aunque no puedo adivinar lo que pensaria Linneo el padre acerca de la publicada por los Forsters, y admitida en el suplemento, en que mucho pertenece á los dictámenes propios de Linneo el hijo; deben escluirse todas á mi entender de un género naturalísimo sellado en sus legítimas especies con ciertos caractéres, y una traza comun que las hacen conocidísimas á la primera vista de cualquiera Botánico familiarizado con estos árboles.

Tenemos tambien anunciada entre los Botánicos otra especie de Quina de las Indias Orientales por el célebre viagero Konig, cuya irreparable pérdida nos dejará tal vez desconocido por largo tiempo este precio-

so árbol, á quien atribuye el orígen de la tierra japonica, segun podemos colegir de las noticias comunicadas por el mismo Konig al ilustre Botánico Retz, y publicadas en el prefacio de su *fasciculo* 4.° Nada podemos asegurar acerca de la legitimidad de esta nueva especie (*a*); pero si valen las conjeturas debemos sospechar que se haya reducido al género Cinchona con la misma equivocacion que las anteriores; sirviendo de apoyo á esta sospecha no haberse divulgado hasta la presente por alguno de los Botánicos que han visitado aquellos paises, el descubrimiento de algun árbol idéntico en su Corteza á los del Perú, ni haberse podido hacer la reduccion de las legítimas especies, ignorados el caracter esencial, y la traza comun á todas nuestras Quinas.

VI. Habiendo pues llegado la ocasion de publicar mis particulares descubrimientos sobre Quinas; manifestaré los conocimientos adquiridos en mi larga mansion en esta parte de América, en que la suerte me ha proporcionado como Botánico descubrir estos árboles, donde se ignoraba su exîstencia; distinguir sus legítimas especies y variedades de otros inmediatos géneros tambien nuevos: y como Médico separar las especies oficinales de las otras menos virtuosas, aunque legítimas del género; exâminar las virtudes eminentes de las primeras, y familiarizarme con el uso prodigioso de todas las especies de Quina, cuando apenas se hallaba el remedio en las Boticas, por el horror que le tenian generalmente médicos y pacientes, en algunas pequeñas porciones traidas de la provincia de Loxa.

En correspondencia de mis rectas intenciones y sincerísimos deseos por el bien de la humanidad, debo

(*a*) Si es cierta la noticia de Konig de que esta especie de Quina da orígen á la tierra japonica, ó Catechu, no se necesita mas prueba para asegurar que no es especie de Quina, sino una especie del género mimosa. *N. E.*

prometerme de la generosidad de los sábios profesores, que llevarán á bien se les descubra el origen principal y algunas de las muchas causas que han influido en los errores inculpablemente cometidos por la ciega aplicacion de esta Corteza en el egercicio práctico de la medicina por siglo y medio. Todos los Facultativos imparciales habrán advertido la insuficiencia de los conocimientos anteriores por el hecho mismo de no haberse podido concordar sus dictámenes en tan dilatados años; sobrado tiempo para que haya sufrido la humanidad mas de lo que debió prometerse desde la felíz época de tan heróico descubrimiento; repitiéndose inculpablemente los errores que perpetúan los dicterios contra este segundo árbol de la vida, al mismo paso que han retardado los elogios debidos á su mejor aplicacion.

Ignorada hasta la presente época la diversidad de siete especies realmente distintas (*) que con sus res-

(*) Aunque los autores que tratan de propósito sobre el conocimiento de las drogas medicinales, ó algunos viageros hablando especialmente de Quina, como el cirujano escocés Guillermo Arrot, La Condamine y nuestro Don Antonio de Ulloa, hayan insinuado cuatro especies, se han limitado sus conocimientos y ceñido sus expresiones en este punto á la sencilla enumeracion hecha por nuestros cosecheros, como se infiere sin violencia de todo el contesto de sus relaciones. En el concepto de estos, y en el de los autores que han tomado de aquellos los términos de acanelada, amarilla, roja y blanca, equivale su sentido al de suertes ó calidades de Quinas mas ó menos apreciables por ciertas circunstancias, que sería lo mismo que decir variedades en idioma científico: y por consiguiente no se han esplicado en el rigoroso sentido de especies realmente distintas con caractéres especiales, que entienden solamente los botánicos. Ni cómo podian explicarse de otro modo cuando los facultativos mas instruidos en el ramo de drogas medicinales, y especialmente aquellos á quienes la real Academia de ciencias de París cometió el exâmen de la llamada propiamente Cascarilla, como se refiere á la página 67 del volúmen perteneciente al año de 1719 se explican en estos términos: "tiene tanta semejanza con la Quina, que contándose á la presente hasta seis especies, se incluye por séptima la Cascarilla"; donde advertimos dos errores, uno, el aumento de seis especies, y otro el incluir

pectivas variedades militan bajo el género de Quina; ignorado el número de cuatro especies legítimamente oficinales, en quienes residen virtudes eminentes, de su propia esfera, y el de tres especies de menor eficacia en el uso vulgar á que se destinan las oficinales: ignorados absolutamente estos esencialísimos y prévios conocimientos, á nadie podia ocurrirle el pensamiento de investigar la distincion de virtudes en cada especie. Era muy natural en el concepto errado de ser única la especie oficinal, suponer en ella una virtud universal y uniforme con su eficacia respectiva á toeas las enfermedades en que se ordena el remedio. Se atribuia siempre su mayor ó menor actividad á la bondad de la Corteza, sin haberse podido descubrir en qué consistia esta *bondad*; pero creyéndose firmemente que una misma Quina, con tal que fuese la *mas selecta* debia aplicarse con igual confianza contra las calenturas intermitentes, gangrenas, supuraciones y todo el catálogo de enfermedades crónicas que nos refieren los autores.

Son ciertamente muchas las enfermedades que pueden vencer la Quina donde no alcanzan otros remedios. Tal vez mas que nunca en nuestros dias vemos aplaudido y aun ampliado el uso de esta Corteza contra el dictámen de otros prácticos, que deploran y contradicen los bienes que alegan en su favor los apasionados. Todavia debemos recelar de tales alabanzas y vituperios que igualmente prodigan los partidos, si advertimos que basta para ensalzar el remedio la esperiencia indirecta de haberse logrado favorables efectos sin haberse reparado que pudieron mas bien deberse á una

la Cascarilla entre las Quinas. En confirmacion, añadirémos que las tres nuevas especies legítimas de su género, ni aun por el pensamiento les ha pasado á nuestros cosecheros, mucho menos á los autores, contarlas entre las Quinas, ni haber jamas remitido á Europa sus Cortezas (*a*).

(*a*) Ya he dicho que estas se gastan en las oficinas con el nombre de Chacarilla, y es género muy distinto del de la Quina. *N. E.*

felíz casualidad de origen desconocido; y al contrario se han multiplicado los vituperios por los infaustos acaecimientos sin haberse conocido su orígen verdadero.

Podemos asegurar entretanto que los mismos efectos favorables y adversos por una necesidad inevitable han contribuido á obscurecer la verdadara senda. Como las esperiencias practicadas en los enfermos se hayan reputado por la última prueba ó piedra de toque para decidir de la legitimidad de la Quina, ó de la bondad de su estado, sin otros principios que asegurasen préviamente el discernimiento de la determinada especie aplicada; la falibilidad de un camino tan trillado deberá servirnos de un humilde desengaño, y suministrarnos unos prudentes recelos á vista de las interminables disputas y opuestos dictámenes en los arrogantes elogios y dicterios de un remedio, que no acaba de asegurarse el mas bien merecido, y á temporadas insinuado título de DIVINO DON de la Providencia á los mortales.

VII. Si hubiera precedido el conocimiento botánico de la primera especie de Quina llevada á Europa en la época de su descubrimiento, se hallarian desde entonces fijados sus caractéres, y determinadas las virtudes que en ella predominan. El aplauso del remedio, y la codicia de los comerciantes con la ignorancia de nuestros cosecheros, contribuyeron á un tiempo á la ruina de estos árboles, haciendo dentro de pocos años rarísima la especie primitiva que de sí es sumamente rara (*a*). Desde aquel punto por ignorancia en América, y por el vil interés de los droguistas en Europa, se comenzó á notar la mezcla del específico con algunas Cortezas

(*a*) La verdadera causa del destrozo y aniquilamiento de los montes de Loxa consiste en que los indios mestizos cosecheros de Quina son perezosos, flojos y tímidos, poco adictos al trabajo, pues con un poco de maiz y algun otro alimento frugal tienen bastante para vivir, y por todas estas causas no quieren colectar Quinas, sino al rededor de la ciudad, cuyos montes son de propietarios particulares, á distancia de ocho ó diez leguas al rededor, y de ningun modo en los montes realengos, que son los mas es-

parecidas y engañosas á los tratantes y profesores no muy versados en su discernimiento.

Posteriormente por una favorable casualidad y mera industria de nuestros cosecheros se fueron descubriendo sucesivamente otras especies legítimas del género, que entraron á ocupar el lugar y suplir el defecto de la primitiva (*a*). Era muy regular que fuesen bien admitidas en Europa por el sobrescrito comun de Quina, que todas lo llevan en su Corteza, apoyado en la semejanza de sus cualidades comunes, y en la rocomendacion de haber salido de los mismos montes de Loxa. En su confirmacion tuvo mucha parte la casualidad de producir estas nuevas Quinas algunos favorables efectos. Así se ha perpetuado este comercio, acopiando en América las partidas segun las instrucciones y muestras remitidas de Europa, variadas á cada paso segun las preocupaciones dominantes que debia producir este tráfico tumultuario.

De tan arbitrarios principios por una fatal necesi-

tensos y retirados, pues tienen mas de ochenta leguas llenas de fragosidades y malezas, y habitados de bestias y animales dañinos. Por esta poderosa causa tuvo S. M. necesidad de crear una *Mita* de cincuenta peones con exêncion de tributos para colectar Quinas finas fuera de la provincia de Loxa y en los montes interiores de ésta, adonde no querian antes ir sino los mestizos forzados, y por turno como si fuese para ir á la guerra. Desde esta época, que fue el año de 1790, se hizo metódica y sin violencia la recoleccion de Quinas finas, se estendió el círculo de su cosecha hasta el punto de poder asegurar la cantidad suficiente para toda la Europa por muchos siglos, con solo los montes de la presidencia de Quito, y cuando éstos no bastasen, con los que tiene S. M. en la América Septentrional, donde se crian las escelentes Quinas que llaman de Santa Fé. *N. E.*

(*a*) Mucho contribuyó la real espedicion botánica de la América meridional para este favorable aumento de nuevas especies que facilitaron las remesas de buenas Quinas, y disminuyeron la ocasion de que la codicia de los cosecheros llenasen sus petacas con Quinas mezcladas con bejucos y otras cortezas que no eran Quinas. *N. E.*

dad debió seguirse que ni allá conviniesen los dictámenes, ni acá pudiesen entenderse los cosecheros para contentar recíprocamente sus deseos. Aplicado el canutillo de una especie succedanea, que probaria bien sin conocerse las causas, se daba la preferencia al canutillo hasta el punto de habersé asegurado al cabo de un siglo entero, en que ha dominado esta preocupacion tradicional, que tal preferencia se hacia con conocimiento de causa; pero acaba de desmentirla la eleccion del Cortezon de la Quina roja, que se ha llegado á exâltar con entusiasmo en el último decenio (*a*). En el reconocimiento de los canutillos, que llaman primera suerte los negociantes, ni el mas versado podrá decidir la especie de Quina á que

(*a*) La Quina roja no ha sido celebrada como antídoto en igualdad de circunstancias con la primitiva Quina febrífuga, sino como específico bien probado para las calenturas pútridas; y bajo este concepto ha sido aplicada con felices resultados el año de 1789 en el hospital general de Salamanca, y en Toledo el año de 1791; pues habiendo reinado unas calenturas endémicas que afligieron á todos los curas que concurrieron al concurso que se celebró en la ciudad aquel año, no hubo uno que no esperimentase sus buenos efectos, á pesar del ínfimo precio de 16 reales libra á que se compró y de su mala traza, y no hubo uno que no se proveyese de ella para sus pueblos respectivos. El doctor Luzuriaga, célebre médico de la corte, siempre usaba de la Quina roja para las calenturas pútridas; y no hay duda que esta Quina, por ser tan estíptica, es superior para uso interno y esterno en todos los casos en que se manifestaban indicios de gangrena. En la real botica por el contrario era tan despreciada, que su nombre solo incomodó al doctor Don Luis Blet, boticario mayor de S. M., y tanto que tomó parte el Ministerio con ocasion de haber dicho los botánicos del Perú en una gazeta al tratar de un asunto puramente literario, que venian cajones de *Quina colorada* para el consumo de la real botica, mezclados con Quina de Loxa. Y así no es estraño que el doctor Mutis no supiese el concepto verdadero y los casos en que era preferido el cortezon de Quina roja á las cañas de la de Loxa; pues en la Península, y especialmente en la corte era donde las Quinas tomaban crédito ó descrédito, y estas opiniones mal esplicadas en América servian de norma á los comerciantes y cosecheros para la saca y comercio de éstas ó las otras especies de Quina que se iban descubriendo nuevamente, como dice el doctor Mutis. *N. E.*

pertenecen, gobernándose por las señales comunmente introducidas; y aun sería del todo imposible su discernimiento por el color del polvo y cualidades de la tintura, cuando van confundidas las especies en unas mismas cajas.

A no haber prevalecido por tan largo tiempo la preocupacion de preferir el canutillo, probablemente no se hubiera retardado tanto el conocimiento de las señales esteriores, con que pudieran haberse fijado los caracteres de distincion entre las cuatro especies oficinales. Entonces hubiera sido fácil entenderse los profesores, como ya se entienden aquí los cosecheros, distinguiendo y acopiando por separado las cuatro especies de Cortezas que suministran las oficinales; habiéndoles enseñado yo en estos dos últimos años el rarísimo árbol de la Quina primitiva, que no sabian distinguirlo de las otras. Tambien en Europa se ha fijado bien en estos últimos tiempos el conocimiento de la muy roja con motivo de solicitarse los cortezones muy gruesos; de modo que dificilmente podrán confundirla los comerciantes con cualesquiera Cortezas de otras especies. Notemos de paso que á pesar de esta preferencia, vuelven á revivir los deseos de la primitiva, que no tardaria en confundirse con la amarilla; y si por desgracia prevaleciese la opinion á favor de los canutillos, se repetiria la misma confusion que ha reinado hasta la época presente.

Si en el dilatado transcurso de tantos años no pudieron los profesores fijar los conocimientos de la Quina, ni convenir en sus dictámenes, probablemente recelamos que perseverando las mismas circunstancias sucedería lo mismo en los siglos posteriores, mientras no se tomasen las oportunas providencias que de órden del Rey acaba de espedir nuestro ilustrado Ministerio. Todos á una voz publican las tinieblas que reinan en el tráfico del específico hasta ponerlo en Europa, en su

reconocimiento y eleccion para la venta, y en su administracion á los enfermos. De ellas dimanan los clamores del público y las quejas de las gentes imparciales, observando las muchas preocupaciones que confirman á cada paso la falta de luces con que se ha procedido desde el tiempo de su descubrimiento hasta la época presente. Corramos de una vez el velo de este arcano.

VIII. La Divina Providencia nos ha franqueado las cuatro Quinas oficinales naranjada (*), roja, amarilla y blanca; especies realmente distintas segun las reglas botánicas, y de virtudes eminentes en su línea, deducidas de la analogía y la esperiencia.

Nos las dispensó tambien su liberalidad con indicios positivos de su abundancia relativa á sus virtudes contra las enfermedades á que deben aplicarse, equilibrando la produccion y surtimiento del remedio con nuestras necesidades, y manifestando juntamente en este inestimable beneficio aquel sello de *número*, *peso* y *medida* que descubre una *mano omnipotente* en todas sus obras.

En los tiempos inmediatos al descubrimiento circulaba en toda Europa una sola especie, que era la Quina naranjada ó primitiva, rescatada en Loxa para personas particulares ó el comercio. La sacaban del árbol nuestros cosecheros, descortezándolo hasta donde alcanzaba la mano del operario, sin aprovechar mas que los Cortezones gruesos, en los que se hallaba toda la eficacia que acreditó siempre sus maravillosos efectos.

(*) Preferimos de propósito el término *naranjada* al de *acanelada* por evitar la equivocacion en que pudiera caer nuevamente el vulgo si llegara á familiarizarse con este ultimo término, deduciendo en lo sucesivo su etimología de las cañas arrolladas en forma de canela, cuya idea ha contribuido en la preferencia de las suertes, como lo advirtió Martin Lister, cuando comenzaron ácia el último tercio del siglo pasado las alabanzas de las cañas delgadas y canutillos. Volveremos á tocar este punto en su respectivo lugar.

Consistiendo todo el primer beneficio de la Quina en secar al sol por algunos dias la corteza, guardándola despues por muchos años con ciertas precauciones hasta que reciba con el tiempo toda su generosidad, las urgencias de remitir á Europa grandes porciones, y agregada la codicia del negociante á la ignorancia de los operarios, abrieron la puerta al desórden y descrédito del remedio.

Llegaban á Europa las Cortezas por lo regular en tan mal estado como puede inferirse de las rudas operaciones de los cosecheros, y de las no menos culpables de los comerciantes. Aquellos por ahorrar tiempo, y éstos gasto, manejaban el precioso específico como si fuera destinado para tintes ó curtidos (*). Recibian las Cortezas no bien secas, y las echaban en un cuero humedo dentro de un hoyo formado en tierra, comprimiéndolas y desmenuzándolas á fuerza de pison. Esta fue por mas de un siglo la práctica de empacar la Quina reducida á fragmentos y astillas envueltas en su polvo humedo, de que resultaba llegar á Europa el específico medio podrido ó por entero; agregadas por lo comun otras causas bien conocidas en las dilatadas exportaciones de aquellos tiempos (**).

(*) No solo el vulgo de estas provincias, sino tambien algunas personas de educacion y lectura creyeron que el primer destino de nuestra Quina era para tintes; y otros con menos fundamento sospecharon el segundo; no pudiendo concebir que los enfermos llegaran á consumir tan exôrbitantes remesas.

(**) Se hacian las remesas por Payta, Panamá y Cruces para depositarlas en Portobelo y Cartagena; en cuyos almacenes, despues de tan dilatado tránsito de suelos bajos y humedos, padecian los zurrones cuantas injurias pueden imaginarse por el descuido acerca de un género reputado por inferior á los tercios de ropa y otras manufacturas conducidas de Europa en los Galeones, ó Naves de registro; hasta que finalmente despues de otro dilatado regreso se lograba la oportunidad de dirigir á Cádiz el específico, á escepcion de las grandes porciones que se estraviaban por la via del comercio ilícito en la costa del norte. En este pie subsistieron las re-

Advertidos los cosecheros de la irreparable pérdida que hicieron sus predecesores en los millares de árboles descortezados en los tiempos primitivos, comenzaron á enmendar el hierro, cortando de una vez el árbol con la fundada esperanza del retoño. Esta operacion les facilitó aprovechar tambien las cortezas de las ramas que producen las suertes llamadas Caña delgada y canutillos.

Siendo unos hechos constantes que estas cortezas tan delgadas reciben prontamente su primer beneficio, que no necesitan de tantos años como los cortezones para recibir el complemento de su actividad, y que finalmente se reponen mejor en los zurrones, comenzó prontamente á notarse esta grande diferencia. Desde entonces se creyeron preferibles las suertes de Caña delgada y canutillo, ascendiendo esta época tan á los principios que puede fijarse á los tiempos de Morton como principal promovedor de esta preferencia.

Son imponderables los daños causados en nuestros montes por esta preocupacion, sin acordarnos de los perjuicios irreparables que por la misma ha sufrido la causa pública.

Las cañas arrolladas, y mucho mas los canutillos, no presentan bien el interior de las cortezas, cuyo color propio de cada especie hubiera podido suministrar otros conocimientos mas seguros que los introducidos en la práctica de este comercio; por ser éstos últimos comunes á todas las especies de Quina.

Ibanse talando los montes al paso que se inutilizaban las remesas de la Quina primitiva; pero la industria, compañera de la necesidad, ó mas bien los desig-

mesas hasta el año de 1776 en que por real cédula se prohibió la exportacion de la Quina de las provincias de Quito por los puertos del Norte, llevándola á Europa por el Callao las naves que regresan de Lima; y en virtud de reales órdenes posteriores por Cartagena, de cuenta de S. M., toda la Quina de Santa Fé.

nios de la Providencia, hizo echar mano de la Quina roja. Es este árbol tan parecido al de la Quina primitiva á los ojos de los campesinos, que por esta semejanza es disculpable la ignorancia en no distinguir la diversidad de sus cortezas hasta el momento de introducir el cuchillo en su tronco para reconocer su cara interior.

A tan rudos conocimientos correspondia propagar entre los comerciantes la falsa idea de unas meras variedades de Quina, dotadas de mayor ó menor actividad, prescindiendo de las suertes segun el clima, elevacion de suelo, estacion y otras circunstancias locales. Al influjo de estas causas atribuian los llamados inteligentes y los profesores la variacion de señales esteriores y de sus efectos en los enfermos, cuando no podian conciliarse con el concepto de la Quina mas selecta, por la que suspiran todos sin conocerla. En esta fé, y sin otro recurso seguian las remesas de esta nueva Quina succedanea por separado, ó mezclada con los despojos de la primitiva.

De todos los acontecimientos en el órden fisico suelen redundar bienes y males, y positivamente le resultaron muy señalados á la humanidad con esta sucesion de Quinas. De la preferencia del canutillo se originó la confusion de las dos especies que ha retardado el descubrimiento de la eficacia respectiva de cada una; y este es el origen de los muchos males. Sin poderlos advertir los profesores, se sostuvo su crédito por muchos años á causa de la mas débil virtud que reside en estas suertes, recompensando los daños de su indebida aplicacion, y de hacer tragar á los pacientes mayores porciones del remedio indirectamente febrifugo, con los bienes de su casual aplicacion á otras enfermedades en que obra con virtud directa, como en las calenturas malignas, supuraciones y gangrenas.

Son frecuentísimas las epidemias de calenturas in-

termitentes, en que ya se tenia bien asegurada la eficacia de la Quina primitiva. La continuada esperiencia de obligar á los enfermos á tomar tanta Quina roja, y lo que peor era de ir notando malas resultas al paso de ver frustradas las esperanzas de médicos y pacientes, hacia desconfiar de ésta y reclamar por mejor Quina (*).

En tales conflictos parecian agotados los recursos. Iban y venian instrucciones y muestras por los interesados en su tráfico, y los encargos de los mas bien interesados en el bien de la humanidad. Se repetian los ensayos que prescribe la química, como el único refugio de los inteligentes, y por ellos se repetian tambien las señales de las cortezas ensayadas. Confesemos la verdad: ¿la continuada esperiencia de siglo y medio no habrá bastado á comprobar la insuficiencia de aquellos recursos, y la necesidad absoluta de promover otros conocimientos científicos, indagándolos en el suelo nativo de esta preciosa produccion?

Puesta en desconfianza la Quina roja, y agotada la primitiva descubrieron los cosecheros en otros montes mas altos la Quina amarilla, cuya corteza mucho mas semejante á la primitiva indujo en el error universal de reputarla tambien por una misma. Los efectos manifestaron su menor eficacia en las intermitentes, volviendo los profesores á incurrir en la sospecha de la diversidad de suelo. Por esta razon se repetia en los encargos que se buscase la misma en sitios mas cálidos (**): como si

(*) Subsistieron en general los acopios y remesas de la Quina roja en el último tercio del siglo pasado, y en el primero del presente.

(**) Es dificil concebir en Europa la diversidad de temples de nuestra Zona tórrida, cuyas circunstancias locales de elevacion de suelo, posicion de cordilleras é inmediacion á las vastas masas de nevados, se combinan de mil modos que influyen en la formacion de otros tantos temperamentos posibles desde el sumo calor hasta el frio mas intenso. La naturaleza ha fijado sus límites acerca de las Quinas como en las demas producciones vegetales. Ha

la naturaleza, que prescribió los límites de sus producciones, pudiera acomodarse á las infundadas conjeturas hechas á dos mil leguas de distancia.

A falta de la primitiva, y comparada la mayor eficacia de la amarilla substituida, con la débil actividad de la roja en las calenturas intermitentes, fue ganando los sufragios de los profesores aquella especie con tan merecidos elogios, como que de su aplicacion y abundante uso no se observaban ya los malos efectos de disponerse los enfermos á hidropesías, ictericias, obstrucciones &c. Comenzaron á observarse aquellas calamidades ácia fines del siglo pasado y el tercio del presente (1794), declamando muchos autores sobresalientes contra el abuso de la Quina, sin dejar de confesar abiertamente su propension al heróico remedio. Sucesivamente las confirmaban otros grandes prácticos, á quienes agregó su voto el inmortal reformador de la medicina Boerhave, y en nuestros dias el célebre Lieutaud (*).

Posteriormente se ha intentado disculpar y aun desvanecer (**) estos incontestables hechos, empeñándose otros insignes prácticos en vindicar la Quina. Bien pesadas todas las circunstancias no dudamos asegurar que se ha procedido á sentenciar este pleito sin conocimiento

producido y mantiene la Quina roja por término inferior de las oficinales; y pedir la Quina de los temperamentos mas cálidos seria lo mismo que dar la preferencia á la roja. Por otra parte semejantes esplicaciones de temperamentos mas ó menos cálidos es idioma ininteligible á gentes que ignoran hasta los nombres de termómetro y barómetro, y á quienes serán siempre ideas relativas las que conciben acerca de sus temperamentos: pues los que bajan de tierras altas sienten calor en el mismo lugar en que sienten frio los que acaban de llegar de tierras bajas, sin necesitarse mas que un dia de camino por unos y otros para este encuentro.

(*) Precis de la Medecine á Paris 1759, pág. 58.

(**) Vanswieten Comment. in aphor. 767. Fothergill Medical observations and inquiries. Vol. 1, pág. 318. Tissot, Aviso al pueblo, pág. 175 en la nota de su erudito y laborioso traductor, y pág. 178. Volveremos á tocar este punto en adelante.

de las mas legítimas que debieron alegarse. En aquellos tiempos prevalecian las remesas de la Quina roja, y en los posteriores las de la amarilla, de cuyas respectivas virtudes se originan los distintos adversos y favorables efectos observados en el uso del específico, reputado en todos tiempos por uno mismo.

No hemos hecho hasta aquí mencion de la Quina blanca; porque aunque fuese conocida en Loxa por árbol perteneciente al mismo género cuando comenzaron las substituciones por el defecto de la primitiva, nunca ha logrado reputacion en el comercio. Han pasado sus muestras á Europa en diversas temporadas por si acaso lograba su turno de preferencia; pero siempre ha sufrido la repulsa en el tráfico á pesar de su escelente amargo, y de las demas propiedades que la harán igualmente recomendable en la medicina luego que se adviertan sus saludables y sobresalientes propiedades.

IX. ¿Podría jamás haberse imaginado un tráfico mas tumultuario, y justamente en un género de primera necesidad (*) para la mitad de la humanidad, siempre achacosa ó gravemente enferma? Así han corrido ciertamente estas sucesiones y confusiones de Quinas en unas mismas cajas y remesas, en cuyo exâmen hubiera sido muy dificil ó casi imposible reconocer por principios seguros la diversidad de las especies mezcladas de unas cortezas tan desfiguradas, aun cuando constara de antemano esta distincion, tanto mas imposible cuanto positivamente se ha ignorado. Persuadidos generalmente profesores y traficantes de la exîstencia de un solo específico con el nombre general de Quina, circulaban

(*) Casi todos los profesores convienen ya en que la Quina es un remedio heróico, que bien administrado no tiene semejante ni equivalente que le pueda disputar la primacía. En este concepto se debe tambien reputar por remedio de primera necesidad para la mitad de los hombres que continuamente lo consúmen con estension á las diferentes enfermedades, en que se han reconocido sus maravillosas virtudes.

por Europa las cortezas que con un mismo nombre se recibian de las manos de los ignorantes cosecheros de América, á pesar de ser especies distintas en botánica.

Estos llegaron á conocer bien en otros tiempos la Quina primitiva. Posteriormente casi agotada la especie, y obligados á completar las remesas, echaban indistintamente mano de otros árboles parecidos por su aspecto, y admitidos como tales por el amargo y semejanza de sus cortezas. Entonces se originaron algunas equivocaciones de los cosecheros procedidas mas bien de ignorancia que de malicia, llevando otras cortezas al exámen de los traficantes, tan ciegos como ellos. Por fortuna reinaba en América la buena fé, á cuya sombra son rarísimas tan funestas suplantaciones. Lo mas comun ha sido suplantar una especie distinta, ó revolverlas en las mismas cajas, de donde traen su origen algunos de los muchos bienes y males que ha esperimentado la causa pública en la tumultuaria confusion de este comercio.

En la venta del género en Cádiz al tiempo de exâminar las cajas solian advertirse algunos fragmentos mejores que otros, segun las señas que daban los profesores para su eleccion; pero influyendo varias causas desconocidas en estas alternadas preferencias, cesaban las alabanzas antes del perjuicio causado en juntar acopios en América por las muestras remitidas. A tal punto llegaron á deslumbrarse todos, que vino finalmente á desconocerse la Quina primitiva tanto en Europa como en América.

En efecto; por el año de 37, cuando el sábio La Condamine pasó á Loxa con el único fin de exâminar este precioso árbol, halló introducida la confusion de especies reputadas por una sola, y preocupado tambien al anciano cosechero que le sirvió de guia, en la falsa idea de que hasta el momento de introducir el cuchillo en el tronco no podia distinguirse la amarilla de la roja. El mismo sábio astrónomo, poco versado en los cono-

cimientos profundos de la botánica, se atuvo en esta parte á los informes de su conductor, dejando perpetuada la confusion de especies que no supo discernir.

Pocos años despues, en el de 52, el comisionado Santistéban en su viage á Loxa halló introducida ya como especie mejor y corriente otra corteza que tuvo por la primitiva; pero era en realidad la *propiamente amarilla*, de cuya abundante especie se hicieron grandes acopios y remesas, abierta la comunicacion de los mares despues de la dilatada guerra del año de 40. Salió el comisionado de Loxa sin haber conocido la primitiva (*) y á su regreso conoció en Popayan la roja, donde la llaman *palo de requeson*. De estos y otros datos bien combinados deducimos la preferencia de la Quina amarilla por otra dilatada temporada (**).

Finalmente en nuestros dias ácia el año de 80 volvió á prevalecer la roja con tal entusiasmo, que de un golpe ha derribado los tres fundamentales cánones introducidos para el reconocimiento y eleccion de las Quinas; y deducidos segun se creia de una dilatada série de observaciones que se alegaban, asegurando haberse procedido con conocimiento de causa. ¿Qué pecado no hubiera sido diez años antes enviar de América cortezones viejos de Quina roja? Una casualidad les abrió la puerta: y hemos visto con admiracion admitir una es-

(*) Así me consta positivamente por las conferencias, manuscritos y únicas muestras en esqueletos que trajo el comisionado. Eran de la especie de Quina amarilla, de la que tambien hizo los moderados acopios de que iba encargado para el surtimiento de la real botica. En su tiempo prevalecia en Loxa entre la gente anciana la opinion á favor de la roja, de cuyas virtudes le dió al dicho señor Santistéban una instruccion en forma de receta Don Fernando de la Vega, hombre de 80 años y de buen juicio. Así lo pone por nota el comisionado en su manuscrito que conservo original en mi poder. Este es un documento irrefragable de haber prevalecido las remesas de la Quina roja en la época que he fijado.

(**) Continuaron en general los acopios y remesas de la Quina amarilla desde el año de 40 hasta el de 80 del presente siglo de 1700.

pecie tantas veces desechada despues de otras tantas épocas de su exâltacion; preferir los cortezones mas gruesos á los canutillos; y anteponer los tales cortezones viejísimos, rezagados en los almacenes de Cádiz y de América, á la Quina fresca recien llegada despues de la última guerra. A penas se ha cumplido el decenio de su exâltacion cuando comienzan á publicarse otras novedades (*) que indican no haber rayado la aurora que disipe tantas tinieblas.

(*) En el espíritu de los mejores diarios 30 de noviembre de 1789 se ha publicado la noticia de los nuevos entusiasmos que causa en Londres, donde diez años antes tuvieron su principio otros semejantes acerca de la Quina roja, la *Corteza de la Angostura*, que llaman *nueva Quina*. Prescindiendo del poco valor que todavia pueden conciliarle en comparacion de las verdaderas especies de Quina las observaciones alegadas por los señores Ewer y Williams, recelamos que todas sus alabanzas vengan á parar en las mismas que se merece cualquiera remedio recomendable, pero no de la clase de los heróicos como la Quina. ¿Y qué tan presto hemos olvidado los mismos aplausos dados en su tiempo á la *Cascarilla*, cuando se empleaba con ignorancia, ó á ciencia cierta de no ser Quina, por necesidad cuando escaseaba el específico, y á veces por inclinacion y preferencia? ¿No se afirmaba tambien entonces que tenia la ventaja de obrar *en menor cantidad y menos tomas* y de ser *un específico contra las disenterias* de 1719, segun se refiere en la citada memoria de la real academia de París, página 68, 69 y 70, virtudes todas idénticas á las que han inflamado á los señores Ewer y Williams elogiando la *Corteza de la Angostura* en contraposicion de la Quina? ¿Olvidamos ya que los amargos asociados á los aromáticos, de que se componen mil recetas, cortan las accesiones en cierto modo como la Quina? Hay fundamentos para creer que esta corteza sea la misma que reconocí en Madrid el año de 59 en poder del señor Don Vicente Rodriguez de Rivas con el nombre de *Corteza de la Gilayana*, y la que en América exâminé despues con el nombre de *Quina de la Guayana* en las ocasiones que dejo referidas. Conservo una buena porcion de este remedio para los usos de mi práctica en los casos apropiados, y hasta la presente hallo en él las mismas virtudes que residen en la llamada propiamente *Cascarilla* (Chacarila), pertenciente en botánica al género Croton. Hablemos claro: nacen estas novedades de la mayor dificultad de conseguir en las islas, como antes, la Quina del Perú, cerrado el paso de Portobelo á consecuencia de la real cédula ci-

X. Combinemos ahora las alabanzas y vituperios, las satisfacciones y desconfianzas que ha merecido la Quina. No hay año en que dejen de publicarse elogios y dicterios, en cuya lista cuento no los del vulgo partidario, sino los de ilustres profesores que los han esparcido en sus conversaciones y escritos con gravísimos fundamentos (*). A mejor luz hallaremos el origen de

tada, y de la necesidad de aplicar en lugar de Quina la corteza que tienen tan á la mano los habitantes de aquellas islas, cuyos médicos apoyan su aplicacion en los elogios de un uso tan comun y antiguo entre nosotros. A pesar de cuantos elogios se han dado á todos los febrífugos, substituidos al *Antídoto*, el partido mas sano entre los médicos ha reprobado, y continuará reprobando siempre tales novedades pasageras, obligado por una constante esperiencia á echar mano de la Quina, que no tiene equivalente de su esfera entre todos los remedios descubiertos en el antiguo y nuevo Mundo.

(*) El ingenioso Lamettrie, nada sospechoso en este punto por hablar siempre con elogio de la Quina, nos refiere la anecdota que oyó al ilustre Boerhave. Casi indignado este insigne médico contra las inconstancias del específico llegaba á proferir, que hubiera sido mas dichosa la humanidad en no haber conocido la medicina un remedio que habia sacrificado mas enfermos que enemigos los egércitos de Luis XIV. Era muy disculpable una espresion tan terrible en boca del mayor médico de nuestro siglo, si atendemos á la mucha parte que en ella tendrian los frecuentes yerros de los prácticos novicios, y los propios desengaños de aquel profesor anciano. Casi en los mismos términos se habia esplicado poco antes Ramazzini en la respuesta á su sobrino dada en el año de 1714, confesando en su vejez el tiento y desconfianza con que administraba este remedio, por los acaecimientos funestos observados en su propia práctica y en la de sus contemporáneos. Apenas se hallará un profesor anciano, á escepcion de Morton y Lister entre los estraños, y Alsinet entre los nuestros, que deje de alegar arrepentimientos de su mocedad, mil recelos del específico, y una multitud de cautelas para su aplicacion. A una voz se cuenta la Quina entre los remedios heróicos, que es lo mismo que decir la espada de dos filos, capaz de quitar, ó dar la vida á los enfermos, en cuyo manejo ha sido siempre mas atrevida la juventud (*a*).

(*a*) ¡Oh señor Mutis, y cuanto va de ayer á hoy! es verdad que en el siglo pasado se elogiaban los *felices atrevimientos de Morton*, y se admiraba el denuedo y valentía de la juventud médica; *ASTENICOS* y *ESTENICOS* todos á una voz proclamaban *herbis et non verbis fiunt medicamina vitæ*; *herbis et non verbis curantur corporis arctus*; y dó-

semejantes contradicciones y de millares de errores inculpablemente cometidos en el egercicio práctico de la medicina con detrimento de la salud pública y descrédito de sus profesores.

Apoyaremos de paso tan estraña novedad rogando á los médicos mas observadores y atentos á las menudas circunstancias de su práctica, que adviertan el horror y repugnancia con que recibe el paladar de sus enfermos una especie de Quina; las ansias con que resiste su estómago á mantenerla; su convalecencia lentísima, si escapó del peligro de su indebida aplicacion; el peso de su estómago que no pudo digerir la corteza como se ha creido, aunque esto provenga de otras causas; las congojas de sus entrañas, y finalmente los conatos de la naturaleza, con que abiertamente se declara contra el uso continuado de la Quina, cuyo nombre aborrecen. En tales circunstancias, y precediendo las cautelas prácticas, múdese de especie, si está indicado el remedio, y se observará que lo admite bien el paladar del enfermo, la sufre su estómago y se recobra la naturaleza, manifestando en los buenos efectos pron-

ciles á las doctrinas de sus mayores, y atrevidos con las enfermedades, las arremetian como fuertes campeones hasta estinguirlas. ¿Y los del siglo presente? ¡Ah señor Mutis! estos ya son otra cosa: nuevos Emilios en la medicina se presentan en la arena arrogantes contra las doctrinas de sus mayores; pero muy tímidos y cobardes delante de los enfermos. Atrincherados en un corto recinto no ven en ellos mas que *gastritis*, *enteritis*, *gastro-enteritis*, *colitis*: y constituidos meros espectadores sin atreverse á combatirlas cara á cara; solo intentan para salir del paso, ó una capitulacion que no se cumple, ó alguna que otra revulsion, ó como si digeramos llamada falsa, como hacen los generales cuando no se atreven con el enemigo y rehusan la batalla.

Me dirán que como boticario resuello por la herida; pero viejo y sin posteridad he visto con la mayor indiferencia pasar las rentas de mi honroso patrimonio á los vendedores de sanguijuelas y agua de arroz, y de consiguiente hago la comparacion imparcialmente contando hechos; pero guardándome mucho de dar la preferencia á ninguno por considerarme juez incompetente: creo sin embargo que la esperiencia no tardará mucho tiempo en darla á quien la merezca. *N. E.*

tamente obrados, y en su fácil y segura convalecencia, que á una determinada especie de Quina debe el enfermo su salud que hubiera peligrado con otra.

¿Qué origen mas bien fundado podrá buscarse para conciliar tantas contradicciones, si no recurrimos al único de distinguir las especies, investigando en ellas sus peculiares y eminentes virtudes? ¿Nos hemos de persuadir á que tan escelentes profesores envejecidos en la práctica, y consumados en la esperiencia de sucesos favorables y adversos, prodigarian sus sospechas contra la Quina, sin otros fundamentos que los de un mero capricho sistemático? Todos confiesan que el remedio es hèróico; y este solo respeto les basta para persuadirse al tiento y cautelas con que debe manejarse un auxîlio tan eficaz, á consecuencia de mil acaecimientos funestos, procedidos de causas que no pudieron averiguar. Algunos presumieron que la Quina que probaba muy bien en París era perjudicial en Roma (*); y en nuestros dias al contrario, la misma que probó mal en Cádiz se aprueba con elogios en los aires de Mantua (**).

(*) Palilli Epist. ad Bagliv; en las obras de este Autor Epist. XIV.

(**) Se anuncia como un descubrimiento muy importante en la medicina el de la Quina roja de Santa Fé, reputada por superior á la que se consumia anteriormente. Asegura el profesor Asti, autor de la disertacion publicada en Mantua, haber logrado efectos maravillosos con esta nueva Quina. Es asunto digno de la mayor atencion entre profesores imparciales para que ponderen y acaben de confirmar las interminables contradicciones esperimentadas sobre la bondad del específico, asegurándoles, como debemos hacerlo aquí en consideracion á la causa pública, ser esta Quina celebrada, la misma que de órden del Rey se mandó exâminar en Cádiz, de cuyos profesores ha merecido el mayor desprecio. Dejamos á salvo el alto concepto y debida reputacion en que por muchos títulos tenemos á nuestros compatriotas y comprofesores gaditanos con haber manifestado las causas de los errores inculpablemente cometidos en el reconocimiento y uso de la Quina. Tampoco nos lisonjeamos demasiado con las alabanzas del señor Asti, por la principal gloria que nos pertenece en el descubrimiento de las Quinas de Santa Fé; pronosticando desde ahora que no dura-

Otros alegan que la usada en Holanda es siempre inferior á la que consigue la industria de los ingleses (*); otros echan por las *suertes*, eligiendo unas y culpando otras dentro de la *misma especie*; otros sospechan falsificaciones, vejez y alteracion del remedio, y finalmente algunos van á buscar la Quina mas *selecta* de tal y tal clíma, con tales y tales circunstancias que aprueban y reprueban al paso de la preocupacion dominante. ¿Se necesitan mas pruebas para demostrar la escasez de conocimientos con que se ha manejado el específico en sus acopios, tráfico y aplicacion á los enfermos?

¡Tal ha sido la dilatada y peligrosísima borrasca en que ha fluctuado la salud pública, sin que podamos penetrar los ocultos designios de la Divina Providencia, con que ha dejado correr la confusion de los juicios humanos á la sombra de otros beneficios, que positivamente han resultado á la humanidad! ¡Tal ha sido el escollo inevitable en que naufragan los mortales, y á que por una fatal necesidad dirige el rumbo por donde se ha navegado siglo y medio!

rán mucho tiempo aquellos elogios sin que se publiquen otros vituperios por una consecuencia inmediata de las reflexîones que publicamos en este discurso. La noticia de esta disertacion la debemos á los autores del espíritu de los mejores diarios núm. 142. 18 de agosto de 1788.

(*) Fothergill Medical observations and inquiries. Vol. 1. pág. 319.

PARTE SEGUNDA.

Ventajas esenciales en el uso de la Quina, dimanadas de la distincion de sus especies, del conocimiento de sus eminentes virtudes, y de su nueva preparacion.

Inter desiderata artis nostræ reponenda demum erit historia remediorum, quæ non amæna quædam, et libera ingenii peregrinatio, sed durus labor et longo itinere consumptus patefecerit; sintque constantia, methodo præscribendi munita, et cuilibet morbo specifice ac fermè infallibiliter respondentia; prout est in intermitentibus Cortex peruvianus.

Bagliv. Lib. II. Cap. XI.

Corrido ya el velo que ocultaba la serie de acaecimientos esperimentados en los acopios y remesas de la Quina, de donde ha dimanado por una consecuencia inevitable su indebida administracion á los enfermos, sin el competente discernimiento de las especies introducidas por separado ó mezcladas; deberemos proceder en adelante por otros principios mas seguros á su conocimiento para no equivocarlas en perjuicio de los enfermos. Entonces será mas fácil advertir la insuficiencia de los conocimientos anteriores; desprendernos de las preocupaciones que han reinado en su eleccion; investigar sus respectivas virtudes eminentes, y establecer finalmente las reglas de su mejor aplicacion. Todo es-

to influye directamente en la práctica de uno de los auxîlios mas heróicos de la medicina, cuyo uso perfeccionado en lo posible salvará la vida de los pacientes en mil casos en que no se pueda administrar la Quina sin estos conocimientos, lográndose tal vez por este medio hacer mas seguro y mas sencillo el egercicio práctico como lo desean los grandes médicos de nuestro siglo, y lo exîge de nosotros el bien de la humanidad.

Supuesta pues la importancia de distinguir las especies del remedio, y admitida por un momento la proposicion de estar dotada cada una de las legítimas Quinas oficinales de virtudes que las caracterizan ¿habrá dificultad alguna en dejarse persuadir de los gravísimos é inevitables defectos de la práctica anterior? Es absolutamente necesario abandonar el camino trillado, y abrir nuevas sendas. A este fin intentamos demarcar algunos límites generales en el dilatado campo de la medicina; dejando reservada á sus mas sobresalientes profesores la inmortal gloria de fijarlos en sus respectivas provincias, segun la oportunidad y particulares circunstancias de las epidemias, y otros males endémicos que no ocurren igualmente en todas las regiones.

§. I. La botánica demuestra la verdadera distincion de cuatro especies oficinales selladas con caracteres que nos anuncian virtudes eminentes de propia esfera en cada una. ¿Seria pues casualidad, ó mera ostentacion de su poder habernos enriquecido la Divina Providencia con cuatro especies de árboles, limitándoles una misma virtud general? Aunque sea imposible penetrar los admirables designios del Autor Omnipotente, pueden rastrearse algunos de los que miran á nuestra utilidad y propio bien; siéndoles permitido y ordenado á los mortales intentar con sobriedad todas las esploraciones dirigidas al buen uso de las cosas criadas.

Si desde los tiempos primitivos en que por la rareza de la primera especie se remitieron desordenadamente las

otras tres, se hubieran exâminado sin declamar tanto contra las falsificaciones atribuidas á nuestros bien intencionados cosecheros; tal vez desde entonces estarian indagadas las virtudes peculiares de cada especie, descendiendo progresivamente á los descubrimientos que al fin de siglo y medio anunciamos. Se hallaría una especie de Quina preferible á las otras por una singular eficacia, de que la dotó la Divina Providencia, limitando su esfera á determinadas enfermedades, en que constantemente debe producir sus saludables efectos, con tal que no los resistan algunas circunstancias particulares. Tal es la ley general que puntualmente se cumple en todas las cosas criadas para el sustento del hombre sano, y auxîlio del enfermo. Al primer momento de usarlas en alguno de los dos estados precedió su conocimiento confuso, sugerido por una verdadera necesidad, por casualidad ó por instinto; conocimiento posteriormente perfeccionado por las repetidas esperiencias, observaciones y recto uso de la razon. Por tales medios se han conseguido los descubrimientos de los preciosos remedios que cuenta la medicina.

Estando bien comprobada en aquellos tiempos la eficacia de la *Quina primitiva* en las calenturas intermitentes, fue naturalísimo el pensamiento de intentar su aplicacion á otras enfermedades periódicas, como ya se hizo en el siglo pasado. Entró á ocupar su lugar la *Quina roja*, despues de algunas remesas tumultuarias sin conocimiento ni aun sospecha de haberse permutado la especie. Ya no se observaban los prontísimos efectos de la primitiva, y descaecia mas cada dia la reputacion del remedio en aquellas enfermedades de su peculiar esfera: pero se advirtieron otros importantísimos efectos en las calenturas malígnas y gangrenas, directamente dimanados de la eficacia sobresaliente en la especie succedanea. Mas como se ignorase la verdadera distincion de esta especie, se atribuyeron sus maravillosas virtudes á la Quina

en general, quedando de una vez cerrado el paso á otras indagaciones posteriormente mas dificiles con la substitucion de la *amarilla*, y mucho mas con las alternaciones y mezclas inadvertidas de las especies.

Substituida la amarilla á las anteriores, comenzaron á desvanecerse en mucha parte los recelos de tan malas resultas, atribuidas con razon á la Quina en los tiempos inmediatos anteriores; y el haberlas pretendido disculpar en nuestros tiempos, procede ciertamente de no haber distinguido la especie nuevamente introducida. A consecuencia de estos elogios se ampliaba el uso á las calenturas malignas, y otras enfermedades crónicas que no siendo de su esfera, escitaban nuevas desconfianzas, como las comprueban los posteriores recientes elogios de la Quina roja. Así debia suceder; porque ó no se conseguian los buenos efectos tan prontamente observados en otras ocasiones, ó era necesario consumir grandes porciones de Quina con repugnancia de los enfermos por lo desagradable y costoso del remedio.

Si se hubiera procedido combinando las observaciones con las especies de Quina que tomaban los enfermos, tampoco hubiera sido tan dificil conocer, que si la roja no cortaba las accesiones como la naranjada, siguiéndose por el contrario males ciertos é incontestables de su abundante uso, la amarilla no alcanzaba ni con mucho á producir las saludables operaciones de la roja en las calenturas malignas y gangrenas. Estos y algunos otros hechos indubitables, que alegaremos en adelante, pudieron suministrar las luces competentes para asegurarse de la esfera respectiva de cada especie de Quina, comprobada con millares de observaciones recogidas en siglo y medio, propias á formar los mejores monumentos de la medicina práctica.

En consecuencia se podrian haber hecho otras importantes deducciones hasta constarnos positivamente que el carácter ó genio de una epidemia exîge una especie de

Quina, que probaria muy mal en otra constitucion: que una misma enfermedad de semejante carácter curada con una especie en determinada estacion ó clima, peligraría con el uso de otra: que la complexîon particular de un enfermo admitirá mejor una especie, al paso que sufriria mas, ó moriria con las otras. Estas y otras proposiciones, que al parecer son paradoxas sistemáticas, se comprehenderán facilmente esperimentadas y bien comprobadas las virtudes eminentes que caracterizan y que residen en las cuatro Quinas oficinales. Distingamos ya sus especies.

§. II. En este reconocimiento debemos proceder combinando los caracteres que presentan las cortezas á nuestros sentidos de la vista y gusto, siendo mas dificil ó imposible deducir otros mas ciertos por el tacto ó el olfato. A la vista estan sujetos los que podemos tomar de la estructura y color de las cortezas, como al gusto los de su determinado sabor. Los cortezones y cañas gruesas son las piezas mas apropiadas para el exâmen, si hemos de formar ideas exâctas en lo posible; y desde luego iban perdidos los que intentaban hacer otros reconocimientos aventurados por los canutillos, sin haberse egercitado primero en el conocimiento de las cortezas mas gruesas.

Cada especie de Quina tiene su color propio de un cierto jugo que la tiñe, hallándose depositado en abundancia, y cuajado entre las fibrillas leñosas de las cortezas. Estas, diversamente teñidas, representan constantemente en su cara interior el color respectivo de la especie con algunas pequeñas variedades, que dificultan el conocimiento á los no muy versados. Por fortuna no hay mas que dos especies la naranjada y amarilla, que pidan mayor atencion en su discernimiento; porque la roja y la blanca dan al instante unos caracteres tan decididos que jamas podrán confundirse entre sí, ni con las otras.

La estructura de las cortezas, que consiste en el tejido de sus fibrillas leñosas para contener el jugo depositado, se manifiesta en líneas longitudinales y paralelas. De ser mas ó menos aproxîmado su tejido depende lo mas ó menos compacto, y por consiguiente la diversa gravedad específica en las cuatro especies de que prescindimos, proponiéndonos dar otros caracteres mas sensibles y manifiestos. Tambien es comun á todas las especies las grietas transversales, que seguramente caracterizan á todas las Quinas en su cara esterior de un modo tan señalado que no pueden equivocarse con cuantas cortezas producen los demas árboles.

El sabor de cualquiera corteza de Quina bien mascada deja en el paladar una impresion del amargo general á todas las especies, de un gusto tan señalado que no puede confundirse ni equivocarse con los innumerables amargos que ha combinado la naturaleza. En su genero hay tambien algunas diferencias, y es peculiar de cada especie un determinado sabor que las caracteriza. De la combinacion de caracteres suministrados por la vista y gusto en cada especie, debe resultar la distincion por principios mas seguros que los empleados hasta el presente.

Si hemos de distinguir bien las especies, al exâminar sus cortezas deberémos investigar primero el color propio de cada una en su cara interior: confesamos que en este recurso se hallan tambien algunos tropiezos; pero no tantos ni tan grandes que deje de vencerlos la industria á fuerza de repetidas comparaciones. Es bien notorio que en todos los objetos de historia natural, cuando se llega al punto de describir los colores de los cuerpos, confiesan sus profesores la suma dificultad que á cada paso encuentran; faltándoles términos tan adecuados que hagan concebir al entendimiento las ideas que representan á la imaginacion los objetos diversamente coloridos. Las combinaciones de los colores primitivos se

multiplican al infinito, y es muy limitado el número de términos que tenemos para esplicarlas (*a*). Representados á la vista advertimos desde luego las diferencias relativas, sin discernir de pronto los límites de separacion entre las diferencias absolutas, y sin que podamos esplicar tan multiplicadas representaciones. Nace esta dificultad de hallarse mezclados los colores por grados tan

(*a*) Sería muy útil que se hiciese una nomenclatura para el conocimiento y esplicacion científica de las Quinas y demas productos exôticos vegetales, fundada en las mismas bases y comparaciones obvias y triviales que usa la mineralogia y la botánica. Es cierto que esto es tan necesario en las cátedras de Farmacia para esplicar los productos vegetales, como en la mineralogia y en la botánica para los minerales y vegetales vivos: estas ya tienen muy adelantada esta nomenclatura, como podrá verse en la tabla de colores variados en el curso de mineralogia traducido por el catedrático Hergenn, y en los cursos de botánica de mi catedrático el doctor Ortega; pero la Farmacia, á quien tanto incumbe esta parte de la historia natural, nada ha adelantado aún en este esencialísimo punto. Es de esperar que los reales colegios de la facultad, poniéndose de acuerdo con la real Junta de Farmacia, den este paso tan necesario al progreso de la facultad, que haría época en los fastos de su historia, y daria tanto honor á los que llegasen á este punto, como á los que establecieron los grados mayores y los colegios para su enseñanza metódica, cuyas cátedras, aunque dotadas con demasiada sobriedad, sus rentas estan bien aseguradas con el producto de las visitas bienales de nuestras boticas, y de las crecidas medias anatas que pagan los colegiales exâminandos: por otra parte los colegios, especialmente el de San Fernando que se está edificando de nueva planta con una magnificencia digna del objeto á que se destina, á costa de los fondos de la facultad, y de los donativos gratuitos de los directores, catedráticos y de muchos boticarios beneméritos del reyno, estan provistos no solamente de buenas máquinas é instrumentos, sino tambien de catedráticos jóvenes y sábios que prometen progresos en la ciencia: con tan buena perspectiva, en que nada he puesto exâgerado, es de esperar que la nomenclatura, que tan justamente echa de menos el doctor Mutis, la veamos algun dia establecida en las cátedras de los colegios de Farmacia, para la verdadera esplicacion de la materia farmacéutica para no tener que decir con Séneca: *pigri est ingenii contentum esse quæ ab aliis inventa sunt*, antes al contrario: *facilius inventis addere*, puesto que ya tenemos la guia en las nomenclaturas mineralógica y botánica ya citadas. *N. E.*

mínimos, que es imposible determinar los innumerables intermedios á los llamados colores primitivos. La vista posee otro idioma mas abreviado, por cuyo medio hacemos la distincion de los objetos coloridos; y aunque no pueda dar la razon de una tan pronta y acertada distincion; basta aquel discernimiento para los usos de nuestra curiosidad ó necesidad. En estos indispensables recursos necesitamos tener á la mano cuerpos de comparacion, si queremos asegurar el acierto en nuestro exâmen. No hay otro arbitrio; y faltando éste, claudicarán siempre los reconocimientos y sus decisiones, quedando espuestos á equivocar las especies como hasta aquí.

La Quina naranjada se conoce por estos caracteres.

1. La corteza bien seca presenta su cara interior de color amarillo subido que tira á flavo.

2. Mojada en agua y comparada con la seca, manifiesta el color mas encendido, ya propiamente flavo.

3. Reducida á polvo no pierde su color, antes bien lo aumenta: persevera uniforme y en mejor estado para la comparacion con las otras especies.

4. Una onza de polvo en infusion fria en doce onzas de agua llovediza, á las 24 horas da una tintura delgada casi sin espuma, de color flavo semejante al de la corteza mojada; de amargo activo y de su especie, y con sedimento de todo el polvo mas encendido que el seco.

5. La misma infusion añadidas dos onzas de agua, puesta al fuego hasta romper el hervor, á las 24 horas da una tintura mas cargada, sin espuma, mas encendida que la primera, de amargo mas activo y sedimento semejante al primero.

6. Una onza de polvo en infusion fria en doce onzas de espíritu de vino, á las 24 horas da una tintura cargada, sin espuma, de color flavo semejante al de la tintura por cocimiento, de amargo activo, y sedimento semejante á los primeros.

7. Mascada la corteza se advierte á poco rato el amargo comun de Quina; pero algo aromático propio de esta especie.

8. La saliva sale teñida de color flavo, suelta y un poco espumosa.

9. No causa fruncimiento en la lengua, paladar y labios.

10. Exâminada la fractura con la lente se presentan las fibrillas longitudinales paralelas en forma de agujas.

11. Su color de amarillo pálido.

12. En sus intersticios se mantiene aglomerado el polvo cuajado y seco, de color flavo.

Carácter sobresaliente: color flavo, amargo aromático, espuma delgada (*).

La Quina roja se distingue por estos caracteres.

1. La corteza bien seca, y sin alteraciones dimanadas de mal procedimiento en su beneficio, ó reposicion, presenta su cara interior de color rojizo.

2. Mojada en agua, y comparada con la seca, manifiesta el color mas encendido.

3. El polvo conserva mas uniforme el color de la corteza seca.

4. La infusion fria (con las mismas circunstancias referidas en la especie antecedente) da una tintura mas cargada que la naranjada, casi sin espuma, de color rojo semejante al de la corteza mojada, de amargo activo y de su especie; y con sedimento de todo el polvo rojizo mas encendido que el seco.

5. Despues del cocimiento da una tintura mas car-

(*) En la descripcion del carácter natural de cada especie cuando se habla de la espuma de sus tinturas se debe entender la ninguna, poca ó mucha que resulta en ellas á la superficie, permaneciendo los vasos en reposo todo el tiempo de las 24 horas. Su cantidad y calidad, de que se trata en el carácter sobresaliente, se han tomado de las tinturas hechas en espíritu de vino.

gada sin espuma, mas encendida, de color de sangre, de amargo mas activo, y sedimento semejante.

6. La tintura en espíritu de vino, cargada, sin espuma, tan encendida como la del cocimiento, de amargo activo, y sedimento semejante á los primeros.

7. Mascada, se advierte el amargo comun de Quina mas débil, pero activo de su especie, y austero.

8. La saliva teñida de color rojizo, suelta, con poca espuma.

9. Causa un fruncimiento con aspereza notable en la lengua, paladar, y mas sensible en los labios frotados con la lengua.

10. Exâminada la fractura con la lente presenta las fibrillas longitudinales, paralelas, en forma de agujas, mucho mas aproxîmadas que en la naranjada.

11. Su color rojizo pálido.

12. El polvo aglomerado rojizo encendido.

Carácter sobresaliente: color rojizo, amargo austero, espuma gruesa.

La Quina amarilla se señala por estos caracteres.

1. La corteza bien seca presenta su cara interior de un color amarillo pajizo.

2. Mojada en agua, y comparada con la seca manifiesta el color mas encendido, y algo semejante al flavo bajo.

3. Su polvo decide mejor que la corteza; se mantiene uniforme en todo el volúmen de su harina, de amarillo mas pálido que la corteza (*).

4. La infusion fria da una tintura delgada casi sin espuma; de color amarillo pajizo mas pálido que el de la corteza seca, de amargo activo y de su especie; y con sedimento de todo el polvo mas encendido y semejante á la corteza mojada.

(*) La accion del aire causa esta mudanza en la corteza. Tambien la superficie del polvo añejo presenta el color de amarillo tostado, manteniendo su amarillo pajizo en el polvo interior.

5. Despues del cocimiento da una tintura mas cargada, sin espuma, mas encendida, y de color ya mas proxîmo á la tintura fria de la naranjada; y sedimento semejante al anterior.

6. La tintura en espíritu de vino delgada, sin espuma, tan encendida como la del cocimiento, de amargo activo, y sedimento semejante á los primeros.

7. Mascada, se advierte el amargo comun de Quina; pero activo y puro, propio de esta especie.

8. La saliva de color amarillo pajizo, suelta, con poca espuma.

9. No deja fruncimiento ni aspereza notable en las partes del paladar.

10. Exâminada la fractura con la lente presenta las fibrillas longitudinales, paralelas, en forma de agujas, casi á iguales intérvalos que en la naranjada.

11. Su color amarillo pajizo mas pálido.

12. El polvo aglomerado amarillo pajizo.

Carácter sobresaliente: color pajizo, amargo puro, espuma entre delgada y gruesa.

La Quina blanca se reconoce por los caracteres siguientes.

1. La corteza bien seca y sin alteracion accidental (*) presenta su cara interior de un color blanquecino que tira á bazo.

2. Mojada en agua pierde mas el blanco aproxîmándose al bazo.

3. El polvo conserva mas uniforme el color entre blanquecino y bazo.

(*) En esta especie se desfigura su natural color por las mismas causas que alteran el de la roja; dejando unas manchas pardas que cubren y empañan su cara interior. Sea este aspecto, ó el de su natural color, tan diverso del acanelado, con que se habia caracterizado la Quina primitiva, comparado con el color blanquecino de la fractura influiria en el dictámen de separarla de las Quinas en Europa, reputándola por falsa, y por consiguiente sospechosa su administracion á los enfermos.

4. La infusion fria de la tintura es mas cargada que las de las anteriores especies, cubierta de mucha espuma toda la superficie (*); de color de vino pardo turbio, de amargo activo y de su especie; y con sedimento de todo el polvo de color semejante á la corteza mojada.

5. Despues del cocimiento da una tintura mas cargada con la misma espuma tenaz, de amargo mas activo, y sedimento semejante.

6. La tintura en espíritu de vino mas delgada que la de agua fria, con menos espuma que las anteriores de esta especie, de color de vino pardo clarificado, y sedimento (**) semejante á los primeros.

7. Mascada, se advierte el amargo comun de Quina, muy activo, pero acerbo y mas desagradable que el de todas las especies, propio de esta.

8. La saliva teñida de color bazo, algo gruesa y cargada de mucha espuma.

9. No deja fruncimiento ni aspereza; antes por el contrario una soltura y lubricidad manifiesta en todo el paladar, lengua y labios.

10. Exâminada la fractura con la lente presenta las fibrillas menos leñosas delgadas y mas fragiles, longi-

(*) Es propio de todas las especies que sus tinturas formen mucha espuma, que se disipa mas prontamente á proporcion del cuerpo de las tinturas. Para reconocer bien su calidad se pasan las tinturas de un vaso á otro, y se formará la espuma tanto mas presto cuanto mas alto cayere el chorro. Las tinturas de agua dan mas espuma que las de vino y su espíritu. La cantidad y cuerpo de la espuma procede en ellas gradualmente segun la especie; con esta relacion: mayor y mas tenaz que todas la Quina blanca; despues la roja: á esta sigue la amarilla, y menor y mas prontamente disipable que todas la naranjada. La espuma de esta última en el espíritu de vino es muy delgada, y se apaga prontamente.

(**) Por sedimento de todo el polvo se debe entender el poso compuesto de los fragmentos mínimos de la parte fibrosa; y del residuo del jugo cuajado, que no se disuelve tan facilmente en las primeras tinturas, como lo confirman las posteriores infusiones gradualmente mas débiles que van sucesivamente resultando de tales sedimentos.

tudinales, paralelas y poco menos aproximadas que en la roja.

11. Su color blanquecino que tira á bazo.

12. El jugo muy cuajado, denso y mas abundante que en las otras especies, de un blanco pálido.

Carácter sobresaliente: color blanquecino amargo, acerbo, espuma muy gruesa y tenaz.

§. III. Teniendo ya caracteres suficientes sacados de las mismas cortezas para distinguir con seguridad las especies, no hay que recurrir en adelante á las señales de su reverso. Las que pudieran tomarse del color prieto, peculiar de las Quinas en cierto estado, y cuando no tienen sobrepuestas las manchas blancas y cenicientas de los lichênes, ó no están desfiguradas por otras excrescencias corchosas, y musgos en los árboles viejos; las que pudieran suministrar tambien las arruguillas de la epidermis, y finalmente las grietas transversales; de nada pueden servir para caracterizar las especies, variándose al infinito tales aspectos, y siendo comunes á todas ellas. Las señales que forman aquel imaginado preferentísmo carácter, que en América llaman *pata de gallinazo*, ha sido un yerro original en Europa, de mucha conveniencia para los traficantes que supieron aprovecharse de esta preocupacion, pero de fatales consecuencias para la humanidad y destruccion de nuestra Quina primitiva. No hay especie de Quina oficinal que deje de producir cañas y canutillos de este aplaudido carácter: y esta verdad comprueba tambien de otro modo la mezcla posible de las especies administradas á los enfermos sin advertencia de los profesores, por ir confundidas en unas mismas cajas y remesas.

La fractura vidriosa lisa y sin filamentos es otra preocupacion, que habrá hecho condenar al fuego innumerables partidas de Quina mas activas en su especie que las aprobadas. Semejantes condiciones solamente se hallan en las cortezas de los retoños que nacen de los ár-

boles cortados, y á la edad de cuatro ó seis años dan cañas y canutillos de esta naturaleza (*) como las ramas tiernas de los árboles robustos. Tambien se halla este carácter por lo comun en las cañas gruesas y cortezones de la Quina blanca por la mayor abundancia de su jugo cuajado y la fragilidad de sus fibrillas. A ésta no le ha valido semejante recomendacion; y si hubiere todavia mucho que fiar de Quinas tan débiles como aquellas, cortadas en una edad que es propiamente su mas tierna infancia, infiérase de los anhelos y encargos con que se reclama siempre por las Quinas de mayor actividad.

Si volvemos á repetir para el mas completo desengaño que estas cañas delgadas no presentan bien la cara interior, de forma que podamos quedar satisfechos en su reconocimiento con toda la proligidad que se requiere; aumentada la dificultad, que por otra parte lleva de percibir sus nativos colores muy alterados con el polvo sutil que los empaña y otras causas muy frecuentes; vendremos á deducir sin violencia, que en virtud de los exâmenes practicados por los sentidos de la vista y tacto, no se han podido establecer en siglo y medio otras reglas que las muy falibles, y tan escasas, que apenas bastan á distinguir la Quina en general de las otras cortezas amargas, con que la intentaron falsificar la ignorancia ó la codicia. Deducimos tambien, que mucho me-

(*) El citado Guillermo Arrot, que se dice haber estado mucho tiempo en el Perú, y á quien debieron los profesores algunas noticias circunstanciadas acerca del específico, como se asegura en el vol. 7.º de las actas de Edimbourg, pág. 3 de la traduccion francesa, refiriéndose aquellos socios al núm. 446 de las transacciones filosóficas de Londres, y tambien La Condamine en su memoria, publicaron en Europa lo que vemos aquí diariamente en cuanto á la naturaleza de las llamadas suertes de cañas delgadas y canutillos; las cuales se sacan de los árboles muy tiernos ó de los retoños de los viejos, siéndoles esta operacion mas fácil y lucrosa á los cosecheros que la de cortar las ramas de los árboles robustos.

nos se han dado señales para determinar las cuatro especies que apenas se habian sospechado; y finalmente que se ha carecido de los conocimientos necesarios para discernir competentemente los límites entre la Quina y otras cortezas análogas, como la cascarilla, la corteza de Guayana y otras (*a*).

No ignoramos que en defecto de mejores reglas se ha recurrido al sentido del gusto, pero este solo ha servido para reconocer el amargo de la Quina, que no pudiendo equivocarse con los demas, habrá indicado su grado de actividad con tanta incertidumbre cuanta corresponde á la diferente delicadeza de este sentido en los hombres puramente gobernados por aquella idea general. De cualquiera modo que haya sido, lo cierto es que se ha graduado de mejor Quina la de amargo mas activo y sobresaliente; sin haberse advertido que á cada especie le corresponde su determinada calidad de amargo.

Prescindimos de propósito de todos los ensayos hechos por los principios científicos de la Química. Estos procedimientos hubieran establecido reglas ciertas en caso de haberlos practicado sus profesores con el prévio

(*a*) Si este discernimiento se refiere á los resultados del analisis química, confieso que tiene mucha razon, porque en el año 1792, en que escribia esta obra el doctor Mutis, no habia medio seguro en la química para este discernimiento, como le hay ahora; pero si el discernimiento y distincion de las Quinas en general de las otras cortezas que no lo son, se ha de deducir del color, olor, sabor, estructura interior y esterior, fractura y demas caracteres fisicos, confieso que el doctor Mutis procede con un poco de exâgeracion, pues por lo que respecta á la corteza de la Guayana, me inclino á creer que la Quina que yo quemé en la real botica, y de que hago mencion en la nota á la pág 9, era esta misma corteza que no tenia ningun carácter de Quina, y que puesta al fuego chascaba ó detonaba con doble fuerza y ruido que lo hace la sal comun echada en la lumbre: y por lo que respecta á la *cascarilla*, que debemos llamar *chacarila* para evitar confusion, es imposible confundirla con ninguna corteza de Quina por su color blanquecino, su olor tan fuerte que la da el nombre de Quina aromática, y por su olor bien marcado de almizcle echada en el brasero. *N. E.*

conocimiento de cada especie; y dentro de ella haberlos tambien repetido por separado con las cuatro suertes de cortezones, cañas gruesas, cañas delgadas y canutillos. Entonces pudiera decirse que en la preferencia dada á los canutillos se habia procedido con conocimiento de causa. ¿Qué hemos adelantado con saber muy por encima que la Quina contiene tierra, goma y resina, dudándose todavia si entran en su composicion sales y algun aceyte; y sin haber convenido en las proporciones señaladas por Bohmer, Nevmann y Cartheuser? ¿Ni cómo podian concordar los autores, haciendo sus ensayos por métodos diversos con especies diferentes, y tal vez mezcladas? Qualquiera conocerá facilmente las consecuencias que podian deducirse.

Posteriormente el célebre Baumè nos anuncia otras ideas mas importantes á los usos prácticos de la medicina, y por lo mismo conviene investigarlas de nuevo en las cuatro especies. Hay gravísimos fundamentos para recelar que ni todos los ensayos de la Química, ni todas las observaciones médicas de siglo y medio han bastado para conocer bien la naturaleza y virtudes de este divino remedio. En este sentido deciamos antes que los ensayos químicos sufrian tambien sus limitaciones. Cesarán éstas luego que se proceda en ellas á luz mas clara. Nadie ignora ya en nuestro siglo los poderosos esfuerzos con que se ha ilustrado esta ciencia, ni las ventajas que nos ofrecen hoy los delicadísimos esperimentos de esta física particular, que analizando los cuerpos determina á punto fijo las diversas substancias ó partículas integrantes de que se componen. Sabemos la exâctitud con que ya se camina por los direfentes rumbos de esta ciencia, no menos útil que las demas; cuyos profesores podrán fijar el conocimiento de cada especie de Quina y la naturaleza de sus partículas. Tales conocimientos directamente influyen á perfeccionar los usos del remedio. Vamos á esponer entre tanto los que nos

han sugerido nuestras propias reflexîones.

§. IV. Pareciéndonos muy probable despues de comparadas entre si muchas observaciones y esperiencias, que la preciosísima Quina naranjada sea un producto bien combinado de dos árboles distintos, en quienes se descubren los legítimos indicios de padre y madre (*a*), de quienes deriva en grado muy eminente sus maravillosas virtudes; sería contra los designios de la Providencia confundir esta rarísima produccion, aplicándola indistintamente en otras enfermedades que las muy determinadas, para cuyo socorro se nos ha dispensado este segundo árbol de la vida: elogio que se merece con preferencia á sus compañeras por todos respectos.

Esta fue la especie primitiva que sobresale entre las otras por el carácter peculiar de ser eminentemente balsámica. Su modo de obrar como por encanto, y á golpe seguro en las calenturas intermitentes, comprobado en siglo y medio siempre que fue bien administrada á ciencia cierta de su legitimidad y buen estado, nos indica su eficacia absoluta y esclusiva en estas enfermedades. De aquí resulta ser esta especie directamente febrífuga, y que sería en vano buscar auxîlios equivalentes en las otras especies cuando urge la necesidad de cortar infaliblemente las accesiones.

El mejor quinista del siglo pasado y sobresaliente práctico Ricardo Morton (*) por una feliz ocurrencia y

(*a*) Esta frase entendida literalmente es, y con mucha razon, una paradôxa en sentir de los botánicos del Perú. *N. E.*

(*) Sin defraudar la gloria tan debida al diligentísimo observador Sydenham, podemos asegurar que no llegó á conseguir aquel magistral manejo de la Quina con la estension de conocimientos de Morton. Sabemos que fue uno de los mas celosos defensores del remedio, vindicándolo de los oprobrios de su tiempo: que estendió el uso á los hipocondriacos, histericas y gotosos; y que fue el introductor original de administrarlo fuera de las accesiones. En este método descubrimos muchas preocupaciones, que tocaremos de propósito en adelante. De aquí resultaron sus bien fundados recelos, para abstenerse de este heróico

contra el torrente de otras infundadas opiniones, gobernado por los prontísimos efectos de su encantadora eficacia, llegó á penetrar el verdadero modo de obrar esta especie, colocando su imperio sobre el sistema nervioso (*). Abrazó este mismo partido casi á la misma época su concólega Guillermo Cole, tratando de propósito este importante asunto (**) que vino á parar en el mas profundo olvido, tal vez por el desprecio que le ocasionó en el concepto de sus contemporáneos y sucesores la introduccion de las otras especies, cuya eficacia respectiva favorecia muy poco aquella idea (***).

Revivió esta misma opinion al cabo de medio siglo, promoviéndola á mejor luz y con mas sólidos fundamentos el muy escelente práctico Gerardo Van-Swieten; pero tan de paso y con tal sobriedad (****) como lo exîge un punto tan misterioso, y como debia esperarse de un profesor imparcial, por una parte no bien asegurado de la uniforme constancia de las operaciones del remedio, y por otra poco inclinado á insistir demasiado en las especiosas teorías que tanto perjudican en la práctica. Si así no obra el antídoto, á lo menos así lo han pensado insignes prácticos; y se debería preferir esta opinion mientras no se proponga otra que nos haga mayor fuerza (*****).

auxîlio en muchas otras enfermedades, en que tuvo por pecado médico su administracion á los pacientes.

(*) Morton, Pyretolog. Cap. 7.

(**) Cole de febrib. interm. cap. x.

(***) No debemos privar de su respectiva gloria á los dos primeros defensores de la Quina Bado y Protospatario, precursores del ingenioso pensamiento de Morton. Prescindiendo de sus razonamientos teóricos nos basta que concuerden en la idea mas verosimil de obrar la Quina como antídoto de propia esfera sobre el sistema nervioso.

(****) Ger. Van-Swiet. Comm. in aph. 757. 767.

(*****) En estos términos se esplica con el candor que acostumbra nuestro español y muy célebre quinista doctor Alsinet, apoyando su sentencia que coloca la única causa de las calenturas intermitentes en las glándulas miliares. Ha deducido su hipótesis este autor de la esperien-

A nuestro intento basta poder alegar en favor de un pensamiento tan plausible, que influye no poco en la práctica, el testimonio de respetables autores, á quienes debió sugerir las primeras ideas del modo de obrar la Quina primitiva inmediatamente sobre los nervios, á imitacion de los antídotos, la profunda meditacion de los mismos hechos prácticos. Sería muy dificil, si queremos esplorar en lo posible los misterios de la naturaleza, conciliar de otro modo las observaciones y raciocinios, cuando vemos la prontitud maravillosa de un remedio que detiene de golpe todo el trastorno de nuestra máquina en el siguiente paroxîsmo sin haber escitado alguna evacuacion sensible. Y como semejante modo de obrar sea peculiar á los remedios, cuya virtud influye directamente sobre los nervios; debemos persuadirnos á que esta especie de Quina pertenece á la clase de los nervinos.

Sería fuera de propósito investigar aquí el órden de remedios nervinos á que pueda pertenecer esta especie. Su averiguacion puede ser tan inútil como la del misterio de los períodos, cuando se trata seriamente de adelantamientos ventajosos á la práctica. Apreciemos el pensamiento por lo mucho que puede contribuir al bien de los mortales, distinguiendo los casos en que convenga emplear esta especie con preferencia, y ampliar sus usos á otras enfermedades que se presentan con indicios de residir sus predisposiciones en el sistema nervioso.

cia, en que debemos todos convenir, de andar trastornada la evacuacion de la materia perspirable, y á este trastorno le atribuye el único origen de las accesiones. Puede conciliarse bien esta opinion apoyándola en ideas mas exâctas sobre las funciones de la economía animal. El sistema nervioso se propaga á toda la periferia del cuerpo, como de bulto lo demuestra la finísima sensacion del tacto. Su influjo se estiende hasta los mínimos tubos y sus poros. El íntimo enlace de estos con las ramificaciones interiores mantiene la comunicacion de todo el sistema, donde fijamos con los autores alegados la causa predisponente contra la que obra directamente el antídoto, sin que sepamos en qué consista esta predisposicion, ni el modo de enmendarla el remedio.

Tanta es la eficacia de este remedio que desde los primitivos tiempos se confirmó su activa prontitud en la pequeña cantidad que regló el empirismo, y como obran todos los antídotos. Bastaban solamente dos dracmas para lograr en aquellos tiempos las maravillosas curaciones que rara vez en los posteriores se consiguen con dos onzas; y por lo comun es necesario consumir cinco ó seis, sin traer á colacion las malas resultas y gastos inútiles que en esto sufren los enfermos; prueba incontestable de los errores inculpablemente cometidos por las Quinas posteriormente introducidas; fuera de otros yerros por las preocupaciones que hemos heredado de nuestros mayores.

Asegurado el imperio de esta Quina sobre los nervios, debieron advertir los prácticos que podia tal vez ampliarse su aplicacion á otras enfermedades de períodos manifiestos con intermision, en que conocidamente padece el sistema nervioso. La esperiencia comprobó lo bien fundado de estas analogías; y si fallan muchas veces en la práctica proviene regularmente de no haber aplicado la especie indicada.

Es tan directo su influjo sobre las enfermedades periódicas, que no pudo contenerse el benemérito Morton hasta ampliar sus límites á todas las calenturas remitentes, aunque fuesen acompañadas de inflamacion, ó de cualquiera otro modo enmascaradas; con tal que el primero se asegurase de la realidad de algun período: en tales casos lo emprendió siempre con tanta confianza que jamas tuvo que arrepentirse de sus felices atrevimientos. Conceptuemos en este práctico á un hombre entusiasmado y de tal propension á la Quina que padecería grandes amarguras en su práctica; pues dejó la nota de haberla aplicado con demasiada liberalidad en el concepto de Van-Swieten y otros profesores, jueces menos competentes y demasiado rigorosos en esta censura. Lo cierto es que nadie como él la manejó en su tiempo: que

destituido del conocimiento de las otras especies y de su eficacia respectiva dejaria de hacer otras tentativas felices; y que en prueba de su magisterio sabia desistir en tiempo de su continuacion en mil lances en que le hubieran salido demasiado caras tales pruebas.

Con todo eso, en confirmacion de lo que perjudican en la práctica las opiniones puramente sistemáticas, y á pesar del magistral manejo en que pocos le han igualado, y todos los quinistas sucesores lo han tomado de sus escritos para promover otros importantes descubrimientos; dejó de hacer Morton mayores bienes de los que hizo á la humanidad en fuerza de su sistema, y de las leyes que se impuso. Toda su clave sistemática la redujo á los dos grados opuestos de *demasiada espansion ó desenfreno*, y de *fijacion ó abatimiento de los espíritus en las calenturas*; de cuyas clases supremas deducia otras intermedias. Reconoció en la Quina un Alexifarmaco de su esfera, capaz de fijar el desenfreno, y por lo mismo peligroso en las enfermedades del estremo opuesto, para cuyo auxîlio se veia obligado á buscar alexifarmacos de otra naturaleza.

En disculpa de esta preocupacion descubrimos una causa de las tres mas principales (*) que limitaron sus felices atrevimientos. Jamas hubo quinista mas diligente en el reconocimiento de la Quina que tomaban sus enfermos. Por esta práctica poseyó perfectamente el conocimiento de la naranjada y de la amarilla, que tuvo por la legítima especie primitiva, escogiendo los fragmentos mas visibles de aquellas, y separando los de la roja, que calificó por falsa y suplantada. Observaba los

(*) Reducimos á tres las causas principales, que son estas: no haber conocido las especies; seguir sus curaciones con el régimen cálido, y preferir la administracion del remedio en toda su substancia. Este último punto es tan esencial que merece lo tratemos de propósito en adelante.

efectos de su escogido remedio, cuya virtud no alcanzaba á domar la malignidad, á no haber empleado la escesiva cantidad que despues de un siglo consumia en tales casos el célebre Haen, valiéndose éste con menos propiedad de la amarilla. Eso hubiera sido demasiado empeño para Morton en aquellos tiempos, rodeado de enemigos y declamadores, que naturalmente aumentarian las angustias y recelos que llevan consigo las primeras tentativas de los profesores de honor, y que saben cuanto vale la vida de los mortales.

Por otra parte en fuerza de su sistema dió Morton en el escollo de pretender domar siempre el fermento venenoso, con que suponia acometido el sistema de los nervios en todas las calenturas por medio de los alexifarmacos. En su clase de antídotos contaba la Quina, cuya eficacia limitó á las de remision, ó calenturas *sinecales* segun su plan de division; sin atreverse á emplearla en las continentes ó *sinocales*, que en su concepto se burlaban de la actividad de la Quina; y en este dictámen solicitaba entre los alexifarmacos otros auxîlios de su respectiva eficacia. Acerrimo defensor del régimen cálido, no alcanzó á combinar los maravillosos efectos de la Quina con el mas sencillo método antiflogístico de agrios vegetales y copiosísimos diluentes que esencialmente pide este remedio.

Sea lo que fuere; al singular genio é inimitable constancia de este sobresaliente profesor, debe la humanidad los mejores monumentos prácticos del uso de la Quina en la prodigiosa estension de un remedio tan infamado en aquellos tiempos, á otras enfermedades agudas y crónicas, en que posteriormente otros profesores adelantaron sus tentativas por las luces de sus utilísimos escritos, y la feliz casualidad de las otras especies introducidas.

§. V. Si la rareza del preciosísimo antídoto, y la ninguna economía con que nuestros cosecheros lo destru-

yeron en pocos años han producido á la salud pública los innumerables daños que se siguieron de aplicar otras especies sin conocimiento; tampoco podemos negar los muchos bienes que indirectamente le han resultado, y le tenia preparados á la humanidad la Divina Providencia en la casual y tumultuaria introduccion de las Quinas posteriores. Quedó reservado á la industria y arbitrio de los hombres hacer el uso competente de ellas hasta el tiempo en que á luz mas clara se conocieran sus peculiares virtudes; y llegado el feliz momento que anunciamos, nos hallamos ya en la indispensable necesidad de proceder con la mayor economía en la distribucion del antídoto, aplicándolo solamente en los casos mas apropiados, y valiéndonos de las demas especies en innumerables enfermedades, en que será tan útil su determinada aplicacion, como ineficaz, y aun nociva la del antídoto.

El crédito que de algunos años á esta parte se ha conciliado la Quina roja, á consecuencia de su doble actividad observada por habilísimos profesores, en comparacion de la amarilla que anteriormente se mantenia bien acreditada, es una prueba irresistible de sus virtudes eminentes en muchos casos, no menos que de la ignorancia con que se desconocieron en la dilatada época de sesenta años en que subsistieron sin intermision sus remesas. A pesar de semejantes elogios, vuelve á caer en desprecio; y tal vez los malos efectos de su indebida aplicacion, por no haberse advertido todavía sus respectivas virtudes, irán desmintiendo las consecuencias generales que se hayan deducido de aquellos aplausos.

Por ciertas noticias originales y combinaciones muy verosimiles puede asegurarse que la Quina roja sucedió inmediatamente á ocupar el lugar de la primitiva; pero siendo indirectamente febrifuga no debia producir los maravillosos efectos observados en la anterior. En su defecto no quedaba otro recurso que valerse de ella do-

blando y triplicando las tomas para cortar las accesiones, lo que no siempre se lograba, y dejaba por lo comun producidas las malas resultas de su pertinaz aplicacion en descrédito del remedio y de los profesores. Tal fue en toda aquella dilatada época el origen principal de las desconfianzas que concibieron los escelentes é imparciales profesores contra la Quina.

Esta especie succedánea sobresale entre las otras por el carácter peculiar de ser eminentemente astringente. Su modo de obrar á golpe seguro en las gangrenas indica su imperio sobre el sistema muscular, y por consiguiente se estiende su eficacia á todas las enfermedades en que conviene reanimar la accion de los músculos, y producir en la masa de los humores el calor que resulta de la mayor elasticidad de los sólidos. Tal es la virtud que se requiere en los remedios generales antisépticos; pero que reside con mas propiedad en este por la reunion de su eminente astringencia con los principios ó cualidades comunes á todas las Quinas. De aquí resulta ser esta especie directamente antiséptica con preferencia sobre las otras, y que sería inútil buscar auxîlios de igual eficacia cuando se intenta y urge la necesidad de resistir á los progresos de la putrefaccion animal en las carnes.

Será inmortal en los fastos de la medicina la memoria del benemérito cirujano Rushwort, á quien debe la humanidad tan singular é importantísimo descubrimiento, que ha salvado la vida de millares de enfermos en este siglo. Hecho el descubrimiento en el año de 1715, y publicado en 1731, lo confirmaron sus comprofesores Amyand, Douglas y Shipton, como se refiere en las actas de la academia de Edimbourg (*).

(*) En el tomo segundo de la traduccion francesa, pág. 479 y 480 se da la historia abreviada de este descubrimiento, sacada del número 426 de las transacciones filosóficas de Londres.

No es fácil averiguar á punto cierto los fundamentos en que apoyaría Rushwort sus raciocinios para intentar aquella primera esperiencia; ni si seria uno de aquellos felices atrevimientos que recompensan la constante aplicacion de los genios observadores. Si valen algo las conjeturas podemos todavia adivinar que dirigió su indicacion principalmente por la idea de la virtud febrífuga de la Quina; pues limitaba su eficacia en sus esperimentos no solamente á las gangrenas de causa interna, sino tambien á los casos de calentura con remision. Posteriormente ha manifestado la esperiencia que igualmente conviene en todas circunstancias y casos, como lo comprueban las innumerables observaciones hechas, y depositadas en varios volúmenes de las citadas actas, en el diario de medicina de París, y en otros autores particulares.

Si reflexîonamos ahora que Rushwort tenia grande propension al heróico remedio, pues en el año de 1694 (*) lo habia tambien aplicado en las calenturas malignas, acompañadas de bubones pestilenciales, hallándose de cirujano mayor en el navío de guerra el Aguila, que cruzaba á la altura de Ceuta, consiguiendo por este descubrimiento tambien original salvar la vida de la tripulacion apestada: si combinamos con estos hechos el profundo silencio que constantemente guardan sobre los referidos puntos de calenturas malignas y gangrenas todos

(*) Debemos esta importante noticia al famoso Mr. Luis en la nota que puso á la época de la publicacion del descubrimiento del remedio contra las gangrenas, para concordar la que fija Van-Swieten en su espresion de *diez años ha*, que corresponde justamente al de 31, alegado en las actas de Edimbourg; advirtiéndonos que en 1721 habia tambien hablado Rushwort de su descubrimiento á la real sociedad de Londres con motivo de la peste que desolaba la Provenza, cuyo contagio temian las naciones vecinas. Tampoco cabe duda en esta época de 1721; pues la peste de Provenza se difundió de la que asoló á Marsella en 1720. Véase la nota de Mr. Luis en la traduccion castellana de los aforísmos de Cirugía, tom. v. pág. 125.

los predecesores de Rushwort; siendo por otra parte imposible que entre tantos quinistas, y en el dilatado curso de 75 años no hubiesen ocurrido casos de igual naturaleza, ni se hubiesen practicado algunas tentativas casuales; vendremos á deducir sin violencia que la casualidad de haber aplicado Rushwort sin conocimiento suyo la Quina roja, que ya prevalecia por necesidad, le proporcionó la envidiable satisfaccion de hacer estos admirables descubrimientos en beneficio de la humanidad, y crédito de la medicina.

Las desconfianzas y fundadísimos recelos con que administraban ya la Quina los médicos de Italia, á imitacion de todos los de Europa en el primer tercio de este siglo, no intimidaron al célebre Torti para emprender y perfeccionar sus felices tentativas, que han establecido el único método segurísimo de tratar las calenturas periódicas perniciosas. Su grande reputacion, como lo advierte el doctor Haen (*), le hizo dos competidores dignos de un profesor tan ilustre en Manget y Ramazzini: retractándose el primero á consecuencia de sus posteriores desengaños, y dejando divididos los partidos de Italia la muerte del segundo. Bien reflexîonadas todas las circunstancias de aquella época se advertirá que al anciano Ramazzini le sobraban gravísimos motivos en sus dilatadas esperiencias para com-

(*) Journal de Medecine septembre 1759, pág. 219. El doctor Haen se ha equivocado asegurándonos que la respuesta apologética de Torti hizo callar á Ramazzini. Ni pudo verla, ni responder en profecia á un escrito que publicó su autor habiendo ya fallecido en Padua Ramazzini. Escribió éste la disertacion hallándose profesor de Padua para contener en sus compaisanos los abusos de la Quina que advirtio en treinta años de su práctica en Modena; y la publicó tres meses antes de su fallecimiento, como consta positivamente en la vida de este insigne profesor, escrita por su sobrino Bartolomé Ramazzini, y puesta al principio de sus obras, donde se refieren algunas circunstancias de este asunto, silenciándose por respetos personales el nombre del célebre Torti.

batir fuertemente los abusos de la Quina tan frecuentes en Modena, sin agraviar á Torti, que no debió darse por ofendido del zelo de su imaginado competidor. Son muy juiciosas las reflexîones de Ramazzini, en que apoyarémos en adelante nuestras conjeturas para demostrar cuanto se esplica la misma naturaleza en los hechos con que habla á los prácticos observadores, á fin de apartarlos de las preocupaciones tradicionales.

El eruditísimo doctor Manget, en el prefacio que puso á la edicion de las obras de Ramazzini en Ginebra (*), toca de paso el punto de esta ruidosa controversia, notando la demasiada aspereza con que insultó el ilustre Torti á Ramazzini. Aunque Manget confiesa las juiciosas cautelas prácticas que alega el profesor de Modena en su respuesta apologética en defensa de su método, y pretende disculparse con su sobriedad en dar la Quina á imitacion de sus comprofesores de Ginebra, que á su parecer, y en cierto modo, se hallaban envueltos en los cargos del profesor de Padua: se opone todavia con ingenuidad á las opiniones de Ramazzini en cuanto á la naturaleza del remedio, sus efectos esenciales, y modo de administrarlo en pequeñas cantidades. En satisfaccion á tan pesados cargos se pone Manget á cubierto con las diligentísimas preparaciones que hacia á sus enfermos, y con las que tambien corregia la Quina, que jamas daba sola, por medio de muchas drogas desobstruyentes y nervinas. Ultimamente, protestaba de buena fé, que desistiria de su método luego que advirtiese los secretos que pudo revelarle al doctísimo Ramazzini su dilatada esperiencia. ¿Qué indican todas esas preparaciones á los enfermos, y tantas cautelosas diligencias de Manget, sino sus interiores recelos de una Quina tan sospechosa que necesitaba tales correctivos y cautelas? ¿Ni cómo debia

(*) Bernardini Ramazzini opera Omnia Genevæ 1716.

comportarse de otro modo en aquella época, estremecido por otra parte de los funestísimos ejemplares alegados por Ramazzini?

Reprehendia éste los abusos de la Quina sin haber comprendido el misterio que encerraba la desconocida mutacion de la especie; haciéndolo con tal candor que se cuenta en el número de los culpados por la propension que tuvo á dar con liberalidad la Quina en su juventud y virilidad, posteriormente desengañado por las frecuentísimas desgracias que ya observaba en su ancianidad en la práctica propia y agena. Sin conocer Ramazzini que en sus primeros años alcanzó los tiempos felices de la Quina primitiva (*), tan propia para las periódicas como perjudicial la roja, que administraba él como todos los médicos de Europa en su vejez, se hizo cómplice de yerros que probablemente no habia cometido en sus primeros años. Esto no era insultar á Torti, que tambien ignoraba el origen de sus felices tentativas; pues obraba por necesidad y sin eleccion con una Quina, que solo en lances tan poco frecuentes como desesperados, y algo propios de su esfera sabiéndola manejar, podia contribuir al crédito de su método. La especie roja suple bien en tales casos, teniendo mayor imperio que la amarilla, y casi tanto como la naranjada, por el especial caracter de la malignidad contra la cual obra directamente. En los demas casos regulares subsisten las convincentes razones de Ramazzini, justo declamador de las frecuentísimas desgracias que

(*) Nació en Carpi en 1633; tomó el grado de doctor en Parma en 1659; hizo su primera práctica en diferentes partidos; se fijó en Modena á los 40 años de su edad; en 1700 pasó de profesor á la universidad de Padua, y allí murió el 5 de noviembre de 1714, habiendo puesto el sello á sus preciosos escritos con una produccion tan propia de su ingenio contra las sospechas de ilegitimidad que atribuyeron algunos con el mismo Torti á este inmortal monumento publicado en 20 de julio de aquel mismo año.

igualmente advertian los mejores é imparciales prácticos de aquel tiempo.

A imitacion de las anteriores casuales tentativas fué muy natural emprender otras por analogía. Se habia observado que la supuracion en las gangrenas se mantenia con buenas señales durante el uso de la Quina; que degeneraba al momento que se interrumpia, y que volvia á mejorarse al punto que se restablecia el uso del remedio. De aqui nacieron las tentativas de promover las buenas supuraciones en las úlceras; y de aquí por otra consecuencia inmediata se tentó su aplicacion en las viruelas.

Estaba reservada la gloria de este descubrimiento al célebre profesor de Edimbourg Alejandro Monró, que de palabra y por escrito en sus conferencias, lecciones públicas y otras obras, promovia el uso de la Quina en las epidemias de esta clase (*). Volvamos á reflexîonar que nació este importante descubrimiento, se promovió su práctica, y se confirmaron los correspondientes aplausos dentro de la época de la Quina roja; y si ha desmerecido en la siguiente, hay fundamentos para atribuirlo á la Quina amarilla, posteriormente introducida. En efecto, vemos que el sobresaliente práctico Van-Swieten, á cuya inmensa leccion no se le han ocultado los progresos hechos en cualquiera punto de medici-

(*) Aunque Morton 40 y aun 50 años antes que Monró hubiese usado la Quina en las viruelas, y á imitacion de Morton el doctor Mead, la emplearon solamente al fin de las calenturas de la supuracion, gobernados por la idea de las remisiones en que debia influir la virtud febrifuga del remedio. Advierte muy bien Van-Swieten sin saber el fundamento, que Morton no conoció la virtud antiséptica de la Quina. Efectivamente debió ignorarla, no habiendo usado jámas con advertencia de la Quina roja, y cuyos fragmentos desechaba, que tenia por falsa, viéndolos interiormente teñidos de manchas que tiran á negras; carácter inseparable de esta especie cuando se humedece, si la dejan los cosecheros al sereno, ó finalmente si la amontonan recien sacada.

na práctica, no alega propias observaciones, ni esfuerza tan importantes tentativas con las de otros médicos coetáneos (*).

Si pudieramos reducir á un pequeño lienzo la pintura de las innumerables y frecuentísimas calamidades que afligieron á la humanidad en aquella época consternando á los profesores, y desacreditando los maravillosos efectos de un específico tan justamente aplaudido en la época anterior; no estrañariamos ya oir á muchos con Ramazzini haber sido mayor el daño que el provecho resultado á la salud pública de la introduccion de un remedio empírico y sospechoso: á otros con Rivino quererlo desterrar de la medicina para siempre por nocivo: á innumerables con Malpighi moderarlo por peligroso en toda su substancia estrayendo las tinturas: á otros con el gran Boerhave descubrir en sus discursos familiares las interiores desconfianzas, que heredaron de por vida algunos de sus discipulos; á muchos con Manget inventar mil correctivos sin atreverse á darlo solo; y finalmente, veriamos á todos los mejores prácticos de aquel tiempo proceder á su administracion con mil temores y cautelas. Con esos mismos recelos, y gobernados de no pocas precauciones, se comportaban tambien los médicos ingleses, como consta de las citadas actas de Edimbourg y de otras obras nacionales, en que se alegan mil casos funestos, sin que les valiese el privilegio de conseguir ellos mejor

(*) Debemos advertir que Van-Swieten ha escrito sus comentarios en el dilatado tiempo que participa de ambas épocas de Quinas roja y amarilla: que se descubren en él á lo lejos los recelos concebidos contra el remedio en los principios de su práctica, que comenzaria hácia el año de 1725 en que tomó el grado de doctor en Leyden su patria: que en sus desconfianzas tendrian mucha parte los notorios influjos del gran Boerhave: y finalmente, que aunque en fuerza de su candor lo aprueba por inocente, no se hallan rasgos en todas sus obras inmortales que comprueben aquel magisterio y desembarazo con que saben administrarlo otros excelentes Quinistas.

Quina que los Holandeses (*), privilegio puramente imaginario y sin otras pruebas que una vanagloria patricia, ó algun hecho casual en estos últimos tiempos, de donde sacó sus congeturas el doctor Forthergil para regular por estos aquellos tiempos relativos á las desconfianzas de Boerhave.

No se pueden registrar los fastos de la medicina en la citada época sin asombros estraordinarios. Tropezamos á cada paso con acontecimientos funestos en los palacios de los príncipes; con amargas quejas en las casas distinguidas; con horrorosas desolaciones por la muerte de enfermos á centenares en los hospitales urbanos y de campaña; infiriendo de aquí, ya que no lo descubramos en la historia, porque los plebeyos mueren y se entierran sin ruido, las lágrimas y clamores populares por lo que igualmente sucederia en sus humildes habitaciones.

Hallariamos tantas aflicciones y angustias, que no sabriamos adonde volvernos primero, si á consolar á los pueblos para sufrir con resignacion los ocultos designios de la Providencia, ó á fortalecer á los profesores en medio de sus consternaciones, desvelados para poder concordar unos acontecimientos tan infaustos con otros verdaderamente felices, buscando arbitrios de corregir un remedio heróico, cuya eficacia no alcanzaba ya, como antes, á cortar sin peligro las accesiones, en que á cada paso desmentia su primitivo crédito. Veriamos á otros profesores mas atrevidos lisongearse con las felices tentativas desconocidas á sus predecesores, y deducir conse-

(*) Los Ingleses no tuvieron jamas otro conducto para surtirse de Quina que la via del comercio clandestino, del que igualmente se aprovechaban los Holandeses: ni habia otro camino por donde saliese toda la Quina del Perú, que el que dejamos anteriormente referido. Panamá, Portobelo y Cartagena eran los puertos inevitables de estos depósitos, y sabemos positivamente que aquellas dos naciones se llevaban la mayor parte de los acopios anuales, dejando una pequeña porcion al comercio de Cádiz.

cuencias mas generales de las que permitia la esfera del remedio. Veriamos en fin á otros mas reflexîvos combinando lo pasado y lo presente, siempre con las manos atadas, y sin atreverse ni á condenar abiertamente el remedio por nocivo, ni á declararlo por inocente, ni á usarlo con libertad y confianza á la frente de los pueblos demasiado escarmentados en cabeza propia, y no poco preocupados por las declamaciones de los mismos profesores.

Tal fué la época desgraciada y venturosa por diferentes aspectos, en que dominó la Quina roja, especie entre todas de tan estraordinaria actividad, que pudieramos llamarla respectivamente *incendiaria*; de donde dimanó la opinion que han concebido las gentes de llamar indistintamente todas las especies de Quina un remedio abrasador de las entrañas. Tanta y tan bien combinada actividad por las manos de la naturaleza se necesitaba en el precioso remedio que estaba destinado para males mayores y desesperados; pero tan propios de su esfera, que fuera de ella debia producir otras calamidades.

Por fortuna ya pasaron; pero las olvidamos tan presto que se duda de su verdadera exîstencia, y aun se miran en nuestros dias como puras fantasmas que sirvieron de espanto á nuestros predecesores. ¡Quiera Dios que no vuelvan á dejarse ver esas mismas sombras! Todavia podemos recelarlo por la demasiada confianza que ha inspirado la Quina amarilla, por los créditos que ha tomado el remedio con el motivo de las últimas epidemias, y por la casualidad de hallarse rellenos los almacenes y boticas de toda la Europa con crecidas porciones de la Quina roja á consecuencia de la última fermentacion. De la reunion de estas casualidades podrá resultar que aplicando indistintamente cualquiera Quina, si por desgracia tocare la suerte de la roja á las calenturas de inflamacion ó á los miserables hipocondriacos, llorarian los pueblos desgracias mayores que en las otras épocas en que anda-

ban los profesores de comun acuerdo impugnando el uso de la Quina en las inflamatorias; y rarísima vez se valian de ella, pero siempre en pequeñas cantidades en las enfermedades de vapores. Hay motivos para anunciar estos recelos segun las noticias publicadas en los escritos periódicos (*). Sea lo que fuere, lo que positivamente consta de todas estas revoluciones, se reduce á poder afirmar que la humanidad ganaba por una parte, al mismo paso que perdia por otra.

§. VI. No pudieramos dar mejor principio á las sobresalientes virtudes de la Quina amarilla, que el que daremos, anticipando desde luego un abreviado prospecto de esta especie, y tomando prestadas, en honor de este discurso y aprobacion del remedio, las enérgicas espresiones con que nuestro erudito y laborioso profesor Don Juan Galisteo y Xiorro hizo el elogio de la Quina en general en su elegante nota. (*) "Al principio tuvo (la Qui-

(*) No podemos citar á punto fijo el caso funesto publicado en el memorial literario por no tenerlo á mano. Allí vimos las juiciosas y patéticas reflexiones del doctor Casal (*a*), sobre el indiscreto abuso de la Quina en un miserable hipocondriaco. Estremecen tales casos, en que la buena fe y falta de conocimientos salen tan caros á los enfermos, dejando motivos de arrepentimientos para su ancianidad á los médicos novicios.

(*a*) Tengo á la mano esta obra, y habiéndola registrado, encuentro que el licenciado Canals y Roquer escribe al doctor Casal la muerte de un Religioso, á quien en una enfermedad esténica y flogística con vómitos, que deberia haberse combatido con los emolientes, diluentes y purgantes laxativos, se le propinó Quina en abundancia y astringentes poderosos, hasta el punto de haber producido un estímulo violento que le quitó la vida sin conocerlo el médico de cabecera. Mem. liter. tom. 18, pág. 462. *N. E.*

(*) Tissot aviso al pueblo, en la nota pág. 175, edicion segunda del año de 1776. Aunque al fin no se dice nota del traductor, su principio *no ha mas de 136 años*, que justamente concuerda con la época de 1640 en que se conoció la Quina en Europa, y con el año de esta edicion; y tambien el modo de referir la historia, nos han inclinado á creerla perteneciente á las del traductor. Importaba esta noticia para fijar la época de *veinte años á esta parte*, que en esta inteligencia coincide con el año de 1756; pero si fuere

»na) grandes contradicciones; pues unos la miraban co-»mo un remedio divino y otros como un veneno: y ha-»biendo el encono aumentado la preocupacion, ha sido »preciso cerca de un siglo para que todos los espíritus »hayan convenido en su verdadero uso. Pero al fin pa-»rece que de veinte años á esta parte todos generalmen-»te han abandonado las preocupaciones poco favorables á »este remedio. La insuficiencia de los demas en muchos »casos; la eficacia de este; las admirables é infinitas cu-»ras que con él se han conseguido, y consiguen todos »los dias; el número de enfermedades, muy diferentes »de las calenturas, en las cuales es el remedio soberano; »sus efectos en las enfermedades quirúrgicas mas fatales; »la robustez, fuerza y alegria con que deja á los que »usan de él, han desengañado á todos, y le han dado »casi unánimemente el primer lugar entre los remedios »mas eficaces. Ya no se cree que destruye el estómago, »que fija la calentura sin curarla, que encierra al lo-»bo en el aprisco, que causa el escorbuto, el asma, hi-»dropesía y la ictericia; al contrario, se cree que preca-»ve todos estos males, y que si alguna vez daña, es solo »cuando, como todos los buenos remedios, está falsifi-»cado, mal ordenado, mal administrado, ó finalmente »cuando en el temperamento hay algunas singularidades »desconocidas (á lo que llaman idiosincrasia) que per-»turban el efecto."

¿Que influjo tan poderoso y feliz pudo hacer un mismo remedio, manejado y controvertido en todo un siglo por habilísimos profesores, para obligarnos ahora á un convenio tan repentino? ¿Qué causas alegarian los partidos para ponerse de acuerdo en pocos años, y decidir fi-

la nota del autor, y puesta en el original de 1767, que sirvió para la traduccion, retrocede al año de 1747, y aun hasta el de 1741 en caso de hallarse la nota en el original de la primera edicion. De cualquiera modo siempre cae dentro de nuestra época señalada á la Quina amarilla.

nalmente haber sido meras preocupaciones de un siglo entero los bien ó mal fundados recelos de nuestros predecesores? Nada de esto se descubre; antes bien advertimos un profundo silencio en estos puntos: pero tambien observamos que despues de tales convenios, y de sentencias tan autorizadas se renuevan las desconfianzas, y se promueven otras novedades que contradicen tantos elogios. Volvamos á repetir, que se ha procedido muchas veces á sentenciar este pleito sin conocimiento de las diferentes causas que han concurrido para hacer mas dificil su verdadera decision.

Confesaremos de buena fé, y procurando prescindir de la inclinacion que inspiran los saludables efectos de esta benignísima especie, que no puede ser mas justo sin pasar de una competente exâgeracion al estremo de entusiasmo, el elogio hecho á favor de la Quina, siempre que convengamos en ciertas limitaciones. La fundamental de todas será la de ceñirlo á la determinada especie de la Quina substituida, que se ha empleado en la época de que hablan sus esclarecidos autores. De aquí fluyen espontáneamente las otras: como la de no deberse inferir de las respectivas virtudes de esta especie, las sobresalientes que casualmente se advirtieron en las anteriores especies naranjada y roja, no teniéndolas la amarilla sino en grado mas remiso, y la de no reunir todos los maravillosos efectos observados en el curso de siglo y medio en cualquiera de las especies que por su turno va ganando la preferencia. No ha sido poca fortuna para la humanidad, y para el crédito de los profesores haber dado por casualidad en este cambio, pasando del estremo de una especie incendiaria al de otra blanda y suave, que promete las mayores ventajas en las calenturas continuas, y algunas enfermedades crónicas, en recompensa de su menor eficacia en las periódicas, y otras absolutamente fuera de su esfera.

Esta especie substituida sobresale entre las otras por

el carácter peculiar de ser eminentemente acibarada. Su modo de obrar en las calenturas pútridas inmediatamente sobre los humores, con virtud propia para resistir á la putrefaccion espontánea en que degeneran en tales casos, y juntamente con la de relajar primero en cierto modo, y escitar despues una elasticidad moderada en los sólidos, como si dijeramos, abriendo y cerrando los vasos mínimos (*), nos indica su imperio sobre la masa de los humores, y por consiguiente se estiende su eficacia á todas las calenturas continuas y remitentes, y á muchas enfermedades crónicas, cuando convenga resistir á la putrefaccion espontánea de los humores.

Por noticias bien averiguadas, y por los mismos hechos incontestables que han causado la favorable revolucion en honor de la Quina desde el año de 40 de este siglo, podemos asegurar que la especie amarilla fué inmediatamente substituida á la roja, y reputada por la primitiva entre los profesores. La continuada esperiencia que nos enseña ser necesario consumir mayores porciones que en los tiempos primitivos para cortar las accesiones, prueba tambien ser indirectamente febrifuga, pero sin dejar producidos los malos efectos que con iguales porciones se observaban en el uso de la roja. Tal ha sido la verdadera causa de las satisfacciones y confianzas concebidas en esta época á favor de la Quina, olvidando los profesores de estos tiempos las calamidades alegadas, y aun tachando de meras preocupaciones las dilatadas esperiencias de nuestros predecesores.

Se descubre tambien en esta especie la propiedad sobresaliente de escitar por lo regular algunos cursos, carácter que ha contribuido mucho al crédito de sus benignas y saludables operaciones. A distincion de las otras la llamaremos tambien *cathartica* para denotar que por

(*) En este rigoroso sentido entendemos el término *ecphraxis* para significar en general el modo de obrar de esta especie, llamándola *ecphractica*.

un efecto inmediato de la momentánea relajacion inducida en todo el canal intestinal promueve á los principios aquellas evacuaciones. Todas las observaciones, y su combinacion por las épocas de las remesas, conspiran á persuadirnos que esta especie, entre todas, es la que ha manifestado la singular propiedad de mover el vientre hasta el grado de mantenerse siempre purgante en algunos enfermos por circunstancias inaveriguables y propias de su constitucion. Esta virtud purgante se atribuye sin conocimiento á toda la Quina reciente (*) como lo aseguran algunos autores copiándose los unos á los otros, y sin advertir que todos los prácticos de la primera época, pero especialmente los de la segunda, en que igualmente pasaban á Europa las Quinas acabadas de sacar de los montes para satisfacer la preocupacion por el remedio fresco y reciente, rara vez observaban esta virtud catártica, que se ha hecho tan reparable en la época tercera (**).

(*) Doctor Alsinet en su precioso tratado nuevas utilidades de la Quina, pág. 161 citando á Manget.

(**) Reflexîonando que origen podria tener esta preocupacion parece muy verosimil la siguiente congetura, que aventuramos por lo que valiere. Habiendo advertido algunos médicos este particular efecto en la introduccion de las primeras remesas de la Quina amarilla, se esplicarian sobre esta novedad, diciendo que la *nueva Quina ó recien llevada* á Europa en contraposicion de la *antigua ó vieja* producia casi siempre estas evacuaciones. De donde fué facil equivocar el sentido, atribuyendo primeramente alguno la virtud purgante al estado fresco de la corteza recien sacada del árbol, propagándose despues esta misma idea al paso que se confirmaba mas la observacion. Repetimos aquí que todas las especies convienen en sus propiedades comunes, como convienen en el amargo peculiar de la Quina, que no puede confundirse ni equivocarse con el de otras drogas amargas. Hallándose, pues, las unas en grado mas remiso, sobresalen otras, de las cuales hemos deducido sus virtudes eminentes. En este concepto no es estraño que las otras especies muevan alguna vez el vientre, pero es tan accidental y raro, segun lo advirtieron muchos, especialmente Ramazzini y Van-Swieten, como frecuente en la amarilla, *fresca ó vieja*, por lo mismo le es esencial esta sobresaliente propiedad observada posteriormente por todos los prácticos de la tercera época.

Unas propiedades tan sobresalientes no podian menos que formar el carácter distintivo de una Quina benignísima en comparacion de la fuerte actividad de la roja: logrando en ella la medicina un remedio que no solo restituyese su crédito perdido, sino tambien sirviera de mejor auxîlio en otras tentativas. Si esta especie tan justamente elogiada, ni destruye el estómago, ni fija la calentura sin curarla; si no encierra al lobo en el aprisco, ni causa las malas resultas del escorbuto, asma, hidropesía, ictericia, ni otros males observados con el uso de la roja, antes bien precave todos estos males por un efecto inmediato de las sobresalientes virtudes que le atribuimos; ¿cómo no ha de tener lugar con preferencia en las calenturas remitentes y continuas? ¿Por qué no hemos de estender tambien su aplicacion á los casos de las enfermedades que precave? Debemos pues intentarlo, pero con prévio y seguro conocimiento de la especie que se administra.

A pesar de tan merecidos elogios es necesario todavia confesar que su virtud febrifuga es indirecta, y mucho mas débil que la de la naranjada. En defecto de esta ha sido mucha fortuna substituir la amarilla, que por camino mas dilatado, pero mas seguro, en algunas complexîones y epidemias, combate las periódicas sin dejar producidas las fatales resultas de la roja. La naranjada obra directamente sobre los nervios, borrando la causa predisponente, y sin respecto alguno á las diversas causas ocasionales, cortando infaliblemente y con admirable prontitud las accesiones, pero no conviniendo siempre tomar este recurso, tenemos otro mas saludable en la amarilla, que obra directamente sobre los humores, destruyendo las causas ocasionales sin relacion alguna á la predisponente.

Si á esta reflexîon nos opusieren que nada, ó poco importa sea de uno ú otro modo, con tal que el remedio venza la enfermedad, y el enfermo quede sano: que

estos razonamientos huelen á resabios de teorías inconducentes á la práctica: en debida satisfaccion alegaremos haberlos deducido de los mismos hechos y observaciones que forman las reglas prácticas. Alegaremos la bien fundada distincion que establecieron algunos prácticos entre los remedios *antídotos* y *específicos*; aquellos llevan á estos la ventaja de obrar á golpe seguro contra una causa comun en todas las periódicas: y estos contra una de las muchas que se adivina, pero no siempre se acierta. Alegaremos que no le importa poco al enfermo salir del principal peligro de su mal con tomar media onza de Quina en un dia, en vez de quedar sentenciado á tragar con tedio de cinco hasta ocho onzas, y á veces mas, por semanas y meses enteros. Y finalmente, podriamos ir alegando cuantas razones se deducen del Canon, que nos impone la obligacion de practicar la medicina en honor de la profesion y conmiseracion de la humanidad, venciendo las enfermedades por los medios mas apropiados á conseguir la mayor *presteza*, *seguridad y complacencia*.

Semejantemente negaremos que la eficacia de esta especie pueda competir con las virtudes sobresalientes de la roja en las calenturas malignas, gangrenas, supuraciones y viruelas. Concederemos que puede prestar algo por las cualidades comunes á todas las especies; pero ni con mucho alcanza su eficacia á la prodigiosa de la roja, que obra directamente y como antídoto de su clase en tales enfermedades, precaviendo el esfacelismo universal. Recórranse las tentativas hechas, pero combinando juntamente las épocas, si hemos de hacer comparaciones justas. ¿Cuándo el célebre doctor Haen (á cuya infatigable aplicacion á explorar la virtud de los remedios heróicos en casos desesperados, debe tambien la humanidad muchas tentativas felices y el método mas racional de tratar las calenturas malignas) (*) hubiera

(*) Journal de Medecine septembre 1759, pág. 211; Febrier 1760, pág. 118. En esta disertacion de febrero constan algunos ca-

podido continuar sus curaciones con 15, 20 y 30 onzas del extracto, y de 30 hasta 60 onzas del polvo de la Quina roja sin haber abrasado las entrañas de sus enfermos (*)? Esas copiosas cantidades, con la época en que se dieron, prueban haberse administrado la especie amarilla, cuya debilísima virtud en tales casos exîge por necesidad tantas porciones de un remedio fastidioso para lograr algunas ventajas, pero con las prudentes sospechas que ofrece el éxito feliz ó infausto de curaciones tan dilatadas, en que hubiera probado mejor la Quina roja y en cantidades mucho menores.

Confesemos de buena fé que nos han fascinado con cierto género de encanto las suaves operaciones de la Quina amarilla. Confesemos que sin reparar en los rodeos que debemos cometer, dilatando las curaciones mas de lo justo, y algunas veces con peligro; consumiendo tambien mayores porciones del remedio (**) por no ad-

sos de enfermedades crónicas curadas con la Quina. En el diario de setiembre se publicó la preciosa disertacion sobre las calenturas malignas.

(*) Anticiparemos aquí, aunque se haya de tratar este punto en adelante, que la indispensable cautela de mantener el vientre libre ha conducido para no esperimentar los grandes males que por otra parte debian seguirse de tantas porciones de Quina. Por fortuna se ha imitado este método en las últimas epidemias de España. Con este arbitrio se precaven las malas resultas, pero tambien sale la mayor cantidad del remedio antes de haberse podido disolver su tenacísimo jugo. ¿A qué fin pues hacer tragar tanta Quina á los pobres enfermos con suspiros y ansias mortales para sacarla despues inutilizada? No hay duda que siguiendo el método de administrar tan crecidas porciones en *substancia*, es absolutamente indispensable el uso de copiosísimos diluentes y ayudas. Demostraremos en su lugar que toda esa Quina va perdida.

(**) Las grandes porciones de Quina consumidas en Europa en la tercera época por el crédito de esta especie, en comparacion de las muy pequeñas que se gastaban mientras subsistieron las remesas de la roja en la segunda época, podrán calcularse por estos datos bien averiguados. El comisionado Santistéban despues de comparados los quinquenios anteriores al año de 50, fijó las sacas anuales en 75 000 libras. Don Miguel García Cáceres, encargado para estender el pró-

ministrar la especie indicada, nos dejamos alucinar de la seguridad con que obra, sin dejar producidos los males que anteriormente se observaban. ¿Y no serán tambien estos engaños algunos de los errores inculpablemente cometidos en la práctica? Tales serán cuantos procedan de la falta de luz que hemos tenido en estos puntos (*). Ocurrirán mil lances, en que de intento y con conocimiento de lo que hacemos, nos veamos obligados á desviarnos de las reglas generales. Habrá casos en que la constitucion ó genio de la epidemia, el clima, la estacion, y lo mas comun la complexîon de los pacientes, resistan la especie indicada por su virtud sobresaliente; pero en tales circunstancias tendremos la ventaja de haber conocido de antemano la eficacia de las otras Quinas, para administrar de intento la que convenga. ¿Cuántas de estas limitaciones no sufren en la práctica todas las reglas generales? Estas son de las que aquí tratamos.

§. VII. No podemos alegar monumentos prácticos en pro ni en contra de la Quina blanca para deducir á punto fijo los bienes y males que haya podido causar en Europa su administracion á los enfermos. Nada hemos podido descubrir en los fastos de la medicina, que nos

yecto de la Real Administracion en las provincias meridionales de este reyno, las fijó el año de 79 en 400.000 libras. De donde resulta haberse quintuplicado el consumo de Quina, como por otra parte lo comprueba la historia de la medicina.

(*) Desde el año de 61 hasta el de 66 llegué á dar hasta cuatro libras de Quina en las curaciones radicales de las epilepsias, como lo participé en 63 al ilustre Pringle; y hasta dos libras á una enferma escorbútica, de cuyo envejecido mal quedó perfectamente sana. Por fortuna era la especie amarilla y de la suerte mas débil de canutillos muy finos, recomendacion que traia de Caxanuma para obsequiar al Virey de este reyno el Marqués de la Vega de Armijo, de cuya generosa liberalidad obtuve cuantas porciones consumia en mis enfermos. Posteriormente he procedido con mas tiento luego que advertí los efectos de la roja. De estas combinaciones he ido deduciendo las virtudes peculiares de las especies con otras reflexîones, que forman el asunto de este discurso.

indique la determinada administracion, ni los efectos de esta preciosa especie. En América se ha conservado la memoria de otros hechos, que pueden suministrar algunas luces. Sabemos positivamente cuando no constára por la misma numeracion de calidades de cortezas con que se han esplicado los cosecheros (*), haberla conocido desde los tiempos primitivos. Destruida la naranjada y obligados á completar sus acopios, solicitaron cuantas especies pudieron descubrir para reponer en su lugar, y y con este motivo no pudo ocultarseles el conocimiento de la blanca (**).

En tiempos de tales confusiones seria muy natural que se introdujèse clandestinamente con los despojos de la primitiva, y tambien de la amarilla desestimada entonces mientras iba ganando su reputacion la roja. Lo cierto es que nunca estuvieron mas desordanados los acopios y remesas, ni jamas anduvieron las cortezas mas revueltas que en el último tercio del siglo pasado por la confusion en que ponian á los cosecheros las mismas contradiciones de los traficantes y profesores. En aquellos tiempos no era siempre una misma la especie sino distintas, y por lo mismo de di-

(*) De su boca las oyeron y conservaron los mismos nombres en sus escritos Arrot y La Condamine.

(**) Es noticia digna de publicarse, por la admiracion que siempre me ha causado en mis dilatadas escursiones de América, el estupendo conocimiento práctico que tienen de los árboles nuestros campesinos puramente reducido á la corteza. Rarísima vez se equivocan cuando se les pide el nombre vulgar del palo, si mantiene la corteza, porque sin ella jamas aciertan; la miran, huelen y mascan, y responden con acierto. Egercitados en esto desde niños, se forman sus caracteres á su modo por la continua necesidad de fabricar sus habitaciones sin otros materiales que los que hallan á la mano en la abundancia de palos, palmas y bejucos, pero son tanto mas rudos en el discernimiento de las hojas, flores y frutos. Si las hojas de las Quinas no se dieran á conocer desde lejos por el especial caracter de su color rojizo cuando están maduras, probablemente no hubiera logrado la humanidad hasta estos últimos tiempos las cuatro especies oficinales, siendo sus cortezas tan parecidas.

ferente actividad á proporcion de las posibles combinaciones que debian resultar de las especies y suertes mezcladas en número y cantidades diversas. ¿Quién podrá penetrar por estas densísimas tinieblas para determinar á punto fijo los efectos de un específico tan variado? Solamente podemos inferir con mayor certeza que en el primer tercio de este siglo cesaron los acopios de esta especie, manteniéndose la roja en su pacífica posesion, y escarmentados ya los cosecheros de la constante repulsa que esperimentaba la blanca siempre que se intentaba su introduccion.

No siendo esta especie inferior en sus propiedades á las tres anteriores, merece la repongamos en el número de las oficinales, cuyo título lo decide tambien un carácter comun á todas las corólas de las especies activas y virtuales (*). Descubrimos en ella por sus peculiares virtudes otro Don de la Providencia para la humanidad, á cuyo bien se ha resistido el capricho del comercio, y la inadvertencia de los profesores gobernados por el diverso aspecto que presentan su fractura y polvo. Habrá tal vez contribuido su amargo acerbo para que siempre haya sido desechada en cuantas tentativas se hicieron á cara descubierta, con el intento de propagar el uso de esta especie oficinal en Europa.

Como siempre haya sido injustamente despreciada en el comercio, no ha podido merecer los elogios y vituperios de sus compañeras; ni tendria mucha parte en los estraordinarios efectos de las especies revueltas en las remesas; siendo natural haberla reputado por falsa, y separádola por inútil. Para su vanidad y confusion

(*) De las siete especies legítimas del género Cinchona, que con sus respectivas variedades numera nuestra Quinologia de Bogotá, las cuatro oficinales, y de virtudes eminentes, tienen sus corólas vellosas, y al contrario las tres restantes, que no han aparecido en el tráfico ni en las oficinas, las tienen lampiñas.

le ha cabido la suerte de las demas en las tentativas ministeriales; habiendo merecido y desmerecido alternativamente la real aprobacion, segun el diverso concepto de los ilustres profesores que debieron prestar sus luces al Ministerio (*a*).

(*a*) Oigamos lo que dice el Ilustrísimo Señor Don José García de Leon y Pizarro en su informe acerca de la administracion de la Quina, quien entre otras cosas dice: "que discurrido así de este específico tanto por la parte medicinal y virtuosa cuanto por la económica, para su aumento, conservacion, acopio y envio á la Real Botica, no puede hacerse tan claro el discernimiento si se le considera como género comerciable, y en que interesa nuestra nacion y las estrangeras; admirándose Pizarro, cuando contempla lo estenso de los terrenos que abraza esta preciosa produccion de la naturaleza; la variedad de opiniones acerca de sus virtudes, como encadenadas á la buena eleccion y conocimiento del vegetal, las adversas resultas que han tenido las Quinas de Santa Fé, sin embargo de que sus muestras fueron aprobadas por buenas á juicio de los facultativos de la corte; á cuya consecuencia remitieron 2559 cajones, que apenas llegaron á Cadiz, cuando fueron despreciadas y desvanecidos los grandes proyectos que se hicieron en aquel vireynato; que lo mismo sucedió con otras 90 cajas de Quina estimada por los médicos de Quito, por de superior calidad á la de Loxa, en fuerza del reconocimiento que se les mandó hacer para socorrer las urgencias de la Real Botica en el tiempo en que Loxa no podia hacer sus acopios; y recibidas en Madrid se declararon inservibles, diciendo que carecian de los principios elementales de que depende su eficacia. Por otra parte dice Pizarro, ve á los negociantes de Cádiz pedir á sus encargados en Lima y Quito, cortezas gruesas y carnosas que graduaban de buena, y hechas las remesas, segun sus órdenes, llegaban al puerto, y en lugar de pronto despacho, ceder hasta el mayor abatimiento. Vuelven á solicitar cañas medianas ó canutillos tiernos y delgados; llegan, y padecen la misma ó peor suerte que los gruesos; desprecian ahora la misma Quina que dentro de poco reciben y pagan por buena á subidos precios: unos prefieren las Quina de Loxa, otros las de Cuenca, las de Calisaya, Jaen, Huanuco y otras partes; y por esto es dificil atinar con el rumbo que se haya de tomar para su buena direccion y gobierno." A vista de lo que dice este Magistrado, el cual habia sido anteriormente Visitador general y Presidente de Quito, encargado del ramo de Quinas, que puso en un estado regular de administraccion, y que por consiguiente estaba bien instruido en el negocio; parece natural creer cuanto dice el doctor Mutis en este

Reconocida por legítima especie del género, y dotada tambien de un fuerte amargo, habia fundamentos para intentar con probabilidad su aplicacion, observando sus efectos en los sanos, y en los casos mas sencillos de calenturas intermitentes. Varias esperiencias han comprobado que continuándola por algun tiempo, hacia cesar las periódicas rebeldes sin producir malas resultas. Muy léjos de causar los incendios de la roja, ni de mover el vientre como la amarilla, se ha manifestado siempre muy benigna. Posteriormente la hemos administrado de varios modos y en grandes porciones hasta podernos asegurar de sus saludables operaciones. De donde resulta que siendo tan indirectamente febrifuga como la roja y la amarilla, no debe administrarse con el intento de cortar las accesiones en los casos regulares, cuando urge la necesidad de conseguirlo, y debe hacerse con la naranjada.

lugar y en otros de su *Arcano*, que el ramo de las Quinas se halla envuelto entre tinieblas por la diversidad de opiniones, acerca de la bondad de las respectivas especies. Todavia no saben muchos profesores distinguir la diferencia que hay entre *especies botánicas*, y *especies* ó *suertes oficinales*. Hasta el año de 1797 se siguieron por el Gobierno las providencias ministeriales, para arreglar este vasto y precioso artículo, y cuando ya se daba por arreglado y concluido, nos hallamos con que solo se sistematizó el acotamiento de los montes de Loxa, para el surtimiento de la Real Botica, la recoleccion, empaque y envio de 300 arrobas anuales para el gasto de ella, dejando para el libre comercio los montes restantes; pero se despreciaron constantemente todos los proyectos antiguos acerca de su estanco, como tambien el que yo propuse en 1804 (véase el prólogo de esta obra) fundado en reglas de necesidad, de conveniencia, de utilidad, de gloria á la nacion española, única depositaria de tan precioso ramo de comercio que llegaria á ser de grandes utilidades para el Real Erario, siempre que se estableciesen varios profesores en diferentes puntos para que presenciasen la recoleccion de las cortezas de los Quinos que ellos mismos hubiesen reconocido botánicamente, y cuyas operaciones científicas deberian servir de base para la parte económica. Pero la guerra de Napoleon trastornó todas estas esperanzas. *N. E.*

Esta especie desechada sobresale entre las otras por el carácter peculiar de ser eminentemente jabonosa. Su modo de obrar en las periódicas rebeldes y en las enfermedades crónicas, adelgazando los humores gruesos, y causando una moderada elasticidad en los vasos; indica su imperio sobre las entrañas grandes y pequeños órganos del cuerpo llamados glándulas. Tenemos pues en esta especie un remedio con las virtudes comunes á las Quinas, pero mas apropiado y de singular eficacia en muchas enfermedades de raices profundas, en que de origen, ó de resultas padecen las entrañas grandes y pequeñas. En semejantes casos hay siempre congestiones de humores, procedidas del movimiento retardado en los líquidos, y del relajamiento de aquellos vasos mínimos; causas manifiestas de las espontáneas fermentaciones de distintas especies. Regularmente en tales circunstancias se presenta, primero una indicacion general, que puede llenar esta especie de Quina con preferencia por su virtud directamente detersiva, adelgazando y arrastrando las impurezas (*) estancadas en las entrañas.

Si reflexîonamos las posteriores felices tentativas hechas con la Quina en muchas y diversas enfermedades crónicas rebeldes por el doctor Haen (**), y especialmente en las escrofulas por los médicos ingleses Juan Tordyce (***) y Fothergill (****); descubriremos á su imitacion nuevas provincias en el dilatado pais de la medicina, intentando otras investigaciones á que nos convida esta especie de Quina tan recomendable. No pueden ser mas juiciosas las reflexîones del doctor Fothergill empeñado en probar la preferentísima eficacia de la Qui-

(*) En este sentido aplicamos el término *rhypticos* para significar en general el modo de obrar esta especie llamándola *rhyptica*.

(**) Journal de Medecine 1760, pág. 118 y siguiente.

(***) Medical observations and inquiries vol. 1, pág. 184.

(****) Allí mismo, pág. 303.

na sobre los remedios salinos, tan alabados y administrados por comun consentimiento en los vicios escrofulosos, y algunos otros males que residen en el sistema glanduloso. Las ventajas inmediatas que produce la Quina en tales casos las refiere con razon este sabio profesor al arreglo de las funciones del estómago que se hallan siempre trastornadas, y surtiendo á la masa comun de los humores un nuevo fermento de aquellos vicios en que concurre su espesura con la relajacion de todos los sólidos. Restablecidas las digestiones con el uso continuado de tan eficaz remedio producen un quilo de mejor condicion; de aquí resulta mejor sangre, mejor órden en las secreciones, escreciones y nutricion de todo el cuerpo; y por un efecto inmediato la actividad y vigor en todas las funciones propias á desvanecer las reliquias de vicios tan arraigados. Esta es justamente aquella indicacion general que digimos antes se presentaba en casi todas las enfermedades crónicas, en que directa ó indirectamente produce la Quina mayores bienes que los que pueden esperarse por otros caminos menos directos, ó mas bien empíricos en mil casos confusos; especialmente si sabemos elegir entre las especies del remedio la que debe obrar con mas eficacia por su virtud sobresaliente contra el vicio que pretendemos combatir.

En nuestro concepto hay mucho mas que esperar de la eficacia de la Quina sobre aquel bien general dimanado del restablecimiento de las digestiones. No es este remedio de la clase de aquellos que se destruyen en el estómago, ni de los que llegan á la masa de los humores casi sin actividad, descompuesta su substancia por las fuerzas de la vida, y accion de los jugos gástricos. La Quina pasa á la sangre (*) sin haber-

(*) No pretendemos decir que pasa en toda su substancia. Distingamos el *jugo virtual* de la parte leñosa ó *tierra inerte* que le sirve de fuste para mantenerlo y conservarlo.

se descompuesto en el dilatado curso de las primeras vias, *inficionando* en espresion de Sydenham (*) toda la masa humoral que sirve de vehículo á las innumerables partículas de un remedio tan activo, que desenvolviéndose mas y mas con el calor y movimiento animal obra con toda su fuerza y vigor por donde va pasando, imprimiendo en las paredes de los vasos la elasticidad, adelgazando las congestiones formadas, y finalmente separando lo malo de lo bueno (**). Tanta actividad es propia de los remedios heróicos; y cual sea la de la Quina puede inferirse tambien de las espumas *quinosas* que se dejan ver en las orinas de los que continuaron su uso por algunos dias.

La época de todas estas felices tentativas combinadas con las saludables operaciones del remedio, continuado por largo tiempo sin causar novedades que retragesen de su continuacion á tan esclarecidos prácticos; antes bien haber tomado de aquí la ocasion de vindicar la Quina en general, y tener por infundados los recelos de Sydenham y Boerhave, comprueba haber empleado siempre la especie amarilla, inferior á la blanca en tales casos. Sin defraudar el justo mérito que han adquirido en su distinguida carrera aquellos tres profesores, aun todavia no nos satisfacen del todo aquellas curaciones, si atendemos á los inevitables defectos que las acompañan. Tales son ignorar la preferencia de las especies, y la preocupacion tradicional de administrar el remedio en *toda su substancia*. Cuando esta última fuera tolerable en las curaciones de pocos dias, influye siempre mas de lo que se ha pensado en el descrédito del remedio; siendo este el mayor escollo en que tropie-

(*) . . . . . *atque ita paulatim tutoque proindè sanguinis massam salutifera corticis virtute penitus inficerem.*

(**) Se podrá confirmar esta idea con los admirables efectos de la Quina preparada segun el método que darémos, y en que consiste el mayor misterio de este arcano.

za la práctica cuando las enfermedades exîgen la continuacion de la Quina por largo tiempo. Los miserables enfermos se fastidian con razon de un remedio que aborrece casi por instinto la misma naturaleza, pretendiendo huir de los males que le amenaza un método á quien le falta muy poco para empírico. Atendiendo á esta repugnancia de los enfermos, y persuadido de la eficacia de la Quina en cocimiento, tomó este partido el doctor Fothergill para poder perfeccionar sus curaciones. Debemos aplaudir esta condescendencia que salva en alguna parte los males inevitables del largo uso de la Quina en *toda su substancia*.

Raros son los casos de las periódicas rebeldes, que no dejen producidas aquellas fatales resultas que hacian perecer los enfermos á centenares en los siglos anteriores al feliz descubrimiento de la Quina. Posteriormente suelen observarse tambien, pero procedidas de un mal régimen de remedios mal ordenados, ó de inevitables resultas en cuerpos anteriormente mal dispuestos. Estas eran las que servian de apoyo á los partidarios contra la Quina en la primera época del remedio; de que finalmente llegaron á triunfar la razon y la esperiencia. En todos los siglos se han observado y observarán aquellas inevitables calamidades, que por lo mismo no debieron atribuirse á la introduccion del especifico; y han sido y serán muy diversas de las que procedieron inmediatamente, ó puedan proceder en adelante de causas mas conocidas, como fueron las de la segunda época por el abuso de la Quina roja.

Teniendo pues en todos tiempos que combatir enfermedades de esta naturaleza, hayan ó no cesado las accesiones, sería muy conveniente, precediendo las preparaciones y cautelas necesarias, dirigir las curaciones con esta especie, la mas eficaz para destruir las profundas raices que echaron en las entrañas tan envejecidos males. Ninguna especie admite mejor la compañía de las

diferentes y eficaces drogas que son tan necesarias en las enfermedades crónicas, ayudando su operacion por medio de esta Quina.

Su eminente virtud jabonosa, y su débil astringencia, con todas las cualidades comunes en su grado á las demas especies, persuaden su preferencia en los casos de calenturas inflamatorias cuando convenga hacer uso del remedio. Conduce practicarlo con esclusion absoluta de la naranjada, y mucho mas de la roja; pero puede suplir la amarilla mientras se promueven los acopios de la blanca. Ninguna especie como esta mas apropiada á resistir por una parte con la suavidad conveniente la putrefaccion ó *alcalescencia*, que acompaña á todas las calenturas, y á disolver por otra el cuajo flogístico (*a*). La historia de la medicina desde los felices atrevimientos de Morton nos suministra bastantes fragmentos al intento. Posteriormente, y sin conocimiento de las especies se ha empleado en calenturas inflamatorias. Probablemente habrán salido mejor librados los enfermos, cuyas historias se refieren, á quienes tocaria la suerte de tomar la amarilla; y los que tomarian la

(*a*) Habiendo, como hay, tanta contradiccion entre la palabra *putrefaccion* y la de *cuajo flogístico*, es de presumir una verdadera equivocacion involuntaria, ó yerro del copiante, y para evitarla deberemos leer fijar el *foco* en lugar de disolver el *cuajo*. Por otra parte hemos de tener presente, que cuando el sistema químico de Sthal llamaba *flogísto* á un ente negativo, que es segun el de Lovoisier falta de oxîgeno; la medicina adoptó este lenguage para esplicar todas las enfermedades en que convenia el método antiflogístico; como v. gr. el uso de los ácidos que son unos líquidos propiamente deflogisticados en el antiguo sistema, y cargados de oxîgeno en el presente, capaces de refrigerar y oxîgenar la sangre, y fijar su demasiado movimiento por falta de oxîgeno. En este sentido debe entenderse que la Quina despues de su principal accion, ocasiona el *flogísto*, ó sea un estado *incendiario* que es menester apagar con los ácidos diluidos; y en este mismo sentido debe entenderse que la Quina blanca es mas suave, benigna, balsámica y *antiflogística*, pues que fija el cuajo ó foco flogístico. Yo no afirmo, solo esplico la doctrina del autor. *N. E.*

roja quedarian sin mencion en el catálogo de los muertos.

Ocurriendo tambien mil casos de convalecencias lentísimas por falta de vigor en la naturaleza para desvanecer las reliquias de enfermedades anteriores, ninguna especie mejor que esta llenaria la indicacion de restablecer á su primitivo estado las funciones del cuerpo humano. Mil achaques, mil ligeras indisposiciones, mil estados confúsos ni bien de enfermedad declarada, ni bien de salud completa, deberian entrar en el número de casos pertenecientes al régimen *Profilactico*, en que convendria introducir el uso de esta benignísima Quina. ¿Cuántas drogas medicinales administradas á toda suerte y ventura? ¿Cuántos estraordinarios y aventurados recursos con gravísimas pensiones de los enfermos y de sus familias suelen proyectarse en la mudanza de aires y aguas, como último auxîlio en los casos de convalecencia y de régimen preservatorio? ¿No tendremos mas á la mano otro auxîlio mas eficaz y seguro en nuestra Quina profilactica? Por desgracia para la humanidád quedó siempre desconocida esta especie en el egercicio práctico, y destituida la salud pública de uno de los mejores auxîlios en las enfermedades crónicas. Parece imposible que hayan concurrido á un mismo tiempo tantos acaecimientos para hacer de varios modos mas impenetrable el arcano de la Quina. Corramos el último velo.

§. VIII. Aun no tenemos por suficiente para el egercicio práctico de la medicina distinguir las especies del remedio; reconocer en ellas sus peculiares virtudes eminentes por sus cualidades mas sobresalientes; y haber dado una idea general de las enfermedades en que deben administrarse por el diferente imperio que tienen sobre los cuatro sistemas del cuerpo humano. Nos faltaba todavia conocer á fondo la naturaleza general de esta misteriosa substancia; prescindiendo de la

combinacion particular de sus primeros elementos, de que necesariamente procederán aquellas virtudes eminentes.

En los primeros ensayos empíricos de la Quina en América nada mas se conocia que el efecto maravilloso de cortar las accesiones. Nada mas se adelantó en los de Europa, donde igualmente admiraban los profesores la virtud estupenda de una corteza, cuya substancia indicaba la calidad sobresaliente de un amargo de su clase. Parecia muy natural atribuir á esta propiedad sus efectos; pero no concordaban las razones con la analogía de otros tan poderosos amargos: aunque posteriormente muchos autores hayan decidido que no consiste su virtud en esa propiedad (*); así ellos como todos han seguido la regla de graduar la mayor ó menor bondad de la Quina por lo mas ó menos sobresaliente de su amargo. Sea lo que fuere esa propiedad, no bastaba para conocer la naturaleza de esta substancia.

Todos los ensayos químicos practicados á este fin nos han dejado en la misma incertidumbre; y sin habernos declarado todavia en que principios puedan con-

(*) El célebre botánico y sobresaliente práctico en Stoc-kolmo Bergius, á quien debe la medicina una de las mejores materias médicas del reyno vegetal; afirma con el sabio químico Baumé que las infusiones del agua fria estraen toda la substancia activa de la corteza; reputando por inútiles los cocimientos, en que se descompone la resina al paso que se prolongan. Mat. méd. tom. 1, pág. 107. Anteriormente afirmaban otros con Van-Swieten que no padecia detrimento la eficacia de la corteza en los mas dilatados cocimientos, que han usado los prácticos con manifiestas utilidades. Congeturamos que la Quina contiene algunas sales; en ellas reside su amargo; ellas son las que se descomponen al fuego; las que tambien se descomponen al aire húmedo que debilita el amargo de la corteza; las que se estraen en las infusiones frias; y finalmente las que ayudan facilitando la operacion de la goma resinosa. En esta reside principalmente la virtud, no en aquellas, como lo demuestra la respectiva eficacia de los residuos ó sedimentos (*a*).

(*a*) Mas adelante se esplicará este punto tan interesante con la debida estension. *N. E.*

sistir sus virtudes febrifuga, antiséptica &c. (*a*) Hubiera importado mucho semejante descubrimiento para investigar despues la preparacion que debia hacerse de esta substancia sin detrimento de sus virtudes, y qué pudiese salvar los gravísimos inconvenientes que lleva siempre consigo una substancia cruda y de intolerable

(*a*) Los ensayos químicos egecutados en las diferentes Quinas han aclarado este punto hasta dejarle fuera de duda. El sulfato de Quinina que se obtiene combinando el ácido sulfúrico con un alkali que tiene la Quina llamado *Quinina*, es directamente *febrifugo*, y es tan infalible para las intermitentes como lo puede ser la Quina de Loxa en toda su substancia. Soy testigo de muchos centenares de ejemplares felices, incluso el de mi madre de 84 años de edad, á quien tambien la faltaron unas tercianas con el uso del sulfato de Quinina. El agua-madre que ya no dá mas cristales de sulfato de Quinina, tambien quita las tercianas; y es de advertir que secado al sol este residuo en nada se parece al sulfato de Quinina; antes bien parece un estracto resinoso que se disuelve en alkool, de donde se puede deducir que la parte febrifuga de la Quina consiste en los alkalis, *Quinina* y *Cinconina* que contienen, pues ha llegado la química hasta el punto de apreciar la bondad de las Quinas que al parecer son despreciables, por la cantidad de Quinina que contienen. Mr. Tilloy, farmacéutico de Nantes, acaba de publicar (agosto 7 de 1827) un método para ensayar en nueve horas cualquiera Quina que se presente de las llamadas Calisayas, y ver su buena ó mala calidad: y de su método resulta, que si cada onza de Quina produce nueve granos de sulfato de Quinina, es buena, y puede comprarse con este conocimiento.

En cuanto á la virtud *antiseptica* no tengo motivos para asegurar que reside en ésta sal, y así podrá esperarse de la Quina en substancia, y *en tinturas acidulas*, muy diferentes de las *aciduladas*; pues las primeras deben hacerse cociendo en vasos de vidrio Quina en polvo grueso con agua y ácido sulfúrico acuoso, colándola solo una vez por un colador de bayeta para que quede algo turbia en los terminos que lo expresa la fórmula que inserto en un Apéndice al fin de esta segunda parte; al paso que la tintura de Quina acidulada no es mas que la tintura de Quina comun, á que se añade el ácido despues de colada y que de consiguiente no contiene ni un grano de sulfato de Quinina como la anterior.

Los demas casos de atonia en que los médicos propinan la Quina en substancia en fractas dosis y en tintura, he visto usar el sulfato de Quinina; y mezclado tambien con los mismos medicamentos adyuvantes con que hasta aquí se ha dado aquella, y he visto los mismos buenos resultados.

peso en el estómago, sobre su amargo desagradable para los miserables enfermos (*). Apurados todos los recursos hemos venido á convenir en ser absolutamente indispensable administrar el remedio en toda su substancia, pura ó mezclada con otras drogas, como correctivas de su infiel naturaleza, segun lo piensan algunos, ó con el fin de llenar las indicaciones que se proponen otros. Todavia por mera condescendencia se inclinan algunos á darla en infusiones, tinturas ó cocimientos, pero cargando bien la mano en la cantidad de la corteza para conseguir en el estado líquido igual efica-

Tambien se ha visto usar del estracto de Quina antes del precioso descubrimiento de la Quinina, en casos en que los enfermos son de estómago débil, para quitar las tercianas, y se conseguian alguna vez felices resultados. Un señor obispo de América me afirmó que siempre que tomaba una dracma de estracto de Quina en tomas de doce granos se le cortaban las tercianas; pero es preciso confesar que el método con que estaria hecho en América el estracto seria diferente del que se usa en la Península (el que apenas contiene un atomo de Quinina, si es Quina calisaya ó cinconina, si es de Loxa ó de los montes que producen las suertes que llamamos en general Quinas del Perú); ó que el estracto que tomaría dicho señor obispo seria hecho con Quinas recientes, cuya elaboracion hecha en los mismos montes con los pequeños fragmentos recientes, y que no sirven para remitirlos á Europa, se recomendaba con eficacia á los profesores, de que queda hecha mencion en otra nota al hablar del estanco de la Quina, como uno de los principales ramos del proyecto. Pero del estracto hecho en la Península con Quinas secas y añejas, y por el método de nuestras farmacopeas, no se pueden esperar tan felices resultados por las razones ya espuestas, y por lo mismo ofrezco volver á tocar este punto tan interesante en un apéndice, y poner un método de hacer un estracto de Quina que venga á ser un segundo ARCANO. *N. E.*

(*) No carece de algun mérito, y tal vez superior á todas las preparaciones inventadas, la de la Quina sin amargo, comunicada por nuestro doctor Alsinet. Por de contado son manifiestas las tres utilidades que la hacen ventajosa á las demas. Ha sido ciertamente un paso grande, despojarla del amargo sin detrimento de su virtud; reducir á menor cantidad las regulares tomas de una dracma; y dejarla menos gravosa en el estómago. La casualidad le proporcionó tan útil descubrimiento á este profesor en recompensa de sus desvelos y aplicacion al importante ramo de la Quina.

cia que en su estado sólido. Desde luego son mas tolerables á algunos paladares y estómagos estas preparaciones, que no dejan de tener sus graves inconvenientes. Así lo aprendimos desde los tiempos de Sydenham; como si digeramos no haber adelantado en mas de un siglo otra preparacion mas ventajosa en beneficio de los pobres enfermos.

Quejábase desde entonces aquel sobresaliente práctico de los estrechos límites del entendimiento humano para poder penetrar los arcanos de la naturaleza. No podia menos de admirar las prodigiosas operaciones de la Quina; pero punzándole algunos infaustos acontecimientos en la práctica de sus contemporáneos, y no pocas traiciones del específico en la propia; se vió precisado á valerse de mil cautelas para manejar este misterioso remedio. " Si conociera, decia con su acostumbrada ingenuidad, la duracion de sus efectos, y si tuviera bien esplorada la *inocencia* de esta corteza, no dudaria darla la primacía entre todos los remedios conocidos (*)." ?Qué confesion mas ingénua de sus interiores recelos en el uso de la Quina por andar siempre á ciegas, y sin el conocimiento de su naturaleza? Mucho menos satisfecho se esplicaba Ramazzini, diciendo: " Léjos de aborrecer esta corteza, admiro mucho sus operaciones; y no he cesado de recomendar su virtud arcana en varios de mis escritos: desearía solamente que cayese en manos de médicos instruidos y prudentes el uso de un remedio que por desgracia lo administran ya cualesquiera personas por largo tiempo, y á grandes tomas, sin mas conocimiento que lo que vieron hacer á sus maestros (**)."

A imitacion de Sydenham y Ramazzini han procedido millares de profesores celosos y tímidos desde

(*) Sydenham Epist. respons.
(**) Ramazzini dissert. de abusu China Chinæ.

aquellos hasta nuestros tiempos; y si últimamente por la buena suerte de la blandísima Quina amarilla se va deponiendo la mayor parte de aquellos temores, subsisten todavía las dudas sobre el conocimiento de su naturaleza, y tambien los recelos bien ó mal fundados, en no dar entero crédito á los posteriores elogios de la Quina. ¿No vemos que casi todos se arman de mil prevenciones y cautelas para administrar el específico aun en los casos comunísimos de las periódicas mas sencillas? ¿Y qué no sucede cuando llegamos á votar por el remedio en los casos árduos, dudosos y complicados? ¿Quiénes son los que apartándose de la senda trillada, dirigen sus esploraciones por otras remotas provincias en el pais de la medicina (*), sin los continuos

(*) No ignoramos las últimas tentativas hechas con las opiatas antimoniales en las últimas epidemias de nuestra España. Por la distancia y otros impedimentos de la region que habitamos, no ha llegado á nuestras manos la obra de nuestro célebre inspector de epidemias el ilustre doctor Masdevall; ni de sus maravillosas curaciones tenemos otra idea que la adquirida en algunos papeles periódicos, y en la relacion publicada por los profesores de Cartagena de Levante. Hemos imitado aquel método con favorables resultas: y con imparcialidad hemos creido que todo su mérito consiste en el uso abundante de la Quina á imitacion del método del doctor Haen en las malignas; y que se han logrado evitar las malas resultas de la mucha cantidad del remedio por el uso de los agrios, copiosos diluentes y frecuentes lavativas. A los gloriosos trabajos y merecidos elogios que dignamente le han grangeado la estimacion del público, y la confianza del Rey, cuya soberana inmediacion es el mayor premio de sus tareas, lejos de oponerse estas reflexîones, podran contribuir tal vez á simplificar aquel método. El amor á la humanidad exîge de nuestra profesion el generoso sacrificio de renunciar á nuestras propias opiniones, abrazando la verdad donde la hallâremos. De todas las mezclas inventadas con la Quina, ningunas piden mayor circunspeccion que las del antimonio y mercurio; ningunas mas peligrosas, y ningunas tal vez mas eficaces en las epidemias de carácter muy confuso, y en los casos urgentisimos y desesperados que continuamente ofrece la práctica de la medicina. Quina con antimonio, y Quina con mercurio piden mano muy maestra en dirigir y moderar las operaciones de dos simples de la mayor actividad en su esfera.

sobresaltos infundidos por nuestra propia esperiencia y la de nuestros mayores?

Estas últimas reflexîones se dirigen á confirmar el *arcano* de esta substancia (*), como lo han publicado de comun acuerdo todos los profesores: y por consiguiente que ni todas las esperiencias médicas de siglo y medio, ni todos los ensayos químicos practicados hasta la presente han bastado á darnos una idea exâcta de este misterioso específico. Sin todo aquel tren y aparato que requieren las delicadas operaciones de la química, intentaremos apoyar nuestras ideas en otros ensayos sumamente faciles y proporcionados á la inteligencia de toda clase de personas para exâminar de nuevo una substancia que tanto se ha resistido á las investigaciones de tantos hombres, empeñados en descubrirla, cumpliéndose en ellas la profecía de Ramazzini con la espresion de Lucano *vincit adhuc natura latendi.* Por un camino mas derecho podemos arribar tal vez al puerto tan deseado, deduciendo de unos ensayos muy sencillos la *nueva preparacion* de la Quina que nos ha parecido mas ventajosa y conveniente á todos los usos de la medicina.

Puesta en infusion de agua pura al temple natural una onza de polvo de cualquiera especie de Quina, manteniéndola en esta maceracion; al término de 24 horas observaremos los fenómenos siguientes.

1. Una tintura bien cargada del jugo virtual de la corteza.

(*) Debemos distinguir el misterio que encierra la naturaleza de la Quina que nadie ha podido descifrar, del que tambien incluye su modo de obrar, no menos espuesto á congeteras. Poco importa que ignoremos este último con tal que sepamos sus efectos inmediatamente dimanados del primero. El conocimiento de la naturaleza del remedio es imprescindible en la práctica de la medicina para reglar sus preparaciones, si hemos de obrar por principios racionales y no por un método puramente empírico. Así decia muy bien Ramazzini *asserere necesse est rationalem non esse illius usum, sed mere empiricum et amethodicum.*

2. Un color intenso y propio de la especie.

3. El amargo activo y propio de la especie.

4. Pasando varias veces la tintura de un vaso á otro se forma mucha espuma, muy blanca y propia de la especie.

Estos cuatro caracteres serán tanto mas intensos en su línea cuanto menos fuere la cantidad de agua; y al contrario, tanto mas remisos al paso que se aumentare la cantidad del mismo líquido. Si reducimos ahora la cantidad del polvo al agua en razon de 1 á 12; resultarán unas tinturas tan activas, que de su aplicacion podriamos esperar los efectos del remedio en los usos prácticos, casi en los mismos términos que los han conseguido los autores que prefieren este método (*a*).

Siendo cierto que los líquidos llegan á saturarse de las substancias que en ellos se disuelven hasta cierto punto, falta investigar si aquel sedimento contiene todavia alguna porcion activa y propia para los usos medicinales. Vuélvase pues á repetir la infusion con el mismo sedimento en igual cantidad de agua y resultarán los mismos fenómenos en grado un poco mas remiso, pero no tanto que dejen de indicar una tintura de mucha virtud. Si continuaremos repitiendo las infusiones, ácia la décima en las especies naranjada y amarilla, ácia la decimaquinta en la roja y ácia la vigésima en la blanca (*), descubriremos en estas úl-

(*a*) A pesar de lo interesante de este medicamento es muy de admirar que en nuestra farmacopea matritense, especialmente en la segunda y magnífica edicion aumentada y costeada por el Real Colegio de boticarios de Madrid, ni en las cuatro ediciones de la farmacopea hispana, ninguna pone la fórmula de la tintura de Quina; resultando de esto que cada profesor la haga del modo que mejor le parezca á sus intereses. En la real botica la haciamos empleando seis dracmas de Quina por cada doce onzas de tintura: y yo por seguir en la mia la práctica y los métodos de aquella memorable oficina, la hago con las mismas cantidades, á diferencia de otros boticarios que solo emplean cuatro dracmas. *N. E.*

(*) Esta graduacion proviene de la mayor ó menor copia del jugo virtual contenido en cada especie, segun las proporciones que les ha

timas tinturas sus colores respectivos mas pálidos; sus amargos tan debilitados que apenas se perciben, y sus espumas mas delgadas y disipables. Con todo eso subsisten todavia en tales sedimentos particulas que sucesivamente se van desatando en otras posteriores infusiones, como lo manifiestan el cuerpo, color, gusto y espuma que resultan en las de número duplo de las anteriormente señaladas.

Si reflexîonamos que despues de tan repetidas infusiones se mantienen todavia los sedimentos coloridos y que van resultando otras mas débiles tinturas; debemos creer que restan muchas partículas disolubles á fuerza de infusiones hasta dejarlos en aquel estado que propiamente corresponde al concepto de sedimento puro, parte leñosa ó principio pasivo. Quien tuviere la paciencia de llegar hasta la centésima en la roja, observará con admiracion alguna tintura de sus respectivas calidades. Podemos inferir de aquí que por este método falta el agente que acelere la disolucion de todo el jugo hasta dejar el sedimento puro.

Como el fuego es un agente que acelera las disoluciones, deberiamos comenzar por este método, practicando otro número de infusiones con el agua hirviendo para apurar aquellos sedimentos. Observaremos desde luego otras tinturas mas cargadas con sus respectivos caracteres de cuerpo, color, gusto y espuma muy semejantes á las intermedias practicadas en frio, debilitándose sucesivamente. De donde resulta, que sin variar el líquido por la eficacia del nuevo agente, se pudo acelerar la disolucion del jugo hasta cierto punto. Si variaramos el líquido empleando sucesivamente el vino y su espíritu, obtendriamos otras tinturas que acabarian

señalado constantemente la naturaleza. De donde resulta haber sido mera preocupacion graduar la bondad de la Quina por la abundancia de este jugo que solo puede variar en las suertes, tocándole menos y mas débil á los preferidos canutillos.

de manifestar la prodigiosa estension que puede tomar aquel jugo cuajado. A nuestro intento basta solamente considerar las disoluciones en agua, limitándolas hasta la vigésima en las especies naranjada y amarilla, la trigésima en la roja, y cuadragésima en la blanca, para poder deducir otras consecuencias que directamente influyen en nuestra nueva preparacion; y juntamente para demostrar los gravísimos perjuicios de administrar la Quina en *toda su substancia* en las cantidades acostumbradas.

De estas sencillas esperiencias deducimos las consecuencias siguientes.

1. Que la gomo-resina, contenida en la Quina, por consentimiento universal de todos los autores, que forma la mayor parte del jugo cuajado en esta substancía, necesita para disolverse en el agua mas de 240 partes de su peso si empleamos las dos especies naranjada y amarilla; mas de 360 la roja, y mas de 480 la blanca.

2. Que constando por muchas esperiencias que los residuos de las tinturas en las primeras infusiones ó cocimientos pueden cortar las accesiones de algunas tercianas, y producir los efectos que se atribuyen á la Quina pura, solo con la diferencia de administrar mayor cantidad; reside todavia en ellos alguna virtud medicinal á pesar de la mucha que se estrajo en las primeras tinturas (*a*).

3. Que destituidos estos residuos del fuerte amargo de la Quina no consiste en él toda su virtud.

(*a*) En la doctrina de todo este párrafo y en la del anterior está fundado lo que ya he dicho en otra nota, á saber: que en la parte estractiva y muy soluble está fundada la virtud tónica; y en la Quinina que es muy poco soluble en el agua, la febrifuga; y por esta razon los residuos de las tinturas comunes la conservan por entero, como volveré á repetir mas adelante en el citado apéndice al esponer mi NUEVO ARCANO en seguida al del doctor Mutis. *N. E.*

4. Que no causando estos residuos en el estómago todo aquel peso que produce la Quina pura; la *indomabilidad de este palo* no consiste en la parte leñosa, como vulgarmente se ha creido.

Deberá causar no poca novedad que apartándonos de cuantas ideas han aventurado los profesores sobre la naturaleza de esta substancia, y todas sus imaginadas preparaciones; propongamos las mas obvias y que naturalmente nos han sugerido estas sencillas esperiencias combinadas con los frecuentes perjuicios que ofrece en la práctica el uso de esta corteza. Podemos esperar que aunque nuevas, se hallen tanto mas conformes á la razon y á la esperiencia, cuanto inútiles y aun perjudiciales á la práctica, las que nos presentan otros ilustres autores revestidas y adornadas de algunos falsos colores de la Química. ¿Quién sino alguno de imaginacion exâltada en elogios escesivos, y en lucimiento de una estravagancia ingeniosa pudiera persuadirnos con el célebre Hoffman (*) "que hasta el »elemento terrestre fijo de la Quina, de que se ha»bia hecho poco caso, gozaba de peculiar virtud para »envolver la acrimonia de la materia biliosa, y que »por consiguiente obraba el específico segun la frase de »Galeno en toda su substancia?" Esto es ponderar demasiado; pero tambien es entrar en el número de quienes dixo Juvenal *de magnis majora loquuntur*.

La Quina en nuestro dictámen es un jabon vegetal (**) de substancia *densa*, *viscosa y tenaz*, prepara-

(*) Hoffm. tom. 6, Dissert. de recto corticis Chinæ usu §. 23: edic. Genev. 1748.

(**) La propiedad que primero se nos presenta en la Quina al hacer los ensayos para su reconocimiento, antes de explorar sus virtudes deducidas por analogía, y confirmadas despues por las esperiencias, es esta substancia jabonosa, de que apenas han hablado los autores con claridad. En puntos tan recónditos importa saber algo para ir descubriendo las operaciones del remedio en el cuerpo humano, y discurrir los arbitrios de su mejor aplicacion.

da por la naturaleza hasta cierto punto, que pueda mantenerse y conservarse en su estado seco y crudo por dilatadísimos años, para el uso que debian hacer los hombres llevándola á regiones remotísimas. La ulterior preparacion que le proporciona la naturaleza se reduce á un cierto grado de generosidad, que á imitacion de otros frutos, adquiere con el tiempo, pero sin salir jamas de su estado de *crudeza natural*. La naturaleza próvida detiene ó acelera la *madurez* de sus frutos, ó aquel último estado de *sazon y cocimiento* para usarlos el hombre sin perjuicio de su salud, segun los designios de la Providencia siempre benéfica y liberal con los mortales en sus verdaderas necesidades y honestos regalos. Acelera la madurez perfeccionándola por sí misma en las frutas de sustento y regalo, como género de pronto consumo en sus respectivos paises; pero al contrario, la detiene conservando la crudeza en los géneros que deben transportarse á otras regiones remotisimas, para que igualmente las consuman todos sus habitantes en las verdaderas necesidades que afligen á la humanidad en todo el mundo.

Como género de primera necesidad para los hombres, y de inmenso consumo cuando fuera mejor conocido, debia circular la Quina por todo el mundo. Dispuso la Providencia depositar este preciosísimo bálsamo de la vida en la Corteza del árbol, con la suma facilidad de recibir su primer beneficio por unos medios tan sencillos como son los de secarla al sol por algunos dias, y reponerla en cajones bien cerrados, para que, á imitacion de otros frutos de sustento y remedio, pudiera conducirse á los paises mas remotos. Si nos hubiera dejado esta Corteza con otras pensiones, y privada de la importante propiedad de su conservacion y mejoramiento por dilatados años, no siendo ciertamente género de tan pronta corrupcion, como sin fundamento se ha creido, no hubiera sido este don tan es-

timable y precioso. En tal estado perseveraba siempre la Quina cruda, y á disposicion de los hombres para que investigasen su preparacion mas conveniente. Declarémosla ya de una vez.

La preparacion mas natural, sencilla y saludable es la Quina fermentada. El licor que de esta operacion resulta, es aquel bálsamo de la vida, ó panacea universal, tan solicitada en todos los siglos, si les fuera concedido á los mortales un auxîlio tan permanente. Mui lejos de lisongear la debilidad del hombre, que vanamente suspira por hacerse inmortal, pretendemos solamente anunciarle el auxîlio mas universal, y menos fastidioso para sus inevitables dolencias. Si algun remedio merece aquellos pomposos dictados, á ninguno mejor pueden cuadrarle que al que en todos tiempos, y con conocimientos tan imperfectos de su ventajosa preparacion, y de sus mas preciosas virtudes respectivas á las especies, se le dió el nombre de *árbol de la vida.*

Es tan natural esta preparacion, que en ella no hacemos mas que seguir los pasos de la naturaleza; y cuanto mas la imitaremos, tanto mas perfectas serán nuestras operaciones. Las frutas se maduran pasando del estado de crudeza al de cocimiento, que es su verdadera sazon, por una pausada y lenta preparacion de sus jugos. Esta es una fermentacion que no podria acelerarse demasiado por el arte sin introducir en ella algunos defectos. Como obra de la naturaleza, á ella debe dejarse hasta que la perfeccione. Esto mismo nos enseña que algunas preparaciones hechas por invencion de los hombres en las cosas necesarias para su regalo, sustento y remedio, cuando se apartan de las reglas que la naturaleza prescribe, llevan algunas imperfecciones dimanadas de la precipitacion con que se hicieron.

Semejantemente la Quina contiene su precioso jugo en estado crudo, del que debe pasar al de sazon

para producir sus saludables efectos. Siendo este jugo tan denso, no puede estenderse en poco líquido; siendo tan viscoso, necesita de un agente que lo disuelva; y siendo tan tenaz, se resiste á desenvolverse en poco tiempo. Estas tres propiedades, de que tampoco se habia hecho caso, se han burlado de todas las preparaciones inventadas por los diferentes arbitrios de tinturas, cocimientos, maceraciones (*), é infusiones en forma de té; y ciertamente son las únicas que han salvado en parte los gravísimos inconvenientes de administrarla cruda en polvo. Si en aquellas preparaciones se aumentara el líquido, se le presentaba el medio para estender su densidad; pero faltando el agente que disuelva su viscosidad, y el proporcionado tiempo que venza su tenacidad, no puede lograrse la preparacion conveniente para sacarla de su estado de crudeza. Aunque se haya recurrido al fuego como agente tan poderoso, sobre ser demasiado precipitadas aquellas preparaciones en tan poco tiempo, ha faltado tambien la cantidad de líquido proporcionada. ¿Qué mucho que resida parte de su virtud en los sedimentos inutilmente desechados (*a*)? No queda, pues, otro recurso que imitar á la naturaleza intentando los arbitrios de introducir una verdadera fermentacion para preparar bien esta substancia hasta el punto de formar con ella una bebida natural.

(*) A este género de preparacion reducimos la inventada por el doctor Alsinet. Es una verdadera maceracion de la Quina.

(*a*) Esta aseveracion es tan exâcta é idéntica como lo era la de Newton cuando anunció que el agua tenia un principio inflamable, en un tiempo en que todos los filosofos la consideraban como un elemento ó substancia simple; ni Newton con respecto al agua, ni Mutis con respecto á la Quina sabian el arcano y misterio que anunciaban; pero posteriormente se ha visto que efectivamente el agua contiene hidrógeno, elemento muy inflamable; y que los residuos de las tinturas de Quina que hacemos en nuestras oficinas por el método ordinario, y que tiramos por inútiles, contienen casi íntegra la cantidad de quinina ó cinconina, segun la especie empleada, que es donde reside la virtud febrífuga. *N. E.*

Tambien es esta preparacion tan sencilla que no se han ocultado otras semejantes á la rusticidad de los pueblos mas bárbaros. La muy sencilla confeccion del vino no seria efecto de las profundas y mui serias meditaciones de su autor en el Arca; y si posteriormente las ha merecido á otros hombres (*a*), podemos atribuir tantas investigaciones á la impertinente curiosidad de los siglos cultos, ó mas bien al insaciable apetito de conciliar con lo útil las delicias del paladar. Esta es una operacion mui sencilla; y sin salir de estas condiciones se logra en ella aquel admirable cordial (*), que bien usado no tiene precio. A su imitacion ha sucedido otro diluvio de bebidas fermentadas, cuya inundacion es la ruina de algunos pueblos. Ningun gobierno ilustrado ha tenido por conveniente prohibir tales bebidas: castiga los escesos, y reprime los abusos por los prudentes arbitrios de algunos impuestos, ó del estanco de las que pudieran ser mas perniciosas á la sociedad. Es justo condescender con las verdaderas necesidades de los pueblos; y los abusos de la gente perdida no deben privar de sus bienes al mayor número de los que las usan con sobriedad.

Por mas inocente que sea el agua pura, hay estómagos que por su delicada constitucion, edad, ó enfermedades no pueden soportar una bebida tan natural y benigna, pero compuesta de elementos intransmutables, y por lo mismo pesadísima para la mitad del género humano, especialmente cuando se le agregan otras malas cualidades.

(*a*) Baco, Rey de Tebas, despues de haber vencido á toda la India, y haber dado leyes á su patria, como dice Horacio, fué el primero que, segun San Agustin, de Civit. Dei, lib. 8 cap. 12, plantó viñas despues de Noé, y el que perfeccionó el vino y licores para regalo de los hombres, y por eso los poetas llaman al vino Baco en honor de su fundador. *N. E.*

(*) Es tanto mas imparcial este elogio cuanto menos puede influir la pasion á esta y demas bebidas fermentadas, á que no he podido acostumbrarme.

No en todas partes se hallan aguas buenas, ni los pueblos en sus primeros establecimientos cuidaron elegir su situacion mas conveniente, ni saben reparar sus daños por el poderoso recurso de las cisternas. De allí provienen muchas enfermedades endémicas, en cuyo socorro casi por instinto apelan las gentes á las bebidas fermentadas. No hay pueblo alguno por mas bárbaro que sea, en que no hallemos introducida la inmemorial costumbre de alguna bebida nacional. Una verdadera necesidad, originada de las causas referidas, obligaria en los principios á emprender estos recursos, que se perpetuan sin saber todos los bienes que encierran; y siendo por otra parte tan sencillos los medios para conseguirlos, seria peligroso y muy dificil trastornar estas costumbres. A su imitacion podria introducirse la bebida de la Quina fermentada, cuya preparacion requiere tal vez menos industria que las demas bebidas nacionales.

Tambien es tan *saludable* esta bebida, que para su mayor elogio bastaria decir haberla ya usado por nuestro consejo muchas personas en las comidas, familiarizándose con ella del mismo modo que se acostumbran otras con el vino, cerveza y sidra. No pretendemos probar con esto que pueda competir con ellas en cuanto al gusto, que pendiendo en mucha parte de la aprension y del capricho, debe ceder en los casos de necesidad en que podrá substituirse á otras bebidas con la esperanza de reportar el beneficio de un remedio tan heróico ya reducido á un licor potable á pasto. ¿Si á tal estado de benignidad pudo llegar una corteza tan sospechosa en su naturaleza, cómo fastidiosa en su substancia, con cuanta satisfaccion de los pacientes, y de los mismos profesores podrá usarse esta bebida medicinal? Se acabarán los horrores justísimamente concebidos contra la Quina, luego que comience su administracion en esta nueva forma, precavidos los innumerables perjuicios originados de usarla cruda y en toda su substancia.

§. IX. Tratemos ya de manifestar el método sencillo de la nueva preparacion, por cuyo medio se consiguen las tres principales bebidas de este género, que reducimos á la cerveza, vinagre y tisana de Quina, las que separadamente ó combinadas bastan á llenar todas las indicaciones en los diferentes é innumerables casos en que se juzgue conveniente administrar el remedio. A estas preparaciones precede la diligencia de reducir la Corteza á polvo, ni tan sutil en forma de un almidon como se glorian prepararlo los Ingleses, y á su competencia intentan ya imitarlos las demas naciones, con el fin de hacer el remedio menos fastidioso al paladar, y mas digestible ó menos pesado, como falsamente se ha creido en el estómago (*a*); ni tan grueso, que se hagan perceptibles á la vista y tacto las astillas de la corteza. Basta graduar el medio, pasando el polvo por el cedazo menos tupido que el comunmente destinado para florear las harinas.

En estas regiones, donde carecemos de toneles, y correspondientes auxîlios para contener y mantener bien tapadas nuestras Cervezas medicinales, y de bebida ordinaria; se han suplido las operaciones por los métodos semejantes al de hacer las bebidas fermentadas, *Chichas* y *Guarapos* en botijas y *mucuras*, en que dificilmente se

(*a*) Perdoneme el doctor Mutis que en esto no va bien fundado. En la real botica se pulverizaba la Quina con mucho esmero. Cuando entraron los Ingleses en Madrid en 1814, gastaron sus egércitos muchas libras de Quina molidas en el molino de la real botica trasladada desde 1808 al antiguo seminario de nobles, en donde se habilitó aquella máquina, y admiraron y aplaudieron la atenuacion del polvo que producia; yo por seguir en todo aquella práctica, como ya he dicho en otra nota, tambien la reduzco á polvo tan finísimo como en la real botica; y ¿por qué, me dirán, tanto esmero y trabajo? porque no solamente gana la Quina un 25 por ciento en la bondad febrífuga; sino porque realmente se digiere mas facilmente, y no produce estancaciones en el estómago ni en los intestinos, ni las enfermedades que de estas dos poderosas causas son consiguientes. *N. E.*

detiene la fermentacion vinosa. Esta pasa espontáneamente á la vinagrosa al cabo de pocos dias, pero la procuran detener volviendo á introducir en la vasija otra porcion de miel y agua, con que se logra mantenerla en su estado vinoso para poderla gastar antes que llegue á degenerar en vinagre; y á esta operacion llaman refinar. Con este procedimiento, y hecha la regulacion de media libra de Quina, ocho frascos de agua, y medio frasco de miel de cañas, se han preparado nuestras cervezas, y el apreciable vinagre que igualmente usamos en las comidas. El gusto y olor deciden el momento de la fermentacion vinosa, que se conserva en esta bebida mas tiempo que en las *Chichas* y *Guarapos* por el fuerte amargo de la Quina.

A imitacion de este sencillo procedimiento se pueden mejorar mucho en Europa estas operaciones, fabricando la cerbeza en toneles, y conservándola en botellas bien tapadas. Por cada libra de Quina se pondrán de noventa y cuatro á cien libras de agua, y ocho de miel de cañas, de abejas, ó de azucar prieta. Con esta proporcion se logra una bebida quinosa medianamente cargada del jugo activo del remedio para el pasto ordinario, si al pasarla de los toneles á las botellas, se tuviere la precaucion de sacar, por *decantacion*, el licor claro sin mezcla del jugo disuelto, que sobrenada cerca de los sedimentos, ó parte leñosa de la corteza. De otro modo es necesario proceder al sacar la cerveza destinada á los usos médicos: pues entonces se ha de remover suavemente el tonel para que tambien salga la cerveza algo turbia y cargada del espresado jugo quinoso.

Despues de la primera preparacion resulta la masa sobrante de los sedimentos que servirá oportunamente de levadura para acelerar la fermentacion de las siguientes preparaciones. Pasadas tres ó cuatro será necesario sacar la mayor parte, dejando la suficiente, recogiéndola en toneles por separado, en que debe permanecer con

alguna porcion de agua y miel, en estado de una fermentacion vinagrosa para los usos convenientes. En ningun caso conviene arrojar tales sedimentos hasta haberlos empleado en su último destino, que será el de lavativas.

En la formacion del vinagre de Quina no hay otra operacion que practicar sino dejar que espontaneamente pase la fermentacion vinosa á la vinagrosa. Este último tránsito es mucho mas lento: y no se logra el vinagre fuerte en toda su perfeccion hasta pasados tres ó cuatro meses, dejada toda la obra al curso de la naturaleza sin precipitar sus operaciones (*). El modo de sacar el vinagre de los toneles será del mismo modo que el que dejamos insinuado anteriormente: el claro por *decantacion* para el régimen dietético; y el turbio dando algun impulso á toda la masa fermentada para que salga juntamente el jugo virtual que sobrenada en los llamados propiamente sedimentos. Este servirá para todos los usos medicinales. El utilísimo jarabe del vinagre de Quina se ha de hacer con este último segun el procedimiento acostumbrado en las Boticas. Estos vinagres, que forman un ramo de la nueva práctica de la Quina, son como si digéramos los de primera suerte; y no deben confundirse con el que resulta de la ulterior fermentacion de todos los sedimentos mezclados para el uso de las lavativas.

Por un procedimiento semejante se hará la preparacion de la Quina, que haya de emplearse en las tisanas. Como en esta preparacion no se intenta desatar de pronto todo el jugo del remedio, sino introducir

(*) La fermentacion comienza mas ó menos pronta segun el temple de los paises en la Zona tórrida, y por consiguiente segun las diversas estaciones en Europa. Los tres ó cuatro meses aquí señalados se verifican en los paises altos y frios, en que el temple no pasa de 15 grados sobre el punto de congelacion segun la escala de Reaumur en el termómetro interior; pero la fermentacion gana mas de un tercio de tiempo en las tierras bajas y cálidas, en que el mismo señala 25 grados.

la fermentacion, que no se consigue en pocas horas, cuando conviene administrarlo en cocimientos y tinturas; bastará el líquido necesario á promoverla. A este fin se pondrá la Quina en vasijas de loza vidriada con tapaderas agujereadas al modo de soperas, guardando la misma proporcion de Quina y dulce; pero en cuanto al agua la solamente necesaria á mantener la masa suelta, y cubierta de poco líquido. Esta masa fermentada se desata en agua, vino, ó en el vehículo que se juzgáre conveniente, para formar la tisana ó tintura á fuego manso de tres horas, ó doble tiempo si con mas perfeccion se quisiere proceder por el baño de cenizas, ó arena caliente. La cantidad de agua y masa fermentada se regulará por los fines que se propusiere el Médico en su administracion, pues de su arbitrio pende ordenarla mas ó menos cargada (*a*).

El último destino de los sedimentos es el de lavativas, tan importantes en las enfermedades agudas, y especialmente mientras persevere la costumbre de administrar la Quina cruda ó fermentada en toda su substancia. Preveemos que podrán algunos prácticos inclinarse todavia al uso del remedio en toda su substancia, conformándose solamente con nuestras reflexîones sobre la eleccion de las cuatro especies, escluyendo las relativas á nuestra preparacion: y que tambien otros pondrán en práctica las simples opiatas de la masa fermentada; en cuyo caso no tendriamos mas razones suficien-

(*a*) Esto viene á ser una tintura de Quina muy saturada y turbia en que por la fermentacion se han podido desenvolver los principios febrífugo, tónico y antiséptico de la Quina, y cuyos residuos pueden ya considerarse despojados de todos sus principios medicinales, y reducidos casi á un verdadero *caput mortum*: de consiguiente este arcano del doctor Mutis es una *tisana fermentada de Quina*, con cuyo nombre deberia recetarse; es sin comparacion una medicina saturada de todos los principios medicamentosos de la Quina, y que por consiguiente podrá llenar todas las indicaciones, mucho mejor que la tintura de Quina comun. *N. E.*

tes que oponer á los últimos, sino la repugnancia de los enfermos; y á los primeros reproducir los inconvenientes y perjuicios que hemos prometido manifestar en su lugar.

Debiéndose pues conservar los sedimentos hasta este último destino, se repondrán con miel y poca agua en otros vasos por separado. Allí acaban de fermentar, desatándose finalmente todo el jugo virtual del remedio adherido al fuste ó parte leñosa de la corteza. Una xícara de las comunes puede servir de medida para regular la cantidad de la masa medianamente suelta; la que deberá desleirse en el agua hirviendo necesaria para cada lavativa, dejándola reposar en ella por algunos minutos hasta que adquiera el temple para administrarla al enfermo, precediendo la diligencia de colarla y esprimir bien la masa por un lienzo tupido. No quedándole ya jugo alguno de importancia á tales sedimentos desvirtuados, deben arrojarse como inútiles.

Resta solamente indicar aquí, que la preparacion de la cerveza y vinagre de Quina es siempre la misma, eligiendo cualquiera de las cuatro especies oficinales naranjada, roja, amarilla y blanca, que deberán mantenerse de repuesto; porque incluyendo tanto la diversidad de las especies, cuanto la nueva preparacion, ideas singulares de otra nueva práctica en Medicina, sería sumamente peligroso no atenerse siquiera en las primeras tentativas al espíritu de nuestras reflexîones. Nos lisongeamos con la fundada esperanza de que en lo sucesivo se pondrán los sobresalientes profesores en el ventajoso estado de corregir nuestras ideas, mejorarlas y tambien ampliarlas en beneficio de la humanidad.

Con esta mira, y desprendidos ya de aquella modesta ambicion que suele intervenir en los descubrimientos originales, reunida á la forzada reserva con que hemos mantenido ocultas por algunos años las reflexîones

sobre este arcano (*), no habiéndolo jamas practicado por otros intereses indignos de nuestra profesion y estado, nos resolvemos á publicar las principales composiciones de nuestro formulario que empleamos en la práctica y variada administracion de la Quina. La cerveza de pasto ordinario es una apropiada mezcla de tres especies con referencia á sus virtudes eminentes, y á las indicaciones generales tan frecuentes en la práctica: de modo que puedan usar esta cerveza las personas sanas por gusto y preservacion, y las achacosas por curacion sencilla y nada gravosa. Ocho onzas de la Quina amarilla, cuatro de la roja, y cuatro de la blanca con una nuez moscada y media onza de canela forman la composicion del paquete, que se pone á fermentar en cien libras de agua con el dulce arriba expresado. Esta es la cerveza de pasto ordinario, que llamaremos *profilactica* ó preservatoria, para distinguirla de otra intitulada polycresta, de que se tratará despues.

Sin variar la proporcion de esta mezcla se obtendrá el precioso elixîr de la Quina. En su formacion se procederá poniendo el paquete á fermentar en la vasija vidriada con el dulce y agua, como prescribimos en la fermentacion de la masa destinada al uso de las tisanas.

(*) Escarmentados de las atrevidas pretensiones con que, aprovechándose de nuestra modestia y silencio, un profesor aventurero ha querido apropiarse la gloria de descubridor original de la Quina de este reyno desde el año de *76*; como acaba de pretenderlo tambien en estos últimos tiempos acerca de la Quina primitiva ó naranjada, que jamas habia conocido ni propuesto en sus frecuentísimas é impertinentes representaciones á este superior Gobierno; y advertidos de las maliciosas tentativas con que ha procurado corromper la fé de los amigos y personas de nuestra inmediacion, á quienes de palabra ó por escrito hemos comunicado este tratado desde nuestra llegada á esta capital, con el fin de que propagasen en sus enfermos tan ventajosa práctica: nos hemos visto en la dura suerte de mantenernos en la sobredicha reserva hasta poder concluir la Quinologia de Bogotá, cuyas suntuosas láminas no pudieron recibir toda su perfeccion en medio de los afanes y quiebras de salud, de que se halla informado el Ministerio.

Asegurado el punto de la fermentacion vinosa, se colará la masa disuelta por una manga de franela, filtrando despues el licor por papel de estraza, para reponerlo y conservarlo en botellas bien tapadas. Debiendo resultar muy poco licor por esta operacion, en que solamente se logra un espíritu precioso, como si digéramos una pequeña porcion de la qüinta esencia de la Quina; la masa sobrante se matiene todavia muy cargada del jugo virtual, y por tanto puede servir para la formacion de la cerveza. A la verdad no hallamos inconveniente alguno en que se procediera siempre aprovechando primero el elixîr en todas las operaciones de esta cerveza profilactica.

Frecuentemente ocurren en la práctica muchos casos en que conviene hacer mas purgante la Quina que lo que de suyo es la amarilla, y accidentalmente la blanca. Si debemos intentarlo muy á menudo con estas dos especies, raras veces se habrá de egecutar con la roja, y jamas con la naranjada. Nuestras esperiencias, gobernadas tambien por cierta analogía en las primeras tentativas, nos han hecho preferir el ruibarbo en la mezcla de la Quina amarilla, como la raiz de la jalapa en la de la blanca. A este fin se tendrá el repuesto de las dos Quinas purgantes, conservando por separado cada masa fermentada en sus vasijas respectivas, en que desde luego se ha de hacer la mezcla de dos onzas de ruibarbo, y otras dos de raiz de jalapa reducidas á polvo por cada libra de Quina amarilla y blanca, para que toda la mezcla fermente juntamente con el dulce y agua, que señalamos en la preparacion de las masas destinadas á las tisanas.

Tambien será conveniente mantener preparados los dos jarabes de las Quinas purgantes amarilla y blanca que se podrán administrar en los vehículos apropiados, ó combinados juntamente con las tisanas de sus respectivas especies. En su formacion se ha de proceder con

la advertencia de aumentar en las masas anteriormente fermentadas la cantidad del agua necesaria uno ó dos dias antes de hacer la espresion de toda la masa por una manga apropiada, con el fin de recoger en esta tintura concentrada la mayor porcion del jugo virtual de la Quina: de modo que por esta operacion se obtenga un líquido sumamente cargado para reducirlo á la forma de jarabe con la porcion correspondiente de azucar. Se ofrecerán mil casos en la práctica, especialmente en la curacion de las enfermedades de niños y personas delicadas, en que debiéndonos acomodar á ciertas contemplaciones inevitables, se logrará administrar muy bien enmascarado el remedio mas aborrecido y verdaderamente fastidioso, sin detrimento de su virtud, y con las nuevas ventajas que resultan de su fermentacion.

La preparacion de la cerveza, que insinuamos arriba con el nombre de *Polycresta* en términos facultativos, es otra combinacion de una determinada especie de Quina con otro poderoso remedio americano. La sobresaliente eficacia de la zarzaparrilla para domar la especie de gálico endémico en estas regiones, y muchas otras enfermedades complicadas con esta infeccion, le ha conciliado la estimacion universal entre nuestros Médicos y Curanderos del pais en contraposicion del abandono y descrédito que sufre á temporadas en Europa. Si allá se consume todavia mezclándola en los cocimientos de los leños; mas bien proviene esta práctica de la costumbre de no apartarse de las antiguas fórmulas, que del concepto y estimacion que se tenga de sus virtudes. Muchos pensarán con Cartheuser (*) que poco ó nada perderia la Medicina en desterrar de las Boticas esta droga; pero á pesar de tales opiniones tan sospechosas como deducidas de las falibles operaciones de ensayar

(*) Cartheuser fundam. mat. med. sect. 13, cap. 7, pág. 327.

los remedios al fuego sin consultar al mismo tiempo las observaciones prácticas, continuarán los americanos disfrutando las utilidades de un específico de su suelo. No por eso dejan otros prácticos de promover en Europa el uso de un remedio algo parecido tambien en su favorable y adversa fortuna á nuestra Quina. En este lugar es muy digna de nuestra gratitud la memoria del juicioso profesor de cirujía Guillermo Tordyce, cuyo excelente discurso sobre las admirables virtudes de la zarzaparrilla (*) nos prestó las luces necesarias para administrarla en cocimientos fuertes y á grandes tomas, por cuyo método hemos logrado desde el año de 63 curaciones prodigiosas.

Posteriormente hemos reformado tambien aquella práctica, reflexîonando que á imitacion de la nueva preparacion de la Quina podiamos administrar la zarza fermentada; y desde luego llegamos á conseguir sucesos muy favorables, apoyados en ciertas prácticas empíricas. Desde entonces hemos confirmado que por este método obra el remedio con mayor seguridad y eficacia administrado en mucha menos cantidad (**), con la ventaja de hacer mas tolerables y acortar el tiempo de las curaciones. De aquí trajo tambien su origen el pensamiento de la cerveza polycresta que hemos empleado con favorabilísimas resultas. La composicion del paquete consiste en la mezcla de la zarza y la Quina roja con absoluta exclusion de las otras especies; poniendo por cada cuatro onzas de la dicha Quina doble porcion de zarza reducida á polvo. Todas las fórmulas anteriores de la cerveza, tisana y jarabe tienen lugar en esta composicion para poderlas variar ó combinar segun la necesidad y circunstancias; advirtiendo solamente que se

(*) Medical observations and inquiries vol. 1, pág. 149.

(**) Apenas se lograban curaciones radicales hasta haber consumido seis libras de zarza en treinta y dos dias; poniendo los enfermos al régimen de la dieta blanca, y un encierro de casi dos meses.

necesita mayor porcion de agua en la preparacion de esta cerveza (*a*).

§. X. Pongamos fin á esta segunda parte, reflexîo-

(*a*) Las cervezas medicinales son muy antiguas en nuestras farmacopeas: hay cervezas de tantas especies como cocimientos: entre otras farmacopeas, la que mas abunda de esta clase de medicamentos es la de Fuller, pero todas ellas tienen por base la cerveza comun; y algunas fórmulas con mucha razon piden la cerveza comun sin lupulo, y cuando empieza á fermentar, para añadirla en este estado los vegetales apropiados á la indicacion que se proponen llenar: de aquí pudo muy bien el doctor Mutis haber tomado la idea de su Quina fermentada. La originalidad de su ARCANO consiste verdaderamente en la aplicacion de las varias fórmulas que contiene, asegurando que de este modo obra mejores efectos que la Quina en substancia, por haber perdido en la fermentacion la *crudeza* que la caracteriza de *indómita*, y que por consiguiente es causa de sucesos siniestros. La fermentacion es propia solamente de los zumos mucilaginosos y azucarados, pero la Quina no es susceptible de sufrir esta operacion natural. En los mixtos naturales hay trasmutacion de unos principios en otros; pues, como dice Aristóteles, *generatio unius est corruptio alterius*: tal es la formacion del alkool y de los gases que se generan por la descomposicion, y á espensas de la parte azucarada y mucilaginosa de los zumos, reducidas á sus primitivos elementos, al paso que otros principios secundarios no padecen alteracion alguna, como v. g. el tártaro que se precipita en el fondo de las vasijas, y la materia colorante que queda disuelta casi en su totalidad. Si exâminamos los principios constituyentes de la Quina de Loxa y todas las de su especie que llamamos peruanas grises, hallaremos que son *cinconina* unida al *ácido quinnico*, materia verde grasienta, materia colorante roja poco soluble que llaman los químicos *rojo cinconino*; materia colorante roja soluble llamada *tanino* ó principio curtiente, materia colorante amarilla; *quinnato de cal*, *goma y almidon*.

De todos estos principios ninguno es trasmutable, y de consiguiente no pueden fermentar propiamente hablando; pero como la cinconina es casi insoluble en agua, y muy soluble en los ácidos y en el alkool, de aqui es que este principio febrífugo unido á los demas arriba dichos por una amalgamacion natural y que constituyen el *jugo crudo* é *indomable* de la Quina, se disuelven en la cerveza á proporcion que se va formando; se rompe aquella amalgama natural, y se desenvuelven sus principios constituyentes, y forman un nuevo compuesto medicinal, precipitándose unidos á las heces aquellos principios, ó parte de ellos que no son solubles, ni necesarios para la formacion de nuestra cerveza de Quina. Esto es tan natural

nando que todas las preparaciones inventadas hasta la presente no han podido sacar la Quina de su estado de crudeza; mucho menos se habia sospechado que de

y conforme á la teoría de la fermentacion, que el mismo doctor Mutis nos dice que es increible la cantidad de espumas gruesas que se forman, y gases que se desprenden; lo que no podria verificarse sin un grande movimiento, del cual resulta la desunion de los principios de la Quina, y sus nuevas combinaciones y disoluciones en la cerveza y vinagre de Quina. Si á estos datos puramente ciertos en cuanto son análogos á otros ya conocidos, se agrega la fé del autor que afirma haber obtenido felices resultados, y que ademas asegura, y los principios químicos tambien lo demuestran, que se *cuece* con la fermentacion la *crudeza* é *indomabilidad* de la Quina; no podemos dudar que el ARCANO de la Quina está y debe estar en la categoría de los nuevos descubrimientos útiles á la humanidad, sin los inconvenientes y peligros á que se han espuesto los enfermos, á quienes se ha administrado la Quina en toda su substancia: y que si bien este ARCANO no puede parangonarse v. gr. con la vacuna; al menos puede entrar en competencia con el descubrimiento de la misma Quina.

Como la doctrina del doctor Mutis acerca de sus nuevas composiciones está en relacion y verdadero enlace con sus virtudes, formando todo una narracion larga y seguida, me ha parecido preciso ordenarla y reducirla á verdaderas recetas, para que mis lectores puedan leerlas á un golpe de vista; y para que si llega el caso de adoptarse este nuevo método de preparar la Quina fermentada, pueda cada médico recetarla con solo indicar el título y el autor, y el farmacéutico dispensarla con solo leer la receta, y hacerla segun los principios generales de la ciencia, puesto que ni el doctor Mutis ni yo podemos describir el tiempo, ni la perfeccion del resultado, porque esto pende del calor termométrico, de la presion del aire atmosférico, y de otras circunstancias eventuales que el farmacéutico debe conocer.

CERVEZA (en pequeño).

Quina en polvo grueso. . . . . ℥viij
Miel de cañas. . . . . ℥xxxij
Agua. . . . . 32 cuartillos.

CERVEZA (en grande).

Quina en polvo grueso. . . . . 1 ℔
Agua . . . . . 90 ℔
Azucar moreno ó miel. . . . . 8 ℔

Se pone á fermentar en un tonel ó tinaja que quepa una tercera

aquí pudieran provenir tambien los favorables y adversos efectos atribuidos al remedio en todas las épocas de sus variaciones. La desconfianza de algunos po-

parte mas, y despues de fermentada se embotella sacándola por decantacion para uso ordinario: para usos médicos se propina con los posos mas ligeros, á cuyo fin se menea el tonel ligeramente para que salga algo turbia; sobre este residuo se hace otra nueva tanda, y así se repite hasta tres veces.

VINAGRE DE QUINA.

Es la misma cerveza dejada avinagrar que tarda tres ó cuatro meses á 15 grados: el claro se embotella para el uso comun y el turbio para los usos médicos como se hace con la cerveza. Dósis: á cucharadas, á discrecion, con azucar ó sin ella, y tambien mezclada con las tisanas.

XARAVE DE VINAGRE DE QUINA.

Vinagre de Quina. . . . . ℥xvj
Azucar flor escogida, en polvo. ℥xxx

Se pone en un vaso de tierra con vidriado blanco ó de porcelana bien tapado, y á un fuego lento se disuelve el azucar, y se cuela despues de frio.

Dósis: á cucharadas, solo, á discrecion, ó mezclado con las tisanas.

TISANA FERMENTADA DE QUINA.

Quina en polvo grueso. . . . . 2 ℔
Miel ó azucar moreno. . . . . 2 ℔
Agua. . . . . C. S.

para hacer una masa líquida que se pondrá á fermentar. De esta masa fermentada se toman cuatro onzas, se desleirán en dos libras de agua, y puesto todo en un vaso de vidriado blanco bien tapado á fuego lento, que no pase de 40 grados por espacio de dos horas, se pasará una sola vez por una bayeta, meneando bien el líquido para que salga algo turbia. Dósis: hasta media libra repetida cada tres horas.

OPIATA FERMENTADA.

Es la masa fermentada con que se hace la tisana, y se toma á cucharadas como los electuarios ordinarios. Es mas eficaz que la que

cos prácticos en recetarla en toda su substancia, aunque reducida á polvo finísimo, y la condescendencia de muchos administrándola en extractos, cocimientos, infusiones vinosas y tinturas, han sugerido el arbitrio

está sin fermentar, como queda dicho ya en la nota anterior sobre la tisana de Quina; pero en este caso deberia emplearse la Quina precisamente en polvo mas fino.

CLISTER DE QUINA.

Se guardan todos los residuos de la cerveza y vinagre, y se toman dos onzas de estos mismos residuos con separacion, segun las pida el profesor, y se deslien en una libra de agua hirviendo, y despues se cuela con fuerte espresion por un lienzo, poco tupido, y sirve esta dósis para cada lavativa. Los residuos juntos han de estar para este uso fermentados precisamente hasta el grado de vinagre, pues así lo dice el testo de donde se han entresacado estas formulas para mayor claridad.

CERVEZA PROFILACTICA.

Quina amarilla en polvo grueso.	℥viij
Quina roja id.	℥iiij
Quina blanca id.	℥iiij
Nuez moscada rallada.	℥ij
Canela en polvo grueso.	℥ß
Agua comun.	100 ℔
Miel comun.	8 ℔

Se pone á fermentar, y se cuela y embasija como la cerveza anterior para uso comun.

ELIXIR DE QUINA.

Quina amarilla en polvo grueso.	℥viij
Quina roja id.	℥iiij
Quina blanca id.	℥iiij
Azucar moreno ó miel.	2 ℔
Agua.	C. S.

para hacer una masa líquida, que puesta á fermentar como la anterior, se cuela por bayeta con fuerte espresion, y este líquido se filtra por papel de estraza, y se guarda bien tapado. Los residuos pueden servir de pie para la cerveza como queda dicho.

de pensar en extraer todo el jugo virtual de la corteza por medio de dos operaciones. En efecto, por la primera se consigue sacarle las sales y la parte gomosa,

CERVEZA PURGANTE.

Quina amarilla en polvo grueso. . . 1 ℔
Ruibarbo menudamente quebrantado. 2 onz.

Se pone á fermentar como queda dicho en la cerveza comun con el mismo azucar y el agua. Tambien se hace esta misma cerveza purgante empleando la *Quina blanca*, pero entonces se echa la jalapa en lugar del ruibarbo en igual cantidad, como lo dice el testo.

CERVEZA POLYCRESTA.

Quina roja en polvo grueso. 1 ℔
Zarzaparrilla id. . . . . 2 ℔
Agua, dulce y método, como en la cerveza profilactica.

Como todas estas fórmulas deben hacerse en grande, es á la verdad un obstáculo para que los boticarios de cortas poblaciones puedan hacerlas todas á la vez en sus oficinas. En las grandes ciudades es fácil su egecucion, poniéndose de acuerdo entre sí los profesores para ello, si es que no hay colegio como en Barcelona y Valencia. Por lo que toca en Madrid le hay perfectamente organizado hace muchos años, y de un local tan capaz que sirvió para fundar en él el primer colegio de Farmacia, cediendo sus individuos á la real Junta de la facultad su jardin botánico, laboratorio de química, y su sala de juntas para los exâmenes, y para dar y conferir, como en efecto se confirieron en él, los primeros grados de doctor en la facultad con pompa, (pues los boticarios de cámara habian sido ya creados doctores con dispensa de ella por especial decreto de S. M. por la dignidad que gozaban de tales boticarios de cámara, y como fundadores de estos grados literarios y de la enseñanza publica de la facultad). En este colegio, digo, en que se confinge la triaca por real privilegio esclusivo, dado en Sevilla el año de 1732 con la cláusula impresa al pie de la receta latina *privatim theriacam componne nemini jus esto*; podian hacerse todas las referidas recetas de la Quina fermentada, sin privilegio, en las mismas piezas que tiene para confingir la triaca, y de allí podian surtirse los boticarios de la corte y fuera de ella, como lo hacen con aquella, en cantidades módicas, cada uno segun su despacho, y como lo hacian tambien en otro tiempo con el consumo de víboras, para evitar el cuidado, sustos y aun desgracias domésticas y públicas, que nos cuentan nuestros mayores cuando las tenian

que son unas substancias facilmente disolubles en el agua; y por la segunda se extrae la parte resinosa en el espíritu de vino; de modo que mezclando los resultados de ambos procedimientos quédase la esperanza de haber obtenido toda la parte virtual y activa del remedio.

Ya se vuelve en nuestros dias á restablecer la práctica de semejantes tinturas; y lo que debe mas admirarnos, vuelve á prevalecer la mas antigua práctica de las simples infusiones del polvo en vino, segun la fórmula primitiva. ¿Y no serán estas novedades la verdadera prueba de no haberse adelantado tampoco un solo paso en cuanto á la administracion del remedio en siglo y medio? El profesor Valatelli, cuyos escelentes rasgos en el manejo de la Quina, á pesar de las falsas ideas que se han formado sobre las especies de esta corteza, como nos anuncia un célebre Quinista de estos últimos tiempos, prefiere las infusiones vinosas, reputándolas por mas activas y proporcionadas á las nuevas miras de su práctica. Transcribiremos aquí sus espresiones como un testimonio auténtico de las densísimas tinieblas esparcidas por toda Europa, sin esperanza de que pudieran disiparlas los últimos esfuerzos que se acostumbran hacer en nuestro siglo. "Este remedio es muy »*diferente* del de aquellos tiempos en que una muy pequeña dósis de este específico bastaba para conseguir el »efecto. El gran número de los que perecieron por falta de cuidado que tuvieron los médicos de aprontar »su febrífugo á tiempo en algunas enfermedades, en

que tener en sus particulares oficinas. De este modo podian los médicos y cirujanos estar seguros de un remedio eficaz, hecho segun principios, y de toda confianza, lo que no se podria tal vez exîgir de los profesores de cortas poblaciones, sin que se les proporcionase la elaboracion en grande del arcano de la Quina en todas sus partes por esta respetable corporacion, ú otra semejante.

Aunque el doctor Mutis sale garante de los buenos resultados

»que antes no se hacia uso, les hizo apresurarse á »emplearle en las calenturas simples intermitentes, en »que convienen antes algunas veces los lenitivos y los »eméticos; le suelen emplear cuando el estómago y las »vísceras están todavia embarazadas con materias y jugos »viscosos, y por consiguiente debilitada la accion del »febrífugo. Morton, Sydenham, Torti, Baglivi, que »fueron los primeros que usaron del febrifugo, no omi»tian antes los medios de que acabamos de hablar, co»mo la *fermentacion vinosa hacia á la Quina mucho mas »activa* (*), aumentaban su fuerza con el vino blanco.

referidos en las fórmulas de su Quina fermentada: asegurando que él mismo en union con varios profesores los han exâminado de nuevo en la capital de Santa Fé de Bogotá, confirmando estos mismos felices resultados que él solo habia esperimentado fuera de ella, y que en su consecuencia dice (pág. 144) "que podemos asegurar que »en el curso de año y medio se ha consumido solo en esta capital »mas Quina, con distincion y conocimiento de sus cuatro especies, »por gusto, dieta y remedio, que cuanta se habia gastado en todo »el reyno desde la época de su introduccion....." me presumo que tendrán muchos opositores como los ha tenido la misma Quina en los primeros tiempos de su descubrimiento, por las razones que se han indicado en el prólogo. Yo acaso no podré fundar en principios médicos la preferencia de la *Quina fermentada* á la *Quina cruda*; y mucho menos entrar en detalles sobre la bondad respectiva de cada una de las fórmulas; pero como estoy cierto de que la medicina ha sacado grandes utilidades de la química para la recta administracion de este y de otros productos vegetales y minerales, en probando, como he probado en mi nota pág. 112, que en la fermentacion de la Quina hay una verdadera reaccion, por la que todos sus principios medicinales se desunen de su amalgama natural, y entran en disolucion en la cerveza, es claro que la opiata fermentada con preferencia á las demas fórmulas hecha con Quina en polvo fino, como en su lugar queda dicho, es preferible á las opiatas de *Quina cruda* que se han usado hasta aquí; porque ademas de la facilidad con que se puede hacer en las boticas, aun en las de las aldeas, tienen seguridad los profesores que las recetan de dar á sus enfermos una Quina macerada, cocida ó *domada*, digamoslo así, de su accion natural tan funesta en muchos casos. *N. E.*

(*) Pudiera con el tiempo sospecharse, induciendo algun error el sentido literal y equívoco de esta cláusula que el señor Valatelli

„Puedo asegurar que habiendo seguido estos métodos á „pesar de la *cualidad degenerada* de la corteza perua- „na, y habiéndome conformado al modo y al tiempo „prescriptos por aquellos célebres prácticos, he tenido „motivo para continuarlo (*)."

Todo esto es discurrir y hablar á tientas, y repetir las desconfianzas de los antecesores para venir á parar en la práctica primitiva, que no salvando si no en parte algunos de los muchos inconvenientes en el uso del gran remedio, se le irian atribuyendo siempre las malas resultas dimanadas de la inculpable ignorancia de las especies y de la verdadera preparacion de la Quina. Del hecho mismo que nos presentan las alternativas de renovarse á temporadas el uso de las tinturas é infusiones vinosas, vendremos en conocimiento de su mayor eficacia, como tambien la persuade la sencilla consideracion de que desprendido anticipadamente de la parte leñosa el jugo virtual, se ahorran de esta molesta operacion las fuerzas digestivas, pasando el remedio á las que llaman primeras vias sin tanto detrimento de la economía animal. No es pequeño el que les resta para disolver aquel jugo indigesto, si atendemos á las tres propiedades que le hemos atribuido. ¿Y quién no ve que todo líquido espiritnoso lejos de ser proporcionado á esta disolucion mas bien contribuirá á mantenerlo en aquel estado de crudeza? Bien sabido es el arbitrio de conservar cualesquiera substancias del reyno vegetal y animal en su natural estado, y que no pasen á las espontáneas putrefacciones ácidas y alkalinas: no hay mas que hacer para conseguirlo por dilatados años que introducirlas en espíritu de vi-

habia llegado á conocer nuestra preparacion. Basta leer con atencion este y otros lugares de su discurso epistolar, para advertir, que no habiéndole pasado por el pensamiento, ni las primeras nociones de nuestro arcano, sus miras se dirigen á restablecer la práctica primitiva.

(*) Espíritu de los mejores diarios, número 253.

no, donde se conservan mientras el licor no pierde su fuerza.

No sin fundamento habiamos asegurado antes, que en vano se atribuye la *indomabilidad* de este remedio á la rudeza de su fuste leñoso, como lo dan á entender todos los profesores con sus razonamientos sobre este punto, y sus miras de reducir la corteza al estado de almidon, en que conservando á su pesar las tres propiedades del jugo virtual, subsiste en toda su fuerza y vigor aquella intolerable indigestion de que tanto se quejan los enfermos dándonos en cara con nuestro apasionadisimo remedio. A ese *indomado* carácter debiamos tambien haber echado la culpa de tantos malos efectos, que desde luego se atribuyen al inocentísimo especifico; y á evitarlos por la preparacion mas conveniente, debió dirigirse nuestro estudio antes de haber ridiculizado los fundadísimos temores de nuestros mayores, y las invencibles resistencias de los pueblos. De este modo atolondrados, y sin saber á que atenernos con las novedades que se levantan cada diez años; en los últimos apuros no hallamos otro mas fácil recurso que reputar á puro antojo por *degenerada*, *falsificada*, *de mal suelo*, y con otros apellidos arbitrarios á la inocente Quina, cuando una pura casualidad no interviene favorablemente en librar á los enfermos de nuestros descuidos y errores; precipitándonos á tomar el último y mas deplorable partido de condenar al fuego inmensas porciones de Quinas escelentísimas en su especie.

En la nueva preparacion van á salvarse todos los perjuicios; siendo muy fácil reconocer en ella el conjunto de ventajas que reune. Puesta la Quina en infusion, y bañado el polvo en el agua comienza desde luego á soltar todas sus sales; y en fuerza de la maceracion se ablanda la parte leñosa, por cuyo medio se disuelve tambien la goma enredada en ella, estendiéndose con toda libertad en el agua antes de comenzar

la fermentacion. Luego que esta da principio, y al paso que va tomando su fuerza se engendra aquel espíritu vinoso, capaz de disolver la resina con la ventaja de ir destruyendo al mismo tiempo las tres mencionadas propiedades del jugo virtual, haciéndolo pasar gradualmente y sin violencia del estado de crudeza al de cocimiento y verdadera sazon. Claro está que por una operacion tan natural y sencilla se consigue haber extraido toda la substancia activa de la corteza sin la necesidad de recurrir á la diversidad de líquidos con las precipitadas y violentas operaciones del fuego. Si en la resina, que ciertamente constituye la mayor porcion del jugo, consiste la mayor eficacia de la Quina, como mejor lo piensan muchos ¿qué otra cosa se intenta infundiéndola en el vino ó en su espíritu sino conservarla en su estado de crudeza?

Si volvemos á reflexîonar sobre los fenómenos que sucesivamente se presentan en el curso de tales fermentaciones, pero especialmente en las de las masas destinadas á las tisanas, no podemos dejar de sorprendernos de la insoportable carga que oprime las debilitadas fuerzas del enfermo cuando abandonamos á la naturaleza el cuidado de esta preparacion. Espantan verdaderamente la vizcosidad y tenacidad del jugo que suelta el polvo cuando comienza la fermentacion, acompañada de una espuma gruesa é inapagable, en que se descubre la prodigiosa cantidad de aire embebido en esta substancia, de que solo puede desprenderlo una pausada y lenta operacion á semejanza de las que practíca la naturaleza en sus perfectísimas digestiones para sazonar las frutas. Como aquellas masas sean una imágen de lo que pasa en el estómago, y primeras vias del enfermo cuando se le obliga á tragar mucha Quina en polvo y en opiatas, tambien nos representan el lienzo de los violentísimos esfuerzos que han de hacer las funciones digestivas hasta descargarse de un ene-

migo que no pueden sujetar, ó rendirse á las fatales resultas de una fuerza superior. Será pues siempre cierto que en no recurriendo al nuevo arbitrio de la fermentacion debe perseverar aquella substancia indigesta, indisoluble y tan pesada en el estómago, que produzca necesariamente en los pacientes aquellas congojas y aflicciones con que por instinto se resiste la naturaleza á la continuacion de un admirable y eficacísimo remedio, que solo dejará de serlo por contraindicado, por ordenado sin conocimiento de su legítima especie, por mal preparado, y por no administrado en abundancia.

Los favorables efectos de esta preparacion nos encantan mas cada dia, obligándonos finalmente á propagar el beneficio que años há hemos anunciado á la humanidad; y sin salir de los límites de una honesta ambicion de gloria juzgamos tambien original este descubrimiento. Lo diremos con franqueza: no hemos hallado ciertamente en todos los fastos de la medicina desde la época feliz de la introduccion de la Quina en Europa hasta la presente, entre las diversas preparaciones inventadas, vestigio alguno que nos pudiera haber conducido á este dichoso puerto. Aunque podamos asegurar que de nadie hayamos aprendido estas ideas, pretendimos apoyarlas al principio en algunas prácticas empíricas, y en otras combinaciones de lo que tal vez harian los indios con esta corteza, que no la hubieran ocultado tanto á no estar confiados por una constante tradicion y su propia esperiencia de los infalibles y prontísimos efectos de su remedio.

Conjeturamos pues que los indios hicieron mejor uso de la Quina; y que la debilidad de los hombres en graduar de bárbaras las invenciones de los pueblos destituidos de la cultura de nuestros tiempos con el especioso pretesto de mejorarlas, suele ponerlas en peor estado. Verdaderamente y de buena fé confesamos que no exîste monumento ni tradicion alguna con que pudie-

ramos afianzar tambien á nuestros indios, inventores del remedio, la gloria de haber usado la Quina fermentada; pero si atendemos á su pasion dominante por este género de bebidas, y á la práctica primitiva de macerar los polvos en vino que establecieron los españoles, segun la fórmula esparcida por toda Europa; parece muy verosímil que lo aprenderian éstos de lo que harian los indios macerando la corteza recien cogida del árbol y rudamente quebrantada, manteniéndola dentro de su chicha (*a*) por algunos dias. En estas circunstancias conseguirian por un método mas abreviado un equivalente de la Quina fermentada, cuya eficacia unida á la benignidad de sus saludables operaciones recomendaria por todos títulos aquel apreciable secreto que ocultaron por tanto tiempo á sus conquistadores.

Parece desde luego tan verosímil esta conjetura, como universalmente bien sabida la historia de las costumbres de estos pueblos barbaros. Ocupados siempre con sus necesidades presentes, jamas piensan en lo venidero, y no atormentándoles la prevision de los males futuros, no aplican á sus enfermos otros remedios que los muy sencillos que en tales apuros les suministran las plantas de sus montes. Y así sería una escepcion nunca vista que conservasen los indios en sus humildes chozas algun repuesto de remedios, cuando vemos su infeliz y deplorable actual modo de comportarse á pesar de la civilidad y cultura con que se les trata en nuestros tiempos. De aquí podemos inferir que jamas tuvieron guardada con anticipacion esta corteza, ni la usaron seca sino reciente y acabada de sacar del árbol. Esta, como todas, estando frescas y espuestas al sol, rocío y agua fermentan espontáneamente; y mas presto macerada en la chicha debia soltar con facilidad su jugo en un líquido, que es propiamente una le-

(*a*) Bebida fermentada del maiz. *N. E.*

vadura capaz de acelerar la fermentacion. Si así lo hicieron fueron mas afortunados que nosotros en el uso de este divino remedio, y jamas hallarían motivos de conocer las calamidades que afligieron á la Europa por su vanaglòria de corregir aquella invencion original.

A la pág. 124.

PROSPECTO DE LOS NOMBRES Y PROPIEDADES DE LAS QUINAS OFICINALES.

NOMBRES.	PROPIEDADES MEDICINALES.	
Quina naranjada, primitiva del comercio..... Cinchona lancifolia, Mutis..... Cinchona condaminea, Humbolt..... Cinchona condaminea, Bompland..... Cinchona urruisinga, Pavon, Quinolog..... Cinchona angustifolia de Ruiz y Pavon. Id. Supl.	Amargo aromático: Balsámica: Antipyretica: Antídoto: Nervina.	*Febrífuga.*
Quina roja, succedánea del comercio..... Cinchona oblongifolia, Mutis..... Cinchona magnifolia, Flor. Peruan.....	Amargo austero: Astringente: Antiséptica: Polychresta: Muscular.	*Indirectamente febrífugas.*
Quina amarilla, substituida del comercio..... Cinchona cordifolia, Mutis..... Cinchona ovata, Pavon.....	Amargo puro: Acibarada: Cathartica: Ecphractica: Humoral.	
Quina blanca, forastera del comercio..... Cinchona ovalifolia, Mutis..... Cinchona macrocarpa, Wahl.....	Amargo acerbo: Xabonosa: Rhyptica: Prophylactica: Visceral.	

APÉNDICE.

Habiendo esplicado en mis notas el ARCANO del doctor Mutis, que consiste en fermentar la Quina para privarla de la *crudeza* é *indomabilidad* que ocasionan los malos resultados, especialmente cuando ha sido preciso darla en substancia á largas dósis, y aun en casos en que hay algunas manifiestas contraindicaciones de segunda atencion; habiendo esplicado la teoría de su esencia, y probado la certeza de ser verdaderamente arcano, mas útil que la misma Quina en toda su substancia, fundándome para ello en principios reconocidos entre todos los químicos, apoyados tambien por la analogía y por la sana razon; y habiendo finalmente reducido á fórmulas sencillas todas las composiciones de dicho ARCANO; concluiré mis observaciones á esta segunda parte de la obra, no con una simple *nota*, sino con un APÉNDICE que yo considero muy interesante. Este pues consiste en manifestar el modo de hacer un extracto esencial de Quina que puede pasar por un segundo arcano, cuyo nombre yo tambien he adoptado; no porque sea un misterio en la farmacia, sino porque es una nueva preparacion que puede llenar todas las posibles indicaciones que á los médicos y cirujanos se les pueden presentar en su práctica, cuando estos profesores no quieran usar de la Quina fermentada ni cruda. Por otra parte vemos que les ocurren casos (que son muchos) en que por la clase de calentura, debilidad de estómago del paciente, temor á la escitacion de una flogosis, estancacion de humores y los malos resultados que les son consiguientes, como v. gr. hidropesía, obstrucciones, &c. rehusan dar la Quina en substancia. En efecto, el mismo doctor Mutis pone la Quina por sospechosa en innume-

rables casos, con citas autenticas de autores respetables: por otra parte vemos tambien que la tintura de la Quina, como he manifestado en varias notas, no contiene casi nada del principio febrifugo de esta corteza, y por consiguiente no alcanza á llenar muchas de las indicaciones que se presentan en la clínica: el extracto de Quina de nuestras oficinas tambien se halla en el mismo caso de inutilidad, pues que no es mas que la misma tintura evaporada casi hasta la sequedad. En estas circunstancias es precisamente cuando conviene un medicamento libre de la parte leñosa, reducido á muy poco volúmen, y que al mismo tiempo contenga todos los principios medicinales de la Quina sin alteracion; tal es mi arcano que yo llamo *extracto esencial*, cuyo nombre filosófico es una pequeña definicion de sus principios esenciales. Este medicamento se distingue mucho del extracto que hacen en América con las Quinas frescas que se desperdician por menudas y no se pueden comerciar, tan justamente celebrado en la Quinologia del célebre farmacéutico y botánico Ruiz, y del que podia hacerse un comercio exclusivo de grande utilidad, acreditando su elaboracion por medio de profesores hábiles. Tambien se diferencia mucho de la celebrada sal esencial de Quina del Conde de la Garaye, y del extracto salino tan recomendados para estómagos débiles, porque todos estos medicamentos no contienen, como ni tampoco el extracto comun de nuestras farmacopeas, los principios febrifugos de las Quinas, y de consiguiente no desempeñan las mismas funciones terapéuticas que la Quina en toda su substancia, como lo hace el que voy á proponer. Pero antes de la descripcion de este extracto esencial, conviene anticipar algunos datos químicos, en los cuales se apoya la certeza de sus principios componentes, y por consiguiente la escelencia de sus virtudes medicinales respecto de todos los extractos descriptos en nuestras farmacopeas y dispensatorios.

Las Quinas grises ó peruanas tienen por principio el *quinnato de cinconina*, materia verde grasienta, materia roja poco soluble en el agua llamada *rojo cinconino*, materia roja soluble en el agua llamada *tanino* ó principio curtiente; una materia amarilla, *quinnato de cal*, goma y almidon. . . . . .

Las Quinas amarillas ó calisayas se diferencian esencialmente en que en lugar de la *cinconina* unida al ácido quinnico (*quinnato de cinconina*) de aquellas, tienen por base febrifuga la *quinina*, que se extrae de ellas, ya aislada, ó ya combinada con el ácido sulfúrico, siguiendo en esto los procedimientos de Mr. Henrri y Mr. Alemani, como luego diré: en lo demas puede decirse que tienen estas Quinas los mismos principios que aquellas con muy cortas diferencias.

La Quina roja ensayada como las anteriores por los mismos químicos tiene la particular circunstancia de tener por base febrifuga la *cinconina* y la *quinina* reunidas y en mayor cantidad que las especies ó suertes grises y amarillas. Esta circunstancia aunque no es á propósito para mi asunto, es de muy alta importancia para que los médicos la tengan presente cuando tengan que recetar la Quina en toda su substancia; porque si es cierto, como efectivamente lo manifiesta la esperiencia, que la *quinina* y la *cinconina* son los verdaderos principios febrifugos y y tónicos de las Quinas; y si como lo demuestra la química, la *cinconina* es la base alkalina de la Quina de Loxa y demas peruanas, y la *quinina* es la de las Quinas amarillas ó calisayas; es claro que la *Quina roja* es mas escelente y eficaz que aquellas, y que por lo mismo su uso si se esceptuan las calenturas inflamatorias, debe ser mas católico ó universal que las demas especies, por cuanto reune los dos principios fundamentales de la eficacia de las grises y amarillas con muy pocas variaciones en los demas principios, escepto la parte gomosa.

Extracto esencial de Quina.

℞ Quina de Loxa quebrantada y separada del polvo fino. . . . . 12 ½ lbs.
Quina Calisaya id. . . . . 12 ½ lbs.
Agua de la fuente. . . . . 100 lbs.

Se pondrán en infusion en un perol bien estañado por espacio de dos horas á un fuego muy lento que no llegue á hervir; se cuela esta tintura un par de veces por una bayeta tupida, y se pone en seguida á evaporar á fuego lento en otro perol estañado sin dar lugar á que se enfrie la tintura, y se menea sin cesar con espatula de madera hasta que haya adquirido consistencia de jarabe: durante la evaporacion se forman costras de resina descompuesta, que es preciso separar dos ó tres veces por medio de un colador de bayeta.

Acto continuo, y sin perder tiempo, y mientras se evapora aquella primera tintura, se echa sobre el residuo otras cien libras de agua con seis onzas de ácido sulfúrico concentrado, y sigue cociendo por espacio de dos horas: despues se cuela por la misma bayeta, y se guarda en redomas, cuidando de que los barreños en que se cuela sean de vidriado blanco, ó que esten sin vidriar si no los hay de los primeros. Se vuelven á echar sobre el residuo otras cien libras de agua con otras seis onzas de ácido sulfúrico, se cuece y se cuela como la anterior. Se repite otra tercera tintura con las mismas cien libras de agua y cuatro onzas del mismo ácido, se cuece y se cuela: últimamente, se vuelven á echar sobre el residuo cincuenta libras de agua y dos onzas de ácido sulfúrico, y se cuece y cuela como las tres anteriores.

Juntas y bien coladas estas cuatro tinturas se evaporan hasta su mitad poco mas, y en seguida se añade polvos de cal viva, desleidos antes en agua, formando una lechada, hasta que la tintura ácida haya pasado un poco

el grado de una perfecta neutralizacion, y tenga un poco exceso de álkali: para conocer este pequeño grado de exceso, y asegurarse bien de él, se pone en un vaso como una onza de esta tintura, y despues de aposado el precipitado de cal, se echan unas gotas en una cuchara con un poquito de jarabe azul, y si se vuelve verde, ha llegado ya al punto que se desea; pero este ensayo se hace á menudo para observar el punto preciso en que pasó de la neutralizacion, del cual debe exceder muy poco, pero mientras llega á este punto, se le añade lechada de cal con mucho cuidado. Hecho esto se deja enfriar el perol por uno ó dos dias enteros para que se apose bien el precipitado, que no es otra cosa que sulfato de cal, y la quinina y la cinconina que se precipitan juntamente unidas á él, por ser insolubles en el agua. Se decanta este licor con cuidado hasta que salga todo el licor claro, y el precipitado se cuela por un lienzo ó manga de gante como se hace con la magnesia para separarla de las legias salinas y lavarla: luego que este precipitado se haya escurrido bien, y esté hecho una pasta enjuta, se seca al aire libre, y para este fin se pone en tablas, ó en otro lugar á proposito para que se seque bien. Despues se muele, y se pasa por un tamiz de cerda, se pone el polvo en alkool de vino de 37 grados en una redoma bien tapada, hasta que sobrepuje cuatro dedos, y puesta al sol, ó á un calor equivalente se menea muy á menudo, y á los tres dias se saca la tintura por decantacion; despues se echa otro tanto alkool sobre el residuo, procediendo como con el anterior, y se decanta: se vuelve á echar otro tanto alkool, y así se procede hasta cuatro ó mas veces, ó hasta que se haya extraido toda la porcion de sales, y el alkool no tenga sabor amargo, ni color perceptibles. Se juntan todas las tinturas y se filtran. Hasta aquí se ha procedido como si se fuera á extraer el sulfato de quinina por el método adoptado generalmente: de aqui adelante ya varian los proce-

dimientos de los químicos, aunque indirectamente, pues todos se dirigen á neutralizar y combinar este álkali febrífugo con el ácido sulfúrico, para luego blanquearle y cristalizarle; pero para este extracto es inútil este trabajo.

Para que mis lectores tengan mas facilidad en comprender la operacion, y los farmacéuticos menos dificultad en egecutarla, les pondré á la vista el resúmen de las cantidades que yo he empleado para hacer el sulfato de quinina, y son como sigue, por ser iguales hasta este punto los procedimientos de este extracto.

RESUMEN.

	lbs. ponderales.
Quinas arriba dichas	25 lbs.
Agua para la primera cochura.	100 lbs.
Agua para las cuatro cochuras del residuo.	350 lbs.
Acido sulfúrico concentrado, repartido en las cuatro cochuras.	18 ons.
Cal para neutralizar las tinturas ácidas. .	2 lbs.
Peso del precipitado bien seco de la cal. .	3 ½ lbs.
Alkool para la primera tintura.	14 lbs.
Alkool para la segunda.	12 lbs.
Idem para la tercera.	12 lbs.
Idem para la cuarta.	10 lbs.

Juntas todas estas tinturas y bien filtradas se ponen á destilar el alkool en baño de maria, con un recipiente de vidrio bien ajustado, hasta que quede por residuo una cuarta parte de licor; entonces se levanta la cabeza del alambique y se saca el baño para que se enfrie un poco, y se añade ácido sulfúrico acuoso, poco á poco y con mucha cautela para neutralizar el licor alkalino, cuidando mucho de que no pase el grado de perfecta neutralizacion. Para conocerla á punto fijo, se ponen en un

vaso dos onzas de agua con ocho gotas de ácido sulfúrico meneándolo bien, y se mojan unas tiras de papel azul de tornasol, con lo cual pierden este color, y adquieren otro ligerísimamente encarnado como de rosa seca, y mojando despues una tira de este papel en un poco de licor salino del baño de maria, se notará el estado de neutralizacion que tiene, á saber; si se vuelve azul, es señal que está el licor todavia alkalino, y entonces se añade mas ácido; y si permanece como antes de meterla, conservando el color algo encarnado de rosa seca, está perfectamente neutro el sulfato de quinina y cinconina. Regularmente se necesitan de diez y seis á diez y siete onzas de ácido sulfúrico acuoso de la farmacopea hispana, para neutralizar el licor, y entonces se obtienen seis onzas de sulfato de quinina, si se ha empleado en la operacion solo la Quina Calisaya; pero la cantidad de ácido debe variar segun la bondad de las Quinas empleadas, porque las hay que dan hasta ocho, y aun mas onzas por arroba, y entonces hay que emplear necesariamente hasta veinte onzas de ácido sulfúrico concentrado en el perol para hacer las tinturas, y hasta otras veinte de ácido sulfúrico acuoso en el baño de maria para neutralizar el licor alkalino febrífugo.

Cuando ha llegado el licor salino al estado de perfecta neutralizacion, se junta con el extracto líquido que queda descrito arriba, y se procede á evaporar esta mezcla en el mismo baño de maria, ó en otras vasijas á propósito, con tal que sea de vidriado blanco, y se evapora en baño de cenizas ó con muy poco fuego y mucho cuidado, meneándole sin cesar hasta que tenga consistencia de miel, y entonces se aparta de las cenizas, y se pone al sol para que acabe de espesarse y secarse.

Si se quiere aprovechar algo del espíritu de vino que aun hay en el baño de maria, puede proseguirse la destilacion despues de hecha la neutralizacion con el ácido sulfúrico, hasta la mitad; pero yo prefiero la pérdida de

este poco de aguardiente que puede obtenerse, á la necesidad que hay de menear la mezcla del licor salino y del extracto para que se evaporen al aire libre con mas facilidad, y menos riesgo de que padezcan alteracion las partes constituyentes de este precioso extracto.

Si á este extracto se le añade cuatro ó seis granos de *quinina* á cada escrúpulo, es claro que será mas febrífugo, y se acercará mas y mas á la naturaleza de la Quina roja en substancia, con la circunstancia de no esperimentar los enfermos sus efectos incendiarios, y solo la igualará en la valentia y asombrosos efectos que han esperimentado los prácticos en su uso, como espresamente lo dice el doctor Mutis en esta obra.

La eficacia de este extracto está con la de la Quina mas esquisita, como uno á cuatro poco mas ó menos, y de consiguiente dos dracmas de este podrá surtir los mismos ó mejores efectos que una onza de aquella, tomándole en pildoras y en los mismos intérvalos, sin esperimentar los enfermos aquella grande é invencible repugnancia que por punto general sufre su estómago por su *crudeza*, que los enfermos designan con el nombre de *tufo* ingrato y nauseoso.

Habiendo manifestado el analísis química que la Quina roja contiene los dos principios alkalinos febrífugos, á saber; la *quinina* y *cinconina*, y con mayor abundancia que las demas; parece que deberia preferirse esta Quina á la mezcla de las dos de Loxa y Calisaya para hacer este extracto; pero como no se ha encontrado en la Quina roja bien marcada la parte gomosa de que abundan las otras Quinas peruanas, su extracto no seria por esta razon aplicable, aunque por otra parte muy recomendable por su actividad, á los mismos casos, ni llenaria las mismas indicaciones que este, hecho con las dos Quinas: porque en la primera tintura hecha con ellas sin ácido, se encuentra despues de evaporada una porcion de resina reunida á la parte mucilaginosa en estado jabonoso, y

otra en estado de gomo-resina; las materias gomosa, extractiva, colorante, ácido cinconino, y el tanino ó principio curtiente, cuyas substancias unidas á los principios febrífugos de las tinturas alkoolicas, evaporadas en el baño de maria como queda dicho, forman un conjunto de todos los principios de las Quinas de Loxa y Calisaya, capaz de surtir los mismos efectos que estas mismas Quinas, mezcladas en toda su substancia; cuya mezcla está recomendada con preferencia á la de Loxa pura por los profesores mas acreditados, y como el mismo Mutis lo indica en esta obra, y espresamente lo dice tambien la citada Quinologia de Ruiz; lo cual es muy conforme á la razon, porque se reunen en este caso los dos álkalis á la vez, lo que no se consigue con la Quina de Loxa ni de Calisaya por separado.

Pudiera sin embargo hacerse el extracto esencial de la Quina roja sola por el mismo método que llevo descrito, pero seria precisamente para usarle en los casos particulares en que estuviese indicada la Quina roja en substancia, y se quisiese evitar sus malas resultas; pero entonces deberia despacharse cuando así le pidiesen espresamente los facultativos, del mismo modo que no se dá la Quina roja ni calisaya juntas ni separadas, si espresamente no se nos piden en las recetas.

Tintura de Quina esencial.

℞ Quina Calisaya quebrantada, seis dracmas.
Quina de Loxa idem, otras seis dracmas.

Se infunden en una libra de agua casi al punto de hervir, y se mantiene en este estado por espacio de dos horas, se cuela la tintura, y su residuo se echa en un vaso de barro de vidriado blanco, ó de porcelana con otra libra de agua y dos dracmas de ácido sulfúrico acuoso de la hispana (que se habrá estado calentando mientras se hace la primera tintura), y se cuece por

espacio de una hora, y se juntan las dos tinturas despues de bien coladas.

Esta *tintura*, que en otra parte (pág. 89) he llamado *acídula*, contiene todos los principios medicinales de la Quina, disueltos en el agua, incluso el principio alkalino febrífugo de que carecen las demas tinturas hechas por el método ordinario.

Hemos visto administrar tinturas de Quina añadiendo á sus fórmulas varios ingredientes, que se suponian disolventes de sus principios medicinales, con el fin de hacerlas tan activas, si posible fuese, como la misma Quina en toda su substancia, con el objeto de evitar la molestia de tomarla á varios enfermos por la repugnancia que les causaba el polvo en el estómago. A este fin el doctor Zunzunegui mandaba mezclar la Quina en polvo con magnesia calcinada para hacer la tintura de Quina en frio; otros añadian la sal de tártaro; otros la sal de agenjos, y otros finalmente la acidulaban con ácido sulfúrico despues de colada; pero todas las tinturas de Quina hechas por estos métodos no igualan á la tintura esencial, porque ninguna de aquellas contiene los principios fundamentales de la virtud febrífuga que la naturaleza ha reunido á los demas, y de consiguiente no pueden igualar á ésta en eficacia. Si se hiciese esta tintura con Quina de Loja, ó con Quina de Calisaya separadamente no reunirian la quinina y cinconina, como la reunen esta que he descrito con las dos Quinas juntas, y cuyas virtudes son iguales á las del extracto esencial, salva la diferencia de estar aquí tan diluido, y no ser por consiguiente aplicable en los mismos casos que aquel en muy poco volumen, y en la forma que se quiera, acomodada á la condicion del paciente. Por la misma razon que dimos arriba acerca de la Quina roja para hacer un extracto esencial eficacísimo, puede tambien usarse para hacer la *tintura esencial*, la cual juzgo muy á propósito para los vario-

losos; calenturas putridas, lavativas antisépticas y en otros casos que á los profesores puedan ofrecerseles oportunos, seguros de que á esta Quina todos la atribuyen virtudes mas sobresalientes que á todas las Quinas en los casos indicados.

El hacer esta tintura en dos infusiones, una sin ácido y otra con él, no carece de misterio; y esta razon la he tenido tambien presente en la fórmula que he descrito para hacer el extracto esencial. Consiste pues en separar por medio del agua todos los principios solubles en ella, sin necesidad del ácido sulfúrico que podria muy bien alterarlos sin necesidad: pero en la segunda infusion se añade el ácido, porque es el único capaz de disolver la quinina y cinconina que aun retienen los residuos como insolubles en el agua; los cuales unidos á los que contiene la primera infusion, forman una tintura completa, que como el extracto contiene todos los principios medicinales de las Quinas.

Tintura esencial de Quina vinosa.

℞ Polvos de Quina de Loja, 6 dracmas.
de Quina Calisaya, 6 dracmas.
Vino blanco de Yepes, 16 onzas.

Puesto todo en una redoma bien tapada se coloca al sol, ó en un lugar templado por espacio de 24 horas, meneándola muy á menudo. Esta tintura se filtra, y el residuo se cuece con una libra de agua y dos dracmas de ácido sulfúrico acuoso en un vaso de porcelana, despues se cuela, y se mezcla con la tintura vinosa.

Esta tintura es aun mas eficaz y segura que la anterior; porque ademas de ser el vino un vehículo mas á propósito que el agua para disolver los principios de la Quina, y de un uso muy general en lo antiguo, y aun

mucho mas en los primitivos tiempos del descubrimiento de la Quina, es al mismo tiempo mas estomacal, mas familiar y menos repugnante al estómago. La dosis de esta tintura, é igualmente que la de la anterior debe arreglarse en las mismas horas é intérvalos que la Quina, de tal manera que el enfermo haya tomado tres ó cuatro libras de esta tintura en el mismo tiempo ó intérvalos en que se le daria onza y media de Quina en polvos. De este modo se conseguirán los resultados sin esperimentar los graves inconvenientes á que estan espuestos en muchos casos los enfermos cuando hay que ponerles á un régimen fuerte de Quina en substancia, que tanto rehusa el doctor Mutis y otros autores.

Sobre la eleccion de Quinas.

Hemos llegado insensiblemente y por una rigurosa ilacion de doctrinas al punto en que es preciso deducir algunos principios ciertos sobre la verdadera eleccion y conocimiento de las Quinas. Todos los botánicos que han escrito de este precioso y policresto remedio han carecido de datos químicos que en union con los botánicos les pudiesen conducir al verdadero conocimiento de su esencia y calidades medicinales. Todas sus controversias han recaido únicamente sobre quien de ellos ha sido el primer descubridor de tal y cual especie de Quina para llevarse la gloria de este hallazgo. Tampoco concuerdan en varias otras cuestiones como v. gr. sobre si la cinchona caribœa de Jacquin es ó no verdadera especie de Quina de que el químico prescinde: pero en lo demas todos usan el lenguage científico de la botánica; todos se entienden por él, y todos concuerdan por consiguiente en el conocimiento y en el nombre de los cascarillos ó árboles de Quina que tienen el carácter natural que les es propio, aunque sus cortezas por otra parte difieran mucho en

sus principios esenciales, y por consiguiente en sus propiedades medicinales: pero á pesar de la concordancia de estos profesores en puntos botánicos, no atinan á ponerse acordes en las señales ciertas y carcatéres decisivos esternos para conocer las cortezas de las Quinas por medio de los caractéres botánicos de su árbol respectivo; ó al reves, conocer las especies botánicas de cascarillos por medio de los caractéres esternos de sus respectivas cortezas, por mas que lo hayan intentado hasta ahora. Aquí hay un grande escollo, y es preciso que le haya, por estar sujetas á muchas variaciones accidentales las señales características esternas de las cortezas que han designado hasta ahora los botánicos para su diagnóstico. En efecto, los caractéres de que se valen aquellos, los farmaceúticos y los tratantes de Quinas son doce principales, á saber: superficie, enves, color interior, encañutamiento, grosor, carnosidad, peso específico respectivo, consistencia, quiebro ó fractura, jugo gomo-resignoso, olor y sabor amargo.

Todas estas señales reunidas forman solamente un carácter artificial que podrá enseñarnos cuando mas á distinguir las cortezas en general de las varias especies de Quina de las que no lo son; pero cada uno de estos por separado, ni dos ó tres juntos pueden constituir el carácter esencial de ninguna de ellas; ni por consiguiente hacernos distinguir unas especies ó suertes de Quina de otras; porque estos caractéres, como acabamos de indicar, son falibles y sugetos á mil variaciones accidentales y naturales; siendo cierto, como lo dice el doctor Mutis, que un mismo árbol de Quina ó cascarillo puede dar cortezas que reunan todos los doce caractéres espresados, con muy corta é imperceptible diferencia, con tal que se corten estas de diferentes partes de este mismo árbol. Y si todavia pareciese esta asercion aventurada, no se puede dudar á lo menos que entre muchos árboles de una misma especie botánica

se pueden juntar cortezas de tan diferentes caractéres esteriores que reunan los doce designados para conocer todas las Quinas descubiertas hasta ahora.

Este modo de describir las diferentes suertes de Quinas es sin embargo preciso y necesario á falta de otros de mejor nota y calidad. Destituidos los profesores de otros conocimientos mas exâctos que les condujeran á mejores descripciones, tenian precisamente que echar mano de los doce caractéres fisionómicos ya espresados: pero como ya he dicho en otra parte, faltan términos técnicos y comparativos para poder esplicar estos caractéres con mas exâctitud, es preciso convenir de que con semejantes descripciones no podemos adquirir conocimientos ciertos de las diferentes especies de Quina, ni distinguir sus cualidades, ni menos sus especies botánicas. Cuando se compara v. gr. el *color* interior de algunas Quinas referente al de la canela de Manila, el *mas* ó el *menos* encendido no constituye especie. Lo mismo se puede decir del *color* mas ó menos *pardo*, mas ó menos *rojo* de otras cortezas. El *quiebro* ó fractura están igualmente sujetos á las mismas equivocaciones, porque las cortezas v. gr. de los renuevos tendrán un quiebro ó fractura *sin barbillas*, y las tendrán las cortezas estraidas de las ramas grandes. Tambien observaremos que en una misma rama se podrán encontrar cortezas que reunan en su superficie los lichênes, manchas y grietas transversales que forman el caracter tan recomendable de *pata de gallinazo* que se tiene por el non plus ultra de los caractéres de las buenas Quinas, y otras que no las tendrán; y aun esta misma diferencia podrá observarse en un mismo pedazo de corteza, sin que por esto deban pertenecer á las buenas Quinas. Yo mismo, familiarizado en la Real Botica con las Quinas mas superiores, conocia su calidad escelente, y las distinguia á golpe de vista de otras sumamente inferiores; pero si se esceptua el peso específico, que era superior el de

aquellas al de éstas, no me atreveria á establecer por escrito sus diferencias; y esto no es mas que por la falta del lenguage técnico y notas comparativas de que abunda la botánica y la mineralogia, con el cual podriamos describir los caractéres esteriores de las Quinas y de otros productos vegetales, como aquellas lo hacen con las plantas y con los minerales. Mientras se circunscriba esta parte de la historia natural al método empírico con que se filian los hombres en los alistamientos militares, nada adelantaremos en un punto tan interesante. Todos distinguimos al primer golpe de vista á Pedro de Juan; pero si estos sugetos tienen v. gr. *estatura* de siete pies, *color* blanco ó moreno, *ojos* azules ó castaños, *nariz* roma ó afilada, *pelo* castaño obscuro ó claro, *cejas* pobladas ó algo lampiñas, *cuerpo* grueso ó flaco &c., nadie podrá hacerlos distinguir por estos caractéres por mas exâcta que nos parezca esta filiacion, y por mas diferentes que nos parezcan estos dos sugetos á nuestra vista. Para hacer uso de los caractéres esteriores se necesita un nuevo lenguage abundante y filosófico que determine y fije los grados ambiguos de v. gr. *algo* pardo, *bastante* pardo, *muy* pardo, y *mas* y *menos* pardo &c. de que tanto usan los autores para distinguir y clasificar las diferentes suertes de Quina: y se toca mas de bulto esta necesidad al ver que los aplican tambien á los doce caractéres arriba espresados que sirven de base fundamental para la eleccion.

Sin embargo, no pretendo que se destierre de nuestra enseñanza un lenguage antiguo y único que se conoce hasta ahora: antes de proscribirle es necesario establecer otro nuevo que le suceda; y mientras llega esta época es necesario conformarnos, con él, para que ayudado de la analisis química vegetal que tanto se ha adelantado en este siglo, pueda servir de sistema para completar el conocimiento de los productos vegetales, especialmente de las Quinas, como ramo que intere-

sa mas su conocimiento, por ser ya tantas y tan variadas las especies botánicas, y aun mas las suertes conocidas en el comercio tenidas por de distintas propiedades.

Tampoco es mi ánimo indicar este lenguage, ni los caminos por donde puede hallarse: esto lo espero yo con el tiempo de nuestros colegios de Farmacia, como lo he indicado en la nota ya citada pág. 43; porque ademas de que mis años y débil salud no me permiten aspirar á esa gloria, seria por otra parte muy intempestivo hablar de esta materia en una obra de muy distinto objeto, á la que solo por incidencia, y por una rigurosa ilacion puede pertenecerla estas cortas indicaciones que por tan útiles, y por ser consecuencia de la doctrina del arcano, pueden disculparlas mis lectores.

En efecto, así como han convenido Bucquet y los demas químicos del siglo pasado en distinguir las resinas de los bálsamos por el carácter esencial de dar estos el ácido benzoico; y aquellas no, aun cuando por otra parte tengan caractéres fisionómicos iguales; y aun distinguir la bondad de cada especie por la cantidad de ácido que cada una presta por la destilacion seca, ó por los demas medios conocidos en la química; así tambien los químicos del siglo presente han averiguado que la virtud febrífuga reside esencialmente en la *quinina* de las quinas calisayas y amarillas de Santa Fé, y en la *cinconina* de las quinas de Loxa y demas peruanas. De este principio fundamental, que hace época en los fastos de la química, se deduce que la mejor Quina será, no la que proceda v. gr. de los cascarillos fino ú oficinal, delgado, lampiño, morado, amarillo, pálido, pardo &c.; ó de otros cascarillos descubiertos posteriormente hasta el número de treinta que va á publicar nuestro botánico el Señor Pavon, sino precisamente por la cantidad de estos dos álkalis que produzcan las Quinas, cualesquiera que sean los árboles de donde procedan.

Esta doctrina, aunque muy nueva, está confirmada por los esperimentos químicos citados en mis notas y en este apéndice, por rigorosa analogía y por esperiencias médicas; de tal modo que podemos asegurar sin temeridad ni exâgeracion que el producto mayor ó menor de los dichos dos álkalis, quinina y cinconina, es la verdádera piedra de toque para conocer la respectiva bondad de las Quinas pernanas y amarillas: de suerte que si una onza de Quina amarilla da nueve granos de quinina, cuyo esperimento puede hacerse en nueve horas en la forma que dejo dicho en la pág. 89, es constante que la Quina es de recibo en nuestras boticas, y por consiguiente en la medicina, por ser aquellas sus únicas aduanas de legitima intervencion y entrada. De esta nueva doctrina se deduce tambien otro principio fundamental en medicina, y es que cualquiera corteza que se dudase ser ó no Quina, podria resolverse la duda de serlo ó no, y aun de si es ó no de mala, mediana ó superior calidad, por solo los citados esperimentos: y aun podria ser, que sin pertenecer estas cortezas en cuestion á los cascarillos ó árboles del género cinchona, pudiesen y debiesen tener cabida en el rango de las Quinas. De este principio capital se deduce tambien que la virtud febrífuga de la corteza de Angustura que se ha usado en Inglaterra por Quina, ó cuando menos en lugar de Quina por no haberla verdadera, y en quien se han esperimentado buenos efectos, sean acaso producidos por el álkali febrífugo, principio comun á todas ellas, á saber, la quinina y cinconina juntas, ó cualquiera de ellas.

Es tan constante este principio de química, que podemos deducir como una verdad demostrada en medicina práctica que todo vegetal en quien se esperimente alguna virtud febrífuga consiste precisamente en que tiene principios comunes á las Quinas, y especialmente alguno de los dos álkalis directamente febrífugos. En efecto, así

como unos mismos caractéres genéricos forman un conjunto de plantas de virtud semejante, como v. gr. en las que llamamos tetradinamas, y sin salir de nuestro propósito en las diferentes especies de Quinas ó cascarilleros; así tambien la conformidad de principios constitutivos de muchos vegetales forman una série de obgetos de un mismo órden medicinal, aunque por otra parte tengan caractéres botánicos diferentes; y al contrario, es de presumir que todos aquellos vegetales que teniendo unos mismos caractéres genéricos botánicos, les hace ser de una virtud semejante, segun Linneo, tengan unos mismos principios constitutivos.

PARTE TERCERA.

Fragmentos útiles á la historia de la nueva práctica de la Quina.

Non enim quæ utilitate et noxia distincta sunt est cujusvis cognoscere. Neque vero minus quæ offenderunt, quam quæ profuerunt, artem esse comprobant. Siquidem hæc, quod rectè adhibita fuerint, profuerunt; illa vero ob incommodum eorum usum nocuerunt.

Hip. lib. de Arte ex transl. Foes.

Prometimos en la introduccion de la segunda parte demarcar algunos límites generales en el dilatado campo de la medicina, guiándonos en tan dificil empresa el conocimiento de la virtud eminente y peculiar á cada especie de las cuatro oficinales. Ibamos desenvolviendo allí al mismo tiempo algunos monumentos que yacian sepultados en los fastos de la facultad, y al parecer solo útiles para perpetuar las tinieblas y horrorosa confusion, con que se ha procedido en la eleccion, preparacion y uso del mas apreciable remedio, con cuyas heróicas virtudes puede y debe ya contar la medicina. Habiendo pues cumplido nuestra promesa, y franqueado juntamente la preparacion de la Quina, que juzgamos ser la verdadera y mas ventajosa entre todas las inventadas; intentamos ahora en esta parte ir ilustrando aquellas doctrinas generales, pero tan de paso como lo exîge la naturaleza de este discurso, y corresponde al título de frag-

mentos que ofrecemos. De la combinacion de tantas ideas anteriormente ignoradas hemos deducido otras que nos han conducido con mayor seguridad en nuestras esperiencias, y dirigido en el empeño de tirar nuestras líneas con la satisfaccion de haber circunscripto en ellas muchas provincias desconocidas, á cuyo mas perfecto reconocimiento escitamos el celo de nuestros comprofesores européos, como lo hemos egecutado en este reino.

Al regreso á esta capital despues de una dilatada ausencia en seguimiento de nuestra espedicion botánica, no quisimos ocultar al público por mas tiempo las grandes utilidades que pudiera alcanzar en beneficio de la salud y de su comercio, familiarizándose con el conocimiento de las cuatro especies, y con el uso de la Quina fermentada. En efecto ha sido recibida con los mayores aplausos la nueva preparacion de todas las especies, y la cerveza profiláctica, que elogian y administran á sus enfermos los mas juiciosos é imparciales profesores, para cuya satisfaccion y convencimiento se les ha franqueado anticipadamente la lectura de este discurso. Podemos asegurar que en el curso de año y medio se ha consumido solo en esta capital mas Quina, con distincion y conocimiento de sus cuatro especies, por gusto, dieta y remedio, que cuanta se habia gastado en todo el reino desde la época de su introduccion, á pesar de las frecuentes enfermedades en que se hallaba legítimamente indicada, aunque ceñida á los estrechos límites de los conocimientos anteriores.

Por fortuna van cesando las fundadas é infundadas preocupaciones con que á imitacion de los europeos, de quienes habian pasado á estas regiones, se resistian tambien los americanos al restablecimiento y propagacion del remedio mas heróico, que ellos nos habian franqueado. Publicado ya el arcano de las cuatro especies, y de la ventajosa preparacion de su indigesta substancia, sacándola por este medio del peligroso estado de crude-

za, les pertenece de justicia ser tambien los primeros en disfrutar el beneficio de unos descubrimientos hechos en el suelo nativo de esta preciosa produccion. Guiados de estas reflexîones y animados por los favorables efectos que á imitacion de los nuestros esperimentarán los profesores en Europa, se irán ampliando los estrechísimos límites á que estaba reducida la práctica de la Quina. Podemos esperar que dentro de pocos años se recuperen los atrasos de siglo y medio, viendo colocado á la frente de los remedios mas comunes y usuales un específico combatido y tenazmente resistido por los pueblos, y tambien recelado de sospechoso en el concepto de muy sobresalientes prácticos, que no pudieron conciliar los efectos favorables con los adversos. En adelante quedarémos todos convenidos en el verdadero orígen de las alternadas alabanzas y contradicciones prodigadas igualmente sin conocimiento de todos los partidos, y admirarémos haberse hecho de un remedio ingrato y fastidioso una bebida comun, tan suave y apetecible al paladar aun de los niños, que lejos de repugnarla en el uso frecuentísimo para destruir sus lombrices, la piden con ansia dentro y fuera de las comidas; comprobando sus tiernos paladares con absoluta independencia de toda preocupacion y capricho la grata sensacion y el instinto con que su naturaleza recibe un licor tan saludable.

§. I. Por todas las reflexîones hechas en las dos partes anteriores queda suficientemente demostrado que en los acopios y tráfico de la Quina en América hasta entregarla en los almacenes de Cádiz; en su reconocimiento y eleccion por los llamados inteligentes en Europa hasta depositarla en las boticas; y finalmente, en su indicacion, tiempo y modo de administrarla los médicos á sus enfermos han dominado tantas preocupaciones cuantas pudiera haber inventado la malicia (*),

(*) Los sabios médicos Ingleses, á cuya sobresaliente aficion á la Quina debe esta no pequeña parte de su gloria, han lavado los feos

si de intento se hubiera querido desterrar para siempre el uso de esta preciosa corteza. Por fortuna cesaron ácia los fines del siglo pasado las calumnias de los ánimos rateros empeñados por interes ó capricho en promover aquellas persecuciones; y si todavia perseveran entre las gentes de escasa ó ninguna ilustracion algunas pesadas zumbas, con que se resisten á su propio bien, y con que suelen mortificar no poco á los facultativos, provienen por la mayor parte de las desconfianzas y contradicciones que observan entre nosotros, obligados á confesar de buena fé nuestra falta de luces en algunos puntos. Cesarán tambien estas al paso que se reformen las preocupaciones dominantes en el conocimiento del remedio, y convengan todos los profesores en las reglas de su administracion. A este intento recorreremos las provincias demarcadas en la segunda parte, tocando previamente ciertos puntos, que como los mas importantes, exîgen alguna mayor ilustracion.

Es preocupacion dominante desde los tiempos de su introduccion, la de pedir Quina fresca ó recien sacada de los montes, en el concepto de ser este un género que facilmente se altera y corrompe. Lo volveremos á repetir: es preocupacion infundada que igualmente la contradicen la esperiencia y otros razonamientos de analogía. Por la esperiencia nos consta la práctica de los traficantes de América, en cuyos almacenes han subsistido por largos años bien guardadas grandes partidas de este género, interrumpida su esportacion por la falta de buques, por las guerras y otros imprevistos acaecimientos; ó desechadas sus muestras en Europa, y

borrones con que la manchó en los principios el vulgo de su nacion, y despues otros profesores de la misma llevados de intereses personales, tramaron la ruina del remedio mas heróico, que á mejor luz habia de contar la medicina en los siglos posteriores. De tales persecuciones hubo mucho en aquellos tiempos, y algo nos descubrió en fuerza de su candor el mas célebre Quinista Ingles. Morton Pyretolog. cap. 7, pág. 47.

mantenidas aquí con la esperanza de que á otra época les tocaria su turno y suerte mas favorable. En efecto, escarmentados los Americanos de las repetidas inconstancias de este tráfico, supieron hacer sus negociaciones remitiendo la Quina vieja á la sombra de nuevos acopios, y recibiendo gracias por tan escelentes remesas. Así han aprendido á manejarse para no esperimentar mayores ruinas, burlándose al mismo tiempo de la supuesta pericia de los compradores de Europa.

Otra prueba de esperiencia incontestable la hemos tomado del hécho reciente que alegamos en otra parte, y conviene repetirlo aquí. La Quina roja solicitada con entusiasmo en el último decennio debió su exâltacion en grande parte á su vejez (*), obrando con doble fuerza, como se esplicaba el célebre Bergius en nuestra particular correspondencia respecto de la anterior que se hallaba en pacífica posesion, y con su acreditada bondad de Quina reciente. Tiempo es ya que volvamos de nuestro letargo; porque es asúnto que interesa la reputacion del remedio, y la conservacion económica de nuestros montes que lo producen. No perdamos de la memoria tantos hechos de siglo y medio; y entre ellos el mas moderno que alegamos, pues acaba de suceder en nuestros dias para acabar tambien de abrirnos los ojos, y desarraigar de una vez una preocupacion de consecuencias tan fatales á la salud pública y á los intereses de los empleados en surtirnos del perenne abasto de esta corteza. Podrán ocurrir en lo sucesivo frecuentes temporadas de estas inevitables interrupciones de remesas, y será justo que de antemano quedémos tambien convenidos en este punto.

Como estos hechos se olvidan facilmente, debemos perpetuar aqui su abreviada historia. La escasez de la

(*) En estos cortezones se reunian dos circunstancias: su estado de vejez y su calidad de corteza la mas gruesa del árbol. Esta última pertenece á otra preocupacion, que combatiremos despues

Quina causada por la última guerra proporcionó al comercio de Cádiz sacar á venta los cortezones de la especie roja, desechados en los tiempos de abundancia. Llevados á Londres, Holanda y Suecia merecieron tal aprobacion por su *doble actividad*, que lograron en aquel puerto su pronta salida al precio de 16 reales de plata la libra. ¡Tal fué idénticamente el mismo género que por descuido ó advertencia cautelosa no condenaron al fuego, como se acostumbra con los reputados por inútiles! Este precio se mantenia á competencia de la especie amarilla y fresca, que á consecuencia de su crédito anterior bien sostenido se llevaba del Perú despues de la guerra, y no podian los interesados salir de ella al ínfimo precio de 4 reales de plata. Al paso que crecia el entusiasmo se consumieron todas las partidas de tales cortezones rezagados tambien en los almacenes de América; pero continuando su crédito sin atinar con el origen ó *estado de vejez* de que provenia tambien su doble actividad (*a*), se pedian remesas de la misma especie roja por Reales órdenes á este reyno en virtud de las muestras anteriormente remitidas, y aprobadas con los mayores elogios de su identidad con la mejor de Loxa. Llegaron á Cádiz bien repuestas y sin sospecha de averia la mayor parte; pero siendo estos cortezones *frescos* y *acabados de acopiar* en nuestros montes, lejos de haberles valido esta bondad, solo han merecido el absoluto desprecio, que debia esperarse de la falta de conocimientos (*) con detrimento de las restantes espe-

(*a*) Esta doble actividad no consiste en la *vejez*, sino en su doble naturaleza, pues esta Quina contiene los dos alkalis febrífugos juntos y en mayor cantidad que las calisayas y peruanas separadamente. *N. E.*

(*) A muchos causará lastima y á otros risa en los siglos venideros la historia de este ramo de nuestro tumultuario comercio nacional; mucho mas cuando lleguen á penetrar en la coleccion, que tengo á la vista, de Reales órdenes espedidas en el curso de medio siglo, las contradicciones de los profesores que debieron prestar sus luces al Ministerio. La escelente Quina roja, que á nuestra vista hace aquí

cies que debian seguir en adelante. En efecto, sin otro exâmen se ha hecho creer al Ministerio la inutilidad de cualesquiera Quinas de este reyno en oprobio de las anteriores Reales aprobaciones, y de los sobresalientes efectos que producen aquí y en otros reynos de Europa, las mismas cortezas de la especie roja tan injustamente infamada (*). Procedemos siempre en nuestras reflexîones disculpando estos errores; porque conocemos muy bien, que son casi inevitables semejantes equivocaciones en géneros, que se cosechan á dos mil leguas de distancia.

Aleguemos otros hechos en que se apoyan los razonamientos de analogía. Serán pocos en Europa los que sepan que siendo mucho mas débil la canela reciente que la vieja bien conservada, la ponen á puñados los orientales en sus guisos y confituras. Ignorábase tambien que el sigiloso comercio de los holandeses, deslumbrando á los européos en todo el ramo

prodigios sin necesidad de mendigarla en Loxa ni demas provincias meridionales, acaba de ser condenada en la última Real órden al infeliz destino de los curtidos, si hubiere quien la compre á este fin; ó finalmente al fuego, por ignorarse todavia los preciosos usos de esta determinada especie, y las miras con que se hicieron estos acopios. Si llegasen á tiempo de reparar esta pérdida en las grandes partidas almacenadas de cuenta de S. M. en Cádiz y en este reyno los descubrimientos que publicamos en este discurso, serian menos dolorosas á su autor las aflicciones que ha sufrido en el curso de una comision; en cuyo desempeño se comportaba sin gratificacion ni la esperanza de otro premio, á que renunció anticipadamente persuadido del beneficio que hacía á la humanidad.

(*) ¿No hubiera sido un cargo á que no hubieramos podido satisfacer si ordenándonos determinadamente acopiar la misma especie roja de las muestras exâminadas y aprobadas, hubiesemos remitido otras especies distintas? La inculpable inadvertencia de los profesores posteriormente comisionados para el nuevo exâmen era consecuencia necesaria de las preocupaciones dominantes, y de haber ignorado absolutamente las ideas ministeriales de la época anterior, en que se mandó estender el proyecto de la Real Administracion, cuya clave se reserva el autor hasta su debido tiempo.

de sus especerías, les habia ocultado la precaucion de anticipar por diez y seis años los acopios anuales, manteniéndolos en sus factorias bien almacenados hasta el correspondiente turno de su esportacion á Europa: de modo que la canela puesta en venta en Holanda el año de 60 fue acopiada en Zeylan el año de 44.

Semejantemente el té Oriental, y á su imitacion el nuevo Occidental, no se puede usar reciente; y una de las recomendaciones para la venta de aquel en los almacenes del norte en Europa es añadir en los carteles la nota de *té viejo*.

Los géneros americanos, cacao, vainilla, tabaco, y los vinos españoles son una prueba tan de bulto que bastarian con las referidas para convencer que con el tiempo se concentra la virtud de muchos frutos, cuya eficacia y generosidad se miden por el tiempo y el cuidado de su mejor reposicion.

Aquí en América tenemos bien averiguado que esta corteza, á imitacion de los géneros referidos, adquiere con el tiempo ciertos grados de generosidad y mayor eficacia: basta mantenerla bien repuesta, guardada y libre del inmediato contacto del ambiente humedo que puede debilitarla con el tiempo, y de la humedad de los almacenes bajos, que igualmente corrompe la Quina como á cualesquiera géneros. En tomando estas precauciones se conserva la corteza en aquel grado de generosidad adquirida despues de algunos años, sin el riesgo de que pueda perderla en adelante; y sin que sea ponderacion asegurar que los nietos y biznietos la hallarán tan buena y generosa como la heredaron sus abuelos de sus mayores. Tan infelices han sido los razonamientos deducidos de esta preocupacion que desconocido el orígen de los errores cometidos por la ignorancia de las virtudes eminentes de las especies substituidas, se han atribuido las malas resultas á la corteza vieja y *pasada*. Digannos de buena fé ¿en qué

otros conocimientos sino en los de ver frustradas sus curaciones apoyaban los médicos esta sospecha, disculpándose con los enfermos, y dando en cara á los boticarios con tan supuesto descuido?

§. II. Otra preocupacion no menos perjudicial á la salud pública que á la debida conservacion de la Quina en nuestros montes, sin la necesidad de recurrir al muy dificil, costoso y tal vez impracticable proyecto de los plantíos, es la pasion dominante por las cañas delgadas y canutillos con esclusion de las cañas gruesas y cortezones. Se asegura siempre que se procede en esta eleccion con conocimiento de causa; pero jamas hemos podido descubrirlo desde que tuvimos la fortuna de deshacernos de esta y demas preocupaciones de que nos imbuimos en Europa.

Prevaleció allá esta opinion originada de un mero capricho tan á los principios, que hemos fijado su época á los tiempos de Morton (*), partidario acérrimo de esta preferencia. Su estrema proligidad en no dar el remedio á sus enfermos sin haberlo escogido antes en las Boticas lo hizo tan escrupuloso, que temblaba por el miedo de sus malas resultas, cuando rara vez dejó de practicar esta diligencia. ¡Tal era el sobresalto con que se recetaba entonces la Quina! En fuerza de sus conocimientos adquiridos en este egercicio, y del sistema que se formó, solo graduaba por legítimos los fragmentos de las cañas delgadas y canutillos; de modo que apenas entresacaba la décima parte de toda la Corteza contenida en las cajas, desechando como inútil la restante. Pudo tener razon alguna vez en haber hallado sin vigor, y enteramente desvirtuados los cortezones, que como mas dificiles de secar, repuestos y conducidos en los zurrones en la forma y desaliño que mencionamos en otra parte, llegarian no pocas remesas en el infeliz estado que re-

(*) Dió á luz su Piretologia el año de 1691.

fiere este autor, y así debió preferir en ciertas ocasiones las dos primeras *suertes*, que reciben mejor y mas pronto el beneficio del sol y perfecto estado de sequedad; mas no por eso debió formar el concepto general de una tan infundada preferencia.

En efecto, guiado puramente de sus reflexîones sistemáticas de eleccion, estableció por máxîma general que debia desecharse siempre la corteza gruesa; porque envegecida en el árbol se hallaria destituida de aquel jugo *reciente* y *vigoroso* que debe circular por las ramas nuevas (*). Esto se escribia en Londres á fines del siglo pasado; pero tambien allí mismo y á la misma época (**) se pensaba de modo contrario y con mejores fundamentos.

El muy célebre Martin Lister se declaró abiertamente por el partido opuesto; y son de tan fuerte peso sus razones, que merecen ser alegadas en este lugar "si no fuere menos importante, como ciertamente »lo creemos, la eleccion de la corteza, nosotros los »médicos tenemos la culpa de semejante inadverten»cia. En mi dictámen es la mejor la del tronco; gra»dualmente *mas débil la de las ramas*; y *debilísima* »*la de los renuevos*. Así lo confirma tambien la ana»logía: pues las cortezas de nuestros árboles, por »egemplo las de la encina, son tanto *mas maduras*, »*cocidas*, y *de mayor actividad* cuanto fueren *mas* »*gruesas* y *viejas*: cosa bien sabida entre los curti»dores. Es fácil adivinar el orígen de la contraria »estimacion, que puede tal vez provenir del concepto »y valor en que se tienen las cañas delgadas y »canutillos de la canela: pues cuanto mas picante »fuere al paladar esa especería, tanto mas agradable »y gustoso será su aroma; pero de su corteza grue-

(*) Morton Piretolog. cap. 8, pág. 66.

(**) Lister citando á Badi en su Anastasis lo refiere publicado treinta años antes; y habiéndose impreso en 1663, escribia Lister en 1693.

»sa suele sacarse mayor cantidad de aceite y alcanfor; »indicios manifiestos de su *perfecta madurez*. De vein- »te años á esta fecha he preferido siempre en mi »práctica las cortezas *tan anchas* y *gruesas* como la »*palma de la mano*, señaladas por su envés con *gran- »des* y *profundas grietas* y *surcos*, indicios ciertos »de árbol viejo. Aun puedo tambien asegurar que la »escasez y carestía del remedio obligaron á valerme de »cortezones carcomidos con la esperiencia de que ni »entonces ni ahora me dejaron burlado en mis ma- »yores esperanzas y deseados buenos efectos (*)."

Tal es la fuerza de la verdad que á pesar de las preocupaciones dominantes vuelve á restablecer su imperio á temporadas. A la sombra de la escasez ó subido precio de la Quina, porque jamas han faltado en las cajas las cortezas gruesas que han aprovechado siempre los cosecheros, y por necesidad reciben los rescatadores, se han consumido entre el pueblo y gente pobre; quedándose para las personas de gusto y conveniencias la manía de mantener entre sus repuestos de curiosidad la Quina llamada fina de los mas tiernos canutillos. La contemplacion y condescendencia del comun de los profesores, inculpablemente incapaces de dar su voto en asunto tan complicado, seducidos por otra parte de la preocupacion general, no les permitian hacer otras combinaciones, ni sacar pruebas en contrario de los mismos hechos que pasaban por sus manos. Ello es cierto que en el despacho comun se ha consumido la Quina gruesa sin conocimiento de los médicos que la recetaban; ni era regular que todos se sujetasen á la escrupulosa exâctitud de Morton, fiados en la buena fé, y en la satisfaccion de pedir en sus recetas la mejor; porque seria pleito interminable convenir entre sí y entre los boticarios en las señales de esta mejoría.

(*) Martin Lister de Hidrophob. páp. 56.

Así no es de estrañar que á temporadas haya punzado la fuerza de la verdad á otros profesores, advertidos de los elogios en favor de los cortezones preferidos por autores de alta reputacion, y afianzados en sucesos favorables.

Despues de los esfuerzos de Lister para restablecer la práctica primitiva de la Quina gruesa, porque entonces no habia otra, como lo aseguramos antes con la prueba incontestable de descortezar los árboles hasta donde alcanzaba la mano del cosechero, en el primer decennio de este siglo se declaró en su favor otro muy acreditado práctico de Basiléa el profesor Konig (*). Así se ha ido perpetuando á ciencia cierta, aunque entre pocos, la estimacion de los cortezones; con cuya respetable autoridad acallarian los gritos de la preocupacion dominante de los médicos y boticarios en las inevitables urgencias de escasez y carestía. Llegado finalmente el penúltimo decennio del presente siglo se publican los elogios de estas suertes desvalidas; y se buscan con el mayor empeño todas las razones para comprobar las esperiencias y sucesos favorables de los desechados cortezones.

Bien notorio es el ruido que ha causado en esta época el celo de los profesores Ingleses empeñados en persuadir la preferencia de la Quina roja á pesar del nada favorable aspecto de sus cortezones, llamado rudo y grosero, en fuerza del buen concepto que antes les merecia el aspecto lisongero de la Quina sútil y fina. Era muy regular que cundiese desde luego por toda Europa; y en efecto entre los partidarios de la nueva revolucion se han alistado en Italia los señores Asti y Valatelli. Dudamos todavia que puedan subsistir por mucho tiempo los elogios que vemos prodigados entre algunas verdades envueltas en no pocas equivocaciones. Sacaremos de aquí por ahora lo perteneciente á nuestro asunto; pero advirtiendo de paso las noticias y congetu-

(*) Emanuel Konig. Regn. Vegetab. quadrip. pág. 786.

ras inciertas, en que habrán tal vez caido con el señor Valatelli los profesores de Europa, si hubieren adoptado con demasiada generalidad sus ideas.

Encantado este habil profesor con los sucesos favorables de su Quina gruesa y de la determinada especie roja, se lisongea de haber averiguado el misterio de la grande incertidumbre que esperimentó á diversas temporadas en la accion del febrífugo; pasando luego á revelarlo en estos términos. "Tres son las causas que señalo á este »efecto. La primera consiste en la *cualidad degenerada* »de la corteza peruana: la segunda en el *tiempo y modo* »de adaptarla; y la tercera en el *conocimiento de algunos* »*casos*, en que conviene; conocimiento que he adquirido »poco tiempo há. Son justamente los puntos esenciales »de nuestro arcano: ciñámonos por ahora al que venti»lamos aquí.

»Las reflexîones siguientes (continúa el autor) sir»ven de prueba á la primera causa. Quito solo en Amé»rica, que nos da esta corteza (*), no podria proveer á »todo el Mundo comerciante si no renovase los plan-

(*) No es justo que se vayan perpetuando en Europa las equivocaciones que ocasionaban á tanta distancia las noticias poco seguras de viageros y comerciantes acerca del suelo nativo de la Quina. De veinte años á esta parte (1782) hemos descubierto en las provincias Septentrionales de este reyno las cuatro especies oficinales con tanta ó mayor abundancia como en las Meridionales; en cuyos límites, como al principio en los de Loxa, se creia encerrada esta preciosa produccion. Las comisiones particulares de orden de este superior gobierno, dirigidas á investigar toda la estension de su suelo nativo en estas provincias para tirar con los debidos conocimientos las líneas en nuestro proyecto de la real administracion de este importante ramo, á consecuencia de las reales órdenes, han suministrado todas las noticias necesarias. Podemos pues asegurar, que aun cuando llegara el caso de verificarse un consumo cuadruplo de las diez y seis mil arrobas calculadas por el actual, como es de creer que suceda; lo podrán soportar nuestros montes, mucho mas si observadas las miras económicas de aquel proyecto, se repartiera la carga del perenne surtimiento entre estas y aquellas provincias.

„tíos (*); supuesto que los antiguos se consumirian por „haberse agotado aquellos preciosos vegetales (**). Las „nuevas plantas no pueden obrar con la fuerza de las

(*) Es tambien incierto que ahora ni antes se hayan renovado de intento los plantíos: ni es de presumir que por esta renovacion entienda el autor la espontánea que proviene de retoñar algunos de los árboles cortados, y de nacer otros. El clamor de mejor Quina en todas épocas ha escitado los afanes de los cosecheros, á cuya diligencia por lo regular se ha debido en las provincias de Quito el descubrimiento de nuevos montes: de modo que al paso que se talaban unos, se descubrian otros. Es cosa bien cierta, que convenidos en las reglas de graduar la bondad del específico, no habrá jamas necesidad de recurrir al proyecto de los plantíos artificiales: empresa demasiado árdua en las actuales circunstancias: de cuyo profundo conocimiento carecen los que así piensan y pensabamos nosotros en otro tiempo (*a*).

(*a*) El corregidor de Loxa Don Tomás Ruiz de Quevedo y el botánico Olmedo que llevaron la comision de surtir de Quina superior de Loxa á la Real botica, fueron encargados al mismo tiempo de promover los plantíos de los cascarillos ó árboles de Quina; y entre las dificultades que ponian á la egecucion del reglamento que se les dió, cuentan por imposible hacerlo por semilla, porque se cae ésta de sus cajitas espontáneamente aun antes de madurar; y por el método de estacas dicen que es factible, pero de muy dudoso éxîto. El mejor, ciertamente, es el cortar las ramas grandes, y nunca los troncos ó guias, para que á los cuatro ó seis años haya renuevos que reemplacen con utilidad á las ramas gruesas que les precedieron. *N. E.*

(**) Conviene repetirlo, aunque lo hayamos dicho varias veces, que son inevitables semejantes equivocaciones en frutos que se cosechan á dos mil leguas de distancia. Es mucha verdad que se agotaron en Loxa los preciosos vegetales de la Quina primitiva; pero de la misma especie se descubrieron algunos, aunque en pequeño número, por lo raro de esta especie en otras provincias. En el tumultuario comercio pasaron sus cortezas mézcladas con las otras dos oficinales, especialmente con la amarilla, con quien facilmente se confunde; y asi no es mucho que se haya perdido su conocimiento en Europa. Entró á ocupar su lugar la especie roja; y desacreditada en adelante, no por falta de estos árboles inagotables, sino por las novedades de Europa, le substituyó la especie amarilla Como esta sea poco menos abundante que la roja, ha sufrido muy bien las prodigiosas devastaciones á que obligaba el capricho de remitir cañas y canutillos con el estimado caracter de pata de gallinazo. Sus árboles

»antiguas (*). Aunque se sepa que en la corteza pe-
»ruana la resina, como la sal y el *caput mortuum*,
»corta la fiebre intermitente, no es menos cierto que
»la resina obra con mas fuerza que las otras dos par-
»tes. Luego cuanto mas cargada de resina esté la cor-
»teza mas útil será. Los signos que caracterizan su abun-
»dancia en la corteza son el *peso específico*, *el color* y
»lo *rudo de la superficie*; el peso, supuesto que pesa
»específicamente mas que las otras dos substancias; el
»color, porque esta resina sola dá aquel *rojo carga-*
»*do* (**) que se halla en esta corteza; y lo rudo por-
»que siendo vitrificable, se rompe cuando se seca al
»calor de los rayos del sol, y rompe con ella la cor-
»teza misma que la contiene. Luego cuanto mas roja,
»ruda y pesada es la corteza peruana tanto mejor es (***).
»La mayor parte de la Quina que se usa en el co-
»mercio es sutil, lisa, amarilla y ligera (****); y por
»consiguiente está *menos saturada de la substancia nece-*

retoñan con mas facilidad que los de la primitiva y roja, por causas bien manifiestas á los ojos de cualquiera observador botánico.

(*) Es reflexîon muy juiciosa que las nuevas plantas no pueden obrar con la fuerza de las antiguas; así como los cortezones esceden en virtud á los canutillos. Las varas de los árboles que retoñan, producen una corteza enteramente semejante á las ramas de la misma edad en los árboles viejos. Los razonamientos y las esperiencias están de acuerdo; y las reflexîones de Lister y Valatelli no tienen réplica.

(**) El autor ha tomado por caracter esencial de la Quina el *color rojo* de la resina, pero se engaña; pues cada especie de las cuatro tiene su color propio.

(***) Esta consecuencia es legítima á favor de la Quina roja. El razonamiento de Valatelli en general está bien hecho, y deberia concluirse, que *cuanto mas encendida, ruda y pesada* fuere la corteza peruana, *tanto mejor* será en su *especie*: pues tanto mas cargada de la resina de su *propio color* estará la corteza.

(****) Consideradas con reflexîon las espresiones de Valatelli no se le puede disculpar del error en que ha caido; y se reduce á la falsa idea de haber reputado por una sola especie la roja y la amarilla: ésta, como producida por las ramas tiernas, y aquella por las cortezas de un propio árbol.

„*saria*, *es mas reciente*, y lo que peor es, *menos activa*, „*mas tarda* y por consiguiente *menos útil* (*)."

Si las esperiencias y razones alegadas no bastaren todavia á convencer de pura preocupacion perpetuada sin competente conocimiento de causa la preferencia de la Quina sútil y fina, ¿será ya de estrañar que aplicada la calidad ó suerte menos activa se esperimente con tanta frecuencia por este solo respecto la incertidumbre del específico? ¿Será razonable ni justo molestar á los enfermos haciéndoles tragar á toda suerte y ventura doble ó triple porcion del remedio por inadvertencia nuestra? Sobre estos males calcúlense los perjuicios ocasionados á nuestros montes, talando sus selvas, y derribando árboles para desperdiciar la mayor y mejor porcion de su corteza, y aprovechar solamente cuatro ó cinco libras de cada uno; pues tan poca y á veces menos suele ser la porcion de la suerte reputada por preferente. ¡Y que esto suceda puramente por contentar el capricho, y mantener en su trono una preocupacion dominante!

Deducimos últimamente que los mas recientes rasgos de un tan escelente Quinista como el profesor Valatelli comprueban que aun todavia subsiste la general preocupacion de haberse creido de una sola especie toda Quina; pero de mayor ó menor actividad, prescindiendo de las suertes, segun el clima, estacion, elevacion de suelo, y otras circunstancias locales, á que atribuian los llamados inteligentes, y los mismos facultativos la variedad de algunas señales esteriores, y de sus efectos en los enfermos. Como esta preocupacion haya sido la mas perjudicial á la causa pública, volvemos á implorar el celo de los mas sobresalientes profesores, para que se pongan de acuerdo sobre un punto tan importante, y procuren promover las mas sabias y opor-

(*) Prescindiendo del color determinado de la resina, que envuelve este razonamiento, no puede alegarse mas á favor de los cortezones de cualquiera especie de las cuatro oficinales.

tunas providencias para hacer conducir á Europa la Quina con separacion de sus especies, y mantenerlas con la misma distincion en las boticas. No hay otro arbitrio si se piensa seriamente en esplorar sus virtudes eminentes, sin cuyo conocimiento se irian perpetuando tan multiplicados y variados males, cuyos orígenes hemos intentado descubrir por entre las sombras y espesas tinieblas de siglo y medio.

§. III. Es tambien no solo conducente sino absolutamente necesario desprendernos para siempre de cualesquiera otras preocupaciones en el conocimiento de esta corteza, siempre que pudieremos probar que las señales adoptadas son de ningun valor en su eleccion. Hemos insinuado antes y tocado muy de paso los débiles fundamentos en que se habia apoyado el sistema introducido en el tráfico de este ramo para graduar la bondad de la Quina: sistema que no dudamos llamar el mas perdido, y único entre los que se quieran imaginar el mas proporcionado á mantener la confusion de este comercio. Conviene pues abandonar todas las señales esteriores que se han mirado hasta la presente como caractéres indubitables de la Quina mas selecta.

El color pardo manchado á trechos de un blanco ceniciento, es una señal insuficiente. Este caracter por sí solo no puede servir para graduar la bondad de la Quina, ni para distinguirla entre otras cortezas algo semejantes, y mucho menos para discernir sus especies, á quienes es comun. Aun hay mas á que atender: como las manchas provienen de los *lichênes* ó plantillas que nacen sobre la corteza del árbol sin órden ni concierto, suelen hallarse las ramas á largos trechos sin ellas: y por consiguiente toda la caña destituida de esta mancha sobrepuesta debe aparecer con su pardo natural. En tales circunstancias se deberian graduar de diversa bondad las cañas sacadas de un mismo árbol, suelo, estacion y clima. Así ha sucedido no pocas veces; y para mayor confusion y

oprobio de los inteligentes tambien se ha verificado, que dada á reconocer por el cosechero, ó traficante advertido la mitad de una caña partida de intento y guardada la otra mitad, la una se ha reputado por escelente, y la otra por despreciable. A la verdad, es imposible observar reglas donde absolutamente no se pueden formar.

Las grietas transversales, que reunidas al aspecto antecedente constituyen el aplaudido carácter de *pata de gallinazo*, echan el sello á la Quina mas escogida en el comercio. Ellas provienen de la rotura que padece la *epidermis* que cubre la corteza. En los cortezones se presentan mas dilatadas y profundas; en las ramas añejas son mas finas y superficiales, y ningunas en los renuevos. Así sucede en el árbol con la variacion de ser las grietas mas visibles por la parte por donde la baña mas el sol. De esta constante observacion debe inferirse que al paso que se disipa la humedad se van formando aquellas grietas. Por esta razon debe tambien suceder, como aquí lo hemos observado, que las cañas recien cortadas y beneficiadas sin haber manifestado este aspecto, lo han adquirido despues de largo tiempo. De aquí no será dificil deducir la causa de reputar por malas en el primer reconocimiento las mismas cañas que se hallaron muy buenas y de calidad superior en el segundo. ¿Y será ya de estrañar que gobernados los inteligentes por las reglas de un sistema tan arbitrario en la calificacion de la Quina, cometan con frecuencia el absurdo de aprobar hoy con los mayores elogios la misma Quina que ayer condenaron al fuego?

Las cortezas de los árboles ofrecen á la investigacion de los botánicos muchas observaciones curiosas, y entre ellas puede contarse la que nos presenta el árbol de la Quina en esta singular disposicion á formar tales grietas. Es este carácter tan indefectible en el tronco y algunas de sus ramas, que por sí solo

bastaría á contar entre las Quinas la corteza señalada con este aspecto; pero pudiendo faltar en algunas ramas por las razones alegadas, no es carácter sobresaliente que deba gobernar en el exâmen de las cortezas. Aun cuando tuviera mayor influjo de nada nos serviría en la distincion de las especies por ser tan comun á todas ellas, que realmente no hay especie de las cuatro oficinales que no pueda presentarse al exâmen de los conocedores con este celebrado aspecto. En la Quina blanca lo hemos hallado tan señalado y decidido, que á no haber recurrido á los caractéres de nuestro particular sistema hubieramos confundido sus cañas con las de otras especies, espuestos á equivocarlas todas por una señal tan falible.

Llegamos ya, por decirlo así, al fuerte de los conocedores: al ponderado carácter de fractura vidriosa sin rastro visible de filamentos ni astillas. Se quiere dar á entender por esta propiedad que la caña de este carácter contiene mucho jugo virtual, ó como se esplican otros, la parte resinosa que prevalece en su jugo. Tan adheridos á esta preocupacion no han querido rendirse al contrario aspecto que les han manifestado á temporadas algunas cañas de la primitiva, y últimamente la celebrada partida de la Quina naranjada en cañas gruesas raspadas por el enves, que mencionamos como conducida por Buenos Ayres, segun las noticias y pequeña muestra que nos remitieron de Cádiz. Lejos de tener la fractura lisa y vidriosa, se presentaba con los mismos filamentos que caracterizan la misma especie de estas provincias septentrionales sin que le falte señal alguna de nuestro sistema. Como en nuestro concepto sea esta la especie primitiva á consecuencia de las comparaciones hechas con la de las provincias meridionales, vendremos á deducir la falibilidad de un carácter que le falta á la corteza de la especie llevada primitivamente á Europa, donde se acredi-

tó con razon como un portento de la naturaleza.

En efecto, las sucesiones de las varias especies introducidas en el comercio sin conocimiento prévio de este cambio, y algunas variaciones puramente accidentales en los árboles de la misma especie, hicieron caer en este capricho. No hay entre todas las especies corteza mas abundante de resina, y con la propiedad de fractura vidriosa sin filamentos como la Quina blanca: y esta tan estimable propiedad con las demas del anterior sistema no le bastó ni para ser estimada por buena, ni aun para ser admitida por Quina en algunos de los reconocimientos y tentativas ministeriales. Sin duda que su amargo acerbo particular á la especie influyó en una desconfianza, solo disculpable cuando hubiera sido remitida casualmente y sin inteligencia de la corteza que se intentaba introducir para acreditarla con las otras, y vencer la injusta repulsa que habia sufrido siempre en el comercio.

Una dilatada esperiencia nos ha manifestado que este carácter nada influye esencialmente en la bondad de la Quina. La fractura con filamentos ó sin ellos, con tal que por estos no se entienda la parte leñosa de la madera que por descuido del operario puede llevar consigo la corteza, no es carácter de consecuencia para graduar su bondad. Es una propiedad tan accidental que nada muda la naturaleza del precioso jugo virtual: lo hallamos tan activo y poderoso, estando por otra parte asegurados de la legitimidad de la especie y de su virtud eminente, que con filamentos ó sin ellos jamas desmiente la constancia de sus admirables efectos. Gobernados por nuestras reflexiones y esperiencias jamas hicimos caso aun de las variedades propiamente tales en botánica, ni desmerecen por este respecto sus cortezas. El punto capital consiste en reducirlas á la legitima de las cuatro especies oficinales: porque tener ó carecer de filamentos, cuando mas probaria que bajo de

igual volúmen de corteza contuviese mas ó menos porcion de jugo virtual; y en el último caso se precavia el defecto con la operacion de reducirla á polvo, pues era fácil separar por el cedazo los filamentos con parte del jugo, reservándolos todavia para las tinturas y cocimientos. Daría no poca fuerza á esta preocupacion la vulgar opinion de la *indomabilidad* de la corteza, cuyos filamentos la harian todavia mas pesada en el estomago, supuesta la necesidad de sujetarse á la práctica mas bien recibida, y en que se reputaba por mas ventajoso el método de administrar la Quina en *toda su substancia.* Faltaba exâminar este importante punto que prometimos tratar de propósito en su lugar.

§. IV. Aseguramos antes haber sido un yerro original en Europa, y una práctica puramente tradicional administrar la Quina á los enfermos en *toda su substancia.* Para cúmulo de mayores desgracias, á un método algo racional establecido á los principios de la invencion y publicacion del específico, se substituyó otro empírico que iba prevaleciendo por siglos enteros sin apariencia de reforma. La práctica primitiva abrazaba dos puntos capitales en la fórmula que llevaron á Roma los Jesuitas, y de allí se divulgó por toda Europa con el título de *Schedula romana.* Observada escrupulosamente en todas sus partes por los partidarios del remedio era imposible que sanaran todos los enfermos por las causas que van insinuadas, y los frecuentes acaecimientos que tan á su pesar esperimentan los profesores en la práctica de la medicina. De aquí tomaron los desafectos, y otros abiertamente contrarios á la Quina, nuevas armas para combatir el uso demasiado sospechoso en su concepto de un remedio encantador, pero empírico y traicionero.

Cumplidos ya los veinte y cinco años de su introduccion entre angustias y altercaciones, comenzaron algunos prácticos á dudar sobre el *modo* y *tiempo* de su

administracion; y en cuanto al *modo* se pensó en tentar la variacion de dar la corteza reducida á polvo sin otra prévia preparacion: método tan aventurado y mal pensado, que muy pronto produjo las novedades de inventar otras correcciones, ó asociándole algunas drogas capaces de corregir las malas resultas observadas, ó recurriendo á los nuevos arbitrios de extractos, tinturas y cocimientos. Sea lo que fuere de tales métodos siempre será cierto, como vuelven á sospecharlo muchos con Valatelli, que la práctica primitiva salvaba mejor los gravísimos perjuicios posteriormente dimanados de la preocupacion universal que difundió el ilustre Sydenham, y se han conservado por todo un siglo entero hasta nuestros tiempos. Al cabo de tan dilatada época comienzan las desconfianzas, y á consecuencia los nuevos esfuerzos de restablecer el *modo* y *tiempo* de la fórmula romana, declarándose por gefes principales de la instauracion Alsinet y Valatelli; éste, restableciendo las infusiones de los polvos en vino, y aquel, la administracion del remedio en la entrada de las accesiones.

La bien merecida reputacion del insigne práctico Sydenham arrastró ciegamente el consentimiento de algunos de sus coetaneos, y de casi todos los sucesores en los dos nuevos arbitrios con que se imaginó vindicar la Quina tan combatida en su tiempo, despues de haber procedido con demasiada ligereza en sacar de sus quicios la práctica primitiva (*). Aunque fuesen muy loables sus intentos en vengar los oprobrios esparcidos contra el remedio, le faltó el discernimiento de todas las circunstancias que debió tener presentes en una tan atrevida reforma; y si logró propagarla por su grande autoridad, y el peso dado á sus débiles razonamientos con su candor, elegancia de estilo y gallardia de algunas espresiones seductoras, contribuyó tambien á cerrar el

(*) Sydenh. epist. 1. respons.

paso á mejores investigaciones. En efecto, nos opuso una barrera impenetrable, obligando á que casi todos los sucesores hayan copiado á la letra sus máxîmas y cautelas en el uso de la Quina, sin atreverse á discrepar un ápice de su método, como lo dejamos observado en la conducta del ilustre Van-Swieten.

Habiendo pues prevalecido desde aquella era la nueva práctica de su reforma, podemos asegurar que de ella se han seguido á la humanidad tan graves perjuicios como los que le han dimanado de la ignorancia de las especies oficinales. Tal es el horror con que miramos la indigestion de esta substancia cruda, que á nuestro entender no se hubieran ocasionado tantos males de la confusion de las especies administradas en infusiones vinosas. Cocimientos ó polvos bien macerados segun el método de nuestro doctor Alsinet. Por medio de estos imperfectísimos arbitrios no hubiera sido necesario hacer tragar á los enfermos tantas porciones de corteza cruda, ni se hubieran esperimentado las calamidades que descubrimos en la dilatada época de la Quina roja. Es un misterio que nos abisma la conducta de tan sobresalientes profesores por todo un siglo. Adoradores ciegos de Sydenham no hicieron mas que seguir sus huellas, heredando ellos y dejándonos en herencia su ignorancia, dudas y recelos sobre esta corteza misteriosa; pero insistiendo siempre en el modo pésimo de ordenar á nuestros enfermos la Quina en *toda su substancia.*

Para manifestar lo que sufre la economía animal obligada á digerir en el estómago y primeras vias la corteza cruda; elijamos entre todas las tres especies admitidas la benignísima amarilla, la única que pudo resarcir el crédito del específico á pesar de los inconvenientes de su administracion en polvos. ¡Cuántos y cuales debieron producir en el cuerpo humano la calorosa naranjada y la incendiaria roja, ordenadas por largo

tiempo, y á grandes tomas! Ya vimos antes que una sola onza de esta especie necesita mas de 240 onzas de agua para disolver alguna parte de su jugo virtual, pues su mayor porcion resinosa solo puede desatarla el espíritu de vino, ó de un modo imperfecto los jugos gástricos del hombre. Segun este cálculo necesitaría beber el enfermo quince libras de agua por cada onza del remedio, si se intentara estraer, como se ha creido, todo el jugo de la corteza.

Veamos ya lo que debe pasar en el estómago del hombre. Por lo regular se administra en las periódicas sencillas una onza distribuida en ocho partes en el intérvalo libre, que es justamente cuando el enfermo tiene menos sed y mayor necesidad de algun alimento sólido. Entre alimentos, Quina y agua se amontona en el estómago é intestinos delgados una masa á cual mas cruda, que absorviendo todos los jugos gástricos llama otros, y á éstos siguen otros exprimidos violentamente por las fuerzas vitales contra todo el órden de las pausadas y lentas secreciones en el estado natural. Oprimida la naturaleza con el conflicto de inundar aquella masa indisoluble, subsiste el conato y batalla de exprimir jugos mientras persevera la masa quinosa. Debilítase la accion de los jugos gástricos enredados en la viscosidad de la Quina, y cansada la naturaleza de exprimirlos, resultan aquellas ansias y congojas del enfermo ostigado del sabor ingrato que siente, y le obliga á imaginarse, como es en realidad, pegada la Quina en todo el canal: de aquí las malas digestiones, la calenturilla sorda, el trastorno de las funciones, y una profunda melancolía, con que se resiste por un instinto natural á la continuacion del remedio, que únicamente por mal preparado produce tantos males y oprobrios, cuando debia causar mil bienes y alabanzas.

La Quina en tal estado deja de producir todo el bien que pudiera bien preparada y disuelta: la que pasa á la

masa de los humores carece del suficiente blandísimo vehiculo que necesita, y no halla en el suero de la sangre : la que persevera en las primeras vias entretiene el trabajo de las funciones animales. Continuado el uso del remedio, se aglomera la masa quinosa, cuyos inevitables perjuicios en este método vence la naturaleza, si no deja la semilla de otros males, que jamas atribuimos á esta miserable práctica, preocupados siempre para atribuirlos ó á una Quina mala, ó á otras causas que sin conocimiento fingimos en su disculpa.

Debiéndose continuar el remedio por mas tiempo en los que sufren con mayor constancia tantos males, tomando dos, tres y mas onzas para cortar las accesiones, y despues las dos tomas diarias para evitar su repeticion, se aumenta la causa de curaciones tan dilatadas y trabajosas. ¿De qué otro orígen podrán provenir tan infelices convalecencias, si llegó á vencer la naturaleza estos males en cuerpos bien humorados y robustos? ¿De qué otro podrá dimanar aquella calenturilla sorda que observó Ramazzini, y confesariamos tambien nosotros si quisieramos decir francamente la verdad, y responder con sinceridad á los enfermos, que recelosos de su estado por su desfallecimiento y melancolía, nos preguntan si ya les faltó la calentura? No hay médico observador que deje de advertir aquel estado medio y sospechoso, pues jamas llegan sus enfermos á limpiarse perfectamente en el tiempo llamado *apyrexia* durante el uso de la Quina. Si la advertimos con imparcialidad y candor, desconocido su verdadero orígen, y por lo mismo incapaces de atribuirla á la accion penosa del remedio, echamos la culpa al fuego de las calenturas anteriores, al irremediable estado de convalecencia, ó á otras disculpas frívolas que nos preocupan. Apasionados por el remedio y su heredado método ha sido imposible reconocer los efectos de una lima sorda, que gasta la salud, debilitando el vigor y fuerzas de nuestros enfermos, sepultados en la mas pro-

funda melancolía todo el tiempo que perseveran tomando la Quina.

No podemos negar que en toda la época de la Quina amarilla no se han hecho tan visibles estos males como en la de la naranjada, y mas que nunca en la de la roja; sino es ya que su introduccion á consecuencia de las posteriores novedades haya hecho caer á muchos con Valatelli en la sospecha de esta práctica, y por consiguiente en la necesidad de restablecer las infusiones vinosas de la práctica primitiva. Tratamos ahora de recordar, y hacer manifiestos los funestísimos acaecimientos de las dos primeras épocas ponderando los positivos, aunque mucho menores producidos por la benignísima especie amarilla, en fuerza de su errado método. La naturaleza próvida suele salvar en parte las malas resultas por la saludable operacion de esta especie en las primeras vias; porque siendo eminentemente acibarada á manera de un blando purgante, promueve la evacuacion intestinal. Aunque en tales circunstancias debe salir mucha Quina inutilizada, por fortuna se descarga la naturaleza del peso que la oprimiria si hubiera de disolver todo su jugo virtual; manteniendo la porcion suficiente para combatir la causa ocasional, y restablecer las funciones digestivas por la cualidad comun á todas las especies.

Si esto sucede en las sencillas periódicas, en que por lo regular ha sido necesario consumir desde cuatro hasta siete onzas por la virtud indirectamente febrífuga de esta especie ¿qué no deberá suceder en las dobles, en las malignas y en las muy rebeldes en que se juzga necesario consumir mayor cantidad para destruir la calentura y precaver las recaidas? ¿Qué no deberá acontecer en las diversas enfermedades á que con razon se ha ampliado el uso de la Quina, segun las posteriores tentativas, por la feliz casualidad de haberse permutado la roja con esta benignísima especie? en ellas se han empleado á larga mano los extractos y opiatas, combatiendo la enfermedad

á fuerza de tomas sin interupcion hasta conseguir por último la victoria, que por lo regular se declara en favor de los enfermos, sin conocer todo lo que sufren ellos, ni lo mucho que deben á la casualidad y á la naturaleza.

Merecen ciertamente los mayores elogios de los profesores, y el debido reconocimiento de la humanidad á sus autores, las atrevidas tentativas del doctor Haen y de nuestro ilustre Masdevall, cuyos métodos podrán recibir toda su posible perfeccion de la determinada eleccion de las especies, y ventajosa preparacion de todas ellas. Ya insinuamos antes en su respectiva nota, que á no haber combinado estos sobresalientes prácticos la abundante administracion de la Quina con el uso frecuente de las lavativas, les hubiera sido imposible continuar el remedio por muchos dias sin esperimentar tales acaecimientos que les obligarian á desistir de su continuacion. El largo uso de caldos y diluentes empuja sin interrupcion la masa quinosa ácia los intestinos gruesos, de donde extraen las lavativas la mayor porcion de la Quina inutilizada. ¿Interviene acaso todo el tiempo necesario para su perfecta digestion en el corto espacio que media entre tomarla y evacuarla? ¿No es un conflicto lamentable el que sufren tales enfermos sin descanso por muchos dias?

Si tales son los efectos de la especie mas benigna capaz de trastornar todavia las funciones de la economía animal ¿nos empeñaremos por mas tiempo en mantener una práctica tan peligrosa? ¿Y si por desgracia se ampliare á las continuas é inflamatorias el uso de los extractos y opiatas de las Quinas naranjada y roja por los elogios de la calisaya entre nosotros, y de la roja entre los estrangeros á consecuencia de la fermentacion de Londres, no debiamos pronosticar mayores desgracias que las acaecidas en sus épocas respectivas? Cuando no contaramos, por no conocerlo todavia con lo mucho que

sufre la naturaleza por este método, contemos siquiera con las congojas y aflicciones que padecen enfermos y asistentes, y tambien nosotros con ellos, haciéndoles tragar tanta cantidad de un remedio fastidioso como el que mas, para que al fin salga inutilizada la mayor parte. Contemos con los muchos pacientes que fastidiados y casi desesperados prefieren abandonarse á su miserable suerte mas bien que tolerar tales martirios. Distan mucho estas reflexîones de toda estudiada ponderacion: demasiado sabemos de lo que pasa en todo el mundo; y demasiado nos lo ha enseñado aquí la esperiencia de una dilatada práctica. A pesar de nuestra aficion á la Quina, y olvidadas las gentes de sus felices operaciones, prevalecen las preocupaciones del vulgo, y nos hallamos en los casos muy frecuentes de interrumpir las curaciones por el método comun, rindiéndonos á las repulsas de los enfermos. Harto hemos intentado aqui introducir la práctica de las opiatas tan acreditadas en los escritos públicos, pero no alcanzan los esfuerzos de los profesores sus apasionados á persuadir la necesidad de continuarlas por algun tiempo. Presto se cansan los enfermos, y luego es necesario desistir acomodándose el médico á la necesidad. Tan lejos estamos de haber hallado esa misma repugnancia á las tisanas y demas composiciones de nuestro formulario, que muchos no advierten el remedio que toman, ni lo resisten los que ya lo saben.

Todas estas reflexîones persuaden la necesidad de abandonar la predominante práctica de un siglo entero; práctica tan *empírica* y *fuera de método*, como la sospechó por su consumada esperiencia el muy juicioso Ramazzini. En fuerza de ella se hallaba determinado en sus últimos años á ordenar el específico en muy pequeñas tomas, y en los casos mas urgentes; no tanto con la mira de cortar de raiz las accesiones, cuanto con el fin de suspenderlas por algun tiempo mientras lograban alguna calma y se vigorizaban los enfermos. Así lo practicaron

muchos, y no dejan de hacerlo otros en nuestros tiempos, escarmentados de la poca seguridad y repetidas novedades que diariamente observan en su práctica y en la de sus maestros.

No alegamos esta conducta, ni proponemos esta opinion que tenemos por infundada y puramente procedida de vanos recelos y principios falsos, como digna de imitarse: la insinuamos ahora para manifestar las fatales consecuencias observadas por Ramazzini en las épocas de las especies naranjada y roja administradas en *toda su substancia*, y deducir su verdadero origen por las que hemos procurado demostrar en la época de la amarilla. Tales fueron en aquellos tiempos, que lo indugeron á prohibir absolutamente el uso de la Quina en los innumerables y frecuentísimos casos en que solian ordenarla liberalmente sus contemporáneos. En el concepto de este anciano profesor se hallaba contraindicada en los niños, personas delicadas, monjas, literatos, gentes de negocios y de vida sedentaria, príncipes y cortesanos, y finalmente en el mayor número de habitantes acomodados, de buen sustento y regalo en las ciudades. Juzgaba menos sospechosa esta corteza en la gente del bajo pueblo y de vida activa, campesinos y trabajadores, y entre todos los biliosos, sin haber advertido la bebida copiosa y frecuente que de necesidad exîjen la robustez, el trabajo y complexîon ardiente, á cuyo vehículo hemos atribuido en parte la mejor disolucion del jugo virtual.

Si todavia intentaramos mantener esta práctica, haciéndola mas perjudicial con la confusion de las especies en los casos prohibidos por Ramazzini; ¿no nos expondriamos á ver perpetuadas por nuestra parte las desgracias de siglo y medio, y por la de los pueblos los horrores y dicterios con que nos insultan? Desenterremos los monumentos de nuestros predecesores, y combinándolos con sus fundadas desconfianzas, espantémonos de las ver-

daderas sombras que ahora llamamos fantasmas. Exîstieron realmente, y todavia exîsten algunas, por mas que en nuestros libros y gabinetes pretendamos disiparlas, y publicar á voz en cuello "que ha sido preciso cerca de un »siglo para que todos los espíritus hayan convenido en »su verdadero uso: y que de veinte años á esta parte »todos generalmente han abandonado las preocupaciones »poco favorables á este remedio." Así pensamos, y asi escribimos: pero en llegando al egercicio práctico, reviven los sobresaltos por los frecuentísimos reveses que nos suministra nuestra misma esperiencia.

§. V. Contamos tambien entre las preocupaciones tradicionales, y la que acaso haya contribuido mas á retardar la ventajosa práctica del específico, la reforma introducida por Sydenham en cuanto al *tiempo* prescrito en la fórmula romana. Aseguramos antes que este célebre profesor habia sacado de sus quicios sin el competente discernimiento la bien establecida costumbre de administrar la Quina una ó dos horas antes que acometiera el paroxîsmo. No alega el autor otras causas que sus recelos apoyados en los dos sucesos fatales acaecidos al regidor Underwood y al boticario Potter. Las justas reflexîones que debe hacer el médico en tales casos, se le ocultaron sin duda al candor del buen Sydenham, deseoso por otra parte de hallar motivos para la reforma que intentaba, y á su parecer exîgia el descrédito del remedio. Lo cierto es que no desenterró otros monumentos de la práctica propia ni agena; pero con ser tales y tan aventurados bastó su esclarecida reputacion para perpetuarlos hasta nuestro tiempo en apoyo de la práctica comun.

"Divulgada en Londres la corteza del Perú desde »unos veinte y cinco años, tomó grande crédito entre »nosotros para curar las intermitentes, y especialmente »las cuartanas. . . . Pasado algun tiempo cayó en olvido »por dos causas. La primera, porque administrada se»gun la primitiva costumbre pocas horas antes del insul-

»to hacia perecer alguna vez al enfermo, como me »acuerdo haber sucedido á cierto ciudadano y regidor de »Londres llamado Underwood, y al boticario principal »Potter en el barrio de los Dominicos. Un éxîto tan »funesto, aunque á la verdad raro, intimidó á los médi- »cos juiciosos, retrayéndolos con razon del uso del re- »medio. La segunda, porque cortada la calentura, por lo »regular repetia dentro de catorce dias (*)." Que razones tan débiles hicieran alguna impresion en Sydenham no es tan estraño segun las circunstancias de aquellos tiempos, como en los nuestros. Antes de la introduccion de la Quina ¿no perecian algunos tercianarios, y perecen todavia, aunque tambien es raro, en el tiempo del frio, sin que podamos culpar el remedio que aun no han tomado? ¿Se alegan acaso las historias circunstanciadas de aquellas desgracias para poder inferir con justa crítica, si mas bien que á la Quina á otras de las muchas causas que matan á los tercianarios, debieron atribuirse aquellos fatales sucesos? ¿Dos mil y mas casos positivamente felices no contrapesan la suerte de solos dos muy dudosos tratados por un mismo remedio y método? ¿Con cualquiera remedio heróico no se mueren tambien algunos enfermos? Hay tantas razones sólidas que objetar á Sidenham en este punto por su facilidad, ó ya sea su candor en trastornar la práctica primitiva, que justamente se le debe culpar su poco discernimiento en tan atrevida como funesta reforma. A ella debemos atribuir en mucha parte los fatales efectos de la Quina en todas las épocas.

"Meditando, pues, seriamente (continúa el autor) »y pensando á mis solas de algunos años atras en la es- »traordinaria virtud de esta corteza, llegué á confiar que »con ningun remedio mejor que con este debian com- »batirse las calenturas intermitentes, si lo intentáramos

(*) Sydenh. Epist. respons.

»con cuidado y diligencia evitando el *peligro*, y preca-
»viendo las *recaidas*. Lo primero, eligiendo mejor el
»*tiempo*..... Lo segundo, repitiendo las tomas de los pol-
»vos á determinados intérvalos con el fin de *saciar* la
»sangre de la virtud del febrífugo, que aunque muy efi-
»caz, no pudo hacerlo de una vez." Un práctico tan justamente apasionado á la observacion y á la esperiencia, como declamador oportuno contra todo sistema y teorías, no pudo librarse en esta ocasion de semejante contagio. Sus principios son puramente *ipotéticos*, y su práctica en este punto tan sistemática como todas las que se fundan en suposiciones arbitrarias. Por su reforma se abrió la puerta que mantenia oculto el camino de los atolladeros y precipicios, se dió en la necesidad de consumir mayor cantidad de Quina: y por consiguiente en los desórdenes y abusos del remedio.

Abrazaron esta reforma sus paisanos y coetáneos Morton y Cole, y á la sombra de tan respetable partido iba prevaleciendo la preocupacion tradicional sostenida por los sucesores de la mas alta reputacion. Sin embargo, no han faltado de tiempo en tiempo algunos rayos de luz que dejasen ver la verdad entre las tinieblas: pues apenas se contará decenio, si recorremos los fastos de la medicina, en que la recta razon y el empirismo no hayan punzado el celo de escelentes profesores abiertamente declarados en contrario, y empeñados en reclamar la instauracion de la primitiva costumbre, apoyada en mil esperiencias favorables. En efecto, á la luz de una buena crítica debemos contemplar insuficientes los temores que se alegan en contrario, y dignas de nuevo exâmen las ponderadas malas resultas, atribuidas al uso de la fórmula romana, ó las que puedan atribuirse por entusiasmo y capricho á otras prácticas posteriores mas conformes á dicha fórmula, y mejor apoyadas en la razon y una dilatada esperiencia. Lo cierto es, que empleando la especie directamente febrífuga en los casos mas sencillos y

frecuentes, ó las de virtud indirecta en otros complicados y mejor indicadas por sus propiedades eminentes, administrándolas todas en su debido tiempo y forma, se logrará mayor acierto y seguridad en las curaciones, ahorrando mucho tiempo y Quina con igual satisfaccion de los enfermos.

A la frente del opuesto partido se declaró Martin Lister como gefe bien exercitado en combatir otras preocupaciones de esta clase. Veamos pues su dictamen con sus mismas espresiones. "Administrar la Quina en la de»clinacion del paroxîsmo, y repetir las tomas en toda »su intermision, ó en los espacios que permite la remi»sion, como lo practíca Sydenham y sus sectarios, es »trabajar combatiendo á fuerza de mucha corteza, pero »las mas veces en vano, con repugnancia y llenura del »estómago no poco debilitado por la enfermedad. Al »contrario, si se administra despues de bien macerada »por un dia entero en vino puro, dándola al enfermo »una ó dos horas antes de acometer el paroxîsmo, que »justamente corresponde al tiempo de hallarse el cuerpo »en su mayor integridad, pero mucho mejor á la entra»da de la accesion, vale mas una sola toma que diez da»das en otro tiempo y modo. Con este método he logra»do combatir las intermitentes con favorables resultas. »De aquí consta la falsedad con que algunos aseguran »que el admirable antídoto haya degenerado de su pri»mitiva eficacia de veinte años á esta parte, culpando á »nuestros negociantes y boticarios: porque á la verdad, »tan grande diferencia entre los efectos que se alegan, »no tanto proviene de la bondad de la corteza, cuanto »del *tiempo* y *modo* de su administracion. En comproba»cion de esta verdad cito á Badi en su elegantísimo y »doctísimo tratado de la corteza del Perú publicado »treinta años há; de donde Sydenham y otros mas re»cientes escritores nuestros han tomado todas sus doctri»nas, á excepcion del *necio* é *intempestivo* modo de dar

»el remedio; invencion por cierto digna de su autor el »miserable curandero Talbor (*)."

El citado célebre profesor de Basilea Konig, que habia tambien abrazado la sentencia de Lister sobre la preferencia de la corteza gruesa, se declaró igualmente su partidario en este último punto; siendo muy verosímil que á su imitacion abrazarian el mismo método algunos de sus comprofesores por la digna reputacion que le concilió su grande y feliz práctica. De ningun modo puede dudarse, que á pesar de las contradicciones que padecia este método subsistia todavia en el segundo decenio de este siglo entre profesores acreditados.

En esta época coincide la suprema estimacion del inmortal Boerhave, cuyas sentencias se oian con razon en toda la Europa como pronunciadas por la boca de un oráculo. Dejamos antes notado de paso lo que hemos podido rastrear acerca de su dictamen íntimo, como si digeramos de conciencia, sobre la introduccion de la Quina y la estimacion que hacia de ella. Ni se atrevia á condenarla abiertamente, ni se fiaba tanto de ella, que dejase de advertir lo infiel y traicionero de un remedio que reputaba por heróico. No llegó á penetrar el arcano de esta corteza misteriosa; y siempre indeciso entre sus efectos maravillosos y perjudiciales, respetó la autoridad de Sydenham, y se gobernó por los temores de Ramazzini, á quien citaba con elogio en sus lecciones con el designio de hacer muy cautelosos á sus oyentes en el uso del remedio. A la verdad bien lo confirman las muchas limitaciones con que prescribia la Quina, acomodándose á la práctica corriente los recelos que dejó en herencia á su mas amado discipulo Van-Swieten, y el ningun paso visible que ambos dieron en esta provincia, que convidaba á nuevos y grandes descubrimientos. Satisfechos de que no habria mas que adelantar en este

(*) Lister Exercit. de Hydroph. pág. 55 y 56.

punto, ó aturdidos por la funesta observacion de tantos errores inevitables en la práctica propia y agena, se acomodaron á seguir los torcidos pasos de Sydenham, conformándose en su práctica y en sus escritos con todas las máxîmas y cautelas del profesor ingles.

Muy facil es observarlo en el ilustre discipulo, cuyos sabios comentarios andan en manos de todos, pero podria dudarse todavia del dictámen íntimo del inmortal maestro, si nos resistieramos á las reflexîones hechas hasta aquí, ó no dieramos fé, tanto á la mencionada anecdota del testigo irrecusable La Mettrie, cuanto al rumor esparcido entre sus discipulos y nacionales, segun nos lo refiere el citado Fothergill. Para convencernos plenamente del desafecto de Boerhave á esta corteza, basta registrar los comentarios que él mismo hacia á sus aforismos prácticos en sus lecciones públicas (*). Allí advertiremos el estremado empeño que tomó en promover los dos métodos, que miraba como peculiares, y fruto de su dilatada práctica. Consistia el uno en el uso de los *evacuantes* por medio de los eméticos y purgas, segun lo indicaban las particulares circunstancias, y el otro en cierto régimen de sudoríficos. Dejaba pues tan estrechados los límites de la Quina, que solamente la administraba en aquellos casos tan sencillos; "en que no conside»rando materia alguna, sino casi una simple irritacion »de los espiritus segun Borelli, se debe recurrir entonces

(*) Praxis Medica, sive Comment. in aphorism. Herm. Boerhave de cognosc. et curand. morb. Londini 1738 5 vol. 8.° No ignoramos que el autor desaprobó públicamente todas las ediciones de sus comentarios, que hicieron algunos impresores por los cuadernos adquiridos entre sus discipulos. Como no habia precedido el consentimiento de su autor, ni él estuvo jamas en ánimo de dar la última lima á las prelecciones teóricas y prácticas de Medicina, como la dió á las de Química, resuelto á que se la dieran sus predilectos Haller y Van-Swieten, era muy natural que no las reconociese por suyas, y aun las desacreditase. Con todo, nadie duda que las tales obras legítimamente pertenecen á Boerhave: y á la verdad son las mas propias para asegurarnos de sus dictámenes y sentencias oidas de su boca, y copiadas literalmente por sus discipulos.

»á la Quina; pero de ningun modo en aquellas calentu-
»ras, en que la materia primero se ha de liquidar, ablan-
»dar y combatir.... Si la calentura fuere perfectamente in-
»termitente, y no tragere su causa de alguna insuperable
»corrupcion de los humores, ni del mal estado de las
»entrañas por alguna enfermedad incurable; todas las de-
»mas intermitentes se pueden curar tan ciertamente por
»este medio como el hambre con el pan y vino (*)."

¿Quién no repara desde luego en estas últimas limitaciones sobre las innumerables anteriores, con que pone fin á sus comentarios en el tratado de calenturas intermitentes? En verdad que nos vuelve tan imaginarios los casos de administrar la corteza peruviana, que apenas los contariamos uno por ciento en nuestra práctica. Ni debió él contar los de otro; pues recurriendo regularmente á sus dos métodos favoritos contaba por millares las curaciones hechas sin la Quina.

No hay por cierto cosa mas dificil que desprenderse un médico de algunas máxîmas heredadas de sus mayores; porque tratándose en ellas de la salud y vida de los hombres, es asunto muy delicado apartarse del consentimiento universal, ó intentar novedades sin gravísimos fundamentos. Tales han sido los que descubrimos para poder disculpar á los prácticos posteriores á Sydenham; y en toda la série de nuestras reflexîones hemos averiguado diversos orígenes, de donde pudieron dimanar los fundadísimos recelos del gran Boerhave. Con todo eso causa no pequeña admiracion que de los hechos de su misma práctica no hubiese sacado algunos desengaños para oponerse á la respetable autoridad de Sydenham. Pareciera paradóxa si afirmaramos que Boerhave esperimentó sin conocimiento suyo los favorables efectos de la práctica primitiva en cuanto al *tiempo* de la administracion de la Quina. Por fortuna se han conservado

(*) Prax. Med. part. 3, pág. 457 y 458.

monumentos que así lo persuaden; vamos á desenterrarlos en sus mismos comentarios donde los dejó sepultados su ilustre discipulo.

Habiéndose pues conformado con la máxîma heredada de administrar el remedio en el tiempo de la intermision, asegura que "cuando se da en el *curso de la* »*calentura*, *las mas veces mata*: de forma que llegó á »perder su crédito en Londres porque se daba *poco an*»*tes de acometer el paroxîsmo* (*)." Como ni en los tiempos de Boerhave, ni en los de Sydenham ni tampoco en los primitivos hayamos descubierto entre los médicos la costumbre de usar el remedio en el curso de la propiamente llamada calentura en las intermitentes, ¿de dónde se han tomado los ejemplares para decir que *las mas veces mata*? Si se alegaran casos sucedidos en la práctica de curanderos y empíricos, muy lejos de hallar tanto número de muertos, nos podrian mas bien sonrojar con sus felices atrevimientos, echándonos en cara nuestra demasiada tenacidad en mantener preocupaciones contra la esperiencia. Mas adelante descubriremos la época en que se dirigieron con racionalidad y mucho tino esos felices atrevimientos. De aqui resulta un testimonio que convence la vehemente pasion con que Boerhave promovia la reforma de Sydenham; pero tan inutilmente, como que la contradecian los hechos de su misma práctica.

Ordenaba pues la Quina cuando la reputaba conveniente segun las reglas arriba mencionadas en estos términos; "damos la corteza en el *tiempo* de la »apyrexia; pero de tal modo que la última toma corres»ponda una hora antes de acometer el paroxîsmo (**)." Volviendo despues á declarar el órden de las tomas se esplica en esta forma: "Si la intermision fuere de doce

(*) Prax. Med. part. 3, pág. 451, §. *Pulveris.*
(**) Allí mismo pág. 452, §. *Specificis.*

»horas, se irá distribuyendo de dos en dos horas toda »la cantidad de una onza repartida en seis tomas; y »semejantemente se ha de distribuir la misma canti»dad si la calentura fuere cuartana, cuya intermision »dura cuarenta y ocho horas; pero en todas observan»do siempre la regla que la última toma en doble can»tidad se ha de administrar antes de instar el paroxîs»mo (*)." ¿Qué misterio contendria en el concepto de Boerhave aquella última toma, que señala y determina con tanto cuidado? Digamoslo de una vez antes de hacer otras reflexîones: imitaba sin conocerlo la práctica primitiva en cuanto al *tiempo.*

Habiéndole enseñado la esperiencia, como á otros muchos prácticos, que sin esa *toma doble* y á *esa determinada hora* no se lograba cortar por lo comun el paroxîsmo venidero, debia fiar mas en ella que en las anteriores. No era pues dificil inferir que cuanto mas distaba del nuevo insulto la accion de la Quina, seria tanto mas débil y por consiguiente mas aventurados sus efectos. Así tal vez lo concebia: y en prueba de ello, guardaba el mismo órden en las cuartanas, cuya dilatada intermision de cuarenta y ocho horas deja mayores distancias entre las tomas, si se dieran desde el principio de la apyrexîa, como lo estableció Sydenham en su reforma. Dividia éste la onza en doce partes distribuyéndolas de cuatro en cuatro horas, *comenzando la primera inmediatamente despues del paroxîsmo* (**). ¿Y quién no inferirá que comenzando desde el fin del paroxîsmo anterior y á tan largos intérvalos en las cuartanas no sea Quina mal gastada, cuando en el menor espacio de doce horas las tomas precedentes á la última son otros tantos tiros perdidos para acometer al enemigo tan de lejos? Siendo pues la última toma la mas segura y cierta, á ella se de-

(*) Allí mismo pág. 454, §. *Ordine.*
(**) Epist. resp. §. His itaque.

be la victoria con exclusion de las anteriores. Esta era justamente la práctica primitiva en cuanto al *tiempo*, á que se acomodaba Boerhave sin conocerlo. ¿Que mucho pues que Lister asegurase contra Sydenham y sus sectarios, que mas vale una sola toma dada poco antes, y mejor al entrar el paroxîsmo, que diez fuera de aquel tiempo?

Cuanto influya el momento favorable de acometer al enemigo en las intermitentes no se le ocultaba al gran Boerhave; pues se aprovechaba del tiempo mas oportuno que le habia enseñado la esperiencia cuando recurria tanto á los dos mencionados métodos de remedios evacuantes y sudoríficos, como al de otros específicos. Va proponiendo en todos ellos sus indicaciones, cautelas y eleccion de remedios que omitimos por no pertenecer al determinado punto, de que aquí tratamos. En cuanto á los purgantes y vomitivos se esplica de este modo: "el di»cho remedio es un admirable purgante, y dándolo an»tes del paroxîsmo destruye muy bien la semilla de la »calentura; por lo que los Italianos y Franceses lo admi»nistran con la mayor confianza. Yo le he usado muchas »veces, especialmente en los niños. . . . Se deben dar »estos remedios cinco ó seis horas antes del paroxîsmo, de »modo que el mayor arcano de la práctica es dar el pur»gante ó el vomitivo en el tiempo oportuno. Cuando »se administran estos remedios en el dia intercalar no »aprovechan mucho, y desde luego matarian en el curso »de la calentura: pero dándolos á tiempo tan determina»do que hagan su operacion de tres hasta siete horas an»tes que la naturaleza comience á hacer la suya espon»táneamente por vómitos, á la primera vez falta la ca»lentura. . . . Tengo por cierto haber sanado á millares »los enfermos, siguiendo puntualmente el dicho méto»do. Bien conocieron los empíricos, que el vomitivo »quita las calenturas intermitentes; y poco importa cual »sea. . . . con tal que este remedio se dé cuatro horas

»antes del paroxîsmo, quedará concluida su operacion »antes del nuevo insulto. . . . porque todo vomitivo de- »ja ya de obrar al cabo de tres ó cuatro horas. . . . Este »método es muy bueno en las intermitentes sencillas. . . . »tanto que de mil casos apenas haya uno en que deje de »faltar la calentura; y si llegare á repetir, con toda segu- »ridad recúrrase á la Quina que la cortará; pero sin »estas preparaciones producirá hidropesias &c. (*)."

Cuando recurria á otro método, que consiste en el uso de los sudoríficos, cuidaba no menos del tiempo oportuno, y asegura que con él tambien á millares se curan los enfermos en esta forma: "ordeno cualquiera coci- »miento ligeramente aromático, y apuesto, depositando »el dinero, que á la primera vez cortaré la calentura »si comienza á tomarlo el enfermo seis horas antes del »nuevo insulto. . . . con el fin de hacerlo sudar antes y »en el tiempo determinado, en que debia cojerlo el frio »del paroxîsmo; y continuando poco despues, quedará »cortada la calentura con tanta certeza, que entre cien- »to ni uno solo la tendrá. Así he logrado curar algunos »enfermos que se creyó iban á fallecer en el paroxîsmo »anterior. . . . Cuando insta la dificultad, y apura el »caso de cortar absolutamente la calentura, como lo exî- »ge la edad avanzada, porque en los viejos suelen ser »mortales las cuartanas; dispongase todo para el sudor. . . »hágasele sudar así dos horas antes del paroxîsmo &c. (**)."

No habia método algo racional que no intentase ni diligencia que no practicase este insigne profesor sin desdeñarse de tomar de los empíricos algunos remedios para mejorar á su modo aquellos atrevimientos. Tantos eran sus recelos ácia la Quina, de que procuraba abstenerse en lo posible; perfeccionando con su profunda meditacion y consumada práctica todos los métodos posibles

(*) Allí mismo pág. 437, 438 y 439, §. Tollendæ.
(**) Allí mismo pág. 441, *Frigus et febris sudorifero tollitur.*

que diestramente empleaba antes de recurrir al uso de esta corteza. En efecto, ¿no es una observacion digna de notarse, que la propusiese casi siempre por último recurso, y la distinguiese con el título de su cuarto método, como si digeramos que á mas no poder recurria entonces á la Quina? En medio de tales desconfianzas se valia no menos del arbitrio de emplear las sales, prefiriendo la sal polycresta hecha segun la fórmula del código parisiense (*a*), ordenándola tambien en cuanto al tiempo con la regla sugerida por la esperiencia. "En to-»da la intermision de hora en hora tomará el enfermo »cinco ó seis granos, pero un escrúpulo dos ó tres ho-»ras antes del paroxîsmo (*)."

¿No es esto ir siempre consiguiente con la esperiencia en ordenar los remedios á golpe mas seguro; dándolos en mayor cantidad, y con la mayor proxîmidad á la entrada del nuevo paroxîsmo? ¿Y cuál otra era la práctica primitiva en cuanto al tiempo de administrar la Quina; ni á qué otro intento se reducen los felices atrevimientos de los empíricos imitados por grandes prácticos? El aplaudido remedio del célebre profesor de Mompeller Fizes, á que tan frecuentemente se recurre, cansados no menos los médicos que los enfermos de las traiciones de la Quina, no es de inferior eficacia entre los salinos; y dado en el tiempo mas oportuno produce admirables efectos. Se compone de dos dracmas del cremor de tartaro desleidas en el cocimiento de manzanilla, y se dá bien caliente á la entrada del frio. "Yo lo he dado con mucha frecuencia, y con la satis-

(*a*) Esta sal la trae tambien nuestra farmacopea matritense con el mismo título y con la misma fórmula. Es conocida tambien con el nombre de sal de duobus ó arcano duplicado, cuyas fórmulas aunque distintas al parecer dan siempre por único resultado el tártaro vitriolado ó sulfato de potasa, y todos los profesores dan esta última sal cuando se les piden aquellas. *N. E.*

(*) Allí mismo pág. 441, §. *Bibat omni hora.*

»faccion de ver cortada la calentura, las mas veces, á la »primera toma; porque tanta es su eficacia en mudar el »carácter de la materia febril. Si alguna vez fué necesa»rio repetirlo segunda vez, ó cuando mas tercera, jamas »dejó de producir el efecto deseado; deteniendo pronta»mente el frio, al que sucedia un calor natural (*)."

Si el inmortal Boerhave pudo penetrar tan bien ó mejor que Sydenham la oportunidad que ofrecen para la administracion de algunos remedios los momentos mas cercanos al insulto venidero, como lo hemos observado en sus cuatro métodos de combatir las calenturas periódicas; parece haberle tambien en esto precedido el profesor inglés, autor de la reforma. En efecto, no ignoraba este que en todos los siglos se habia intentado cortar el paroxîsmo al tiempo mismo de acometer el frio por una infinidad de remedios empíricos, reducidos despues á ciertos métodos, de que se han valido con favorables sucesos los profesores mas acreditados. Guiado pues de esta idea en las tercianas de otoño muy rebeldes, en que se veria burlado de la Quina, ó en las de un carácter singular por razon de la epidemia, en que como él mismo lo confiesa, veia frustrada la eficacia del febrífugo, se decidió á combatirlas con el determinado purgante, que allí describe, asociado al narcótico ácia la entrada del nuevo insulto; pero lo combinaba de tal modo con el régimen sudorífico que hacía preceder los sudores poco antes. Vemos pues ya á Sydenham tánteando arbitrios, y como perdido en el laberinto que él mismo se habia fabricado con su reforma. Para vanidad del empirismo y confusion de su precipitada reforma oigamosle su método y la razon en que lo fundaba.

" Puesto el enfermo en su cama, y bien abriga»do, provóco los sudores con el suero de leche acer-

(*) Fizes traité des fievres, cap. 12, pág. 284.

»vezado en que hayan cocido las hojas de salvia, cua-
»tro horas antes del paroxîsmo; y luego que apuntan
»le hago tomar el purgante . . . . . todavia insisto en
»promover los sudores hasta pasadas algunas horas en
»que debia aparecer el frio; cuidando mucho de man-
»tenerlo bien abrigado para que al levantarse y salir
»de la cama, con motivo de las deposiciones ocasio-
»nadas por el purgante, no los interrumpa. Por este me-
»dio consigo excitar aquellos dos contrarios movimien-
»tos con que lo hago sudar y evacuar, confundien-
»do y perturbando el ordenado procedimiento del pa-
»roxîsmo. Por este método he logrado desterrar mu-
»chísimas tercianas intermitentes de otoño en estos años
»(1661, 1664) en que no pude hallar otro mejor (*)."
Ahora bien ¿habrá cosa que mejor se le parezca al em-
pirismo mas consumado? ¿con que en esta estravagante
idea tan propia del autor, como invencion suya ori-
ginal, no hay recelos que temer, ni riesgos que pon-
derar en ahogar de golpe y degollar de repente al ene-
migo, como los que se imaginan cuando se intenta hacer
lo mismo con la Quina? ¿Padecerá menos la econo-
mia animal con aquel método tan turbulento y arries-
gado, que con la suave y pacífica operacion del fe-
brífugo? ¿No es este un remedio amigo de la natu-
raleza, que lejos de obrar confundiendo y perturban-
do, aprisiona al enemigo tranquilamente, ganándole los
primeros pasos al despertarse, y adormeciéndolo como
un narcótico de su género mientras acaban de ven-
cerlo otras fuerzas auxîliares destruyendo las causas oca-
sionales?

Gobernado Sydenham por las leyes de su sistema
de *ebulicion* y *despumacion* de la sangre y demas humo-
res en las calenturas, no pudo menos de formarse ideas
muy contrarias al modo de obrar el febrífugo, y

(*) Sidenham. Sect. 1, cap. 5, pág. 110 y 111.

sus resultas, en que fueron igualmente falsas sus consecuencias. Es verdad que pudieron acobardarlo los enemigos del remedio, y hacerle perder el hilo para mejores investigaciones las contrarias novedades y opiniones, que á imitacion de lo acaecido hasta nuestros tiempos, cada dia se levantaban acerca de la naturaleza y uso de esta corteza. Lo confesamos en honor suyo, y lo volvemos á repetir: Sydenham le fue muy apasionado; pero tan á los principios no pudo conocer la diversidad de las especies, ni que una sola fuese directamente febrífuga. Por otra parte, aborrecedor implacable de todas estas especulaciones que oliesen á sistema, despreció altamente las fundadísimas conjeturas de sus contemporáneos; que suponiendo el orígen de las periódicas en los espiritus animales y sistema nervioso, difundian copiosas luces para el mejor uso del febrífugo: conjetura tan plausible, y posteriormente tan esforzada por Boerhave (*) y su ilustre discípulo Van-Swieten, que ya puede reputarse por una demostracion en medicina. Obrando pues la Quina sobre el sistema nervioso, corta la calentura á golpe tan seguro, que rara vez dejará de suspender el paroxîsmo venidero administrada en pequeña cantidad, y á su debido tiempo. Por tanto es inútil, y muchas veces peligroso, rellenar la sangre del jugo quinoso con el fin directo de cortar los paroxîsmos.

Ya que hemos visto al profesor de Leyden tan solícito en aprovechar el tiempo mas oportuno de emplear sus tres métodos en las cercanías del paroxîsmo venidero, y al profesor ingles todavia mas atrevido combatiendo al enemigo alguna vez cara á cara contra sus máxîmas y preceptos, pero introduciendo una práctica menos metódica: debemos recordar aquí, en apoyo del asunto mismo que tratamos, los felices atrevimien-

(*) Prax. Med. Part. 3, §. 750, pág. 417.

tos del juicioso médico de Montrosa, Alejandro Thomson. Oigámosle á él mismo esplicarse á presencia de sus comprofesores escoceses. "Despues de haber seguido algunos años la práctica ordinaria de administrar »el vomitivo en el dia de intermision, me la hicieron abandonar otras reflexîones. En la lectura de los »médicos antiguos observé que hacian vomitar á sus »enfermos al principio del paroxîsmo, en la persuasion »de ser este tiempo mas oportuno segun sus razonamientos. . . . que no dejan de conciliarse bien con la »teoria de Bellini y demas autores que á su imitacion »han intentado descubrir el misterio de los períodos »en las calenturas intermitentes. No es pequeña ventaja »en este método, que por los violentos sacudimientos »que sufren las entrañas en la accion de vomitar, puede »mejor y mas prontamente desprenderse la materia que »ocasiona la enfermedad de aquellos lugares donde estaba anidada. Ni es menor ventaja la de acortarse el paroxîsmo, cuando no llega á faltar enteramente. Persuadido, pues, á un método tan racional y conforme á la »naturaleza, comencé á practicarlo, dando el vomitivo »al instante que aparecia el frio; y me ha salido tambien »esta práctica, que no he tenido motivo para abandonarla en veinte años. La única novedad con que algun »tanto la he alterado, se reduce á darlo no tan al principio, sino despues que aparecen las nauseas ácia la entrada del calor, cuando faltan los conatos al vómito en »ciertos casos de venir el insulto acompañado de temblores muy considerables (*)."

Seria injusto pasar en silencio los admirables sucesos de esta práctica, no solamente por el apoyo que suministran á nuestras reflexîones, sino tambien para equilibrar, y aun desvanecer en lo posible la timidez é indiferencia con que propone todos estos puntos el

(*) Essais &c. de la Societè d'Edimbourg tom. 4, pág. 509, 511.

muy célebre Van-Swieten, cuya respetable autoridad puede servir de impedimento en las juiciosas tentativas que exîje de nuestra profesion el bien de la humanidad. "He visto muchas veces, continúa el citado Thomson, que un solo vomitivo administrado en ese tiempo ha cortado enteramente el curso de la enfermedad: que si repitió el insulto venia á quedar la materia que lo causaba en tan pequeña cantidad, y tan dividida por el segundo vomitivo, que apenas se hacia sensible el paroxîsmo: que finalmente los enfermos tratados por este método, y puestos despues al uso del febrífugo para concluir la curacion ó precaver la recaida, necesitaban tomar cuando mas la tercera, cuarta parte, y á veces menos de la cantidad de Quina, que por lo comun se gasta en los otros enfermos, segun la práctica ordinaria (*)."

En vista de los monumentos alegados seria superfluo ir entresacando de los fastos de la medicina otros innumerables que comprueban en todos los siglos y naciones haber sido práctica la mas comun entre empíricos y dogmáticos la de cortar el paroxîsmo de las calenturas intermitentes al tiempo mas oportuno de su invasion. Si con este fin se ha procurado esplorar, y confirmar con una dilatada serie de esperiencias la eficacia de tantos remedios y métodos ¿qué motivo racional habrá para dejarlo de intentar con la Quina? Se pueden ciertamente contar á millares las felices curaciones por la práctica primitiva, y no seria muy dificil numerar á millones los infaustos sucesos de la práctica dominante, circunstanciados con la mayor imparcialidad por los profesores mas acreditados, á pesar de su adhesion al mismo partido. Ahora, pues, si prevaleció por tanto tiempo la desgracia de haberseles ocultado las verdaderas y principales causas de tantos yer-

(*) Allí mismo, pág. 512.

ros que sumariamente referimos á la ignorancia de las especies, su mezcla tumultuaria, su administracion en substancia y en tiempo inoportuno; no echemos la culpa á la Quina, sino á nosotros mismos por haber perdido el hilo en el laberinto que nos formamos con nuestras preocupaciones.

No puede ser cosa mas imaginaria y fingida que el peligro que se le atribuye por suspender y sofocar de golpe el insulto que se intenta detener en el instante mismo de su entrada. ¿No se ha de cortar alguna vez haciéndolo por el camino mas corto y mas seguro? En verdad que no dejan de tener alguna culpa en semejantes yerros las agraciadas espresiones y metáforas con que suelen hermosear su estilo los autores para esforzar sus opiniones y pensamientos. Tal vez el bello estilo y gracias de Sydenham reunidas á su candor y al sobresaliente mérito de su práctica, prendas que adornan su bien merecida reputacion, le conciliáron el consentimiento casi universal para abrazar ciegamente su reforma; dejándose fascinar él mismo con la plausible novedad de poder introducir un nuevo método á justo título de vindicar un remedio heróico, pero injustamente perseguido. No lo debemos olvidar: su galante metáfora llegó á encantar á sus coetáneos y sucesores, que han seguido su partido hasta el estremo de hacerlo la práctica dominante de un siglo entero.

Si agradára, pues, acomodar nuestros discursos al estilo de aquella metáfora, preguntariamos á Sydenham ¿cuándo conviene acometer al enemigo, si dormido ó al despertar? ¿Si *acometiéndole por la espalda y urgiéndolo á la fuga*, (que ha sido su frase encantadora) ó combatiendolo á rostro firme? ¿Nos ha demostrado él, ni despues otro alguno esa pretendida sufocacion, ni sus fingidas violencias? ¿cuánto mejor le hubiera salido á la humanidad haberse mantenido en la práctica primitiva, ó haberla combinado, como se ha hecho des-

pues, con la mas sencilla de continuar algunas pocas tomas en el curso del paroxîsmo para dejar de una vez combatido y vencido el enemigo cara á cara, que intentarlo fuera del insulto para cansarnos vanamente en perseguirlo por la espalda? ¿no seria esto acometerlo muy de lejos, y con el afan de alcanzarlo repetir muchas veces los tiros, que no siempre se aciertan, gastando inutilmente casi toda la pólvora en salvas? Todavia sospechamos que labraron demasiado en Sidenham las infundadas calumnias que levantaron los enemigos de la Quina; y que pudieron tal vez dimanar sus desconfianzas y recelos de semejantes impresiones: de modo que obligado por una parte á reconocer los favorables efectos del remedio en sus enfermos, y por lo mismo á no deber abandonarlo enteramente; y estrechado por otra á emplearlo á cara descubierta, sosteniendo la reputacion de un específico de naturaleza sospechosa y encantadora en su concepto, destructora y mortal en el de muchos, mágica y aun diabólica, como lo pensaron otros al principio; tuvo finalmente la debilidad de intentar, establecer y propagar tan perniciosa reforma.

Tal la concebimos con no menos horror que lástima despues de nuestras reflexîones hechas en América con motivo de nuestros peculiares descubrimientos, y á pesar de nuestros propios yerros inculpablemente cometidos por habernos dejado arrastrar del mismo torrente de preocupaciones que bebimos en Europa como otros tantos preceptos infalibles. Que adheridos á las leyes de esta reforma, consumieramos inutilmente mucha Quina; que fatigáramos á nuestros enfermos apurándoles la paciencia y su dinero; que malograramos mil curaciones por la invencible resistencia de los pacientes, malo era; pero lo peor de todo son los males nuevamente producidos por el uso intempestivo de tanta Quina. Aleguemos hechos positivos del fin de la pe-

núltima, y principios de la última época para compararlos con las llamadas fantasmas imaginarias, que asustaron á nuestros predecesores. El crédito del autor, que los ha recogido de su abundante práctica, es demasiado conocido entre los médicos de buen juicio, y como reputado por un práctico de superior mérito y escelente quinista, que supo usar menos mal el específico en las intermitentes y remitentes, de que tan dignamente ha tratado de propósito (*), muy lejos de estar mirado por sospechoso, se halla exênto de la mas ligera nota de parcialidad y capricho contra la Quina.

Refiriéndonos pues este autor anónimo los nocivos y fatales efectos de la corteza Peruana, segun la práctica comun de la que frecuentemente se apartaba, valiéndose de correctivos con que disponia sus cocimientos de Quina, los representa en este lastimoso cuadro. "Ciertamente se han curado, y se curan infinitos, sin tales correctivos; pues suelen tambien lograrse las curaciones "con el uso simple de la corteza en substancia, y especialmente en los tiempos primitivos en que se conseguia legítima, y sin la nota de adulterada. Aun hoy "sucede lo mismo con la bien escogida, *aunque se orde-*

(*) De recondita febrium &c. Se publicó por la primera vez esta preciosa obrita en Amsterdam sin nombre de su autor el año de 1759. Sospechó Tissot que podria ser produccion propia de Mr. Lieutaud, á quien finalmente se la atribuyó con elogio en su disertacion sobre el onanismo. La buena fé del profesor de París dió al instante un testimonio público, con el que asegura que jamas pretendio reconocer ni apropiarse otro mérito que el que solo le pertenece por haber contribuido á la publicacion de un manuscrito, que hubiera tal vez quedado sepultado en el olvido. Journal de Medecine Fevrier 1760, pág. 181, 182. Ignorado el autor, ignoramos igualmente á punto fijo el tiempo en que se escribió esta obra. No obstante basta para lo concerniente á nuestro propósito poder inferir de su contesto que la compuso su autor pocos años antes, ó algunos despues del de 40 del presente siglo: y por consiguiente que participó en su egercicio práctico de las épocas señaladas á la Quina roja y amarilla.

»*ne, en menor cantidad.* No confiemos todavia tanto: así »administrada puede ser nociva: es amarga, astringente, »tónica y aromática: por tanto en ciertos casos y com- »plexîones *enciende*, produce sequedad en la piel, daña »el estómago causando en él dolores, retoca los pulmo- »nes, les hace arrojar sangre algunas veces. Suspendien- »do la calentura, fija los dolores en los hipocondrios; otras »acomete al bazo, formando opilacion y podredumbre; »que si en ciertos casos es producto de la calentura, en »en otros es ciertamente causado por la corteza. Tiene »la falta de *no ser remedio infalible*, como se ha creido: »en ocasiones detiene la calentura: arruinados algunos »enfermos por el remedio, y sus calenturas vagas arras- »tran una vida miserable todo el otoño y el invierno. »Sucede tambien con frecuencia que cortada la calentura »aparece la cara descolorida, entumecida, amarilla; abul- »tado el vientre; débiles é hinchadas las piernas: de »modo, que parece *haber comprado los enfermos un mal* »*grave por otro ligero*, y de estos son raros los que es- »capan. No paran aquí tan funestas resultas; porque »otros, cortada la calentura, padecen congojas periódicas »ó caen en sueño muy profundo cuando les tocaba el »tiempo de la accesion; muchos, retrocedida la causa »del mal á otras partes, padecen diarrea ó disenteria: en »no pocos casos aparecen dolores vagos y espasmódicos »que atormentan los miembros de varios modos, el »vientre, pecho y cabeza. De tales acaecimientos se to- »ma un argumento infalible contra el febrífugo; por- »que aparecen estos males luego que falta la calentura, »y restituida se desvanecen (*)." ¡Tal es el abreviado pero fiel retrato que llevará á los siglos futuros la memoria de las horribles calamidades y espantosas desgracias ocasionadas á la humanidad por el mismo poderosísimo auxîlio que le habia dispensado la Providencia para su beneficio!

(*) El citado autor anónimo, lib. 2, cap. 13.

Sabemos muy bien la respuesta con que se ha pretendido satisfacer á estos cargos en disculpa de la inocencia de la Quina. La tenemos desde luego por inocente, pero de ningun modo á la práctica que impugnamos. Lejos de haberla culpado sus partidarios, atribuyen esos males á la inobservancia de las innumerables cautelas que han prescripto, aglomerando con ellas nuevos impedimentos. ¿Y qué diriamos si á pesar de la mas rigorosa observancia de todas las precauciones tomadas, cuando finalmente recurrimos á darlo, nos viesemos tan perdidos como los autores que las inventaron? ¿Por mas circunstanciadas que se hallen en nuestros libros esas máxîmas dejamos de esperimentar ese tropel de males? Nos las enseñan nuestros maestros, nos imbuimos en ellas, las ponemos en práctica; pero despues viene á parar todo en ser testigos de los males que nos advirtieron, como tambien lo fueron ellos mismos. Se pasarian años y siglos esperimentando esa funesta catástrofe si no trataramos de sacudir el jugo de tantas preocupaciones, mejorando desde luego nuestra práctica en cuanto al *modo* y *al tiempo* de administrar el febrífugo.

Esas fueron las miras de algunos pocos profesores, cuyas felices tentativas no han bastado á detener el torrente impetuoso de una práctica tan ciegamente abrazada, y todavia sostenida por la respetable autoridad de sus ilustres gefes contra los repetidos clamores de la esperiencia. Si nos sonrojamos tomar de los empíricos sus atrevidas tentativas, no olvidemos el origen que tuvieron nuestros mejores remedios. Consolémonos todavia con la no pequeña gloria que nos pertenece de justicia, haciendo metódica y racional su aplicacion. Si por una continuada desgracia de acaecimientos inesperados no hemos acabado de conocer que el uso de la Quina tiene mucho de empírico, y dista no poco de su legítima aplicacion metódica, segun lo sienten y publican grandes autores, ¿á qué fin tanto empeño en seguir tan puntualmente los

pasos de los que se vieron tan perdidos como nosotros? No han faltado en todos tiempos, ni tampoco faltan en los nuestros, algunos prácticos muy juiciosos, que á la sombra de su propia esperiencia, y fiando mas bien de sí que de autores vivos y muertos, han dirigido mejor sus excursiones por otros rumbos investigando la eleccion del tiempo mas oportuno. Ya hemos tratado lo bastante indicando los dos comunmente seguidos en los años anteriores á la reforma de Sydenham, y debemos distinguirlos, si hemos de apreciar el peso de las razones y reflexîones que vamos haciendo en estos dos tiempos: *ácia el fin de la intermision, y la entrada del paroxîsmo.* Restanos tratar ahora de la administracion del remedio *en el curso de la calentura.*

Entre todos los mas célebres Quinistas debe ocupar á nuestro entender un lugar muy distinguido nuestro Español Alsinet, cuya preciosa obrita, reducida con la mayor sencillez á reglas prácticas, puede ser mas útil á la humanidad que las innumerables pandectas de que ya se quejaba Ramazzini, publicadas sobre la Quina, y dirigidas á combatir opiniones en puntos puramente teóricos, ó en los prácticos á copiarse unos autores á los otros. Nuestro Español abrió nuevamente el camino abandonado, y siguiendo por sí mismo los pasos de la naturaleza, se apartó finalmente de los dos rumbos anteriores hasta ponerse en estado de caminar con seguridad por el tercero, y perfeccionar el nuevo y desconocido método de combatir al enemigo *en el curso de la calentura.* Lleno de candor y buena fé se consideraba con razon autor original de su nuevo método; que reduce á reglas muy sencillas, mejorando la práctica que confiesa haber tomado de un empírico. Provocando siempre á la esperiencia, y poniéndose á cubierto con el testimonio de no pocos testigos entre sus comprofesores nacionales, no seria facil oponerle muchos adversarios de igual carácter. Sus nuevas utilidades de la Quina, que es el título sencillo

de la obrita, recibirán tal vez copiosas luces de nuestros peculiares descubrimientos en la curacion de las intermitentes, á que las ciñó su autor.

Veamos la práctica del empírico, como la refiere el doctor Alsinet, y la compendiamos aquí: daba una dracma de Quina á la entrada del frio; á las dos horas otra dracma; á las seis horas dracma y media; y finalmente, á las diez horas dos dracmas; de modo que repartia las cinco dracmas y media á diversos intérvalos entre las diez y ocho horas dentro del paroxîsmo. Imitó puntualmente nuestro profesor el referido método en las periódicas, sencillas y dobles con favorabilísimas resultas; pero habiéndole faltado en cinco sospechó que los dos espacios de las seis y diez horas serian desproporcionados. En esta inteligencia dividió una onza en ocho tomas iguales: ordenó las dos primeras como antes; á las tres horas la tercera; y sucesivamente otra cada cuatro horas; pero en las dobles ordenaba cuatro tomas solamente en cada accesion, observando por lo regular sucesos favorables. No se apartó de dicho método en su continuado egercicio y dilatada práctica de cinco años, hallándose siempre en lugares donde eran endémicas las calenturas periódicas. Recelando posteriormente administrar la primera toma á la entrada en la epidemia del año de 40, acompañada de cursos y vómitos, con que se presentaba el paroxîsmo; se determinó á diferirla hasta que hubieran cesado aquellos síntomas. Obligado pues con este motivo á inducir alguna variacion en su anterior método, conoció que podia diferirse por algun tiempo la primera toma, que ordenó en adelante pasadas tres horas despues de la entrada sensible del paroxîsmo. Tal fue su feliz práctica por el dilatado espacio de veinte años (1735, 1755) ahorrando á sus enfermos las molestias y malas resultas dimanadas de seguir tomando la Quina por muchos dias con el fin de

completar las curaciones, y evitar las recaidas (*).

Llamado posteriormente (en 1755) al servicio de la real familia en Aranjuez, donde entonces eran endémicas las periódicas por las causas que refiere; y hallando á sus colonos con todas las funestísimas resultas de la práctica comun inviolablemente observada en todos sus preceptos por su antecesor, logró la oportunidad de hacer manifiestas las ventajas de su método. "Aquí fue donde determiné dar un paso mas en »mi egercicio. Yo tenia observado que en las perió»dicas dobles se administraba la cuarta toma cuando »ya los enfermos *no tenian calentura*; y que respecto »de las otras era la que mas rehusaban, y tomaban »por último con displicencia y ascos. Esta adverten»cia, y la reflexîon sobre la menos conformidad de »la naturaleza, ó su repugnancia, me llevaron á la de»terminacion de omitir aquella cuarta toma de Qui»na, y observar la resulta. De hecho lo practiqué así »en los dos primeros enfermos de fiebres dobles pe»riódicas. El suceso fue feliz, porque no repitieron las »calenturas. Desde entonces me gobierno de esta ma»nera. En todas las dobles omito las cuartas tomas, »porque he llegado á conocer que son superfluas. Aun »no satisfecho me pareció adelantar otro paso. A los »tres primeros periódicos sencillos que se me ofrecie»ron no les administré mas que las tres primeras to»mas del febrifugo del modo últimamente practicado. »El efecto fue el mismo... No tuvieron mas novedad »y convalecieron bien. Continué mi método y mi »observacion. La esperiencia me ha hecho ver que »es cierto y felíz; y desde este nuevo paso no ad»ministro en las simples periódicas mas de las tres »primeras tomas de Quina en las horas que quedan »insinuadas (**)." Asegura que practicaba lo mismo en

(*) Alsinet, nuevas utilidades de la Quina. §§. 12 y 20.
(**) Allí mismo §§. 21 y 26.

las cuartanas simples con igual éxîto.

Tales y tan felices tentativas, cuando se dirijen con juicio, imparcialidad y buenos fundamentos, combidan por aquel placer indecible que interiormente se siente á egecutar otras en bien de la humanidad. Cada vez mas animado nuestro profesor por estos utilísimos descubrimientos le ocurrió un bello pensamiento que influye no menos en la práctica que en la teórica de las calenturas periódicas. "No contento con mi hallazgo resolví »llevar adelante mis esperimentos . . . ofrecióseme, pues, »dar las tres tomas en una accesion de las periódicas do»bles, y dejar sin auxîlio la otra accesion. En efec»to, lo practiqué así, y la esperiencia me hizo ver que »faltaba la correspondiente, y repetia la no curada has»ta que se imploraba contra ella el socorro de otras »tres tomas. Muchas veces elegía la menor ó mas be»nigna accesion. Daba en ella las tres tomas con opor»tunidad. Faltaba su correspondiente accesion, y pro»seguia la mayor con sus recursos hasta que se curaba »del mismo modo (*)."

¿En vista de una práctica tan acertada y feliz deberémos dudar todavia de la poderosa influencia del tiempo mas oportuno de combatir las periódicas con la Quina? ¿Se podrán alegar monumentos de otra mejor y mas aventajada práctica en siglo y medio? Aseguramos desde luego que las utilidades esperimentadas en este sencillísimo método provienen directamente de la pequeña porcion de Quina consumida en tales casos; que es justamente el punto que pretendimos demostrar contra la reforma de Sydenham, por haber trastornado la costumbre de administrar el específico en el tiempo mas oportuno. Combínense ahora las infaustísimas resultas de la práctica comun alegadas fielmente por el citado anónimo, y justamente observadas á la misma época,

(*) Allí mismo §. 28.

con los favorabilísimos éxitos del nuevo método. Oigámoslos en boca de nuestro autor y á la frente de mil testigos compatriotas que ni han pretendido ni les sería fácil desmentirlos. "Cuido poco de que mis enfermos convalecientes continúen el uso de la Quina por »dias ó meses, á fin de que no recaigan contra la general y corriente doctrina de todos los médicos de la »Europa. Este partido me lo ha hecho tomar la esperiencia. Yo sé por ella que en faltando la calentura »desaparecen todos los síntomas; que los enfermos quedan en tranquilidad, sin fiebre, sin disgusto, sin sed; »y que el quebranto que notan es natural, y le desechan facilmente con la convalecencia. La misma esperiencia me ha hecho ver que no todos mis convalecientes recaen; y apuesto *que son en menor número »mis recaidos que los que son tratados con todo el rigor »de la dieta, y de la Quina por otros médicos*; ademas »que los que recaen de los mios con facilidad convalecen; pues apenas se oye á alguno quejarse de la »ocupacion y peso en su estómago &c. (*)."

Finalmente deseando precaver en tiempo las frívolas disculpas con que á imitacion del citado Palilli pudieran pretender algunos que la práctica de nuestra Península no debe servir de pauta en otros reynos de Europa; recordaremos la uniformidad de los pésimos efectos por el abuso de la Quina observados tambien en nuestra España en los mismos términos y grados en que han sucedido, y sucederian siempre en todo el mundo, como los alega nuestro autor. "Los que por mucho »tiempo han usado la Quina y la dieta con el rigor »que se acostumbra, quedan regularmente obstruidos y »cachêticos. El bazo se les pone duro, las demas entrañas se llenan de estorbos, y los liquidos se hacen »gruesos y mal triturados, con especialidad en los que

(*) Allí mismo §. 30.

»no se limpiaron bien en el principio. Algunos se que»jan de que sienten la Quina pegada en la boca del »estómago &c. (*)." Concluyamos pues que no le ha bastado á la práctica comun toda la bondad de la benignísima especie amarilla, introducida en Europa desde el año 40 del presente siglo, para salvar los gravísimos inconvenientes que inmediatamente provienen de la inevitable necesidad de consumir mucha Quina por haberse desquiciado tambien en la reforma su administracion en el tiempo mas oportuno.

§. VI. Tratemos ya de la nueva práctica de la Quina en las calenturas, y algunas de las muchas enfermedades á que se pueden ampliar sus límites segun nuestras propias observaciones y las agenas; introduciendo en ellas el uso mas apropiado de las especies, y su ventajosa preparacion. Daremos principio por las calenturas; pero omitiremos aquí de propósito las acostumbradas divisiones y subdivisiones de los autores, que tal vez importarán poco en nuestra práctica; porque basta ceñirlas á la suprema y mas sencilla division de calenturas intermitentes y remitentes. En estas últimas comprendemos las llamadas continuas, cuyo título se ha conservado mas bien por tradicion en las escuelas, que por las reglas de la exâcta observacion. No hay calentura de estas últimas que deje de tener crecimientos diarios, y por consiguiente sus remisiones mas ó menos manifiestas, fuera de otros períodos de alternacion y correspondencia. En esta inteligencia pudieramos mirar como periódicas todas las calenturas, y establecido como indubitable este principio, deduciriamos por consecuencia que en todas ellas debe administrarse la Quina. A la verdad no faltan monumentos de la mas remota antigüedad que pudieramos alegar en favor de estas variaciones periódicas, que procuran tam-

(*) Allí mismo §. 32.

bien promover algunos escelentes prácticos de nuestros tiempos, cuando no quisieramos fiar demasiado de los exâctos razonamientos deducidos de la economía universal de la naturaleza, cuyo verdadero y sencillo mecanísmo se va conociendo mejor en nuestro siglo (*).

Omitiendo tambien la division acostumbrada de las intermitentes en calenturas de primavera y otoño, que no guardan ese órden en las regiones cálidas de un continuado estío entre los trópicos, ni tampoco influyen demasiado en las zonas templadas por razon á nuestro método, que deseamos hacer universal á todas las estaciones y climas; atenderemos principalmente á exâminar el estado anterior, sano ó enfermo de los cuerpos que acometen; investigando si gozaban de buena salud, ó se hallaban molestados de otras enfermedades que harian complicadas las intermitentes. En efecto, de estos principalísimos indicios depende todo el acierto de la determinada especie de Quina que debe emplearse en la curacion mas metódica de estas calenturas, si queremos evitar las perniciosas resultas generalmente atribui-

(*) El objeto de este discurso no permite extraviarnos á indicar siquiera, mucho menos á esplanar algunas teorías conducentes á la mejor inteligencia de los puntos que se van tocando de paso. Por lo que mira al presente solo insinuaremos que las mareas atmosféricas, de que hemos hecho un estudio particular en estas regiones con la esperanza de poderlas tal vez demostrar algun dia por las observaciones del Barómetro, y en la persuasion de que este instrumento no puede regir fuera de los trópicos para denotar sus esenciales variaciones periódicas, merecen toda la atencion de los médicos aplicados á instruirse en la ciencia meteorológica. Nos ha causado una singular complacencia haber leido la sabia memoria, inserta en el mes de julio de 85, tomo 23 del Diario de Física, cuyo esclarecido autor el Abate Mann con absoluta independencia de observaciones barométricas ha deducido las leyes de las mareas aereas de las que guardan las aguas del Océano. Si los célebres médicos Mead y Castro ilustraron este punto relativamente á las enfermedades periódicas; los preciosos trabajos de Toaldo y Van-Swieten nos anuncian nuevas ideas, que difundirán copiosas luces por todo el campo de la medicina.

das sin razon á la que se llama intempestiva y precipitada administracion del febrífugo. Esta regla puede importar mas en la práctica, que los muchos preceptos y cautelas con que se ha procedido, averiguando demasiado el genio de las calenturas por razon de su período, estacion y carácter epidémico. Mucho mejor será distinguir en adelante cuidadosamente las peculiares circunstancias con que se presenta la calentura en el enfermo, para combatirla directa ó indirectamente sin perder tiempo en otras preparaciones que no impiden los progresos de la nueva enfermedad cada dia mas arraigada, si la dejáramos correr sin atajarla con su apropiado específico. Por fortuna tenemos distintos y muy poderosos auxîlios con que oponernos á estas complicaciones sin perder de vista el nuevo mal, en las cuatro especies oficinales, para poder precaver los perniciosos é inevitables efectos de las calenturas mantenidas de intento como instrumento de la naturaleza, que se ha creido el mas proporcionado á preparar, cocer y sanar otras enfermedades complicadas con la que sobrevino. Tal es el concepto casi general de grandes profesores, y en él se funda aquel tan recomendado precepto de no administrar prontamente el específico.

Mas no todos piensan así, y tal vez ha contribuido á desimpresionarlos de aquellos recelos el uso inadvertido de la benignísima amarilla, cuya propiedad sobresaliente, unida á la de los blandos purgantes que se le han asociado con mas frecuencia en esa época, ha sido la causa de precaver en parte el conjunto de calamidades observadas en las anteriores. Levantando la voz á nombre suyo y de otros el muy célebre Hoffman, condena abiertamente la costumbre contemplativa de diferir por mucho tiempo la aplicacion del febrífugo; de cuya omision resultan los perjuicios, que debieron precaverse administrándolo inmediatamente despues de haber preparado al enfermo con el emético y purgante, si fuere

necesario, sin los vanos recelos que tanto se ponderan, cuando intentan otros dar la Quina despues del segundo ó tercero paroxîsmo. "Puedo asegurar ingenuamente, "continúa nuestro autor, como me lo ha enseñado una "larga esperiencia, que mucho mas se resisten al uso de "la corteza, y piden entonces mayores precauciones las "calenturas abandonadas por algunas semanas y meses "que las recientes: pues cuanto mas se dilataren, é hicie- "ren mas rebeldes, tanto mayor será la copia de malos "humores engendrados por la disolucion, como efecto ne- "cesario del movimiento intestino y cálido de la sangre "que dificilmente se corrige y evacua en adelante (*)."

Importaba mucho combatir esta preocupacion con la respetable autoridad del citado Hoffman, y de otros autores que él mismo alega en favor de su dictámen, desconfiado tal vez del consentimiento que se le prestaria por el poderoso influjo de las ideas hipotéticas del grande Sydenham. En efecto, así lo pensaron habilísimos profesores; y entre ellos los muy célebres Bohn y Berger lo confirman en sus sabias disertaciones sobre este mismo asunto. El último se esplica en estos términos: "No "puedo aprobar aquel precepto de Sydenham, que ya se "ha vuelto cantinela vulgar de los médicos, para impe- "dir que se administre la Quina hasta que la enferme- "dad haya desfogado por sí, y amansado algo su fuerza "por no esponer á riesgo la vida del enfermo, *estorbando* "*de repente el saludable conato de la naturaleza con que* "*procura despumarse la sangre por medio de la fermen-* "*tacion.* Por el contrario Badi, Doncel, Lister, Mor- "ton, Joves, y principalmente Bohn mucho mejor acon- "sejan que inmediatamente despues de haber dado el "purgante, si fuere necesario, y especialmente el emé- "tico, conviene emplear la Quina á los principios de la "enfermedad, antes que llegue á echar profundas rai- "ces, pervertir los humores, debilitar las entrañas, y

(*) Hoffman de recto cort. Chin. usu §. 36.

»postrar las fuerzas del enfermo, porque valiéndonos »prontamente de esta corteza se quebrantan y vencen »felizmente los brios de tales calenturas. No hay que »temer por este método las recaidas y males de que acu»sa Baglivi al específico; debiéndolos mas bien atribuir »á una pervertida curacion, y á los malos humores en»gendrados en el curso de tan repetidos paroxîsmos: »pues por el buen uso de este remedio de admirable efi»cacia se logra cortar, juntamente con la calentura, la »causa de los males sucedaneos, como lo persuade la ra»zon y lo confirma la esperiencia. Tan segura y cierta »es esta práctica, que nos asegura Bohn haber adminis»trado la corteza á los principios de la enfermedad en »innumerables enfermos, que sanaron sin el menor indi»cio de los males que se le atribuyen (*)." ¡Desgraciadas teorías de Sydenham, que tales perjuicios han causado por su parte!

La inculpable ignorancia que ha reinado en el discernimiento de las especies, suertes y preparacion del específico, exîgia de los profesores buscar todos los arbitrios de salvar á sus enfermos con la menor posible cantidad de la corteza, y á este intento se dirigia tambien este último recurso de no perder tiempo en su aplicacion. Estamos firmemente persuadidos á que ningun práctico lo habia ejecutado tan diestramente como nuestro benemérito Alsinet, especialmente desde que la casualidad le proporcionó el hallazgo de su Quina *macerada*, con la que felizmente curaba todas sus periódicas sin pasar del número de tres tomas en las sencillas, ni el de seis en las dobles. Sus esperiencias y sencillísimas reflexîones las contemplamos de mucho mérito, y por consiguiente muy dignas de que las repongamos entre los fragmentos que vamos eligiendo como los mas importantes á nuestro asunto.

(*) Berger alegado por Hoffman allí mismo §. 37.

Convengamonos pues en que importa mas de lo que se ha creido consumir pequeñas porciones del especifico mientras subsista la costumbre de darlo en substancia, y en tal caso ninguna preparacion de nuestros predecesores le aventaja á esta, que hemos llamado *maceracion*. De ella asegura su inventor, y lo persuaden las reflexiones hechas sobre la de nuestra *fermentacion*, que "la Quina »asi preparada es ya mucho mas eficaz que la cruda, »como lo acreditará la esperiencia; que administrada con »mi método ó con el comun, sin variar la cantidad en »la dósis de una dracma en cada toma, se logrará el »efecto deseado. Reflexiónese la poca Quina que con»sumirán unos y otros, pues la masa despues de prepa»rada pesará mas de diez onzas, que repartidas en drac»mas ó tomas, se podrá regular cuanta Quina de las cua»tro onzas toca á cada dracma (*). . . . Con motivo de »corroborar mi nuevo método de administrar solamente »las tres tomas, me siento precisado á decir, que no hay »necesidad de mas Quina ni de mas oficios, para que los »enfermos sanen con placer, seguridad y pronto: pues »vemos que despues de las tres tomas quedan sanos, »ágiles y convalecientes. Si tienen la desgracia de recaer »se vuelven á curar; si no recaen como sucede á los mas, »ya no queda que hacer (**). Algunos de nuestros »prácticos me insinuaron que mi método habia servido »con utilidad; pero que no era suficiente para preten»der que se abandonase el comun, respecto que yo »mismo confesaba haberle usado con la misma facili»dad que todos. Respondo que yo solamente presento »de bulto *la gran diferencia en las cantidades de Qui»na que se consumen en uno y otro*. . . . . Es muy cier»to que así lo aprendí de mis maestros y lo usé al»gunos años *con los sucesos varios que esperimentan to-*

(*) Nuevas utilidades de la Quina, Apendice §. 65.
(**) Allí mismo, §. 46.

»*dos* (*). Poca Quina con facilidad y menos tiempo se »digiere, *mucho mejor ayudada de los estímulos de la ca-*»*lentura.* Pero en la papeleria que por el método co-»mun consumen aun los mas moderados, con la añadidu-»ra de todos los dias, semanas, &c. á fin de precaver las »recaidas, es preciso que suceda fastidiarse y ahitarse los »enfermos. . . . y no pudiéndose hacer la digestion de »tanta carga, es preciso que siga perturbacion y torpeza »en el estómago. . . . De lo que podemos presumir con »Werlof originarse los graves y furiosos cólicos que »observamos despues del uso copioso, ó abuso de la »Quina (**)."

Como todos los fragmentos que hemos recogido y depositado en esta tercera parte, sean relativos á la práctica comun, y solamente los hayamos alegado para probar la inevitable necesidad de consumir por aquel método las mas pequeñas porciones del específico; no pretendemos tomarlos por modelo del nuestro. Muy al contrario, vamos á persuadir, como anteriormente lo dejamos insinuado, el uso abundante de esta corteza en todas sus especies, intentando curar con ellas las mismas enfermedades que solia producir su administracion tumultuaria, y muchas otras en que se reputaba sospechosa y aun perjudicial su aplicacion. Hemos asegurado antes, y lo volvemos á repetir, que la nueva práctica de la Quina exîge otros conocimientos, se dirige por otras reglas, y va á destronar las máxîmas y cautelas que se habian adoptado en fuerza de los conocimientos anteriores. Depongamos de una vez aquellos temores y recelos en vista del abundante uso inocentísimo y positivamente saludable que hacemos de la cerveza profiláctica en las comidas.

Tales son las ventajas que ofrecimos como directamente dimanadas del discernimiento de las especies, y

(*) Allí mismo, Apendice §. 11.
(**) Allí mismo, Apendice §. 12.

de su nueva preparacion; á las que ya podemos añadir con toda franqueza, para no dejar reservada composicion alguna de nuestro formulario, y en atencion al uso frecuentísimo que de ella deberemos hacer en adelante, nuestra mas apreciable y preferentísima mezcla de la zarza con la Quina blanca. No hemos hallado simple alguno, sin esceptuar el alcanfor y nitro que mejor cuadre á nuestras Quinas oficinales: pues con ella se modera la demasiada irritabilidad que produce en el sistema muscular, especialmente en ciertas circunstancias y complexîones, la cualidad tónica mas ó menos intensa comun á todas ellas. De esta afortunada mezcla resultan unas Quinas compuestas y mitigadas sin detrimento de sus virtudes eminentes, con la especial ventaja de poderlas continuar por mucho tiempo hasta completar las curaciones, que dejaria malogradas la necesidad de suspender el remedio por no incurrir en los males originados de la fibra demasiadamente rígida y elástica. Será siempre un misterio estupendo para el vulgo, incapaz de penetrar los arcanos de la naturaleza, que de la combinacion de dos simples eficacísimos en su esfera, y reputados por incendiarios, pueda resultar un compuesto benignísimo, de no inferior actividad, y tan saludables operaciones que nos incitan á recomendarlo en muchísimas enfermedades agudas y crónicas. Consiste, pues, en mezclarlos en partes iguales disponiendo su fermentacion segun el procedimiento de las anteriores tisanas, de las cuales la distinguiremos con el título de *católica* por la universalidad con que puede administrarse, ó como remedio principal, ó como auxîliar de otros indicados con preferencia.

Descendamos pues á las reglas de nuestra práctica en las calenturas intermitentes. Luego que se presenten las sencillas de cualquiera período, y sin aparatos de malignidad, acometiendo á cuerpos anteriormente sanos y bien dispuestos, se administrará el emético, que por lo

regular conviene y cuadra bien á todos los enfermos, especialmente si se prefiere la ipepacoanha. Las circunstancias particulares en cada enfermo decidirán si es necesario repetirlo. En cuanto al tiempo de darlo, si no acomodare seguir el método de Thomson, de que tratamos antes, no hay disculpa razonable en vista de los fragmentos alegados para pretender apartarse del de Boerhave.

Sin pérdida de tiempo se ha de proceder á cortar el siguiente paroxîsmo; y proponiéndonos llenar esta indicacion, deberemos elegir la Quina naranjada, que es entre todas las especies la única directamente febrífuga. Se ordenarán sus tisanas de modo que la primera toma sea dos horas antes del nuevo insulto; la segunda á la entrada del frio, y las restantes cada dos horas durante el curso de la calentura. Si con la primera toma dejare de aparecer el frio, y se mirare ya como cortado el paroxîsmo, no por eso se omitirán las tomas á las horas señaladas hasta completar el número de seis.

En caso de frustrarse el efecto, y de sobrevenir otro insulto, se deberá combatir del mismo modo, comenzando desde la entrada del frio que decide su vuelta. No hay razon para despreciarlo con la dudosa esperanza de que sea un ligero amago: pues grande ó pequeño se ha de intentar cortarlo, como se hizo en el anterior. Lo mismo se ha de egecutar hasta la tercera vez. Suelen ser raros tales casos, y como de la Quina fermentada no hay que temer malas resultas, debemos insistir en cumplir con aquella indicacion hasta el término señalado. Proseguir mas adelante seria imprudencia; porque hay motivo de sospechar que haya intervenido algun error; y si este no proviniere de la conducta del enfermo, se puede asegurar, que su calentura pertenece á las rebeldes que se han de combatir por otro método.

La esperiencia de todos los siglos depone contra

el carácter traicionero de estas calenturas, aunque sean las mas sencillas y mejor curadas: ellas repiten por cualquiera causa, muchas veces la mas ligera. Por eso no convenimos en dejar los enfermos á su suerte, satisfechos de que la Quina y el médico cumplieron con su oficio, como lo quiere persuadir el doctor Alsinet. Tampoco basta el rigor de la dieta; ni por ella lograron escapar los que se resignaron á observarla con el mayor cuidado. A fin de precaver las recaidas fue muy natural intentar la continuacion de la Quina, como corroborante y estomacal; pero dejando ya manifestados los gravísimos inconvenientes del método comun, dándola en substancia, tampoco aprobariamos la continuacion de la misma especie en nuestro método por ser nociva en algunas complexîones, y en todas superfluo é irreparable su consumo. Llenaremos mejor aquella idea con otras ventajas y satisfaccion de los enfermos.

Estos son los casos que exîgen con preferencia el auxîlio de la Quina blanca, si queremos asegurar la convalecencia de nuestros enfermos. Se han de sujetar al uso de la Tisana Católica, tomándola á la mañana en ayunas y al recogerse por la noche, y los que gustaren de las bebidas fermentadas ganarán mucho en el auxîlio de la cerveza profiláctica en las comidas. Un régimen tan sencillo que no añade pensiones fastidiosas á los convalecientes, acabará de completar las curaciones. En caso de repugnar algunos este régimen por mas de ocho dias, podrá substituirle en adelante el elixîr de Quina en cantidad de una cucharada disuelta en cualquiera agua agradable, continuándolo á discrecion.

En las intermitentes dobles no hay mas regla que añadir al plan antecedente que la de atender el médico al concurso de dos calenturas subalternas con el aspecto de una misma enfermedad. Como cualquiera de los dos paroxîsmos imita perfectamente en todo su curso la naturaleza de una intermitente sencilla, se han

de curar las dos juntamente, siguiendo todas las reglas anteriores. La fundada sospecha de dos causas ocasionales de diverso carácter, pide necesariamente la cautela de insistir algo mas en la preparacion por medio de los evacuantes, sean eméticos, ó purgantes, conforme lo dictaren las circunstancias. Asegurada en lo posible su mas conveniente preparacion, se deberá proceder al uso de las tisanas de la misma especie naranjada, intentando cortar de seguida ambos paroxîsmos, como se prescribió en las sencillas. Aqui urge mas la necesidad de insistir con mayor prolixidad en el régimen de convalecencia, persuadiendo á los enfermos la importancia de sujetarse por mas largo tiempo al uso de la tisana y cerveza de convalecientes que aconsejamos arriba.

Las intermitentes malignas, cuyo carácter feroz asusta con razon á médicos y pacientes, por los estraños y terribles síntomas con que vienen enmascaradas, no dan lugar á detenerse los prácticos en las acostumbradas preparaciones. Por tanto importa ganar los momentos, y tirar desde luego á fijar el veneno, como se esplican unos; ó bien sea borrar la predisposicion en el sistema nervioso, como deben entenderlo todos. En tales casos, que por fortuna suelen ser comunes, están de acuerdo todos los profesores instruidos en recurrir al antídoto sin las contemplaciones acostumbradas en los casos vulgares. Confiesan todos los prácticos que en semejantes lances proceden estrechados de la necesidad, recurriendo al uso prontísimo y abundante de la Qûina. En nuestro método prescribimos las tisanas de la misma especie naranjada sumamente concentradas, como deben resultar de la cantidad doble de la masa fermentada para administrarlas dentro y fuera del paroxîsmo con la frecuencia posible, y en la cantidad que permita el estado del enfermo. No hay que perder tiempo en lances tan apretados, ni variar hasta haberlo conseguido, el principal intento de cortar la calentura por el auxîlio infalible que nos ha dejado la Pro-

videncia, y de que carecieron nuestros mayores. Divertir la atencion en socorrer los síntomas con otros auxîlios, como no sean tópicos, que retarden las tomas del antídoto, ó embaracen su saludable operacion por la llenura de aguas y caldos, en cuya administracion á título de reparar la flaqueza tocan la raya de una intolerable impertinencia los oficios de los asistentes, sería dejar los enfermos en brazos de la malignidad. Por tanto conviene abandonar el alimento en aquel corto espacio de veinte ó treinta horas por embalsamar, para esplicarnos mejor, con el jugo virtual de la Quina todo el sistema nervioso por cuantos poros y vasos *bibulos* presenta la superficie interior de todo el estómago y dilatado canal intestinal. Estos son justamente los casos de recurrir al uso frecuente de las lavativas hechas con la masa fermentada de la misma especie naranjada disuelta en agua hirviendo; porque siendo el fin esparcir un vapor quinoso por todas las entrañas, seria contra el intento mezclar á tales ayudas cualesquiera otras drogas; y ningunas serian mas nocivas que las purgantes. No se ha de aflojar un punto hasta conseguir por este método librar al enfermo del nuevo insulto, para sugetarlo despues al mismo régimen de convalecencia que dispusimos antes.

Llegamos á los casos demasiado frecuentes de hallarse las intermitentes en cuerpos mal dispuestos. No podemos aquí prescribir un método tan general como el anterior, ni extendernos á otros tan circunstanciados como parece lo exîgirian las posibles complicaciones que diariamente ofrece la práctica de estas enfermedades en todas las regiones. Bastará por ahora exponer nuestras ideas en los casos mas comunes; y en su inteligencia no será dificil adaptarlas á todos los posibles, gobernándonos por los conocimientos anteriormente declarados acerca de las virtudes peculiares á las especies oficinales, y los que podrán deducirse de otros puntos que iremos tocando en los restantes artículos. Reducien-

do pues á dos ramas principales las intermitentes complicadas, colocaremos en una todos los casos en que de nuevo acometen las calenturas á personas mal sanas y acometidas de algunas enfermedades antecedentes; y en otra los mas comunes, en que las mismas calenturas han producido males originados de yerros del paciente, ó de remedios mal aplicados; y estas son las vulgarmente conocidas con el título de pertinaces y rebeldes.

Aseguramos desde luego que en ninguna de las tales intermitentes, á excepcion de las malignas, se ha de intentar á los principios la curacion con la especie naranjada, ó lo que viene á significar lo mismo, no se debe proceder de golpe á cortar esas calenturas, como ciertamente lo egecutaria el antídoto con grave perjuicio del enfermo. Aquí vienen muy bien, y en este punto estamos todos de acuerdo, aquellas cautelas juiciosamente inventadas por los sobresalientes prácticos; pero seguramente se habia ignorado, que para no perder tiempo y dirigir mejor las curaciones teniamos muy aventajados recúrsos en las otras especies. En efecto, introduciendo en nuestra práctica estos poderosos auxîlios, al paso mismo de irnos oponiendo directamente á las causas ocasionales que residen en el conjunto de varios males, no deja tambien de combatirse indirectamente la causa predisponente en fuerza de las propiedades comunes á todas las Quinas. La felicidad que debemos esperar de la nueva práctica, no solo consiste en elegir la especie indicada por el conocimiento anterior de sus virtudes eminentes, sino tambien en determinar mejor las drogas medicinales que se le deben asociar, segun lo pidan las circunstancias particulares. No podemos dar aquí reglas generales, que igualmente nos obligarian á tratar de sus muchas excepciones; mucho menos emprender un tratado completo de medicina práctica: bastará el buen tino del profesor á desenvolver nuestras ideas, apoyándolas en los preceptos

de la teórica y práctica de la ciencia médica.

No obstante, si hubieramos de aventurar alguna, la reduciriamos á ésta como la mas general: la Quina amarilla debe ocupar su lugar con preferencia en las intermitentes complicadas con vicios antecedentes; pero la blanca en las rebeldes. Proponemos esta regla con toda la generalidad, que puede permitirlo el número ilimitado de complicaciones posibles. En el concepto de que por la propiedad purgante de la amarilla con la de su sobresaliente amargo acibarado admite mejor esta especie la combinacion de cuantas drogas aperitivas, catárticas y estomacales se le quieran agregar, segun el principal y mas comun intento de desobstruir, purgar y fortalecer; la reputamos como la mas conducente á llenar las indicaciones principales ó accesorias en los vicios crónicos, para remediar con la brevedad posible los humores viciados en toda la masa, no menos que las pervertidas funciones digestivas. Por el contrario, en las intermitentes rebeldes no tanto se ha de atender á desobstruir y evacuar de pronto, cuanto á enmendar con la debida lentitud las profundas raices que echaron en las entrañas, y restablecer la libertad de la transpiracion por la combinacion de la zarza, que admite admirablemente la Quina blanca, sin que resista la compañía de algunas drogas apropiadas á las urgentes indicaciones. Mucho mas raros son los casos en que conviene el uso de la Quina roja. Su eminente astringencia no solo no favorece aquella comun indicacion en los casos de que vamos tratando, de ablandar los sólidos, adelgazar los líquidos y disponer su evacuacion, sino que muy al contrario, se le opondria directamente causando los efectos funestísimos de mantener y aumentar las obstrucciones. Con todo eso no dejarán de ocurrir algunos en que la debilidad de la fibra y abundancia de serosidades y humores linfáticos, por complexion ó vicio adquirido en niños y jóvenes, in-

diquen el uso de esta especie, que cuadrará oportunamente, con tal que no haya la menor sospecha de obstrucciones tan familiares en las edades mayores y mas avanzadas.

Sea la que fuere la especie indicada en consecuencia de estas ideas generales, quisieramos que sus tisanas se administrasen á todos los enfermos sin nuevas alteraciones contrarias á la sencillez de nuestro formulario, y sin la mezcla de otras drogas que las hicieran repugnantes y fastidiosas. Importa mucho familiarizar las gentes con ideas mas favorables de las que tienen de la Quina. Nuestras fórmulas le han conciliado, sin detrimento de sus virtudes, el sabor mas agradable en lo posible, para que los paladares enfermos, á quienes es justo contemplar, por repugnarles hasta el alimento mas gustoso, admitan sin tanto horror el uso frecuente de una corteza tan fastidiosa, y resistida por su ingratísimo amargo. A este intento se ordenarán en forma de electuarios opiatas ó pildoras los remedios convenientes, que podrian todavia desfigurarse mejor en las masas fermentadas de la misma especie de Quina, cuya tisana se administrará por separado.

Habiamos reservado para este lugar le resolucion del problema tan controvertido entre nuestros prácticos si conviene asociar purgantes á la Quina, ó abstenerse de ellos durante el uso del febrífugo, y todo el tiempo de convalecencia. Sydenham abrazó este último partido con tanto empeño, que estableció por máxîma prohibir hasta el uso de la mas simple lavativa. Veamos sus mismos términos con que la prescribe. "Se ha de advertir »que aunque tratando en otra parte de las calenturas »intermitentes, aconsejé que no se omitiese la diligencia »de purgar al enfermo despues de vencida la enferme»dad; quiero que se entienda esto solamente de aquellas »calenturas que faltaron espontáneamente, ó se ahuyen»taron por otros remedios ó métodos diversos del que

»practicamos con la corteza peruana. Este último ni ne»cesita ni sufre los purgantes. Tan eficaz y poderosa es »dicha corteza sin el auxîlio de los catárticos, que no so»lamente corta los paroxîsmos, sino tambien enmienda »la *discrasia* que ellos causaron en el cuerpo. Por tanto »se deben evitar cualesquiera evacuaciones; pues el ca»tártico mas suave, y aun tambien una sola lavativa de »leche azucarada, ciertamente pone al enfermo en peli»gro de ser nuevamente acometido y caer en la misma »enfermedad (*)." Desde aquellos hasta nuestros tiempos se nos repite en los libros esta máxîma, y los prácticos la observan rigorosamente, ó la quebrantan, segun la buena fé con que la recibieron de su autor, ó los estrechos lances que los obligan á desampararla. En efecto, llegaron otros á mirarla con tanta desconfianza, que hicieron regla casi general unir los purgantes á la Quina.

El arriba mencionado anónimo ha esforzado esta práctica; y ha logrado atraer á su partido innumerables profesores á pesar del miedo que se tenia de la Quina con los purgantes por la sospecha de salir aquella con estos, y por lo mismo incapaz de obrar sus efectos. Ellos reclaman á su favor la esperiencia. Oigamos al autor citado. "No es menos necesario mantener el vientre mo»deradamente suelto en todo el curso de la curacion; »porque llevándolo así blandamente, como si fueran es»pontáneas las evacuaciones, especialmente si en ellas »se arrojan los humores biliosos, se consigue destruir con »mayor facilidad la hoguera del mal. Así lo confirman »las observaciones: pues frustrado muchas veces el éxîto »de los febrífugos, se logra por lo comun asociándoles »los remedios laxântes. . . . Verdad es que esta prácti»ca se opone á la opinion de muchos que tienen por pe»cado mover el vientre en todo el curso de la enferme»dad; y aseguran con el testimonio de Sydenham que

(*) Sydenh. epist. respons. pág. 386.

»repetiria la calentura ya curada, luego que se purgára el »enfermo; pero esta opinion carece de fundamentos (*)." Nuestro Alsinet versadísimo en la práctica de las periódicas, y cuyo testimonio puede contrapesar en esta parte al de Sydenham, ha preferido tambien este método y decide que "la Quina obra con mas seguridad cuan»do mueve algunos cursos; y aun es práctica corriente »de los buenos médicos mezclarla en ciertas ocasiones »algun purgante &c. (**). . . . El miedo de que los »purgantes, y lo que es mas las ayudas, sirven de al»borotar y hacer revenir las periódicas curadas con la »Quina, no se funda realmente en la esperiencia. Yo »por lo menos he esperimentado muchas veces lo con»trario, y que la Quina asociada con cierto purgante en »sus particulares casos, cumple con mayor eficacia y fi»delidad (***)."

Tales contradicciones son semejantes á otras muchas acaecidas en la práctica del febrífugo. Cada partido alega la esperiencia en su favor; y por consecuencia necesaria se perpetuan sin término las disputas, y se mantienen las opiniones diametralmente opuestas sin esperanza de poder conciliar ambos partidos. Celebramos haber llegado la ocasion de dar un testimonio en favor del justo aprecio que hacemos del benemérito profesor inglés, cuya reputacion no hemos pretendido vulnerar en nuestras anteriores reflexîones, puramente dirigidas á desterrar en lo posible las preocupaciones y yerros inculpables. Gobernada nuestra pluma por el bien de la humanidad y el crédito de la profesion, en edad y circunstancias las mas favorables á conservar en nuestros escritos la imparcialidad y debido respeto á los sábios de todos los siglos y naciones, nunca la hemos em-

(*) De recondita febrium &c. Lib. 2, cap. 5.
(**) Nuevas utilidades &c. §. 39.
(***) Allí mismo §. 31.

pleado ni emplearemos en delinear borrones que puedan empañar la bien merecida estimacion de autores tan esclarecidos. Tenemos pues sobrados fundamentos para disculpar al ilustre Sydenham en este punto con la satisfaccion de aprobar igualmente la práctica del opuesto partido. Todos alegan con razon la esperiencia; pero no pudieron descubrir el origen de unos efectos tan contrarios. Veámoslos ya naturalmente deducidos de la sucesion, y alternativas casuales de las tres especies llevadas á Europa sin conocimiento del comercio, ni advertencia de los profesores. Ellas nos suministran las luces necesarias para conciliar en un momento las contradicciones de todo un siglo.

Traigamos á la memoria que Sydenham hizo su práctica participando de las dos épocas de Quinas naranjada y roja; que obrando aquella directamente sobre el sistema nervioso, y ésta indirectamente, sin la propiedad de combatir ninguna de ellas las causas ocasionales, residentes en las primeras vias, como lo hace directamente la amarilla; era muy natural que cualquiera revolucion ocasionada en un cuerpo convaleciente por los purgantes y lavativas fuese bastante para escitar manifiestas alteraciones en los nervios, y renovar el paroxîsmo. Así debió esperimentarlo aquel ilustre profesor; y pudieron tambien observarlo todos los prácticos, que valiéndose sin conocimiento y sin arbitrio de las dos especies en sus respectivas épocas; se vieron obligados á seguir la opinion de Sydenham, dejándola propagada en sus escritos hasta la tercera época, en que substituida la amarilla, deja ya de observarse la repeticion de la calentura por el uso de los purgantes. Si no acabamos de admirar bastantemente la feliz casualidad de haberse permutado la especie roja por la amarilla en beneficio de las intermitentes complicadas, cuya introduccion sobre haber disminuido los funestos acaecimientos de la segunda época, ha facilitado tambien las nuevas tentativas; tampo-

co dejaremos de advertir su poderosísimo influjo en restablecer el crédito de la Quina, y en darnos las ideas mas exâctas para conciliar mil hechos de nuestra práctica, siempre dudosa y vacilante por el dilatado espacio de siglo y medio.

En el punto que ventilamos son manifiestas las ventajas que nos resultan del conocimiento de las especies. No conviniendo siempre administrar la naranjada, y raras veces la roja en las intermitentes; pero jamas unidas con los purgantes por resistirlos sus propiedades sobresalientes; siendo por otra parte indispensable en los casos mas frecuentes insistir en preparar y evacuar las causas ocasionales de estas calenturas, sin dejar de oponernos de algun modo á la predisposicion que reside en el sistema nervioso; fué mucha fortuna haber permutado las dos primeras especies por la benignísima amarilla, de cuya peculiar propiedad debian resultar operaciones muy diversas. Así es que los prácticos de esta época desconocieron, á pesar de las preocupaciones que hemos procurado combatir, aquel tropel de malas resultas atribuidas anteriormente al específico; ni pudieron hallar conformes las observaciones últimas con las primeras. ¿Quién no advertirá ya claramente que dotada de una blanda virtud laxânte, pero tan señalada y decidida que por el contrario carecen de ella las otras dos mas ó menos astringentes, admite ventajosamente la compañia de los purgantes para lograr, respectivamente á las épocas anteriores, curaciones menos inciertas y mas seguras?

En este concepto no dudo afirmar que cuando se emplea en las intermitentes la Quina naranjada, ó se juzgare conveniente alguna vez la roja, ni deben mezclarse con purgantes, ni solicitar evacuacion alguna vencida la enfermedad. Ellas obraron mas ó menos directamente sobre el sistema nervioso, dejando intactas las causas ocasionales en aquel estado en que las halló el uso del específico. Al contrario, empleada la especie ama-

rilla se combaten con ella directamente las causas ocasionales, que solo pueden rendirse al método catártico, como lo comprueban los eméticos y purgantes administrados de intento; y tambien las estraordinarias evacuaciones sucedidas por casualidad, ó el empirismo. De aquí proviene que uniendo algun purgante á esta especie, como regularmente se ha practicado en la tercera época, se lograron efectos maravillosos del específico, se pudieron precaver los males succedaneos á la indebida administracion de la naranjada y roja, y finalmente que vencida la enfermedad por este método, aunque se haya repetido el purgante cuando se creyó necesario, en la convalecencia no han recaido los enfermos por esta causa. En esta incontestable observacion se fundan los sobresalientes prácticos, que oponiendo á la constante esperiencia de Sydenham la suya, se apartaron de aquella máxîma. Queda pues resuelto el problema por la distincion de las especies, y disculpados los partidos por haberla ignorado.

§. VII. Insinuamos antes muy de paso las felices tentativas del quinista mas atrevido del siglo pasado el ingles Morton, empeñado en introducir el uso de la Quina en las calenturas *sinecales*, viruelas y otras enfermedades crónicas. Indicamos allí la séria, é igualmente modesta censura que le hizo Van-Swieten por su demasiada liberalidad en recetar el específico, sin que le hubieran servido de disculpa en su concepto las limitaciones con que lo practicaba, ni su declarada oposicion en muchos casos, en que posteriormente se han empleado con favorables sucesos. Lo cierto es que Morton y sus inmediatos sucesores lejos de contar con su virtud antiséptica, que no conocieron, como oportunamente lo advirtió Van-Swieten, se fundaron solamente en la febrífuga: de modo que gobernados por esta idea, pasaban á ordenarla con alguna confianza luego que podian asegurarse de las remisiones periódicas, aunque fuesen muy

confusas. Tenemos sobradas razones para no aprobar el plan sistemático del profesor inglés en órden á la division de calenturas, ni á consecuencia las ideas hipotéticas con que pretende ampliar y restringir los límites del antídoto; mas no por eso dejarían de ser muy dignos de alegarse los escelentes monumentos depositados como fruto de su práctica en sus preciosas obras, si nos lo permitiera la brevedad de este discurso. Lo volveremos á decir en honor de un profesor tan benemérito: fueron tan felices sus atrevimientos en el manejo de la Quina, que sus escritos han suministrado copiosas luces para estenderlo á muchas otras enfermedades, en que se creyó á los principios ineficaz, ó positivamente dañoso tan precioso remedio.

A pesar de los esfuerzos de Morton, y de las pasajeras tentativas de Rushwort en los bubones pestilenciales de su armada, no descubrimos en toda la época de la Quina roja monumentos que prueben señaladamente su administracion en el aumento y estado de las calenturas continuas con inflamacion ó sin ella. ¿Ni cómo podian intentarse empresas tan atrevidas, cuando por toda ella reinaron las continuadas desgracias que mencionamos antes, en las calenturas intermitentes á que se creyó generalmente limitada la eficacia del nuevo antídoto? No por eso debemos persuadirnos á una constante aversion á la corteza entre los prácticos, cuyos deseos de salvar la vida de sus enfermos en los lances mas terribles y desesperados no dejarian de sugerirles su administracion pasada la fuerza del mal, y luego que pudieron advertir las remisiones periódicas que gobernaron á Morton. Hallamos en efecto no pocas observaciones, pero tan desenlazadas, confusas, y las mas de ellas tan dudosas, que apenas servirian á formar reglas seguras en la práctica. La empresa era ciertamente muy difícil y arriesgada en la época en que dominaron las remesas de una especie incendiaria y mortal en cualesquiera tiempos

del mal, y en aquellas calenturas que no fuesen malignas, de supuracion y gangrena. A estas limitamos la eficacia de la Quina roja con la misma confianza con que aplicamos la amarilla á las pútridas, y á las inflamatorias la blanca, administrando desde luego y en todo el curso de la enfermedad sus apropiadas especies.

Nada que pudiera parecersele al método de recetar la Quina á grandes tomas en las continuas, hemos descubierto en los fastos de la medicina hasta los tiempos del doctor Haen. Abrió nuevos caminos este habilísimo profesor contra el dictamen universal de los prácticos empeñados en sostener que cuando mas, podria convenir como fortificante al fin de esas enfermedades. Así se esplicaba á nombre de todos y á la misma época el célebre profesor de Paris Lieutaud. Hablando de la calentura pútrida nos asegura que "la Quina suele ser útil al fin de estas ca»lenturas como un *fortificante* capaz de auxîliar los ór»ganos debilitados por la violencia de la enfermedad; »pero no como *antiséptico*, segun lo piensan algunos »por ciertas esperiencias hechas en cuerpos inanima»dos (*)." Y tratando despues de la calentura maligna añade, "la Quina es necesaria muchas veces ácia su declinacion. »Repetimos que no hemos de contar con ella por su »cualidad *antiputrida*, y que se puede administrar como »un remedio *fortificante*, ó como un *estimulante* propio »á precaver ó curar la gangrena que suele acompañar »á esta enfermedad. Los que dan esta corteza. . . . en »las intermitentes malignas esponen sus enfermos á muy »grandes catástrofes. Tales remedios pueden tener lugar »solamente cuando la calentura maligna *despues de* »*quince ó veinte dias* toma el genio y carácter de la in»termitente, como se ve suceder en algunas constituciones »epidémicas (**)."

(*) Lieutaud precis de la Medecine, pág. 26.
(**) Allí mismo pág. 42 y 43.

Siendo pues enteramente nuevo el método del doctor Haen en las malignas, debe ocupar aqui un distinguido lugar por las copiosas luces que ha difundido de pocos años á esta parte en la curacion de las calenturas continuas. Despues de haber exàminado y probado en su práctica el referido profesor los principales métodos empleados desde la mas remota antigüedad hasta su tiempo; concluye que "casi todos ellos probaban bien, ó »por lo menos no dañaban, siempre que la enfermedad »no era verdaderamente maligna; pero al paso que ad»quiria un cierto grado de malignidad, he visto siem»pre con dolor que la mayor parte de tales métodos »eran insuficientes, y que el mal se les resistia. Me ví »pues obligado á buscar otro mas seguro y eficaz, como »lo es el que voy á proponer. . . . Empleo con el mejor »suceso la Quina administrada desde el momento en que »se declara la malignidad; sea despues ó antes de haber »aparecido las manchas, y aun tambien cuando se mani»fiesta desde el principio de la enfermedad.

»Mucho tiempo há que Morton guiado por una lar»ga esperiencia se atrevió á proferir que la Quina conve»nia, no solamente en las calenturas intermitentes y remi»tentes, sino tambien en todas aquellas que venian acom»pañadas de síntomas irregulares ó propensas á la malig»nidad, tanto en las enfermedades agudas como en las »crónicas. Unas proposiciones tal vez demasiado genera»les, y los escritos publicados entonces en Europa contra »el nuevo remedio, impidieron que no se hubiera hecho »todo el caso que se debia de las importantes miras de »Morton. Algun tiempo despues publicó el célebre Tor»ti su método de combatir las calenturas perniciosas por »medio de la Quina. Su grande reputacion le atrajo dos »adversarios dignos de su persona en Ramazzini y Man»get; pero hizo callar al primero por una respues»ta apologética con la satisfaccion de ver retractado al »segundo, despues de convencido por sus propias obser-

»vaciones de la eficacia del nuevo método.

»El sabio Cárlos Richa en sus epidemias de Turin »por el año de 1720 refiere haber empleado la Quina »como un escelente cardiaco en una especie de calentura »maligna, que se terminaba por soltura de vientre. »Aplaude tambien la corteza como un antídoto seguro »siempre que los humores degeneran en una disolucion »estraordinaria. Huxham y Pringle la usaron tambien »con buen éxîto; pero el primero no la administraba »sino despues del estado de la enfermedad, acompañán»dola siempre con los cardiacos y alexifarmacos. De esta »abreviada historia debemos inferir que nadie, cuanto »yo sepa, ha determinado hasta la presente ni la canti»dad, ni el tiempo preciso en que se debe comenzar á »darla. Me parece haberlo conseguido con la satisfaccion »de poder proponer las reglas siguientes.

»I. La Quina es el mejor cardiaco que pueda em»plearse en la debilidad, con que vienen acompañadas »las calenturas malignas. II. Es un alexifarmaco seguro »contra toda suerte de corrupcion interna ó esterna. »III. Parece tambien debersele la curacion de los sínto»mas mas terribles, que aparecen en estas calenturas, »como son las evacuaciones de sangre por cursos y ori»nas. IV. Auxîlia y sostiene la erupcion de las manchas, »conduciéndolas á su madurez. V. Precave las recaidas »que hacen perecer á un gran número de convalecientes; »é impide igualmente las metastasis que producen por lo »comun gangrenas mortales. VI. Mas para que la Qui»na obre tan saludables efectos, es necesario darla á »grandes tomas, continuándolas por largo tiempo; pues »así lo persuaden muchas observaciones. VII. He obser»vado tambien que nunca mejor se hacen las crisis, que »durante el uso de la Quina. VIII. Finalmente, tiene »la virtud no solo de moderar los muy grandes movi»mientos, y el calor excesivo, pero tambien de reani»marlos cuando están debilitados.

»De todo lo dicho debemos concluir que los dife-
»rentes métodos empleados contra las calenturas erupti-
»vas, que vulgarmente se llaman malignas, pudieron
»probar bien, siempre que estas enfermedades no estaban
»acompañadas de malignidad. Yo empleaba en ellas con
»buen éxîto los remedios antiflogisticos, diluentes, dul-
»cificantes, oleosos, ligeros cardiacos; pero tales casos,
»como insinuamos antes, no deben contarse en el nú-
»mero de enfermedades malignas. Se ha visto probar
»bien métodos diversos, y aun opuestos en diferentes
»constituciones epidémicas, cuya historia se conserva;
»pero en todos estos casos los médicos han temido siempre
»metastasis, y recaidas mortales. El uso de la Quina, que
»propongo, precave tales resultas; y la esperiencia me
»ha enseñado ser ella el antídoto mas seguro que po-
»demos emplear contra el último período de la ma-
»lignidad (*)."

Despues que el doctor Haen introdujo en Alemania el uso de la Quina á grandes tomas, y en cualquiera estado de las continuas malignas, se animaron otros sobresalientes prácticos de los demas reinos de Europa á extenderlo casi á todas las calenturas, señalándose en estas afortunadas tentativas los médicos ingleses. Con todo eso no acaban de convenirse todavia los profesores, intimidados por las frecuentes novedades que se suscitan acerca de la eleccion de esta corteza; de modo que no se han atrevido á establecer un método general de su administracion sobre principios que advierten á cada paso desmentidos por otros sucesos menos favorables. Cuando mas, se aventuran á sentir con Buchan que "hay razones para »creer que la Quina es un febrífugo muy universal, y »que se puede usar con utilidad en muchas fiebres, don-»de no es necesaria la sangria, ó que no hay síntomas »de inflamacion topica (**)."

(*) Journal de Medecine &c. septembre 1759, pág. 211, 224.
(**) Buchan: traduccion del Señor Alcedo, cap. 19, pág. 189.

En medio de tan fundados temores y recelos se abren nuevos caminos en nuestra Península. En efecto, parece que estaba reservada á nuestros médicos españoles, introductores del específico en Europa, la inmortal gloria de estender su administracion en abundancia y á grandes tomas á todas las calenturas sin exceptuar las inflamatorias. Ya hemos insinuado antes en varios lugares la nueva práctica de las opiatas, y las prodigiosas cantidades de Quina consumidas en las últimas epidemas, cuyas favorables resultas se han anunciado en nuestros papeles periódicos, y otros opúsculos sueltos, con que se ha dado razon al público de las nuevas tentativas de nuestro ilustre Masdevall. Hemos manifestado tambien con ingenuidad, y solo por el alto respeto que debemos á la salud pública, nuestros recelos acerca de su administracion en extractos y opiatas, al paso mismo que hemos elogiado las profundas meditaciones que han costado á sus célebres inventores Haen y Masdevall unos atrevimientos tan felices. Por desgracia carecieron ellos inculpablemente del conocimiento de las especies oficinales, y de su verdadera preparacion: de modo que mientras subsista la ignorancia de estos dos puntos cardinales no podrá alcanzar la humanidad todo el beneficio que se prometen hacerla los profesores mas aficionados á la Quina.

Aun en medio de esos inevitables errores ¿cuánto no se hubiera adelantado en cualesquiera de las épocas combatiendo con mas acierto el terrible azote de la peste? Debió prestarseles oidos mas favorables á los generosos clamores de Rushwort y Hecquet con el motivo de la peste de Marsella: y á la verdad que es este un punto demasiado importante para dejarlo en silencio, cuando pretendemos persuadir que apenas habrá calentura que se resista al buen uso de la Quina. Ignoramos la sensacion que causarian entre los sabios miembros de la sociedad de Londres los saludables avisos de Rus

hwort; pero sospechamos que estinguida la peste en la Provenza, dejaron de practicarse aquellas tentativas en Inglaterra. Tampoco en Francia merecieron gran concepto las instancias del doctor Hecquet en vista de la censura que hizo en este punto el ilustre Senac al lado de otros elogios bien merecidos. "El autor, dice el elegante historiador de las pestes de Marsella, es uno de »aquellos grandes médicos que han reemplazado en la »facultad de Paris los Fernelios, Duretos y Baillones.... »Sin embargo, no ha podido librarse de ciertas preocupaciones: *contaba demasiado con la Quina*, y temia »demasiado los purgantes (*)." ¡Tal es la suerte de »los juicios humanos! De modo muy diverso se hubiera esplicado Senac en nuestros dias.

Veamos cuales eran las imaginadas preocupaciones del sábio Hecquet. "Parece digno de la mayor admiracion el olvido que se ha tenido en el uso de la »Quina administrada desde los principios para la cu»racion de la peste. Todos los médicos están conven»cidos de la maravillosa y pronta virtud de este re»medio para curar las calenturas (intermitentes), ha»biéndose tambien estendido su aplicacion á las con»tinuas. El célebre Torti, uno de los grandes médicos »de la Italia, acaba de hacer ver su virtud específi»ca para curar en pocas horas las calenturas intermi»tentes tan malígnas, hasta el punto de matar al enfer»mo ácia la tercera accesion. Otros dos célebres prác»ticos en Inglaterra, Sydenham y Morton habian ma»nifestado antes de Torti el uso de la Quina en la »curacion de las calenturas horrorosamente malignas, »que sobrevienen algunas veces despues de la supura»cion de las viruelas. ¿Y no será este un paso dado »adelante para el uso de este remedio en casos peli»grosos y prontos que dejan al médico poco tiempo

(*) Traitè de la Peste pág. 78.

»para conocerlos? A éstos pertenece la peste, y des-
»de luego puede afirmarse que es una calentura malig-
»na tanto mas sobre las malígnas ordinarias, cuanto lo
»son estas respecto de las calenturas continuas. ¿Y qué
»inconveniente habrá en dar animosamente este reme-
»dio segun el método de Torti, mezclándole el nitro,
»y aun el opio, y tal vez los dos, el uno para com-
»batir el ardor de la sangre, y el otro para accelerar
»el efecto del remedio? ¿Serían empíricos los ensayos
»de esta clase? ¿No seria mas bien una práctica dig-
»na de autorizarse, habiéndose ya sabido por algunas
»relaciones que aprovechó la Quina en algunos enfer-
»mos de las últimas pestes; porque finalmente dege-
»neraron las calenturas de esos enfermos en continuas
»con crecimientos? Por lo menos este será un pensa-
»miento digno de que los médicos inflamados en los
»progresos de la profesion lo consultasen entre sí, es-
»pecialmente siendo acaso el punto mas interesante,
»y en que parece hallarse la medicina algo atrasa-
»da (*).

»Este seria el medio de poner en regla la medi-
»cina en cuanto al modo de tratar la peste, dándo-
»le la nueva forma que deseamos. En efecto, con el
»auxîlio de la sangría conseguimos ya sujetar el de-
»senfrenado curso de la sangre, poniéndola en estado
»de admitir mejor los remedios empleados para la cu-
»racion de las calenturas malígnas, que sabemos miti-
»gar y conducir al grado de dejarse domar por los
»remedios comunes, pero específicos en las enfermeda-
»des ordinarias. Así logramos amansar las calenturas ma-
»lígnas, rebatiendo su ferocidad por la sangria, y ha-
»ciéndole perder su malignidad para poderlas tratar con
»la Quina. Semejante método debiamos emplear en la
»peste; pues la sangria mudando el genio de esta fu-

(*) Allí mismo pág. 80 y 81.

»riosa enfermedad, podria someterla á la virtud de la »Quina. No es esta conjetura un ente de razon, pues »tenemos algunas observaciones de calenturas pestilen»ciales curadas con esta corteza. . . . y la debemos apo»yar mas en los felices efectos que ha obrado la espe»cie de Quina, llamada Cascarilla (chacarila, muy dis»tinta de la Quina), cuya virtud específica en una ca»lentura malígna epidémica de Alemania, acompañada »de exântemas por los años de 1694 y 1695, fue reco»nocida con preferencia á la Quina (*)."

Por no dilatarnos demasiado esforzando el nuevo método con que deberia tratarse una enfermedad que no hemos visto, y que por fortuna jamas ha visitado estas regiones, no menos felices en haber desconocido este azote de la humanidad, que en hallarse tambien libres de muchas epidemias mortales y frecuentísimas en otros paises de las zonas templadas; pasaremos en silencio algunos escelentes rasgos, sacados de esta historia y de otros autores, con que pudieramos afianzar nuestras ideas. Sin embargo no debemos omitir, tocándola siquiera de paso, la reflexîon hecha por Hecquet sobre el uso de la llamada propiamente Cascarilla en las calenturas pestilenciales. El célebre Federico Hoffman depositó en una muy instructiva disertacion, digna de leerse, los mejores monumentos con que se comprueban las admirables virtudes de la Cascarilla (**). Apino, Stahl, Juncker y el mismo Hoffman, todos de propia esperiencia, hacen los mayores elogios de esta droga. Tal vez intimidados como lo estaban todos en aquella época por las frecuentes novedades sobre la Quina, y seducidos por la analegía de la nueva corteza, como acaba de suceder en nuestros dias con la de Guayana ó de la Angostura, se atrevieron á darla en las calenturas continuas, aunque fuesen inflamatorias. Su señalada vir-

(*) Allí mismo pág. 105 y 106.
(**) Frideric. Hoffman. Supplem. secund. pág. 704 y 717.

tud calmante en las disenterías, diarreas, vómitos y otros síntomas turbulentos que suelen acompañar á las calenturas de algunas epidemias, abrió la puerta para reconocer su admirable eficacia en todo género de calenturas continuas con preferencia á las intermitentes. A pesar de tantos elogios y de la seguridad que siempre se tenia de la bondad y conocimiento de una droga no falsificada, ni confundida con otras especies de su género, como ha sucedido con la Quina, fue cayendo en tanto olvido que apenas se receta ya, ni se piden sus remesas. Puede provenir este silencio de la ambigüedad de su nombre vulgar, introducido indiferentemente en el comercio de dos remedios diversos, ó de que siempre vendremos á parar, y esto parece lo mas cierto, en que la Quina ni tiene equivalente ni deja de llenar mas cumplidamente los deseos de los grandes prácticos en los casos mas desesperados de cualesquiera epidemias. Por lo menos debe dudarse que en toda la época de la benignísima Quina amarilla se han hecho sus mas prodigiosos consumos sin acordarse casi los médicos de la Cascarilla: prueba nada equívoca de la superior eficacia de aquella, y de la mayor confianza con que debieramos aplicarla, ampliando mas sus límites. No dudamos que la Cascarilla sea un escelente remedio; pero quisieramos que todas estas cortezas análogas, como las de la Quina en sus cuatro especies oficinales, merecieran nuevos exámenes y nuevas tentativas bien dirigidas, especialmente en los horribles y desesperados males que afligen á la humanidad, si queremos dar grandes pasos en la práctica de la medicina.

Haciendo pues todas las combinaciones posibles de los monumentos conservados en nuestros fastos desde la felíz época de la introduccion de la Quina, relativamente á las calenturas continuas de que ahora tratamos; parece desde luego, como lo insinuamos en otra parte, que la idea formada sobre su virtud febrífuga con-

tuvo á los prácticos en tan estremada circunspeccion, que resueltamente condenaban su aplicacion á estas calenturas. Persuadidos generalmente á la necesidad de seguir los movimientos de la naturaleza, cuyo designio es preparar, cocer y disponer los humores morbosos hasta verificar su espulsion en los dias críticos, era muy natural dirigir toda su atencion á observar tales movimientos, disminuyéndolos, ó aumentándolos para conseguir estas crisis saludables. No es mas, ni debia ser otro, todo el plan de nuestra práctica, siempre limitada á los controvertidos puntos de sangrias, purgantes y demas remedios calmantes ó estimulantes á que se reduce la variedad de métodos que empleamos, segun el género y genio de las calenturas con el único intento de promover las crisis. Parecia, pues, que administrar la Quina desde los principios, era oponerse directamente á estos saludables pasos de la naturaleza, si cortaramos de una vez la calentura, que es el instrumento de que ella se vale para verificar el cocimiento y espulsion de los humores nocivos.

Muy buenas pudieron ser esta y semejantes teorías mientras careció la humanidad de otro remedio mas heróico; pero no deben serlo ahora que disfruta el beneficio de la Quina, y mucho menos sabiendo positivamente por repetidísimas observaciones, que léjos de suspender las crísis, admirablemente sirve á promoverlas. Si tambien reflexîonamos que administrada desde los principios, practicadas las preparaciones convenientes, y cortada en ellos la enfermedad, no llegará el caso en infinitas ocasiones de engendrarse tantos malos humores que se llaman morbosos, y pueden ser realmente productos de la misma calentura, como indubitablemente se engendran en las intermitentes, que comenzaron con el carácter mas benigno, si no las cortamos en tiempo, ó se abandonaron los pacientes á la naturaleza; es casi cierto que librariamos á nuestros enfermos de mayores

males, ni tendriamos necesidad de esperar todas esas crisis saludables, que no siempre suelen serlo.

Si por otra parte consideramos la analogía de las calenturas intermitentes con las continuas, aun en la misma teoría de Sydenham, que no sin fundamento creyó aquellas como verdaderas continuas repartidas en períodos: que la Quina se administra felizmente en las llamadas hasta ahora remitentes: que con igual felicidad se da el febrífugo en el curso del paroxîsmo de las intermitentes: que en los últimos tiempos se han ensanchado sus límites á las continuas, malignas y pútridas, sin esceptuar casos inflamatorios: que segun nuestras propias observaciones, apoyadas en la misma naturaleza, y en la observacion de autores clásicos, todas las calenturas son en su fondo verdaderas remitentes de períodos mas ó menos manifiestos; y finalmente, que en la distincion de las cuatro especies del febrífugo, y en su ventajosa preparacion tenemos auxîlios mas eficaces para combatir todas las calenturas en toda la estension posible de géneros, especies, climas, estaciones, epidemias y circunstancias particulares á cada individuo; es de creer que combinadas estas reflexîones logremos establecer un nuevo método, y que comience la humanidad, en recompensa de los anteriores atrasos y calamidades esperimentadas en siglo y medio por el uso indebido de esta corteza, á lograr de nuestra profesion los frutos saludables de la práctica mas sencilla que le anunciamos en la curacion de estas enfermedades tan universales.

Esplanadas ya nuestras ideas, é insinuadas las virtudes eminentes de las Quinas, no hay necesidad de dilatarnos en la esposicion del nuevo método, amontonando reglas particulares que todo sabio profesor sabrá formarse en su práctica. Las ceñiremos á estos puntos cardinales.

Conviene por lo regular el vomitivo en el principio de las calenturas agudas sin inflamacion, y en

algunas inflamatorias falsas, administrado y repetido segun las indicaciones y cautelas que prescriben los mejores prácticos. No ignoramos con cuanto empeño se controvierte todavia este punto, ni que se alegan razones y esperiencias para condenarlo en algunas especies de calenturas, y determinadas constituciones epidémicas, cuyo singular carácter se afirma resistir este remedio. Seria fuera de nuestro asunto y fuerzas sentenciar un pleito tan reñido; pero tendriamos por esceso de temeridad ó cobardía dejar de procurar algunos vómitos por el auxîlio benignísimo de la ipecacoanha en pequeña cantidad, cuya benéfica virtud, ademas de escitar el vómito y alguna soltura de vientre, se estiende tambien á la masa de los humores en todo el sistema vascular, como lo ha demostrado el sábio ingles Samuel Pye (*). Aun nos atrevemos á decir que convendria repetirlo en el curso de la enfermedad, siempre que en el aumento y estado se descubran los mas ligeros conatos; y á proporcion de la urgencia que manifiesta la misma naturaleza bien observada. ¿Acaso por este medio se intentan conmociones ni turbulencias, ni con mucho semejantes á otras prácticas verdaderamente crueles y temerarias? La absoluta necesidad de mantener siempre moderadamente libre el vientre en todas las calenturas no prueba menos la de solicitar la conveniente libertad del estómago, cuya limpieza por algunos vómitos procurados por los medios mas suaves, contribuye á prosperar la curacion. No hacemos mas que insinuar nuestras ideas; dejamos á los prácticos hacer las reflexîones convenientes sobre este punto no poco olvidado, y acaso de los mas interesantes para facilitar el buen éxîto de los remedios y alimentos que ha de recibir y preparar la principal oficina del cuerpo humano. La analogía de las

(*) Medical observations vol. 1, pág. 240 y 279.

contínuas con las intermitentes, en que prueba admirablemente el régimen catártico bien dirigido, suministra muchas luces para la mejor curacion de las enfermedades agudas.

El uso de los llamados en todo su rigor purgantes es seguramente mas sospechoso en los principios. Son espantosas sus malas resultas en cualquiera tiempo de la enfermedad, si por desgracia se yerra la indicacion. Po las llamadas minorativas interpoladas con los otros re-r medios se han declarado grandes partidarios; y tambien nos referimos en este punto á la insinuada analogía de las continuas con las intermitentes. Jamas habrá motivo de arrepentimientos en una práctica tan conforme con la economía animal, con tal que entendamos por minorativas las laxântes antiflogísticas ó antisépticas, y cuanto se dirija á mantener el vientre moderadamente suelto. Nuestras Quinas purgantes nos presentan buenos auxîlios, asociándoles algunas de las sales apropiadas.

No ha sido menos reñido el punto de la sangría. Aquí juegan á la par las teorías con las esperiencias Parece lo mas cierto, que aprobarla ó condenarla absolutamente puede ser empeño de capricho, ó de poca práctica; porque es imposible combinar en una regla general la especie de enfermedad, génio epidémico, clíma, estacion y circunstancias individuales del paciente. Todas estas miras han de gobernar en nuestra práctica: escribir y obrar sin ellas es dejarse dominar del espíritu de faccion y de partido. Condenar la sangría en las verdaderas inflamaciones sanguíneas, cuyo caracter es muy diverso del de las falsas y biliosas, tanto se opone á toda razon y esperiencia, como aprobarla en las calenturas putridas y malignas. Aunque parezca estraño volver á recordar en este punto el no pequeño influjo de la insinuada analogía entre continuas é intermitentes, debe disculparlo el legítimo derecho que conserva cada uno para comunicar sus ideas. Suelen hallarse algunos prin-

cipios tambien enlazados, que sería manifiesta injusticia confundirlos con los imaginarios de otros sistemas arbitrarios.

A consecuencia de estas reflexîones hay fundadas sospechas de prodigarse demasiado en Europa la sangre del género humano. No queremos regular ni corregir con entusiasmo la práctica de las zonas templadas en órden á las sangrías por la de nuestros diversos climas entre los trópicos; pero la dilatada esperiencia que nos ha proporcionado nuestra práctica en diferentes paises, cuyos suelos bajos, intermedios y altos con diferencias relativas entre sí, desde ninguna hasta tres mil varas de altura perpendicular sobre el nivel del mar forman los temperamentos ardientes, templados y frios casi iguales en todo el año, nos ha enseñado á desprendernos de muchos preceptos que aprendimos y practicamos en Europa. Aquí tenemos una imágen de las cuatro estaciones, cada cual poco variable en su respectivo suelo, y en ella una série casi no interrumpida de las enfermedades que le son propias. Estas acometen á cuerpos anteriormente dispuestos con productos de una fibra laxâ, con una masa de humores disueltos y biliosos dominantes en los estíos, haciendo el fondo de los males agudos, y crónicos en suelos bajos: y al contrario á los dispuestos con productos de una fibra elástica con una sangre gruesa y flogistica, dominante en los inviernos, formando los males de los suelos altos. Así como es rara la enfermedad aguda que permita pasarse sin la sangría en los paises altos, no es menos rara la que la sufre en los bajos: de modo que tenemos por máxîma fundamental de nuestra práctica abstenernos, ó usar de la sangría por este principalísimo respecto; y aun cuando la ordenamos, no podemos esceder de dos ó tres sangrías regulares, y rarísima vez sufren cuatro los casos mas urgentes de las verdaderas inflamaciones. De aquí podrá inferirse la so-

briedad con que debe derramarse la sangre humana en los restantes climas de nuestra zona; y tal vez pudieran ellos servir de algun modelo en los demas de las zonas templadas y frias. Hay que advertir mas en este punto. El uso de la Quina oportunamente introducido en la práctica, administrándola sin pérdida de tiempo, despues de hechas las preparaciones convenientes, dispensará muchísimas veces de esos sangrientos sacrificios tan caros á la humanidad. Mil amputaciones, y otras mil operaciones dolorosas precave la cirugía de un siglo á esta parte, cuando sabe aprovecharse de la eficacia infalible de la Quina en las supuraciones y gangrenas gobernada por el maravilloso descubrimiento del benemérito Rushwort: ¿y á su imitacion no podrá tambien precaver la medicina mil sacrificios, y mil desgracias en las enfermedades internas?

Practicadas pues esas prévias preparaciones, no se ha de perder el tiempo en investigar demasiado la especie de calentura que combatimos, cuando sabemos muy bien la dificultad que cuesta en los principios reducirla á su verdadero género. Esceptuamos las inflamatorias que suelen venir mejor caracterizadas; y tambien las de algunas constituciones epidémicas, cuyo génio bien conocido de antemano, nos presenta desde luego los caracteres sobresalientes del género á que pertenecen casi todas las de la epidemia reinante. Por lo que toca á las demas confesamos que flaquean todavia los mas bien pensados sistemas nosológicos; y que tenemos por demasiado dificil reducir en los principios al género y especie de tales sistemas la calentura que se nos presenta. Tal vez habrá mucho que disminuir de los géneros y especies que describen los autores, y reducirán mejor nuestros sucesores á puras variedades de pocas especies. Permítasenos esta congetura mientras podemos asegurar que por fortuna nada perjudican esas teorías á nuestra nueva práctica. En efecto, el carácter general de una putre-

faccion mas ó menos intensa, que hallamos en todas las calenturas, nos ofrece la idea mas sencilla de comenzar á combatir la enfermedad con el auxîlio de la especie de Quina amarilla, que eminentemente egerce su imperio en la masa de los humores; y por entonces no se opone al uso mas directo de la roja en las malignas, ó de la blanca en las inflamatorias cuando se descubran mejor sus verdaderos caracteres en el curso de la enfermedad.

Observada, pues, esta regla fundamental, se ordenarán sus tisanas á grandes y frecuentes tomas. La cantidad de media libra que señalamos para un cuerpo grande y muy sediento, repetida cada tres horas, servirá de regla en lo general para manifestar nuestra práctica, que variamos segun las circunstancias de los pacientes. El justo aprecio que hacen casi todos los prácticos de nuestro siglo en orden al uso de ácidos vegetales, y aun de los minerales preferidos por otros, no lo hallamos inferior en el vinagre de nuestras Quinas. Se ha de ordenar mezclándolo á cucharadas suficientes con azucar en las tisanas, ó reducido anteriormente á jarabe: pues de cualquiera de estos modos resulta una bebida grata, ó por lo menos tolerable al paladar del calenturiento mas delicado.

Es igualmente importante mantener la moderada libertad del vientre por medio de las lavativas de la Quina fermentada en el punto de vinagre, y en la forma que dejamos insinuada en su lugar; repitiéndolas con mas ó menos frecuencia segun lo indicaren las circunstancias particulares. En las instrucciones que habiamos franqueado en otro tiempo, descubriendo el misterio de las cuatro especies, pero reservándonos por justas causas el secreto de nuestra preparacion; insistiamos en la necesidad absoluta de elegirlas con separacion para el uso de las lavativas. Era tan esencial entonces esta advertencia, como lo seria siempre que

subsista el empeño de administrar la Quina en toda su substancia; porque la roja verdaderamente incendiaria y abrasadora de las entrañas es perjudicial en los casos de inflamacion, obstrucciones, y otros males procedidos de la fibra rígida y elástica en complexîones ardientes. Ni deja de serlo proporcionalmente la naranjada en iguales circunstancias. Supuesto ya el conocimiento de nuestra preparacion, aseguramos que los sedimentos procedentes de todas las fermentaciones de las cervezas y tisanas pueden aprovecharse mezclados sin distincion, y sin escluir los de la roja y naranjada. No hay que recelar por mas casual y tumultuaria que sea esta mezcla; porque el nuevo tránsito de estas substancias quinosas al estado de vinagre, modifica la virtud eminentemente astringente de la roja, debilitada no poco por la compañía de las otras especies. Tan justo es introducir en las oficinas á beneficio de pobres y ricos las economías posibles por los inmensos consumos que han de soportar nuestros montes de América; como facilitar en ellas el manejo de nuestras fórmulas.

A consecuencia de esta bien reglada soltura de vientre no habrá tanta necesidad de recurrir á las llamadas minorativas, ni molestar á los enfermos con drogas tan variadas. Por nuestro método de tisanas y lavativas se conserva continuamente en todo el canal intestinal un líquido que embalsama por su virtud antiséptica, y arroja fuera del cuerpo casi por sí mismo, como si dijeramos mecanicamente, sin movimientos violentos de la economía animal, la inmensa podredumbre de los humores anteriormente depositados en todo el canal y entrañas adyacentes, y posterioriormente alterados por la calentura. A este intento es sumamente importante el uso continuado de los fomentos del mismo vinagre aguado en toda la region del vientre: práctica no menos provechosa á los enfermos que á los asistentes, que juntamente gozan de una atmós-

fera menos impura, y continuamente corregida por los saludables vapores de este vinagre doblemente antiséptico. Por una práctica tan sencilla podemos precaver en tiempo aquel llamado *meteorismo* de las entrañas; mil depósitos que en ellas engendran síntomas succedáneos; y mil catástrofes que no esperabamos en los principios de las calenturas mas simples y benignas. Ella finalmente nos dispensa de la fastidiosa, y á veces perjudicial, de unturas, cataplasmas y demas apositos repetidos, variados y vueltos á inventar de mil maneras segun el capricho de los charlatanes, y forzada condescendencia de los mismos profesores con sus enfermos y asistentes.

§. VIII. Apuntamos antes muy de paso en la segunda parte los motivos que indujeron al célebre profesor de Edimbourg Alejandro Monró á intentar el uso de la Quina en las viruelas. No fue ciertamente la idea de su virtud febrífuga la que lo gobernó en tan felices atrevimientos como habia dirigido á su precursor Morton muchos años antes, en que dió principio á esta práctica. Otra idea mas bien fundada en la virtud antiséptica de la Quina volvió á renovarla; y en ella apoyó sus reflexîones Monró, segun él mismo lo confiesa cuando hizo público su descubrimiento. " En todas las gangrenas en que »dí la Quina con buen éxîto observé que causaba una »loable supuracion; la que degeneraba al instante que »cesaba el uso del remedio; pero volvia á mejorarse luego »que se continuaba la Quina. Esta observacion me hi»zo pensar á mí como á otros, que este remedio po»dria convenir tambien en las úlceras de malas supura»ciones. En efecto, la esperiencia ha comprobado es»ta bien fundada conjetura; y tanto, que en fuerza de »ella se ha propagado por toda la ciudad el uso de »la Quina en tales casos como un remedio general.

»Este efecto de la Quina que consiste en procu»rar una suave y blanda supuracion, me hizo tambien

»pensar que podria convenir en las viruelas de mal ca-
»rácter; ó ya cuando la supuracion de las postillas no
»se forma tan buena como debe serlo; ó ya cuando
»en ellas aparecen señales que amenazan la gangrena.
»Tuve ciertamente la satisfaccion de ver en muchos en-
»fermos, á quienes administré el remedio, que el suceso
»correspondió á mis esperanzas. Las postillas que se
»habian antes aplanado volvian á levantarse, llenándo-
»se de materia: ésta suelta y serosa se convertia en es-
»pesa y blanca: las manchas moreteadas insensiblemen-
»te se hacian amarillosas, hasta que finalmente desapa-
»recian: y las postillas comenzaban tambien á ennegre-
»cer mas presto de lo que debia esperarse. Luego que
»estuve asegurado lo bastante de los saludables efec-
»tos de la Quina en las viruelas, lo participé á otros
»prácticos de la ciudad, y entonces supe que habién-
»doles ocurrido á algunos de ellos el mismo pensamien-
»to se determinaron á practicar las mismas tentativas,
»que produjeron favorables efectos. Despues recibí gra-
»cias de mis amigos en la provincia, á quienes habia
»recomendado esta práctica.

»A los principios seguí la regla de administrar
»la Quina en cocimiento; y despues la varié dándo-
»la en extracto. Posteriormente confiaba mas en la
»corteza reducida á polvo fino, que mezclaba con al-
»gun jarabe cordial disuelto en agua destilada aromá-
»tica, variando esta composicion segun el gusto del
»enfermo. Daba la Quina en esta fórmula prescribien-
»do su cantidad desde diez hasta cuarenta granos ha-
»ciéndola reiterar de cuatro en cinco horas.

»Era muy frecuente hallarme embarazado en mu-
»chos casos por la repugnancia de los niños; y desen-
»gañado de poder continuar en ellos el remedio por
»la boca, á pesar de todas las invenciones con que
»pretendia desfigurarlo; temiendo por otra parte que
»se negasen á toda comida y bebida por el recelo de

»padecer tambien en los alimentos algun engaño, to-
»mé la resolucion de administrar la Quina en lava-
»tivas. En tales casos hacia limpiar primero los in-
»testinos gruesos por otra lavativa laxânte, y despues
»ordenaba la de Quina, que se componia desde media
»hasta dos dracmas de su polvo desleido en leche ti-
»bia. Si el enfermo la arrojaba prontamente, mezcla-
»ba en las siguientes un poco de diascordio, ó del
»jarabe de adormideras, haciéndolas repetir á mañana
»y tarde, y á veces con mas frecuencia.

»Hasta la presente no he dado la Quina sino des-
»pues de haber salido las viruelas, y he continuado
»dándola sin interrupcion hasta que estuviesen entera-
»mente secas. Con todo eso estoy firmemente persua-
»dido por los efectos que le he visto producir, mi-
»tigando los síntomas de la calentura, que si la dié-
»ramos en el tiempo de la erupcion, contribuiria mu-
»cho esta práctica á suavizar el mal, haciendo las vi-
»ruelas de una especie mas benigna."

No ocultaremos que este célebre profesor concluye su importantísima memoria confesando con ingenuidad que "á pesar de unos sucesos tan felices no miro esta »práctica como tan universal, infalible y única que sea »la Quina el remedio solo en que se haya de poner »toda la confianza en la curacion de esta enfermedad. »Lejos de pensar así debo asegurar, que le he visto »faltar mas de una vez tanto en las gangrenas, como »en las virnelas." ¿Y cuál es el remedio, como tambien lo confiesa nuestro autor, por mas heróico que sea, y por mas bien indicado que lo ordenemos en nuestra prática, de que no se burle alguna vez el mal mucho mas poderoso que el remedio, por algunas circunstancias imprevistas, ó absolutamente incapaces de advertirlas el profesor mas instruido?

Hecha esta salva digna de todo profesor amante de la humanidad y de su honor, cuando se publican

nuevos descubrimientos; propone las cautelas, exceptuando los casos que resisten en su concepto el uso de la Quina. No disimularemos transcribirlas con el fin de manifestar el poderoso influjo que hacen hasta en los propios descubrimientos las preocupaciones envegecidas. En nuestro autor no las podemos atribuir á la especie de Quina que administraba en la época de la roja, que es justamente la que recomendamos en todas las calenturas eruptivas. Este carácter es el sobresaliente de una malignidad mas ó menos intensa, y la que no combatida desde los principios con su verdadero antídoto, dispone al *esfacelismo* universal en que acaban los enfermos.

"No consentiria pues en administrar la Quina, pro»sigue el autor, á los virolentos. I. Cuando se hallan »los pulmones embarazados: pues he observado algu»nos enfermos á riesgo de sufocarse despues de haber»les dado una pequeña porcion de este remedio. »II. Cuando se omiten los demas remedios, cuya uti»lidad ha confirmado la esperiencia segun las diversas »circunstancias de la enfermedad, por atenerse sola»mente á la Quina. III. Cuando la calentura se ma»nifiesta con pulso levantado, lleno y duro, acompa»ñado de una respiracion trabajosa, y de inflamacion »en el cerebro; suceda esto en el tiempo de la erupcion, »ó en el de la calentura secundaria: síntomas que no »podria moderar la Quina, sino la sangria. IV. Cuan»do el estómago y los bronquios se hallan cargados de »una flema espesa, que no puede desembarazar ni es»peler la Quina; como lo hace el vomitivo. V. Cuan»do acompaña una tension espasmódica de todos los »sólidos, que no podria calmar la Quina, ni menos »relajar el tejido de la piel para facilitar la elevacion de »las viruelas, como lo hace el baño caliente. VI. Cuando »se manifiesta el pulso concentrado, oprimida la natura»leza por la grande copia de humores glutinosos, que

»no puede adelgazar ni espeler la Quina, como suele ha»cerlo la irritacion de los vegigatorios, y la supura»cion ocasionada por estas llagas artificiales. En una »palabra (concluye así el autor su memoria), no es »otra mi intencion que recomendar el uso de un es»celente remedio con la mira de ayudar á la naturale»za en las saludables operaciones que llamaban los anti»guos *cocimiento* y *maduracion de la materia morbifica*, »cuyos efectos son moderar la calentura, y escitar una »blanda supuracion: efectos, que á la verdad son de »grande ventaja en la curacion de las gangrenas, úlceras »y viruelas (*)."

Nos ha parecido conveniente alegar de una vez las limitaciones hechas por el autor de tan útil descubrimiento, en atencion á que podrian objetarse las mismas á las otras calenturas *eruptivas* en que han solido recomendar posteriormente algunos pocos profesores el uso de este remedio. Satisfaremos tambien de paso á unos cargos, que no dejarian de hacerse á la nueva práctica que intentamos establecer. A la verdad hay fundamentos bastantes para sospechar que el benemérito Monró se dejó impresionar demasiado de las máxîmas generales esparcidas contra la Quina en todos los autores; que abultaron el número de cautelas en fuerza de su inculpable ignorancia sobre la naturaleza, preparacion y usos de esta misteriosa corteza. Tales fueron las causas de no haber llevado á su última perfeccion los descubrimientos que ofreció mas bien la casualidad, que el uso recto de la razon á los profesores, cuyas tentativas lo mas felices en lo posible en medio de tantas tinieblas, llenarán de agradecimiento y admiracion á nuestros sucesores en los siglos venideros.

Habiendo, pues, asegurado como principio fundamental de la nueva práctica, que la especie de Quina

(*) Essais de Medecine de la Societè d' Edimbourg tom. 5, art. 10, pág. 115, 124.

roja le proporcionó á Rushwort la feliz casualidad de curar con ella los apestados de su armada, y posteriormente la de atajar los progresos de las gangrenas; no hemos dudado en deducir de las mismas combinaciones; que Monró tuvo tambien la suya en administrar la especie mas apropiada á las viruelas. En este supuesto quedan desvanecidas cualesquiera dudas sobre la calidad de la especie aplicada; bien que siendo ella la mas activa é incendiaria, cual conviene en casos tan ejecutivos de combatir la malignidad, solo pudiera atribuirsele á las demas la insuficiencia, ó demasiada lentitud en corregir el esfacelísmo universal, que amenaza á tales enfermos; pero no mayores daños que los ocasionados por la indebida administracion de la roja en otros males fuera de su esfera.

Inferimos de aqui que los efectos poco favorables que motivaron las limitaciones de Monró, pudieron provenir de sus infundados recelos, atribuyendo sin bastante discernimiento al remedio las mismas resultas observadas á cada paso en los virolentos que no tomaron la Quina. ¿Ni quién podrá persuadirse, á no estar igualmente preocupado, que una pequeña porcion del remedio fuera capaz de sufocar á sus enfermos como lo asegura en su advertencia primera? Sabemos ya positivamente que la Quina lejos de atajar, mas bien promueve las crisis. Sabemos que ella, lejos de impedir la espectoracion en las inflamaciones del pecho, la ha facilitado, si se ha tenido la constancia de insistir en su debido uso. El defecto que falta por corregir en las prácticas anteriores consiste en haberla administrado en polvos; y mejor le hubiera salido al profesor Escocés no haberse apartado de su práctica primitiva, por la falsa idea en que posteriormente incurrió, de juzgar como preparaciones débiles los cocimientos y extractos, que harian probablemente mas felices sus primeras tentativas.

No debieramos responder á las cinco restantes limi-

taciones sin acusar al autor de sus anteriores preocupaciones contra el remedio, que á pesar de ellas administraba felizmente en lo posible. ¿A qué fin, pues, intimidar con tantos recelos á sus comprofesores, que debian saber muy bien todas esas máxîmas generales, y que el remedio mas heróico de la medicina no es el único en que ha de confiar el médico para combatir juntamente los diversos accidentes que suelen complicar las enfermedades? ¿Acaso el uso de la Quina escluye la sangria, los eméticos, los vegigatorios cuando se hallan legítimamente indicados estos remedios auxîliares? Volveremos á repetirlo: al benemérito Monró se le ocultó la verdadera preparacion de esta corteza, la única que puede salvar tales inconvenientes; y aun le faltó, para hacer mas completo su descubrimiento, la atrevida resolucion de administrarla desde los principios. Contra este dictámen íntimo de su conciencia lucharian las preocupaciones heredadas, no menos que los recelos de esponerse á nuevas censuras en la introduccion de una práctica olvidada, y aun casi desconocida, dejando por esta irresolucion, como él mismo lo confiesa, de adelantar otro paso, si hubiera dado la Quina desde los principios para convertir las viruelas en otra especie mas benigna. Asi debia prometerselo, y la esperiencia decidirá sobre las ventajas de la nueva práctica, cuando los pueblos depongan los errores concebidos contra la Quina. Entre tanto es innegable la gran parte de gloria que de justicia le pertenece al profesor Escoces por sus desvelos y cuidados en promover una práctica que apenas entrevieron sus antecesores. Fué pura casualidad la de Monró en haberse valido de la Quina roja; pero tambien fué un admirable rasgo del entendimiento humano su escelente raciocinio, que probará enteramente contra las calumnias y oprobios del miserable vulgo, que no es tan incierta una ciencia deducida y apoyada en tales reglas y raciocinios, que distinguen al verda-

dero profesor entre la turba de charlatanes y curanderos.

Insinuamos en otra parte los motivos que pudieron contribuir á dejar en olvido, y aun en desprecio esta saludable práctica en la siguiente época de la Quina amarilla. Sean los que fueren: lo cierto es, que á pesar del gran partido que se formó Monró entre sus nacionales coetaneos, y á escepcion de algunos otros pocos prácticos del resto de la Europa, prevalecieron entonces, y dominan todavia los recelos de hacer mas general un método tan ventajoso contra el azote mas cruel para la infancia. No basta que lo esfuerce Buchan en algunos casos que señala en estos términos. "Cuando apa»recen entre las viruelas petequias, ó manchas moradas »ó negras, es menester *inmediatamente administrar la »Quina con toda la abundancia que pueda sufrir el es»tómago del enfermo.* . . . Esta medicina no debe tomar»se por entretenimiento, sino con toda la frecuencia »que sufra el estómago, en cuyo caso produce mara»villosos efectos. Yo he visto muchas veces desapa»recer las manchas; y las viruelas que tenian un fa»tal aspecto, crecer y llenarse de materia laudable »con el uso de los ácidos y la Quina (*)."

Hay tambien otros casos en el concepto de Buchan, que no menos exîgen el uso de este remedio. "La Quina y los ácidos no solo son necesarios cuan»do se manifiestan las petequias, ó sintomas pútridos; »sino tambien en las viruelas linfáticas ó cristalinas, »donde la materia es sútil, y no bien preparada. La »Quina parece que tiene una virtud singular para ayu»dar á la naturaleza en la preparacion de un pus lau»dable, ó como dicen una buena materia: y por con»secuencia es muy útil en esta y otras enfermedades, »en que la crisis depende de una supuracion. Muchas »veces he observado, cuando las viruelas son chatas, y

(*) Buchan cap. 23, pág. 217.

»la materia contenida en ellas sútil, clara y transpa-
»rente, y con disposicion á comunicarse unas en otras;
»que la Quina acidulada (*a*) del modo referido, mu-
»daba el color y consistencia de la materia, y pro-
»ducia los mas saludables efectos (*)."

Apenas hay nacion que pueda competir con la inglesa en su aficion á la Quina. Persuadido el pueblo de las heróicas virtudes de esta corteza, admite con docilidad su administracion; y por este medio han logrado sus ilustres profesores hacer tantas observaciones en este punto, que registrando con atencion sus escritos, rara será la enfermedad, y aun mas raro el caso entre los calenturientos desesperados, en que por algun respecto deje de intentarse el uso de este remedio. Como en las viruelas sean frecuentísimos los lances de aquellos últimos apuros, todas las obras de autores ingleses ordenan la Quina en determinadas circunstancias; pero ciertamente con mas atrevimiento y confianza que entre las demas naciones. Acabamos de alegar los juiciosos consejos de Buchan. Los hallamos tambien apoyados por el sobresaliente práctico Cullen, pero algo limitados por sus eruditos traductores que juntamente con su autor original dan indicios de haber perdido en el laberinto aquel hilo que nos puso en las manos el benemérito Monró.

El doctor Cullen se esplica en estos términos: "Cuando se manifiesta la pérdida de fuerzas y otras »señales de la tendencia de los humores á la putre-»faccion, es necesario dar la Quina en substancia y

(*a*) Téngase presente lo que he dicho acerca de la tintura de Quina acidulada, hecha por el método de nuestras farmacopeas, que no contiene en disolucion los principios esenciales de esta corteza; y que la *tintura de Quina acidula* hecha por el nuevo método que describo en aquel lugar (pág. 133 y 34) los contiene todos: y de consiguiente esta tintura es mas eficaz sin la menor duda en todos los casos en que la administraba Buchan. *N. E.*

(*) Buchan allí mismo.

»en *gran cantidad* (*)." Claro está que siendo demasiado frecuentes tales casos en casi todas las epidemias de viruelas, debia ser mas comun el uso de la Quina en ellos; pero observamos lo contrario, dejando nuestras buenas máxîmas en los libros, y en brazos de la muerte á nuestros enfermos, por motivos que á ellos y á nosotros nos obligan á ser testigos de tales desgracias. Podemos asegurar que el doctor Cullen, á pesar de su buen consejo, y de la docilidad de su nacion en este punto, no ha logrado todas las ventajas que ofrece la Quina, aun limitándonos solamente al caso de las viruelas.

Mucho menores habrán sido las conseguidas en Francia y en nuestra España, como puede inferirse del silencio que se guarda sobre la práctica de Monró, y de las advertencias hechas en sus respectivas notas al citado aforismo de Cullen. El señor Bosquillon se esplica de este modo: " La Quina se ha usado con »el designio de producir una buena supuracion en un »tiempo en que se miraba la supuracion como críti»ca; pero solo es sintomática, y la Quina no la fa»vorece sino indirectamente por razon de su virtud »tónica, á la que se deben atribuir sus buenos efec»tos. Por esto no conviene cuando las pústulas tie»nen un grado suficiente de rubor y de inflamacion, »y cuando están dispuestas á la supuracion. Al con»trario la Quina es muy provechosa en los casos de »debilidad y de putrefaccion, *pero no produce este efec»to sino cuando se da á grandes dosis.*" Nos abstenemos de hacer algunas reflexîones sobre una restriccion tan escesiva que, segun ella, raro será el médico novicio que se determine á dar Quina en las viruelas.

Nuestro erudito Piñera se gobierna por otras miras, que hallándose con demasiada frecuencia en la

(*) Elementos de Medicina práctica del doctor Cullen, traduccion española, tom. 2, lib. 3, cap. 1, pág. 97: en el testo §. 623.

práctica, pueden animar á mejores tentativas. "Unica-
»mente puede tener lugar la Quina en la calentura
»secundaria de las viruelas, siempre que ésta parti-
»cipe mas del carácter de putrida; y asi, segun Tissot
»es recomendable en las viruelas malígnas que por ra-
»zon de una sangre vapida y pútrida se notan las
»fibras de los virolosos flojas y relajadas, la sangre
»disuelta con suma debilidad, y gangrena inminente.
»*En este lance es indispensable dar la Quina en do-*
»*sis crecidas*, hacerla tomar en substancia, y en coci-
»miento con los ácidos minerales y el alcanfor. De
»este modo siguiendo las intenciones de Haller y Tissot,
»se alientan las fuerzas; se estimulan blandamente las
»fibras; *se refrena el veneno pútrido viroloso*; se sacu-
»de la cutis; y *se enmienda la infeccion grangrenosa que*
»*amenaza* (*)." Quisieramos dar con la debida esten-
sion todo el lleno de luz que merecen algunas ideas de
esta importante nota, combinadas con otra preciosa re-
flexîon que nos deja insinuada el erudito traductor es-
pañol en otro lugar de este capítulo. Lo haremos con
la brevedad posible, lamentándonos de paso del pro-
fundo olvido en que se ha dejado sepultado el ra-
ciocinio de Monró, que es todo el fundamento de la
nueva práctica apoyada en uno de los mejores descu-
brimientos de la medicina.

Siempre que hubieramos de regular la necesidad de
administrar la Quina en calentura secundaria, ó por sus
remisiones, como lo practica Morton, ó por el carác-
ter de putrefaccion, ó finalmente por las demas seña-
les que indican una gangrena inminente, como diver-
samente piensan los prácticos de la presente época;
nos desentendiamos ya de la verdadera idea en que
se funda el descubrimiento de Monró. Por esta cau-
sa frustrados los designios de ordenar la Quina en tiem-

(*) Cullen alli mismo en sus respectivas notas.

po por su legítima indicacion, se han retardado los progresos en este ramo de nuestra práctica. Consiste, pues, aquella importantísima idea en combatir directamente un veneno de tal carácter maligno, que ha de terminar indefectiblemente en buena ó mala supuracion, y en este último caso puede sobrevenir la gangrena. Constándonos, pues, por una dilatada esperiencia el poderoso y benéfico influjo que tiene la Quina para mejorar y mantener en buen estado las supuraciones, por mas loables que sean, corregir las malas, y precaver las gangrenas, sería abandonar desde su debido tiempo la indicacion principal, esponiendo nuestros enfermos á los terribles síntomas, que suelen acompañar á la calentura secundaria. Ya todos convienen en que hemos de recurrir al uso de la Quina cuando aparecen esos síntomas. ¿Y nó serán ellos un producto necesario del veneno varioloso en cuerpos mal dispuestos por un millon de circunstancias posibles, á convertir en malignas las viruelas, que á los principios se creian ser las mas benignas? ¿Pues por qué no cuidamos de precaverlos en tiempo por un remedio, que administrado desde el principio como antídoto de este veneno, llena cumplidamente la principal indicacion de mantener en buen estado las materias?

Todo el conato de la naturaleza por sí, ó ayudada del médico en la calentura secundaria, se dirige principalmente á cocer y convertir en materias de la mejor condicion el veneno varioloso, que arrojó, separándolo de la masa de la sangre, en aquella multitud de granos ácia la superficie del cuerpo. Si así comienza á egecutarlo ella en cuerpos bien dispuestos, queda todavia el recelo de que pueda trastornarse esta saludable operacion por causas las mas ligeras, ú otras que no están sugetas al conocimiento del médico. En tales casos, demasiado frecuentes, se pervierte toda la masa de la sangre, parte por el humor varioloso que no pudo

arrojarse de una vez, y parte por el que continuamente retrocede de los granos á la masa inficionada; comienza á declararse aquella malignidad caracterizada *por una sangre vapida, pútrida y disuelta; suma debilidad de los sólidos*, y gangrena inminente. "Si por "otra parte reflexîonamos (como lo advierte oportunamente nuestro traductor) que en las viruelas naturales propagadas por el contagio de una viruela benigna, se contrae una maligna confluente, y de una maligna confluente una benigna simple; y en las artificiales, ó causadas por la inoculacion del mismo podre que ha servido para ellas, se ha seguido en unos sugetos una viruela benigna y discreta, y en otros una confluente y maligna, como lo nota despues Cullen; habremos de confesar *que el veneno viroloso es de una naturaleza idéntica*; y que ésta solo varia ó tiene varios grados de virulencia ó actividad por razon del temperamento del enfermo, del hábito de su cuerpo, su edad, índole de sus humores, distinta dieta, vario género de vida, tiempo del año, constitucion epidémica dominante y complicacion de enfermedades; por el peculiar estado de los sólidos, enfermedades estacionales, abuso de los remedios calientes, y por la mala curacion y régimen. Estos varios grados del veneno viroloso producen diferencias en las viruelas, que aunque no discrepen en su naturaleza, tienen peculiares síntomas por los que se distinguen &c (*)."

A consecuencia de estas reflexîones debemos establecer como principios ciertos, primero: que el veneno varioloso es de una misma naturaleza en todas las especies de viruelas: segundo, que por las innumerables causas posibles que en mayor ó menor número se combinan en los pacientes, viene á decla-

(*) Allí mismo pág. 65, nota del traductor.

rarse la malignidad directamente ocasionada por el veneno pútrido varioloso: tercero, que en estos casos es absolutamente indispensable administrar la Quina á grandes y frecuentes tomas para enmendar la infeccion gangrenosa que amenaza. Establecidos como indubitables estos principios, debiamos advertir que el remedio heróico capaz de atajar alguna vez estos daños, producidos por el veneno que causa las viruelas malas y buenas, se hallará legitimamente indicado en todas ellas. La naturaleza se propone la única intencion de formar una supuracion loable; y si la Quina es el remedio que corrige la del mal carácter, administrada desde los principios sin tanta precipitacion, podrá mas bien mantener en mejor estado la que reputamos por buena, pero con el recelo de que se pervierta. Esta fue la felicísima idea de Monró: la que pudo verificar en las oportunas circunstancias de la época de la Quina roja eminentemente antiséptica; y la única que debió servir de gobierno en las posteriores tentativas para combatir directamente la malignidad y esfacelismo universal en que terminan las viruelas mortales.

En fuerza de las últimas observaciones hechas sin conocimiento de la Quina amarilla, especie mas débil y menos apropiada para combatir la malignidad, conocemos la urgente necesidad de recurrir por último arbitrio á la Quina, y de administrarla á grandes tomas en la persuacion de no ser este un remedio de entretenimiento. ¿Y no serán víctimas de nuestra morosa dilacion los enfermos desgraciados por no poder sobrellevar los crueles tormentos de una curacion tan atropellada? Admiramos los afanes que causan á los pobres enfermos y asistentes semejantes apuros por llegar tan tarde estos saludables consejos. ¿No nos ha dado bien á conocer la esperiencia de siglo y medio la repugnancia con que los adultos, y mucho mas los niños, se resisten al uso frecuente de esta ingrata cor-

teza? Si la enfermedad ha de hacer por lo comun esos fatales progresos ¿por qué no se intenta precaverlos desde los principios por la mas oportuna administracion del remedio que heróicamente puede atajarlos en lances mas estrechos? ¿No sería mas natural haber comenzado en tiempo á combatir paulatinamente aquella fatal disposicion, que empodreciendo la masa de los humores, y juntamente corrompiendo todo el sistema muscular, introduce la gangrena y esfacelísmo universal? Ningun juicioso práctico, á lo que pensamos, podrá racionalmente acusar de sospechosa esta máxîma: nada se pierde aun en las viruelas mas benignas en administrar desde los principios el remedio, que dado al declararse la putrefaccion y gangrena, es capaz de corregir esos síntomas, cuyas disposiciones se han engendrado en el curso de la enfermedad; cuando por otra parte consta que los sanos pueden tambien usarlo sin detrimento de la economía animal, y los calenturientos con el directo beneficio de su restablecimiento. Tal es nuestra Quina fermentada administrada en tisanas á todas las calenturas con prévio conocimiento de la especie conveniente.

Declaradas ya nuestras ideas acerca del uso de la Quina en las viruelas; proponemos la nueva práctica de tratar esta enfermedad como cualquiera calentura aguda. Socorrido pues el virolento con la preparacion prévia que se juzgue necesaria en cuanto á la sangría ó vomitivo al primer insulto de la enfermedad, sin mas pérdida de tiempo se ha de poner al uso de las tisanas de Quina aciduladas con su respectivo vinagre. En este primer período puede ocurrir la duda sobre la especie de Quina que se haya de administrar. Procederemos con esta regla general. Si hay fundamentos para sospechar que sean viruelas por las señales que las caracterizan desde su entrada, y se confirman por la epidemia reinante, se debe preferir sin dilacion la especie

roja como antídoto directo del veneno varioloso; pero si la epidemia no estuviere declarada, y se formare duda prudente que pueda pertenecer á otro genero de calentura, se ha de recurrir á la especie amarilla, mientras se decide la enfermedad y se conozca mas claramente la especie mas apropiada. En tales casos ni se pierde tiempo, ni se trastorna esencialmente la principal indicacion; porque en todas las Quinas oficinales residen aquellas propiedades comunes que combaten mas ó menos directamente las calenturas. Por lo demas nada tenemos que añadir al método de administrar nuestras tisanas y lavativas, como lo dejamos ordenado en las calenturas agudas.

No son menores los estragos causados á la infancia por el sarampion que por las viruelas: y algunas epidemias del primero suelen ser tan fatales por el genio de la enfermedad, ó por sus resultas, como las mas malignas de las últimas. Aunque á primera vista haya mucho de analogía entre estas dos calenturas eruptivas, es necesario convenir en la grande diferencia que hay en la naturaleza de los dos venenos. Una infeccion catarral, una disposicion flogistica, y un insulto decidido á los pulmones desde el principio, por todo el curso de la enfermedad, y durante sus fatales resultas, indican los caracteres de un veneno de índole distinta y á veces mucho mas rebelde que el de las viruelas. Los funestos males que causa despues de tantos siglos de su aparicion á la humanidad, á pesar de los esfuerzos con que los combate la Medicina por cuantos métodos se han creido mas racionales, prueban demasiado no haberse hallado todavia su verdadero antídoto.

Parece que se ha contado muy poco ó nada con la Quina, pues no la vemos recomendada por los mejores prácticos de la presente época sino en los casos de putrefaccion y gangrena. "Cuando salen manchas

»de color de púrpura, ó negras, la bebida del pacien-
»te se ha de mezclar con espíritu de vitriolo; y si
»los síntomas pútridos se aumentan, se le dará la Qui-
»na del mismo modo que prevenimos en las viruе-
»las (*)." Casi en los mismos términos se esplica el autor de la Medicina práctica de Londres (**): "si
»las manchas se vuelven moradas, especialmente en
»los adultos, despues del uso pernicioso de un régi-
»men cálido, es necesario sangrar al enfermo algunas
»veces, y dar la Quina cón el elixîr de vitriolo (*a*)."
Conjeturamos desde luego que semejante silencio, ó ya

(*) Buchan, cap. 24, pág. 238.
(**) Medecine pratique de Londres sect. 5, cap. 3, pág. 63.
(*a*) La farmacopea de Londres trae dos especies de elixîr de vitriolo, uno ácido, y otro dulce. Creemos que sea el ácido el que recomienda el autor ingles, cuya fórmula es la siguiente:

ELIXIR VITRIOLI ACIDUM.

℞ Corticis Cinnamomi. . . .
Radicis Zingiberis. . . . . āā viij
Caryophyllorum aromat.
Radicis Calami aromatici. . ℥j
Galange. . . . . ℥jß
Summitatum Salviæ. . . . āā ℥j
Menthæ virentis. . . . . .
Cubebarum. . . . . āā vij
Nuccis moschatæ. . . . . .
Ligni aloës. . . . . āā vijß
Flavedinis corticis citri. .
Alkoolis vini 37.°. . . . . ℥xxxij

Contusis, infunde loco tepido per dies octo, et filtra.

℞ Hujus tincturæ. . . . . ℥xvj
Acidi sulphurici concentrati 66.° ℥jv

Iterum digere per dies octo, et si opus fuerit filtra.

ELIXIR VITRIOLI DULCE.

℞ Tincturæ aromaticæ supra descriptæ. ℥xvj
sp. Vitriolo dulcis. . . . . ℥iiij

Digare, et serva ad usum

sea poca confianza en la Quina, puede haber procedido del rezelo que siempre se le tuvo á ordenarla en las calenturas inflamatorias, y mucho mas en los casos de una respiracion trabajosa; síntomas que suelen reunirse en el sarampion. En efecto, no pudo ser otro el motivo, cuando vemos que otros célebres prácticos pretenden persuadir que de ningun modo conviene administrarla, ni á presencia de los síntomas de putrefaccion y gangrena que sobrevienen al sarampion, si se manifiesta algun daño en los pulmones. Asi es que Bosquillon apoyado en la autoridad del doctor Watson nos dice que "el cocimiento de Quina dado abun-
»dantemente fué muy útil para moderar la debilidad,
»cuando la tos y la dificultad de respirar se habian
»moderado. Pero alguna vez el uso de este remedio
»dificultaba mas la respiracion. Aunque hubiese en este
»lance una tendencia muy notable al esfacelo, fué
»preciso dejar la Quina, y substituirle la raiz de ser-
»pentaria de Virgínea, que era mucho menos eficaz,
»pero que de ningun modo atacaba el pecho (*)."

Como otras felices tentativas, posteriormente practicadas en España, y tambien imitadas con igual suceso en esta parte de América, contradicen los cargos hechos á la Quina en estos dos puntos, que han ponderado los prácticos desde la introduccion del remedio en Europa; hay fundamentos sólidos en que apoyar la nueva práctica que deseamos estender tambien al sarampion. Verdad es que aqui no debe gobernarnos la idea de corregir y mejorar una supuracion, que no intenta ni promueve la naturaleza en esta calentura eruptiva; sino la de combatir un veneno por medio de un antídoto que cuadra bien á todas las calenturas en el concepto general de Quina. Favorece mucho mas este pensamiento la oportunidad de contar con una especie

(*) Cullen allí mismo cap. 3, pág. 116 en la nota.

preferente en los casos de inflamacion, á la que se le puede asociar la zarzaparrilla, de cuya combinacion resulta un remedio eficacísimo para combatir juntamente la infeccion catarral. Aun hay mas que prometernos de estas tisanas, si se mezclan con leche, cuyo uso es muy benéfico al sarampion. Por tanto, proponemos la tisana catolica para combatir esta enfermedad desde sus principios, sin oponernos á los demas indicados auxîlios de sangría, vomitivo y otros, cuya utilidad ha manifestado la esperiencia, aplicándolos oportunamente segun las circunstancias del paciente y períodos de la enfermedad. Tampoco se deben omitir las frecuentes lavativas de la Quina avinagrada, ni los fomentos en todo el vientre, como lo advertimos en la curacion de las calenturas.

Tal es el método general que aconsejamos en la curacion de cualquiera especie de sarampion, mientras no lleguen á declararse los fatales síntomas de malignidad ó gangrena inminente. En tales casos se debe recurrir sin pérdida de tiempo al uso de la tisana polycresta para combatirlas directamente por medio de la especie roja asociada á la zarzaparrilla, por las razones que insinuamos antes. Tambien pueden ocurrir casos de una sobresaliente putrefaccion, en que convenga abstenerse de la leche, y rectificar la indicacion substituyéndole el vinagre con azúcar ó su jarabe. No ignoramos que muy respetables prácticos miran con desconfianza el uso de los agrios en esta enfermedad; pero nada hay que temer de esta especie de ácido, que sobre ser un escelente antiséptico, debe reputarse por un admirable disolvente de los humores viscosos enredados en los pulmones.

Aconsejamos en la calentura escarlatina el uso de la Quina con mayor estension y confianza de lo que se ha practicado en estos últimos tiempos, en que mas bien tiran á contener y retardar las tentativas de al-

gunos profesores los recelos del célebre Cullen. " Los »prácticos han acostumbrado dar por toda la carrera de »la escarlatina anginosa la Quina, *aun cuando la en-*»*fermedad es muy benigna*; pero una larga esperiencia »me ha convencido que sin riesgo se podria omitir en-»tonces este remedio. Sin embargo no seria pruden-»cia menospreciarlo en los casos dudosos (*)." No es dificil adivinar los motivos que obligarían á Cullen á esta indiferencia en los casos benígnos. Un remedio ingrato administrado siempre bajo de fórmulas desagradables á todos los pacientes, y en circunstancias tales en que la benignidad del mal no hace visibles sus saludables operaciones, puede reputarse entre los auxîlios indiferentes.

Si hubo razon para pensar así, debemos ya razonar de otro modo. La idea de una angina maligna y gangrenosa en que suele degenerar, ó bien la de otros síntomas que caracterizan frecuentemente su índole malígna; por otra parte, la esperiencia de la utilidad del remedio en los casos dudosos en que no sería prudencia menospreciarlo; persuaden la necesidad de combatir el mal, siempre uno mismo en su naturaleza, aunque diferente segun las circunstancias, por los auxîlios mas eficaces y apropiados á precaver en tiempo sus fatales catástrofes. " La fiebre escarlatina no es siempre »enfermedad benigna; muchas veces viene acompañada »de síntomas pútridos y malignos, en cuyo caso es muy »peligrosa . . . Cuando esta enfermedad se equivoca con »una simple inflamacion, y se trata con repetidas san-»grias, purgas y medicinas frescas, generalmente tie-»ne muy malas resultas: los únicos remedios que en »este caso se deben usar son cordiales y antisépticos »como la Quina &c. (**)."

Sin detenernos en esplanar nuestras reflexîones para

(*) Cullen allí mismo cap. 4, pág. 131, §. 663.
(**) Buchan allí mismo pág. 240 y 241.

promover los progresos de la nueva práctica, rebatiendo las dudas que pudieran originarse de la diversidad de las especies y síntomas con que se presenta enmascarada esta enfermedad; desde luego persuadimos el uso de las tisanas de la Quina blanca con su respectivo vinagre, lavativas y fomentos. Se ha de comenzar desde los principios con este método, por mas benigna que aparezca la calentura, continuándolo mientras se mantuviere contenida en los límites de inflamatoria. No será raro, antes bien muy frecuente, cortar por este método los progresos de la malignidad; pero luego que ésta se declare, conviene acudir al auxîlio de su determinado antídoto por medio de las tisanas, de la Quina roja con su vinagre ó sin él, segun lo exîgieren las circunstancias. En los casos de malignidad y suma postracion de fuerzas, así en esta enfermedad como en cualquiera especie de calenturas, será muy útil administrar las cervezas debilitadas con agua natural, ó las tisanas de su respectiva especie, y endulzadas con suficiente azúcar. Esta escelente y agradable bebida vinosa es el mejor cordial antifebril que pueda imaginarse para tales casos.

Es digno de admiracion el silencio que guardan nuestros prácticos acerca del uso tópico de la Quina. Debemos recordarlo aquí con el motivo de las gárgaras y fomentos como remedio auxîliar de las anginas y males de garganta. En efecto, no alcanzamos las razones de haberse omitido el uso de los fuertes cocimientos de Quina con vinagre ó sin él en las anginas y supuraciones aftosas, administrados en forma de gárgaras y pósitos. Encargamos, pues, esta práctica con tanta mayor confianza, cuanto son mas prodigiosos los efectos de esta inestimable corteza en las inflamaciones y gangrenas esternas. No será razon que la cirugía, á quien debe la humanidad el precioso descubrimiento del antídoto en las supuraciones y gangrenas, deje de am-

pliar los límites del remedio en las dilatadas provincias de su jurisdiccion. La especie de Quina roja, dotada de la sobresaliente virtud antiséptica, que la constituye en la clase de antídoto para tales casos, es la que se debe usar con preferencia, haciendo los cocimientos muy cargados. Dejamos al discernimiento del profesor la eleccion de cualquiera otras drogas apropiadas que se hayan de mezclar á estos cocimientos, segun las circunstancias lo indicaren.

Si reflexionamos sobre las historias de la calentura erisipelatosa, y fuego de San Anton, en todas ellas hallaremos una grande propension á la gangrena, que no ha sido fácil precaver por los métodos ordinarios. Tenemos otro general y mas seguro en la nueva práctica. No nos opondremos al régimen antiflogístico que es necesario establecer en la primera; pero puede combinarse muy bien, empleando la Quina blanca que hemos aconsejado en la curacion de las inflamatorias, tanto mas racionalmente, cuanto mejor llenará todas las indicaciones el vinagre de esta Quina. Se ha de insistir, pues, en este método mientras subsisten los síntomas flogísticos; del que nos debemos apartar administrando la Quina roja luego que se declaren los de putrefaccion y gangrena. En tales casos no menos terribles que frecuentes, por algun carácter epidémico, no dudan ya los prácticos recurrir al arbitrio último de emplear la Quina en abundancia; pero nos dolemos de la pérdida irreparable del tiempo mas oportuno para precaverlos y atajarlos. "Cuando el color negro, lívido »ó azul de la parte manifiesta disposicion á la gan»grena, se ha de dar la Quina siempre con ácidos »como hemos dicho en las viruelas, ó de cualquiera »otra forma que sea mas agradable al enfermo: *y no »se debe perder tiempo porque su vida pende de este »remedio.* Podrá tomar cada dos horas una dracma si »los síntomas son egecutivos . . . . y tambien será con-

» veniente en este caso ponerle emplastos de Quina, ó fo-
» mentar la parte dañada con una decoccion fuerte de ella(*)."

El doctor Cullen, menos versado en los casos de las regiones cálidas acompañados de putrefaccion y propension á la gangrena, no se atreve á negar su exîstencia. " No obstante es probable que alguna vez la »erisipela está acompañada de la calentura pútrida ó que »es un síntoma de ella. Entonces pueden no conve-»nir las evacuaciones que propuse mas arriba, y ser »necesario el uso de la Quina (**)." De cualquiera modo que se presenten las erisipelas, tenemos en las especies de Quina y en el modo de administrarlas sus mas poderosos auxîlios, eligiéndolas y aplicándolas interior y esteriormente segun las circunstancias y recetas de nuestro formulario. Volvemos á encargar los fomentos de Quina blanca ó roja con sus vinagres, como un remedio eficaz para disipar la inflamacion, ó precaver y atajar las gangrenas, cuando el profesor hiciere concepto de haber llegado el tiempo de emplear estos auxîlios. No siempre conviene, como lo piensa el vulgo, atropellarse demasiado en la aplicacion de estos remedios tópicos, por el peligro de hacer que retroceda intempestivamente el humor arrojado á la parte menos principal por esfuerzo de la naturaleza, mediante un movimiento crítico saludable.

Aunque la calentura miliar sea tan rara en estas regiones que apenas tengamos observaciones suficientes para regular el peso de las razones que se alegan, probando unos, y contradiciendo otros célebres prácticos la exîstencia de esta calentura ideopatica de genero propio, nos atrevemos á incluirla en los límites de la nueva práctica, bajo de cualquiera aspecto que se presente. Si ella fuere muchas veces tal como dan lugar á concebirla las juiciosas reflexîones del profesor Au-

(*) Buchan allí mismo, cap. 25, pág. 247.
(**) Cullen allí mismo cap. 6, pág. 178, §. 713.

fauvre, cabe menos duda en sujetarla al imperio de la Quina. Cuando no atendieramos mas que al señalado carácter de seguir esta calentura al tipo de terciana doble (*), nos hallamos en el caso de combatirla con las tisanas de las Quinas indirectamente febrífugas, eligiendo la especie apropiada segun los síntomas que la acompañan. No es necesario volverlo á tratar con estension: basta decir solamente que las tres especies amarilla, blanca y roja suministrarán auxîlios muy poderosos para llenar todas las indicaciones que presentaren estas calenturas, ó bien sean sintomáticas, como parece ser lo mas frecuente, ó bien sean ideopaticas por el genio de algunas constituciones, como tambien lo confirman varias historias epidémicas. En todas ellas tendrá lugar alguna especie de nuestras Quinas por el respecto de la putrefaccion, de la inflamacion, ó finalmente de la malignidad y gangrena. Asi lo persuaden las miras de la nueva práctica combinadas con las siguientes reflexîones de Bosquillon. "Es imposible poder »proponer aquí el cuadro de todas las variedades que »presenta la calentura miliar: se oculta bajo una infi»nidad de figuras diferentes, sobre todo en su princi»pio; y no hay casi ningunas enfermedades con las »que no se encuentre á menudo complicada, como son »particularmente las afecciones catarrales, las inflama»ciones, las calenturas intermitentes, las calenturas pútridas »y las calenturas lentas nerviosas, sobre todo es funesta de »resultas de las inflamaciones de las entrañas del bajo vien»tre; se manifiesta alguna vez cuando los dolores han des»aparecido, y mata al enfermo en el tiempo que se lison»jeaba de una curacion próxîma: entonces se halla al»guna de las entrañas atacada de gangrena (**)."

No hay mas necesidad de recoger otros fragmen-

(*) Cullen allí mismo cap. 7, pág. 184, nota del traductor español.

(**) Cullen allí mismo pág. 183, nota del traductor frances.

tos acerca de las restantes calenturas eruptivas, ortigaria, vegigosa, aftosa y petechîal. Ya sean sintomáticas ó ideopaticas, en todas ellas se ha recurrido á la Quina con mas frecuencia en esta última época, gobernándose los prácticos por la idea de su virtud antiséptica; y por consiguiente se ha limitado su administracion á los casos decididamente caracterizados por los síntomas de putrefaccion y gangrena. La nueva práctica convida al uso mas estenso de este remedio, gobernándose por las ideas esplanadas sobre el diverso imperio de las cuatro especies oficinales y su preparacion. Sus vinagres nos ofrecen indecibles ventajas para refrenar el incendio de estas calenturas cuando prevalecen los síntomas flogísticos; templándolos mas ó menos con las tisanas para acomodarlas á todos los casos posibles entre los dos recomendados estremos del régimen puramente antiflogistico ó antiséptico. Este ha sido siempre el escollo de la medicina en la curacion de todas las calenturas, y no deja de serlo todavía en nuestros tiempos. No es fácil conciliar tantas teorías inventadas; y por lo mismo se ha hecho mas dificil determinar la indicacion que ha de seguir el médico por una de las dos sendas tan opuestas, en cuya eleccion son demasiado frecuentes los mas perjudiciales estravíos, ocasionados por las ideas sistemáticas, y el incompetente discernimiento de algunas calenturas confusamente caracterizadas en sus principios. El nuevo método podrá precaverlos con toda la seguridad y sencillez que ofrece nuestro formulario, si quisieremos desprendernos por algun tiempo de algunas ideas menos favorables á consultarlos y á escuchar la voz de la naturaleza.

Habiamos reservado para este lugar en que terminamos nuestras ideas generales concernientes á la curacion de las calenturas, decir alguna cosa sobre las opiatas antimoniales. Insinuamos de paso en su correspondiente nota, que la mezcla del antimonio y del mer-

curio con la Quina pedia mano muy maestra hallándose todavia en su infancia esta invencion. Si de la última tenemos algunos pocos fragmentos que convidan á su imitacion á estender los límites del mercurio asociado á la Quina en el dilatado y espinoso campo de las enfermedades crónicas; de la primera exîsten innumerables por el alto grado de reputacion, que ha conciliado á esta práctica nuestro ilustre Masdevalls. Ignoramos cual sea su crédito despues de las últimas epidemias; pero recelamos todavia que á imitacion de otras novedades, y mucho más ésta por las peculiares á la Quina, le llegue tambien el turno de su decadencia (*a*). Seria irreparable para la humanidad el tiempo que se pierda sin exâminar de nuevo á la luz de nuestros descubrimientos los aplaudidos efectos de las opiatas. A la verdad, importa mucho determinar si deben atribuirse á la poderosa accion de la Quina, que por fortuna habrá sido la amarilla, y alguna poca naranjada administrada á larga mano, mas bien que á la del antimonio y sales agregadas á la corteza. No es este un punto tan decidido que deje de merecer toda la atencion de los facultativos, como se la merecen en el

(*a*) Ha llegado efectivamente el desuso de esta opiata. Algunos prácticos antiguos, enemigos de sistemas y de teorias especiosas son los únicos que la usan. Juntando los doce años de práctica que he tenido cuando era boticario del Rey, desde el fallecimiento de Masdevalls, á quien llegue á conocer en mis primeros años, con los que tengo de boticario particular en la corte, que en todos son treinta, puedo asegurar que no llegan á doce las que he despachado en todo este tiempo. Esta decadencia no consiste en lo peligroso de su fórmula, ni en lo dudoso de su eficacia, sino en haberla enmendado con la sostitucion de la sal armoniaco y de agenjos con el simple cremor de tartaro que no puede llenar tan perfectamente las indicaciones como las sales substituidas. Esta novedad se publicó en la primera edicion de la farmacopea hispana con el nombre de electuario anticuartanario, que empezó á usarse con alguna frecuencia en lugar de la opiata de Masdevalls, el cual tambien está casi en desuso. *N. E.*

dia todas las fórmulas muy compuestas. En caso de resultar no menos eficaces las opiatas simples de la Quina compuestas con algun jarabe ácido, y con el previo conocimiento de la legítima especie indicada, no habia razon suficiente para recurrir á una mezcla tan desagradable. Proponemos estas sospechas como unas meras conjeturas fundadas en nuestra anterior práctica de administrar la Quina con los ácidos; y porque en la práctica de las opiatas antimoniales, la invencible resistencia que hemos encontrado en los enfermos, no ha permitido decidirnos por propias observaciones. Si hubiere fundamento para preferirlas al uso simple de la Quina con ácidos, todavia insistiriamos en que se podria simplificar esa práctica administrando por separado las tomas antimoniales (*a*), y nuestras tisanas. Conviene, pues, intentarlo en las calenturas, y á su imitacion en muchas enfermedades crónicas en que sin disputa no es menos eficaz el antimonio, que en otras el mercurio como auxîliares de la Quina, ó ésta de aquellos.

(*a*). El efecto no seria entonces el mismo que cuando el tártaro emético está triturado con la Quina y demas sales por espacio de media hora, como sabiamente prescribe la fórmula de Masdevalls, á pesar de que este ilustre médico no sabria, como efectivamente se sabe hoy dia á no dudarlo, que las sales que entran en ella se descomponen, y resulta la sal febrífuga de Silvio, y en cuanto al tártaro emético tambien se descompone con la Quina, y ya pierde su virtud vomitiva. *N. E.*

FIN.

INDICE.

PROLOGO. . . . . pág. 1
Historia del descubrimiento de la Quina, y su comercio. ibid.
Consumo en el reino y en el estrangero. v
Rasgos históricos de la vida del doctor Mutis. . . . xiii
Epítome necrológico del mismo por su amigo Caldas. . xviii

PARTE PRIMERA.

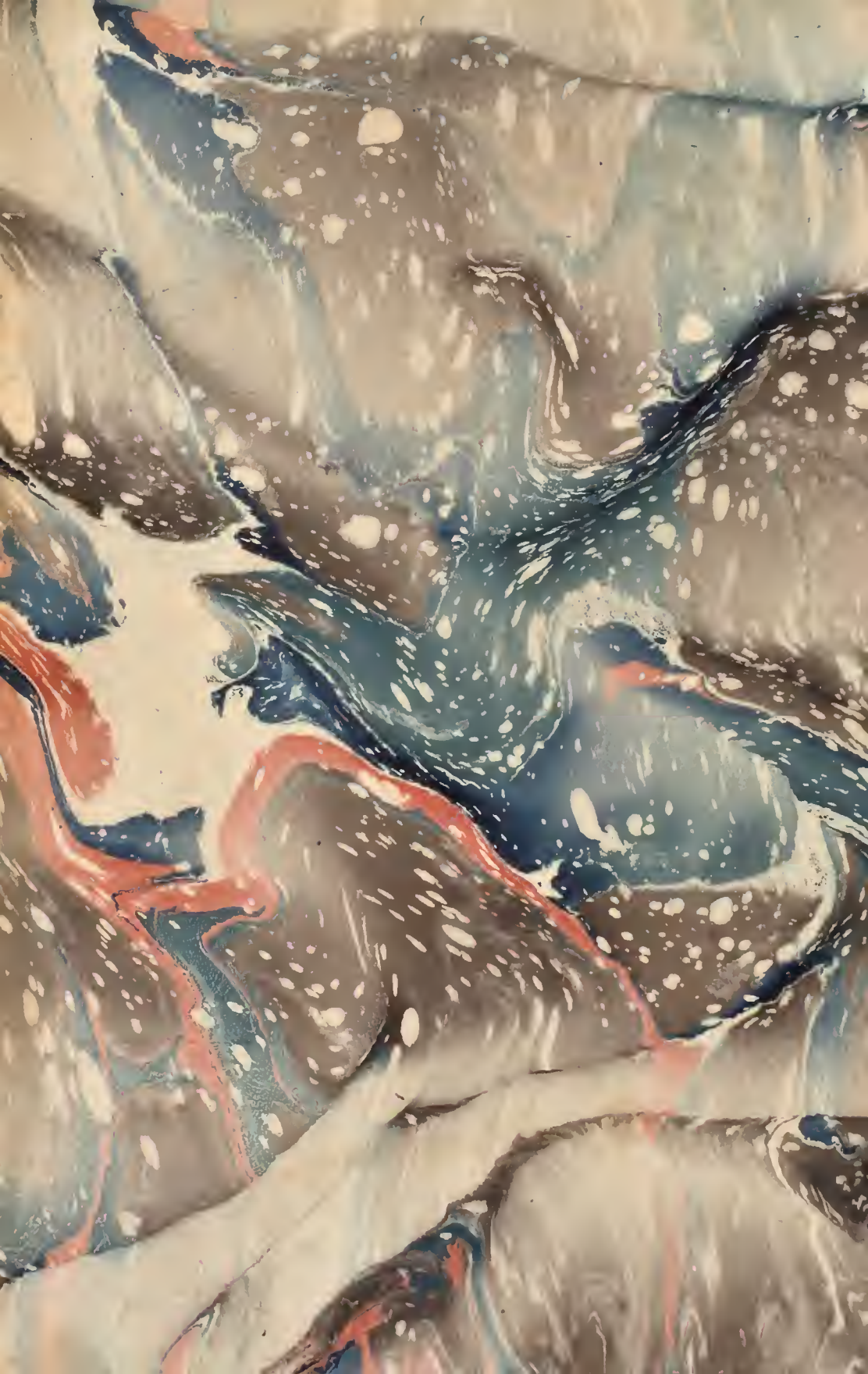
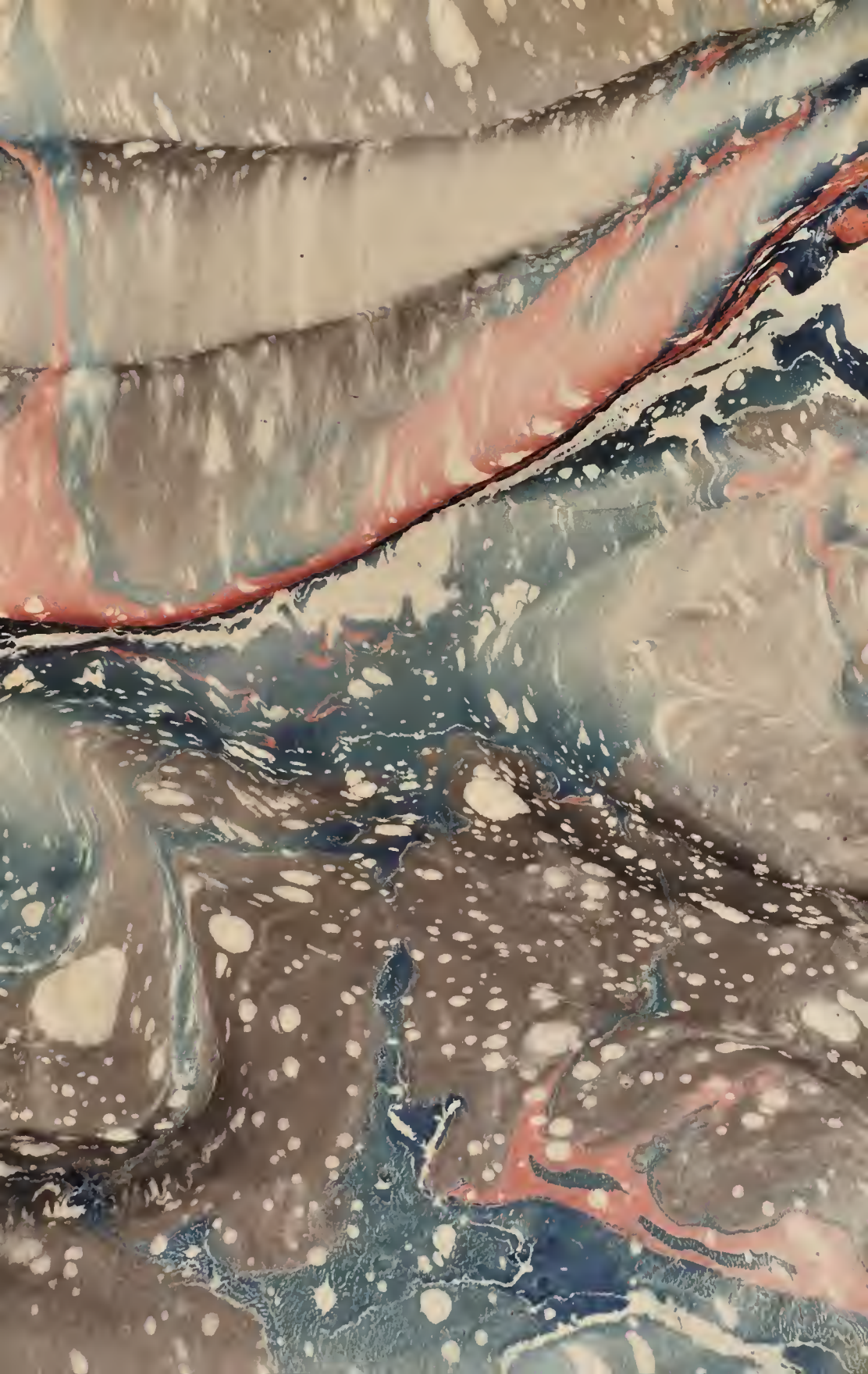
Errores inevitables en el uso de la Quina mientras subsistan confundidas sus especies. 1

PARTE SEGUNDA.

Ventajas esenciales en el uso de la Quina, dimanadas de la distincion de sus especies, del conocimiento de sus eminentes virtudes, y de su nueva preparacion. . . . 37
Caractéres de la Quina naranjada. 44
Caractéres de la Quina roja. 45
Caractéres de la Quina amarilla. 46
Caractéres de la Quina blanca. 47
Cerveza en pequeño. 113
Cerveza en grande. . . . . . ibid.
Vinagre de Quina. 114
Jarabe de vinagre de Quina. . . . . . ibid.
Tisana fermentada de Quina. . . . . . ibid.
Opiata fermentada de Quina. . . . . . ibid.
Clister de Quina. 115
Cerveza profilactica. . . . . . ibid.
Elixir de Quina. . . . . . ibid.
Cerveza purgante. 116
Cerveza policresta. . . . . . ibid.
Prospecto de las cuatro especies de Quina oficinales. . . 124

APENDICE.

Caractéres esenciales de las Quinas grises ó peruanas. . 127
Caractéres esenciales de las Quinas amarillas ó calisayas. ibid.
Caractéres esenciales de la Quina roja. . . . . . ibid.
Extracto esencial de Quina. 128
Tintura de Quina esencial. 133
Tintura de Quina esencial vinosa. 135
Sobre la eleccion de Quinas 136

PARTE TERCERA.

Fragmentos útiles á la historia de la nueva práctica de la Quina. 143